

Cada capítulo tendrá
que tener 35 o 40 párrafos.
Así se gata al I, II y III.

Aquí, prefiero la
transmutación del final.
El viaje muy largo antes
de esto. No sé si el
existencia de un viaje, no
su contenido.

I

EL MIRADOR DE LOS VIENTOS

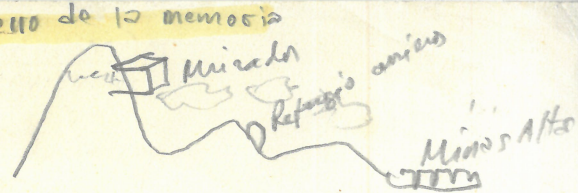
(16 páginas)

Mejorar el cruce de caminos
de la leyenda.

Cerro de la memoria

Intensidad de la altura

O podríais memoria o estoy
hipnotizado.



Me gusta oír el aleteo de los cóndores antes de lanzarse hacia abajo en busca de su presa. Es un ruido enteramente libre, como si no tuviera origen, que surge de sí mismo. El cóndor lo usa para abrirle un camino a sus alas y a sus ojos, y dentro de ese camino sin desperdicios se va desplegando el vuelo directamente ^{hacia} al movimiento de vida percibida allá abajo, invisible a mis ojos, patente para los de él, habituados a mirar el sol de frente como una mancha pasajera. Pero, pese a su mirada, que todo lo contiene, el mundo al alcance de los cóndores comienza en ese aleteo, continúa en el vuelo y acaba en la presa. No conoce nada más allá, salvo el paisaje, que es como el descanso de su libertad. Acaso atisbe el lejano Pacífico, pero jamás imaginará el ruido de sus olas.

Yo vivo a la altura de los cóndores. No tengo su vista, pero sé de la existencia, en el pueblo de allá abajo, del Entrampador de Cóndores, que el cóndor nunca ha visto. Su aleteo, ~~entonces~~, acaba en la posesión de la presa, pero también puede significar el vuelo final si la presa divisada ha sido puesta en una trampa. Por eso cada vez que oigo el aleteo, de alguna manera procuro despedirme de ellos, por si no vuelven. ~~Después de todo~~, son mis únicas compañías aquí arriba. Aquí, lo del Cerro de la memoria
LCerro

Me resulta difícil dar cuenta de la intensidad que la altura tiene aquí arriba, porque quiero ubicarme en el nivel de comprensión que pueda tener de ello el que nunca la ha vivido. Digamos que es como explicarle qué es un cóndor vivo y en libertad al Entrampador de Cóndores. El entrampador, un individuo despreciable, se llama a sí mismo Cazador de cóndores. Yo evitaré esa palabra, no es de ningún modo un cazador porque se vale del engaño y la mentira. Un cazador verdadero se arriesga. El se esconde y espera. Si yo viera abajo, en esa atmósfera forzosamente viciada, de alguna manera aceptaría la función del entrampador. Desde aquí es imposible, y esto explicaría un poco los efectos de la intensidad que aquí tiene la altura. Uno aquí se ha ido despojando de muchas cosas, ha dejado voluntariamente que el tiempo haga lo suyo, y sólo tiene oídos, y ~~acaso recuerdos~~, para lo elemental, que consta de muy pocas cosas. La intensidad de la altura está dada por el espacio que han dejado libre las cosas inútiles de las que el tiempo ha despojado a uno. Pero cuidado, no soy un solitario crónico. Es mi oficio lo que me ha llevado a esto. He subido aquí para escribir una historia. La del pueblo de abajo.

El manuscrito, dice Fábulo, es para completar el sentido de la canción del gallo blanco. (Por esa razón, en cuanto fue regreso lo mandé arriba, tras oír su relato).

Sobre el tiempo del que arriba se puede observar que dice "Aquí y ahora por razones de ubicación." pero que aquello está en el pasado y se nota desde otro lugar.

des de allí cruzaron la cordillera y llegaron al mar.

Vivo a la altura de los cóndores, mejor dicho un poquito más arriba, en una casa de piedras en la cima de un cerro de ^{miles de} ~~casi cuatro mil~~ metros de altura, una casa que me gustó, de entrada, denominar "El mirador de los vientos". Mi trabajo consiste en medir la dirección y fuerza del viento mediante unos globos colgantes, anotando diariamente su comportamiento en una planilla, sin palabras, unas simples líneas convencionales. Una vez al mes bajo al pueblo en la mula, un pueblo antiguamente minero que desde aquí solo puede verse en días muy luminosos, y entrego las planillas al encargado de la Estafeta, que funciona hacia un costado del mostrador del único almacén-boliche, quien luego las envía a lomo de mula hasta un pueblo próximo, al otro lado de un ~~tremendo~~ cerro, que está conectado por caminos con el resto del país, y desde allí mis planillas, ~~primero en ómnibus y después en trenes de recorrido sinuoso~~, ^{un lugar por mula} llegan finalmente a la capital, donde son recibidas para su estudio ~~en el Instituto Meteorológico Nacional, un lugar que nunca vi~~. Desde allí, por el mar, mis datos salen a recorrer el mundo, son repartidos en los grandes observatorios astronómicos, donde ayudan a predecir tormentas y a conocer mejor las costumbres de la Tierra.

Más arriba del Mirador nunca he visto ^{maravillosas} ~~nubes~~, ahí el cielo es azul para siempre. Las nubes están siempre allá abajo; como los cóndores, tienen su propio alcance. Una de las condiciones de la intensidad que digo es poder ver pasar ~~abajo~~ las nubes, que son los misterios más hermosos que conozco. Puedo verlas nacer y volar y perderse. ~~He leído casi todo sobre nubes, y el misterio subsiste.~~ El conocimiento que se tiene de ellas no explica su belleza. No tienen aleteo como los cóndores, su lenguaje está dado por movimientos cambiantes, maravillosas formas que solo duran chispas de tiempo. Las he visto tiritar de frío y también deshacerse en lluvias, y son algo así como la respiración de la intensidad. ^{que aquí tiene la altura?} Aparte de mis bajadas al pueblo, las nubes son, con el aleteo de los cóndores, la única realidad a mi alcance, lo único que se mueve en medio de estas soledades. Me gusta imaginar cómo las ven los de abajo, o cómo ~~las imagina Herberto, el ciego. O cómo eran hace años, cuando esperaba exaltado el día de bajar para enredarme allá abajo con las hembras que he conocido, de las que luego me separó el silencio, que es la verdadera distancia.~~ Debajo de las nubes están las aves de vuelo corto, que viven de migajas y despojos. Para el cóndor, que es libre, las nubes casi no existen, son el polvo del camino. Y ser el polvo del camino de un cóndor es por lo menos una parte de la belle-

Contar que cuando me salvé
3 la nube por la nariz, yo había
Truendo oca.

za de las nubes.

Arboles desombrados

Esta casa, que sin ser una cueva es una prolongación habitable de la roca, tiene una sola habitación de techo abovedado, un establo, ^{un ventanal} ~~una escalera que remata en la torre desde la cual mido los vientos y puedo oír claramente el aleteo de los cóndores, que tienen sus madrigueras entre los peñascos que hay un poco más abajo. Todo es de piedra, salvo los muebles, tallados con hacha, que son de algarrobo o de quebracho, no sé distinguir las maderas. Los vidrios de las ventanas fueron traídos desde el pueblo próximo a lomo de mula, y se dice que se precisaron años para que llegaran sanos, siempre se rompían a pocos metros de la llegada, la parte más escarpada del cerro, por la falta de experiencia de las mulas, animales sumamente cuidadosos, en esta clase de transporte. De modo que estos vidrios, que me permiten ver las nubes sin helarme, puede decirse que no tienen precio y los cuido como a las niñas de mis ojos. Hay también una guitarra, que aprendí a tocar por intuición, un reloj, una radio que nunca funcionó (sólo capta ruidos y palabras extranjeras) y un hogar para el fuego, casi permanente, que alimento con unas raíces enormes, especies de árboles que por no helarse crecen bajo tierra. Están tam-~~

Tensión de las palabras

bién los libros, que amigos que casi no conozco o he olvidado me han enviado para matar el tiempo. En general cuentan historias, reales o ficticias (en los libros da lo mismo), y tengo la sospecha de que es la presencia de esos libros lo que me ha llevado a fijar en palabra escrita estas ^{historias} especies de memorias. Cuando sentí la ^{comenzó} picazón de hacerlo, mandé pedir expresamente una gramática, que tardó casi dos años en llegar, para estudiar la ciencia del lenguaje. Su estudio no me llevó a ninguna parte, contra lo que yo creía; no aprendí nada que ya no supiera de alguna manera, pero debo reconocer que de allí saqué en limpio un gran respeto y a la vez un gran amor por las palabras, con las que mantengo una relación que tranquilamente calificaré de erótica. Así, cada vez que escribo "viento", o cóndor, o lluvia, siento la realidad de la cosa viviente encerrada en un signo, en algo que también tiene, además del sonido, una realidad visual, porque cada palabra es un dibujo diferente. Y existen ^{as algunas} palabras que casi no me atrevo a representar. Por ejemplo, nube; me parece que cualquier signo resulta pobre para ^{ella} un misterio tan hermoso. Ya dije que la explicación de la nube deja intacta su belleza. Además, la palabra nube es demasiado corta para nombrarla, si quitamos la e final, que apenas suena, queda un triste monosílabo, como dice la gramática, cuando la nube, aun la más pequeña, necesitaría por lo menos un tamborileo ^{esta}

que me entrego a Fábula.

Cuando acabe este manuscrito, los muleteros lo llevarán lejos, a otros países, para que nos conozcan y nos ayuden a sobrevivir. Lo más importante por ahora, dice Fábula, es salir del olvido.

Esto lo escribo: lo
acuerdo allí, puede
por Fábula: El no sabe
pero escribir a historia

4 Add: lo escribo arriba, donde hay seguridad
que no llegará a caer.

de sílabas ^{trémulas} ~~tremendamente~~ acústicas, donde cada una, además de su propio
sonido, refractase el sonido de la inmediata y aún de las más lejanas,
dándoles nuevas ondulaciones y caprichos rítmicos. Las palabras, en general,
engendran permanentemente a las cosas permitiéndoles de esa manera subsistir
en el tiempo. Sin palabras, las cosas morirían, los cóndores caerían en mitad
de su vuelo. ~~No soy supersticioso. Me considero un hombre reflexivo y metódi-~~
~~co. Me atrae el misterio, pero procuro explicármelo, siempre que la explicación~~
~~no maltrate su belleza. Sin embargo,~~ cada vez que veo a una de estas aves de
las grandes alturas emprender el vuelo, cuando ya está en pleno vacío, digo
cuidadosamente "cóndor" para que la palabra lo sostenga, además de sus alas.
Y así su vuelo parece más seguro. Los pájaros de abajo, cuando por un azar
o porque los lleva el viento traspasan sus límites y penetran en las grandes
alturas, dejan de cantar, que es como quedarse sin palabras. Y sin canto, sin
palabras, dejan de ser pájaros, son trapos en el vendabal, es una pena verlos
rodar entre los caprichos del viento, caer entre las rocas donde los devoran
las hambrientas hormigas de la montaña. Pájaro, pájaro, les grito viéndolos
caer, pero es que ya no son pájaros, no tienen la palabra, y se entregan si-
lenciosos al festín de las hormigas. Si algún día el hombre se queda ^{sin pa-}
labras, el mundo entero desaparecerá.

Sobre la libertad

Ya dije que de esta casa para arriba hay solo cielo azul. Así como para el
cóndor el inmenso paisaje que ve desde arriba, cerros ^{eructos} ~~tremendos~~ ^{grandes} ~~inmensos~~ valles y ríos tumultuosos, es un descanso para su libertad, la exis-
tencia de ese espacio de azul infinito es el fundamento de la libertad del
hombre. Ese cielo es como una gran palabra que nos sostiene. Desde aquí, en
días serenísimos, sobre todo cuando las nubes cubren el paisaje de abajo en-
teramente, uno puede sentir que pese a todo es específicamente libre, es de-
cir, no hay límite posible. La vida no alcanza para usar la libertad, pero
si uno es capaz de presentirla en su plenitud cualquier trozo de vida, por ^{pequeño}
reflejo ^{de ella}, es vibración de libertad.

Miedo a las estrellas

Y están también las constelaciones, que eructan escandalosamente, se tragan
integralmente la infinitud del azul y no dejan, en la alta noche, ningún espa-
cio libre de su eclosión lumínica. Aquí las estrellas no brillan; cuelgan vo-
lumétricas, frutas a punto de caer. ~~Se que día aquel viejo tango~~
~~que en un trazo hurlón.~~ ^{aprovechando de ella.} Ponen un cerco a la eternidad. Para ellas un cóndor
o un hombre no son ni siquiera una sombra. Ante su desnudez, la vida y la muer-

te carecen de significación. Hoy en día es posible pensar con fundamentos reales en la destrucción de la vida por el hombre. Más que la existencia de armas demenciales y pueblos poderosos que han perdido, en su locura, la noción de vida, es la presencia de estos monstruos lumínicos lo que soporta estos fundamentos: son la evidencia de que estamos solos ante el crimen; de que ya nada ni nadie podrá ayudarnos. Todas las noches, para evitar su presencia y la de mis pensamientos, y sobre todo el miedo, toco la guitarra, ~~la~~ ^{única} pieza que sé, que yo mismo compongo, un aire ~~demencia~~ que no tiene fin, que tiene ^{muchos} ~~ya algo más de mil~~ estrofas, donde hablo de las nubes.

A mis espaldas está el mar. ~~El mar oceano, como dice una cita que hay~~ ^{El mar en los altos cumbreros} en mi vieja Gramática. El formidable Pacífico, un nombre tan pobre que ni siquiera expresa la espuma o el impulso de la más pequeña de ^(su) las olas. No puedo verlo, por la distancia, pero lo presiento, lo siento. En mi espalda hay terminales nerviosas sensibles a sus pulsiones, que me conectan directamente con él, por encima de la cordillera. Los nervios de mi espalda son como ojos. En las noches sin viento, concentrándome, puedo oír a mis espaldas el último tramo de su crispación, de su aleteo, y siento que algo en mi piel se saliniza. ~~Y no lo pongo aquí, entre estos signos, porque tenga una significación especial en las historias que contaré enseguida.~~ Me vino de pronto la alegría de nombrarlo. Más o menos como cuando digo cóndor mientras el cóndor vuela, me da alegría decir mar mientras siento que el mar sucede a mis espaldas. Y esta presencia del mar pese a la distancia es también un momento de la intensidad de la altura. *(fui de la jota)*

La línea divisoria entre la memoria y el olvido

Descendiendo, ^{hacia unas altas.} justo a mitad de camino ~~entre esta especie de casa de los vientos y el pueblo de allá abajo,~~ hay un refugio de piedras ~~constante~~ en ~~tierras de Sarmiento,~~ que es el punto más alto que conocen los arrieros ~~y contrabandistas~~ que habitualmente cruzan la cordillera, ~~cuando el calor de enero hace posible semejante travesía.~~ A unos trecientos metros más arriba del refugio ^{hay unos} ~~casi toda vegetación visible desaparece y comienzan a verse esas~~ hormigas que caminan enfiladas en caminos hechos por ellas mismas con sus pasos sobre la roca viva, durante años que hay que contar por miles, de cuatro dedos de ancho y por lo menos dos de hondo. Es por allí, según mis cálculos, donde comienza esa franja de la altura donde ~~se~~ ^{se} pierde la memoria.

Cuando subí por primera vez, ~~llevando los globos y demás aparatos para me-~~

~~Lo de las mulas no tiene efecto.~~
 Mantenerlo:
 el es uno más

dir los vientos, ~~el viejo Fábulo Vega~~, hablando en un tono recitativo, me recomendó, sin aclararme del todo el asunto, que una vez pasada la altura del refugio tratara de no coquear y que no me preocupara de lo que pasara; la mula sola, por instinto, me llevaría sola a mi destino. Pero justamente ese es el lugar donde más coca se necesita para ayudarlo al corazón y a los pulmones a soportar la puna. Cuando el refugio quedó atrás y abajo y aparecían las primeras hornigas de la piedra, ^{lo único que había en mi memoria} empecé a sentir una disminución de mi peso, como si en vez de montar flotara sobre la mula. El paisaje árido ^{era la mirada profunda de Fábulo y su mandato} de llenó de colores y ^{podía} ver desde muy cerca los grandes ojos húmedos de las vicuñas lejanas que me observaban desde distintas cumbres, separadas por valles hondísimos del lugar donde yo estaba. Enseguida descubrí que no tenía orígenes, que existía desde siempre, y el tiempo, entero, estaba en mí, hacia adelante y hacia atrás. Esto y el no saber quien era sucedió al mismo tiempo. Y me dio risa, una risa hermosa, no saber mi nombre. Ni remotamente se me ocurrió que eso necesitara una explicación. Era una evidencia real y ~~ese~~ bastaba. ~~Y no se trataba de que yo fuera otro. Era el mismo, pero sin memoria, especialmente sin memoria supérflua. En todo caso tenía una memoria nueva, o virgen, para lo que estaba viviendo en esos momentos. Un gran espacio limpio donde daban ganas de poner sonidos. No había sonidos a la mano en mi nueva memoria, y esto quería decir que podía inventarlos a mi manera, sonidos nuevos para espacios totalmente nuevos. Me sentía realmente libre. Entonces di un grito para inaugurar mi libertad, y mi voz ^{devebo su} era nueva, qué timbre hermoso ^{me} tenía flotando por encima de los valles y rebotando contra los ventisqueros. Después se me dio por preguntarme qué hacía yo en esa mula por esas soledades, para qué eran las provisiones y los globos. La cosa no tenía sentido pero me divertía muchísimo, llené de carcajadas esa franja de la memoria, donde el aire es azuloso. Acaricié las crines de la mula, que eran algas marinas, y después miré hacia arriba: el sol, intacto, era un girasol perfecto, dibujado en el cielo por algún pintor gracioso. Me toqué la cara y me sorprendió el tacto con la nariz, los ojos, las sinuosidades solemnes de las orejas. Mi pelo tenía texturas mórbidas, florecía. En ningún momento tuve necesidad de preguntarme quien era yo. Sencillamente me sentía, y lo demás no tenía importancia. Estuve a punto de tirar los globos, que no alcanzaban a contener un sentido, en los precipicios ^{ci} que bordeaba, pero de pronto descubrí que podría inflarlos, si esa necesidad llegaba, y volví a meterlos en la alforja. Cada~~

vez que me pasaba la mano por la cabeza mi pelo era distinto, crecía y florecía, ~~podía entrever un campo de amapolas. Y me sentía inmortal, porque una cosa así jamás puede morir.~~ Había soltado las riendas, la mula seguía su camino, ~~ya a la altura de las nubes más altas. Nunca había sido niño, ni adolescente, ni nada relacionado con la edad. Yo era sólo lo de adentro, puro. Las palabras habían quedado intactas, pero, como el sol, parecían dibujadas, carecían de rigidez, estaban hechas a mano. Y parecían combinadas^{se} ~~sol~~ ^{bell} ~~solas, independientes de mi pensamiento. Si intentaba nombrar lo que veía, decir nieve blanca por ejemplo, me salía cualquier cosa, voces que se podían tocar, el color de los sabores, la quietud de un movimiento. Sí, pero quién soy y adónde voy, empecé a preocuparme, y era que ya estaba saliendo de la franja de la desmemoria, estaba a la altura de los cóndores, casi al pie de la fortaleza que bauticé Mirador de los Vientos.~~ Cuando entré en el recinto ya podía barruntar quién era y a qué iba, prendí fuego, vi preocupado que las ventanas no tenían vidrios, y en ese momento recordé las palabras del Guardahilos, que al entregarme mi nombramiento como medidor de vientos, las planillas y los globos, me dijo: "dentro de un par de días subirán dos hombres a reponer los vidrios rotos". Que llegaron en el tiempo previsto, asustados, preguntándome quiénes eran ellos y qué hacían allí con esos vidrios que traían (rotos, claro), en medio de los cerros. ~~Lo que pasa, les dije, es que ustedes han venido coqueando como locos.~~~~

Después me di cuenta de que había recuperado, tras superar la franja azulosa, sólo una parte de la memoria. ~~Mi nombre, Claudio Vega, estaba elare, aunque sonando como de otro, aunque como algo demasiado nuevo, un sombrero recién comprado que con el uso se adaptará perfectamente a la cabeza, y que dan ganas de tocarlo, tan nuevito, ponérselo medio la deado, inclinando sus alas a la Gardel, mirarse en el espejo. Claudio Vega, nada menos, dije demorando las sílabas mientras me calentaba las manos arrimándolas a esas llamas vírgenes, de una leña de alta montaña (raíces) que llevaba allí no sé cuántos ^{años} ~~años según datos del Guardahilos, del cual conservaba también un recuerdo perfecto, así como de don Fábulo Vega, aunque un poco más desvanecido, sus arrugas y la cara picada de viruela. Mi llegada desde la ciudad al pueblo inmediato anterior, ~~Vinchina~~, donde se acababa el camino y había que seguir en mula, existía pero casi toda borrada. La salida de ^{muñón alto} ~~Vinchina~~ para el ^{puerto} ~~pueblo~~ directamente no existía, no había sucedido nunca. La memoria~~~~

empezaba a mitad de camino, en el calor del cuerpo de la mula entre las
 piernas, su olor, su traqueteo. Yo era ^{alguien} Claudio Vega pero sin conexión con
 nadie. ^{Solo aquella mula de Faludo} Como si me hubieran inventado en el camino. Un hombre ^{por un}
~~maduro, de unos~~
~~cuarenta años más o menos, sin parientes ni infancia, ni lugar de origen. Lo~~
~~cual no me preocupaba demasiado, tenía mi nombre, especie de regalo de Re-~~
~~yes, deshacer el moño cuidadoso, abrir la caja y ver allá dentro, entre pa-~~
~~pales cristalinos y eruyentes, esa cosa nueva, mi nombre, Claudio Vega, her-~~
~~mosísima, perfecta, que en el aire tan limpio de la altura brillaba, en el~~
~~fondo de la caja, como el sol que se refleja en una pompa de jabón. Y mi~~
~~misión, que directamente me parecía una delicia: medir los vientos. Con mi~~
~~nombre recién nacido y el paisaje que me rodeaba no necesitaba nada más. Si~~
~~algún día, por algún motivo desconocido, un padre y una madre llegaban a ha-~~
~~cerse necesarios, para tener comienzo, me bastaría con ensillar la mula y~~
~~bajar hasta la franja, y a medida que la atravesase y me aproximase al re-~~
~~fugio ^(y mi lugar de origen) mis padres irían dibujándose poco a poco otra vez en mi memoria. De~~
~~pués, con el tiempo, ^{Faludo que habla de} descubrí la existencia de un desfiladero por el cual~~
~~era posible bajar o subir eludiendo los efectos de la franja de la desmemo-~~
~~ria (de la desmemoria se llamaba al subir, de la memoria al bajar), pero~~
~~prefería seguir utilizando la vía normal, la de las huellas de las mulas,~~
~~pasando por el corazón de la franja, para poder tener, al regresar, la ale-~~
~~gría del olvido y de mi nombre nuevo, Claudio Vega, que ^{sonaba} suena hermoso, ~~que~~~~
~~es verdad? ^{Fuego, nieve, frutas} No sólo el nombre. También mi cuerpo era nuevo, limpio y como~~
~~recién nacido. Ante el fuego, como si éste fuese un espejo, sentí mi propia~~
~~plenitud. Cada músculo o vena, cada trozo de piel, la curvatura de los huesos~~
~~recónditos, cada latido impulsando ese río ~~crepuscular~~ y tranquilo de la~~
~~sangre, tenían esa vibración ligeramente luminosa que se ve en los campos~~
~~después de las lluvias. Me desnudé para que el fuego hiciera sobre mi cuerpo~~
~~lo que el sol hace sobre los campos mojados. Mi cuerpo, pasado por la nube,~~
~~había sido llovido, y con el fuego despedía un aroma de hierbas, apenas me~~
~~pesaba y sin embarco sentía la tremenda potencia de los músculos. ^{No solo yo soy} Me llamo ^{Soy}~~
~~Claudio, le dije al fuego, a las llamas que cambiaban de forma como las nubes,~~
~~sintiendo que en ese momento existían plenamente tres cosas fundamentales;~~
~~la nieve de las cumbres próximas, las llamas deleitándose en su propio color~~
~~bailando de alegría pura, y yo, o sea ^{un} el cuerpo de Claudio que acababa de na-~~

cer. ~~La avidez de la muerte, pensé, se explica por la hermosura de los~~
~~cuerpos.~~ ^{los cuerpos} Si ~~no fueran tan importantes para lo que es el mundo, la muerte~~
~~no existiría, se perdería en el aburrimiento de la eternidad.~~ Tener un
cuerpo es el mayor de los milagros y el equilibrio más perfecto porque po-
see al mismo tiempo la fragilidad generadora de las nubes y la voluntad de
vuelo de los cóndores. Y me maravillaba descubrir que tam^bbién tenía pensa-
miento, que, sin hacer el más mínimo esfuerzo, estaba pensándome a mí mismo
como un campo llovido o una hierba, sintiendo a la vez que todo eso era una
delicia y que el destino de todo lo creado forzosamente debía desembocaba
en la alegría. Las palabras, las nubes, las lluvias, el vuelo, los aromas,
la risa, los ojos y la maravillosa sangre que nos recorre como un fuego, eran
para mí. Los primeros objetos que recordé, que entraron como naciendo, en mi
memoria virgen, fueron las frutas. ~~Todas las frutas, en su conjunto, entra-~~
~~ron en mi memoria vacía hasta ese momento, y yo sentí claramente que las fru-~~
~~tas habían sido convocadas por mi cuerpo.~~ Y el fuego, en su arditud (palabra
que no figura en mi Gramática), se completó ante mi cuerpo como fuego, se
hizo total y solamente fuego, hubo una correspondencia, un entendimiento
completo entre los dos, él sabía que yo era ^{MI VOZ} ~~Claudio~~ de la misma manera que
yo sabía que él era el Fuego.

A todo esto ^{avanché} ~~ya era noche~~, y el primer globo eólico que ^{observé} coloqué bailoteaba
como si sintiera el frío. A la luz de las llamas, que se desparramaba por
toda la bóveda de piedra y ~~se perdía en el nacimiento de la torre~~, anoté
en la planilla, en el cuadrado ~~de~~ correspondiente a ese día, mi primera ob-
servación sobre la conducta de los vientos. Era una simple raya, con cuaren-
ta y cinco grados de inclinación y de izquierda a derecha según el código
acordado. Una simple rayita a la que sin embargo di, durante el trazo, una
tremenda importancia, como si fuera una palabra.

Amanecí junto al fuego, enormes brasas de raíces andinas que parecían ani-
males vivos. Mi memoria seguía virgen, sin orígenes. Yo era simplemente ~~Clau-~~
~~dio Vega~~, medidor de vientos, en el primer día de mi existencia. ^{Agusar aquí}
^{las ceremonias de la maña-}
^{na, que está al final.}

Burlador de vientos

Por aquí nadie quiere al viento. En la cordillera, puede matar. Hay vientos
asesinos. En la mitología de don Fábulo, es un personaje horroroso. Yo lo
respeto por la palabra que lo representa, que es realmente hermosa. Viento,
dos tiempos perfectos, contrapesados como en la música. No se merece la pala-

bra que tiene. Es un ^{Jaquon} puma invisible, y su resuello penetra las cosas y las llena de nostalgia. El pueblo de abajo, empecinado en vivir, es un desafío al viento. Y el viento se desespera. Cada niño que nace le quita un espacio más al viento, que antes de la vida era aquí el dueño de todo. Con cada primer vagido de niño que nace, el viento gime en la cordillera. Y esto es un buen signo, significa que el niño vivirá porque ha merecido una respuesta rencorosa del viento.

El viento de estas zonas tiene voces diferentes. Hay una que es permanente, un mascullar para adentro, como si rumiara su crueldad, y que es su presencia misma. A este mascullar se suma, de forma casi permanente aunque con breves descansos nocturnos, un zumbido alevoso de amenaza, entremezclado a un discutir ligero, casi musical, con el que disimula su ~~condición de puma~~ rencoroso. He visto llamas y vicuñas, cabras y guanacos completamente enventecidos. Atraídos por esos disimulos, se quedan horas quietos en lo alto escuchando, sin saber que el viento se les está metiendo adentro. La cabra enventecida, por ejemplo, no obedece al perro pastor a la hora del regreso. Se queda sola sobre la más alta de las piedras, hipnotizada por el viento. El perro ladra desesperado, llamándola, hasta que comprende y la abandona, regresa al valle con el rebaño. La cabra permanece toda la noche en ese estado hipnótico y regresa a la mañana siguiente, a contracamino del rebaño que sube, y, si no se despeña en los abismos, a los pocos días muere de tristeza y termina en las garras de las águilas. Y no hay cosa más triste en este mundo que una vicuña errante habitada por el viento.

Esas voces le sirven para ir acumulando furias. Cuando ha creído juntar las necesarias para arrasar el pueblo, arremete. Y allá vuelan los techos, galpones ^{desgajados} enteritos, las chapas de zinc como enormes ^{yiles} ~~guilletes~~ cortando por el aire, descogotando animales y personas. ~~La memoria de Fábulo Vega registra por lo menos seis reconstrucciones del pueblo en menos de un siglo.~~ Arremete con su voz más violenta, alarido desquiciado, que tarda muchos años en juntar en el fondo de su garganta cavernosa. Las más de las veces, es decir, permanentemente, la voz va subiendo buscando esos registros tan difíciles, respira agitado procurando, sin conseguirlo, entrar en el círculo del furor, luego va mermando entre rezongos hasta que se calla. Entonces no se mueven los maizales, no se oye un solo crujido de una madera o de una chapa, y el pueblo descansa finalmente. Es cuando las parejas que temen al viento por

superstición aprovechan para hacer el amor. María, se ha dormido el viento. Y cada vez que el viento duerme, la vida da otro paso.

Otra de las costumbres malignas de este viento es mantener desolada la parte llana de la zona. Las pocas veces que aparece por allí una nube de agua la gente recibe una alegría cósmica, puede llover dice la gente y siente ganas de vestirse de fiesta para ver acercarse la nube con su carga de agua perfumada. Los animales salen de sus cuevas y tratan de levantar los ojos para ver el prodigio, sus pieles se estremecen ante la proximidad del agua que llega, como un regalo, de las lejanas pampas húmedas. La nube se detiene y ^(en) las aldeas la gente se arremolina preparándose para ver el formidable espectáculo de la lluvia. Los de oído más agudo lo oyen zumbiar cuando todavía está lejos, ya está aquí ese maldito, dicen, y se meten en sus chozas, calcinadas. Los más esperanzados no lo creen y esperan todavía, hasta que ven pasar los objetos voladores que va arrastrando en su furia, pajas deshilachadas, plumas de cóndores, la ropa desteñida de un espantapájaros, alguna gallina desprevenida que se deshace como un trapo. La nube empieza a moverse como un tren que parte, y deja escapar algunas gotas antes de que el viento se la lleve y, pasándola por encima de la cordillera, vuelque su tremenda carga de agua en el mar, que no la necesita. Los niños, habituados al paso de estas nubes como a un tren de los domingos, le hacen señas de adiós hasta que desaparece.

A mitad de camino entre esta cumbre y el pueblo de abajo está el refugio donde pasan la noche los arrieros antes de internarse en la cordillera. Tiene la forma espiralada de un ^{cerroco redondo} ~~nido de hornero (un pájaro inexistente en esta zona)~~, de forma tal que es imposible que penetre el viento. El viento gasta una buena parte de sus energías zumbando sin parar alrededor de ese refugio, desde hace siglos. La lucha es permanente, viento contra piedra. O mejor, es la piedra contra el viento. Y durará milenios, zumbido contra el silencio de la piedra. En términos de roca y de viento, la historia entre ellos acaba de empezar. En una eternidad, acaso el viento pueda gastar a la piedra; pero habrá que ver qué quedará entonces del viento. Por la forma circular del refugio, el viento no lo puede golpear de frente, como a la nube; se resbala en sus curvas, y el impulso lo lleva casi hasta el pie del cerro próximo, que está a seis horas de mula, y desde allí vuelve enloquecido y embiste otra vez sin poder tocarlo, lo roza apenas y resbala. Por eso zumba. De pura ira, envuelto en su rencor. Y jamás podrá entrar por la abertura; apenas asomarse y resbalar para retroceder,

de la misma manera que no puede meterse la mano en un nido de hornero sin romperlo: la curva es más pequeña que la mano, el refugio es más pequeño que el viento.

algunas veces cuando
 Cada vez que bajo me meto en el refugio, no porque necesite protegerme. Oigo el zumbido desde adentro y me río. Está loco, digo burlándome, divertidísimo. Loco de atar, le digo, le grito. Y él zumba, se enronquece en las piedras salientes más grandes y de canto vivo, se agudiza en las más pequeñas sin poder pasar del umbral. El quisiera llevarse todo al mar, el refugio, la mula y yo, a mí, como si fuéramos una nube de lluvia. Llevarnos en un solo ronquido desde allí hasta el Pacífico, paseándonos antes por encima de las nieves que nunca se deslían. Y lo dejo que brame en su música furiosa, que es su voz, porque me encanta oír la voz del mismo viento que llevo encerrado en mis planillas, sus costumbres y caprichos, la repetición cíclica de sus impulsos, todo reducido a unas rayas que son el comienzo de un lenguaje, del suyo, que una vez conocido nos permitirá conducirlo a nuestro antojo, desviarlo de las nubes cargadas de agua, dejarlo que resbale solo en su locura hacia el Pacífico, que deje con nosotros a la nube ubre, la nube (no la contiene la Gramática) que se abrirá sobre las pampas secas. Millones de rayas de diversa inclinación en las planillas, para entender su zumbido. Separar el sonido de la furia. Domesticarlo para que deje en paz a nuestras nubes, darle un destino de aspas de molino. Por ahora que brame todo lo que quiera, digo saliendo del refugio, y lo dejo allí, solo, rabioso, dando vueltas inútiles alrededor del caracol de piedras, me voy llevándome una parte de sus secretos en la alforja, encerrado en unas rayas que permitirán a los estudiosos del otro lado del mar conocer las costumbres de estos vientos sin necesidad de oír sus inútiles bramidos.

desde aquí

Contar

Y ahora que un poco por necesidad pero sobre todo por puro deleite he descrito el lugar donde vivo como quien va templando las palabras lo mismo que un instrumento, se va acercando, peligroso y exultante, el momento de contar la historia del pueblo de allá abajo, que es un poco la historia de todos estos pueblos, tan alejados del mundo conocido, no por la distancia, que sería lo de menos, sino por el olvido y el silencio, que son las verdaderas dimensiones de la distancia.

Ayer escribí de una sentada todo lo anterior, y esta mañana, es decir ahora mismo, siento que las palabras siguen calentitas, bien afinadas y como invi-

Alá abajo mientras tanto, esto sucediendo donde parece
unos días, una terrible calamidad que no quisiera mencionar
más,

tándome a contar. El sol se levanta, el único ruido que hay aquí dentro es el de la crepitación del fuego. ~~Sobre la mesa de algarrobo al lado de la ventana, casi pegada a los vidrios que dan a una gran profundidad y a las nubes lejanas, hay una resma de papel veteado como con unas manechas de agua transparentes, junto al diccionario y la Gramática. En el arcón hay más papel, plumas de varios tipos y botellas de tinta, y todo eso es extranjero, es decir, llegó aquí a lomo de mula por la cordillera, y estaba allí antes de que llegara yo.~~ Son un poco como las huellas de mi antecesor en este lugar, de quien además hay otros indicios: unos botines rellenos de papel, un yesquero y pocas cosas más. El arcón es el único mueble no tallado con hachas, tiene herrajes y adornos, pertenece a otro país y para llegar aquí debió cruzar el mar. Huele a yodo y salitre, todavía hay humedad en sus maderas.

Tengo una letra inclinada, óvalos que conservan sus ejes, como las rayas de medir el viento. Me cuesta un poco mantener esa uniformidad, acaso porque es una letra nueva la que tengo, diferente, ^{segunda} a la que tenía antes de cruzar la franja de la desmemoria, donde perdí casi todo lo que se refería a mí, acaso para poder recibir dignamente y en plenitud de percepción las historias atesoradas por don Fábulo Vega. Me gusta mi letra, hago los trazos con delectación porque la siento hermosa. Cuando advierto que he cometido algún error grueso, previa consulta a la Gramática o al diccionario, no tacho la palabra equivocada: la envuelvo en un círculo de tinta para aislarla y saber que está excluida y debo sustituirla por otra, pero que puede servir para otra vez. Respeto su existencia. Tacharla me parece una inútil violencia sobre algo tan maravilloso como es una palabra. Aunque cada palabra se repite infinitamente a sí misma, millones de hojas superpuestas hasta el infinito con la misma cosa, el mismo trazo, ocupando un espacio sin límites porque es un espacio de la memoria, no se la debe eliminar porque esa ~~hoja~~ ^{palabra} aparentemente repetida, no es exactamente igual que la anterior ni la que le sigue, aunque idéntica, porque es una palabra-hoja que contribuye a la existencia de esa infinitud, es un momento de ella.

Después está el espacio del papel, que es como el cuerpo que uno va a acariciar con las palabras. Es como si sintiera frío y uno entonces lo abrigara con los trazos. El papel tiene blancura y espacio, que son dos cosas diferentes. Usa el espacio para sostenerse y existir; la blancura, para darse. Pero al darle la blancura te da todo, y entonces pasa a formar parte de las palabras, constituye el silencio donde éstas se apoyan. Y por eso cada papel debe ser tratado como si fuera una palabra. Especialmente porque el papel es el único lugar ~~del~~

~~mundo~~ donde las palabras pueden ser tocadas, donde, partiendo del sonido, alcanzan la región de lo visual y de lo táctil, y se aproximan al dibujo, que acaso sea su aspiración más lejana. Sin olvidarse de la tinta, que es como el hueso alrededor del cual se forman las palabras al salir de la memoria y del sonido para ocupar un espacio ya físico en el mundo de lo palpable. Y estas ~~de-~~ ~~talles,~~ aparentemente sin importancia, son los que más hay que tener en cuenta a la hora de contar una historia, para que cada cosa que uno ponga tenga su pretexto y fundamento, su motivo para existir.

Contar es, ante todo, un placer sostenido. ~~En las historias que leí, siempre traté de rastrear el placer sentido por el que la escribí, presente en toda escritura sincera.~~ El placer de un paseo por las alturas del lenguaje. Hay quienes lo hacen elegantemente, de chaleco, sombrero y bastón, como exhibiéndose, sin gozar el paisaje ni detenerse en los detalles del camino, que suelen ser lo que uno mejor recuerda del paseo; hay quienes se deslizan maravillosamente, como volando, y otros que ascienden o descienden penosamente, maltratando palabras, perturbando sonidos, que escriben como brama el viento, es decir, como con rencor, no como la nieve que se desliza naturalmente y sin estridencias inútiles, a medida que la calienta el sol. A mí me gustaría contar como quien se asoma a la ventana para ver pasar las nubes, allá abajo. Sobre todo porque sé mirar las nubes, que no es fácil; de lo contrario ni siquiera me hubiera atrevido a mencionarlas. Para poder contar hay que saber mirar. Y a la vida hay que tratar de mirarla con placer, no sólo para contarla sino para vivirla. Y la vida necesita que la vivan y también que la cuenten, ^{pero olvidarla} haciendo de todo ello un motivo de placer o alegría, ~~único punto confiable en el que nos tocamos con la naturaleza, de la que, estoy convencido, no formamos parte, aunque estemos hechos de las mismas sustancias.~~

Contar como se debe era lo que hacía el viejo Fábulo, con imágenes y palabras al mismo tiempo, con esos muñecos hechos por él mismo, copiando los rostros de vivos y de muertos. Allí el papel donde se inscribían las palabras era el color y el movimiento, la vida que volvían a tener las personas en los muñecos de don Fábulo. Por qué, si no, la gente no creía enteramente lo que sucedía o había sucedido hasta no verlo representado por los muñecos de ese viejo medio loco y medio sabio al mismo tiempo.

Cada persona, por el hecho de haber nacido, tenía derecho a ser representada por un muñeco de don Fábulo, autor, a su modo, de una réplica del mundo. Y cada persona que significó algo en la vida del pueblo tuvo su correspondiente muñeco-

co. Por ellos pude conocer a los habitantes, vivos o muertos, del lugar. Y lo mío es poner ahora en palabras el mundo reconstruido por don Fábulo. Yo mido los vientos. El medía a las personas, o sea el tiempo, puesto que los seres vivientes son sus encarnaciones visibles. El viejo, mentor ^{de} estas historias, pasará ahora en mis palabras a formar parte de ellas. Y acaso yo las escriba para convertirme también en una historia suya, aunque ^{él} nunca haya hecho mi muñeco.

La historia de ese pueblo me pesa en la memoria y siento la necesidad de descargarla, de la misma manera que una nube descarga su agua, antes de que el viento me lleve hacia el Pacífico por encima de la cordillera y arroje mi contenido donde no hace falta. Es una historia vulgar, claro, como la de cualquier otro pueblo, porque los hombres y los cóndores hacen siempre las mismas cosas, estén donde estén; pero bueno, es la suya, y merece recordarse. De paso, me servirá para ir en busca de mi propia memoria perdida que, una vez pasada aquella franja, nunca logré recuperar íntegramente. Dicen que me crié en ese pueblo y que en una de esas hasta puedo ser un hijo de don Fábulo. Pero a mí no me consta y él nunca me lo dijo. Don Fábulo tenía muchos hijos desparramados por los pueblos adonde iba con sus títeres. ~~Tengo su mismo apellido, pero en el pueblo de aquí abajo la mayoría de la gente es Vega. Y Fábulo Vega, en cierto modo era el padre de todos, desde que era él quien hacía los muñecos y les daba vida con sus palabras y el movimiento de sus manos, ayudado por las diferentes mujeres que lo acompañaron, que serían mis madres, puesto a creer que me engendrara Fábulo.~~

Y bueno, esto es todo lo que sé de mí. Lo demás, como ya dije, lo he olvidado; pero ya se sabe que la memoria también está hecha de olvidos. Y si hablé de mí ^(es) porque antes de lanzarme a navegar en la memoria de otro quería saber quién era, y con la intención de tantearme a mí mismo, junto con las palabras, para **alcanzar** la temperatura necesaria y poner en su justo tono el mundo que habitaba la memoria de Fábulo Vega en ese pueblo del final del mundo, ayudando de este modo a ^{protegerlo} ~~salvarlo~~ del olvido.

II

MINAS ALTAS

(31)

ojo: no mencionar lo de los titeres hasta que quede
abajo, cuando se encuentra con Fábulo.

II

apenas lo del
cañón y la
canchada final.
Tener el apuro
lo bueno

Fugacidad de la extensión

Más allá del refugio hay ~~todavía algunos~~ cerros, bajos si se los mira desde arriba,
y para el que los contempla desde abajo una ^(clara) pura desmesura. Allí los ríos recién na-
cidos se unen para despeñarse juntos en forma de torrentes, fecundan algunos valles
muy pequeños y se pierden luego en los salitrales. Cerca de los nacimientos está el
desvío que conduce al ^{M. Alto} pueblo, una pendiente frecuentada por vicuñas y guanacos, que
bajan a beber. A unos pasos del desvío la mula, ansiosa por llegar, inicia su propia
marcha, ajena a las señales de las riendas, justo donde es posible divisar durante
un instante la extensión ~~tremenda~~ ^{violenta} de los llanos, ~~seatro donde sucedieron las guerras,~~
y las grandes salinas, especie de mar afantasmado según un muñeco de don Fábulo, que
por la noche, al entrar en contacto con las constelaciones y la luna, parece vibrar
en impulsos de mareas invisibles donde los peces muertos en otras edades, converti-
dos en polvo de sal por los milenios, reproducen ante la luz lunar el brillo de sus
escamas. Cuando uno se prepara para bajar al pueblo, ya está pensando en ese chis-
pazo del paisaje, que es la alegría del viaje. Alegría brevísima porque la mula, en
plena pendiente y en su propia marcha, jamás se detendría allí; y la inmensidad
entrevista desaparece tras un cerro. Es como una alegría viva que durara unos se-
gundos, y sus efectos, lo que en la boca alcanza a mantenerse el sabor de una fruta.

Escritura por goteo

D = pasos largos
L = words

Releo lo escrito hasta ahora y veo que mi relato avanza a trancos cortos, como
si cada momento que inscribo en el papel fuese una pausa del aliento largo que se
necesita para contar lo que contenía la memoria de ~~don~~ Fábulo. Y sobre esto tengo
un par de cosas que decir antes de seguir adelante.

El primer texto que escribí (aunque después puse la hoja en otro orden) fue el
de la libertad, que consta de unas pocas líneas pero me pareció larguísimo debido
a que, probando escrituras donde fuese posible asistir al instante mismo del alum-
bramiento de las palabras, escribí ese párrafo con jugo de limón (zumo, prefiere mi
Gramática española). Cuando uno usa jugo de limón en vez de tinta no puede ver lo
que está escribiendo, sobre el papel es un líquido invisible. Esto obliga a trazar
las letras con mucho cuidado y lentitud. Uno cree haber escrito diez páginas y ape-
nas son diez líneas. Y esa situación es lo que me impuso, de entrada, este ritmo
de trancos cortos. Acabada la escritura arrimé el papel al fuego y pude ver cómo,

Dejar que sean solo de la Céfira

ante el

con el calor, las palabras afloraban de a poco como el sudor de la vertiente hasta convertirse en agua, y que tenían el color del limón cuando madura.

Aparte de eso debo decir que con la tinta me limita la carga de la pluma imponiéndome un ritmo parecido al del limón. Me gusta escribir sobre cada cosa de un tirón solo, hasta que se acaba la gota, sin tener que volver a mojar la pluma (salvo casos muy necesarios) ~~que seguramente llegarán~~. Uno ve cómo va debilitándose la intensidad del trazo y ya empieza a cerrar el concepto. Es excitante y produce alegría saber que cuando volvamos a mojar la pluma será para abordar un nuevo tema, cada idea en su gota de tinta. La escritura por goteo me permite además salir del relato en cualquier momento sin interrumpirlo, levantarme y correr hacia la ventana como movido por alguna urgencia, y asomarme a mirar las nubes, ~~papando moseas simplemente. Son los momentos más hermosos y fecundos de la mal llamada inspiración.~~

Intrusión de luces

de los espejos
El mensaje es: volver por el camino, no por la franja.

Mi obligación era bajar cada treinta días y entregar las planillas del viento al encargado de la Estafeta, pero parece que al principio me olvidaba de bajar, embelesado como estaba con mi nombre sonando a nuevo y mi existencia flamante. Además de desnudarme ante el fuego como si éste fuese un espejo, me dediqué a jugar con mis sentidos. La vista y el oído se me agudizaron hasta espeluznarme de placer. Podía ver las grietas de una roca lejana y saber si las patas de chelcos o lagartas rozaban piedras o arenisca, por simple diferencia de calidad de ruido.

La altura tiene un ruido. Es lo que queda cuando no sopla el viento. Un ruido de fluir. De fluir qué, no lo sé exactamente. Acaso el fluir puro, él mismo, sin objeto. La materia, como si respirara. Ruido de altura o de silencio, no lo sé bien. Ruido o fluir de la permanencia, o de una presencia. Como el paso de la tierra por el espacio, aligerado por las latitudes. O el tiempo. O el ruido de la presencia de uno mismo, sobre todo si uno es nuevo como yo lo sentía. Algo que está por caer y, en el límite entre la quietud y el movimiento, entre el silencio y el sonido, emite un soplo como aviso. Ruido que no era el de mis nervios en tensión de vida que permanece. No era, entonces, el ruido de mi presencia. Acaso el ruido que hace el conjunto de los seres vivos, perceptible en esas alturas del planeta. Un ruido que se oculta en el espacio que hay entre el silencio absoluto y el primer sonido que le saco a mi guitarra cada vez que la pulso, un sonido cuyas concavidades íntimas y últimas puede percibir mi oído agudizado. En la música de mi guitarra, el silencio que hay entre las notas es simple preparación del sonido siguiente, deduje tratando de explicarme el ruido de la altura. Y ese silencio suena de alguna manera, es una

parte viviente de la música, su respiración. Si uno, en vez de las notas, sumara esos silencios, ellos evocarían el lugar del sonido ausente y percibiríamos espacios rítmicos. Entonces estaba claro que aquel ruido que percibía era el ritmo de la altura. Esta conclusión me conformó y dejé de pensar en el asunto, me dediqué a gozarlo. De noche utilizaba la percepción de ese ritmo para dormirme en plenitud. Sólo necesitaba una pequeña concentración para escucharlo, y casi en el mismo instante de la percepción llegaba el sueño, y sin rodeos ni vacilaciones me envolvía con eso y protegía mi ser nuevo en sus espacios desconocidos y seguros, que no pueden ser otra cosa que semejanzas de la altura.

Estaba entregado a esos placeres nuevos cuando el encargado de la Estafeta, cansado de esperarme, mandó que me hicieran señales con espejos para recordarme mis obligaciones. Las luces de los espejos, inquietas y como perdidas, interrumpieron la percepción del ruido de la altura en su mejor momento. Las vi relumbrar en los picachos donde viven los cóndores y de mala gana ordené las planillas dispersas y ensillé la mula. Iba contándolas por el camino. Eran noventa y nueve. Claudio Vega, cuyo nombre ^{antes de salir} dejé escrito con jugo de limón cerca del fuego, estaba en la víspera de cumplir cien días. Como nuevo.

En vez de llamado de espejo, que quedaron para la Céfira cuenta las planillas.

Homenaje a la gota de tinta

Hola gota ~~x~~ forma perfecta del líquido que por divertirse es forma propia sin recipiente ni copia alguna gota por sí misma con el peso máximo para ser gota y el mínimo para no derramarse salvo cuando tiene que ayudar a la lluvia que es como tener muchos hijitos de gota que se ocupan en distraer la luz gota goteo goterones nombres de danzas tenemos que ir todos a bailar goterones para brincar a gusto pero la gota de tinta es tan seria una gota erudita y poliglota y se hace gota no para bailar porque está muy ocupada conteniendo un pensamiento o simplemente el nombre de una gota o palabras sueltas como éstas que sólo quieren salir de la gota para jugar o mejor dicho es la gota quien juega valiéndose de las palabras que contiene y como las tiene a todas las deja salir sin ningún cálculo ceñudo y entonces la gota dice cualquier cosa avispa tímpano jugo o pirueta que se combinan solas a su antojo el tímpano de jugo se avispa en la pirueta o la pirueta timpaneando juega con su avispa lo que quiera uno y también lo que no quiere sale del fondo de esta gota que salgan las avispas unas tras otras del tímpano en piruetas de la gota y aprovechen niños la última luz del día que ya va a oscurecer y habrá que entrar porque hace frío se pone el sol la gota se debilita va a desaparecer se apaga el tímpano duermen las piruetas ya no se ven los trazos y adiós gota preciosa hubiera sido lindo que ~~x~~ ~~x~~

*Modifico: tiene orden
de volver por el atajo, esto
lo recuerda y se lo dicen
insistentemente los espejos*

El aire se azuló como para oscurecerse en plena mañana y entonces me acordé de la existencia de la franja de la memoria. Paré el animal justo al borde (sus remos delanteros casi sumergidos en la azulosidad) y me entró la tentación de eludir como fuera aquella franja y olvidarme para siempre de lo que había sido. Para lo que recordaba de la vida en los pueblos de abajo, era mejor ser como un globo al viento. En la dirección opuesta al camino de huellas que se iniciaba en el desvío y conducía al pueblo, el aire volvía a ser transparente, como un hueco claro que atravesaba a la franja espesa. Un atajo para volver, pero sin recuperar la memoria. Volver apenas con lo puesto, es decir ^(con) las nociones nuevas, en puros balbuceos. Haber salido hombre y volver niño, aunque allá, al otro lado de la franja, tuviese una infancia de repuesto. Podía hacerlo: de este lado de la franja era completamente libre; del otro, vaya uno a saberlo.

Bordeando la franja me acerqué al atajo. No había huellas ni senderos, nadie lo había transitado, ni siquiera los guanacos, y parecía peligroso. Me adentré un poco sin sentir ningún efecto de recuperación de la memoria de mí, o de mi memoria anterior. Descubriendo lo que era la cobardía, y palpándola, volví a subir y me planté otra vez junto al borde de la franja. Que lo decidiera el animal. Solté las riendas a ver si tomaba un camino por su propia cuenta, pero la mula siguió clavada al suelo pedregoso, de vez en cuando movía una oreja como espantando una mosca inexistente. Me sentí observado desde atrás, como cuando percibía el mar a mis espaldas. Era un grupo de vicuñas, que me miraban asustadas (es su manera de mirar), sin duda sin problemas de memorias. Seguramente ellas podían moverse libremente por la franja o por el atajo, para ellas todo ^{eso} aquello era simplemente una montaña.

Si la mula quiere bajar, que baje, y si quiere volver que vuelva, o que haga lo que se le dé la gana, yo no pienso hacer nada, dije en voz alta porque necesitaba oír algo, y como dirigiéndome a las vicuñas, que no se movían de su sitio; y vi pasar hacia el Mirador, como relámpagos, las luces de los espejos, con el ritmo ^{alto} conocido: baje urgente.

Preocupado más por mi cobardía que por las palabras cifradas que desde abajo soltaban los espejos, me di cuenta de que el miedo a bajar por el atajo recuperando mi otra memoria tenía su origen en la figura desdibujada que mantenía de don Fábulo Vega, su piel oscura picada de viruela, los ojos claros bajo el ala de su sombrero. Nada tenía que ver don Vega con mi nombramiento y mi trabajo, pero los mensajes de los espejos parecían más suyos que del encargado de la Estafeta, como si Vega fuese allí el dueño de todo. Fábulo Vega era en ese momento para mí una figura late-

ral, alguien que iba de paso por allí y se enteró casualmente del asunto de mi subida al cerro para hacerme cargo del puesto vacante, y entonces, como curioso, hizo aquella observación de que tuviera cuidado y tratara de no coquear cuando pasara más allá de la altura del refugio. Sin embargo a su lado el encargado de la Estafeta, que era mi jefe, se desdibujaba totalmente y no podía representarme su cara, apenas recordaba su existencia, como si perteneciera a esa parte de mí que había olvidado. Sentí, como una verdad incuestionable, que el mensaje de los espejos provenía de Fábulo Vega, que empezaba, en ese punto inferior de la altura, a ocupar con su figura desdibujada pero persistente los espacios vírgenes de mi nueva memoria, que yo reservaba exclusivamente para mi libertad. Creo que fue en esos momentos cuando sentí por primera vez que las acciones de las personas perturban la belleza del mundo y son como un ruido molesto que altera el transcurrir de la nube, la paciencia de los astros nocturnos, la presencia del mar que tengo a mis espaldas y el silencioso vuelo de los cóndores.

Me quedaba la posibilidad de desobedecer, volver al Mirador e incluso escalar más arriba, hasta el lugar desde el cual es posible ver el mar océano, vivir allí como los animales de la altura entregado enteramente a la construcción de mí mismo, al gozo de la belleza sin interrumpirla. La persistencia de Fábulo, que era en el fondo el verdadero mensaje de los espejos, seguramente me conectaba con una red de prisiones sucesivas que me esperaban en mi memoria olvidada, a lo mejor allá abajo tenía una mujer, hijos famélicos y muertos a recordar. Pero qué, si no me acordaba de nada. Y si había hijos, la paternidad en el pueblo no correspondía estrictamente al engendrador sino a quien podía suministrarles leche. Dispuesto a averiguarlo para que ninguna sospecha influyera en mi decisión, azucé a la mula y me introdujo un poco en la franja, ^{para} tantear lo que había sido y ver si valía la pena, pero no me gustó el zumbido que en el acto se me metió en la cabeza, y salí como el que retira un pie del agua.

Pero el torpe animal resbaló y me introdujo rodando hacia abajo varios metros en lo que debía ser mi infancia, según me sorprendí hablando como el personaje de una historietita que recordé al cirme, un chico panzón y tonto de la Patagonia, cadamba cómo se me pone la cabeza cuando ento en la fanja atul achul azul y me info como un gobo y voy a deventad pum hate el gobo y la mula fota sobe las piedras vo vuvu vuvuvuela la mula la cabeza infada como gobo para el viento y nene chiqui chiquitito no zabe infá gobo ni montad la mula pobe nene se cae nene lloda mamá mamá nenito pum se cae al susu suelo y se ensucia la dopa y mamá hate chas chas a

Possibilidades: que el que ama sepa todo desde el comienzo y solo lo revela de a poco. Sale que es el camino para lo suelto.

pobe nene chiquitito entonche mejod vuvu vuelvo pada adiba ade mula ade pada adiba o nene hate pumba con la panza a mula mala pobetito nene, y menos mal que la mula me obedece o entiende aquel lenguaje la maldita quien lo sabe y me lleva otra vez al aire puro y sin pensarlo más desciendo por el atajo.

Sombras dulces de muchachas

y las ruinas de las ruinas abate la ruina, esto lo traen las ruinas en eldo,

Cuando divisé los techos ~~de los grandes galpones de las minas abandonadas~~ supe que la única realidad que para mí tenía aquella aldea era la de un sueño. Lo más hermoso que me dio la desmemoria fue poder volver a lo soñado y que lo soñado fuese real.

Lentísimamente en el aire y ya bajo las nubes fue corporizándose aquello. Lo primero que vi moverse fue una paloma, y lo primero que oí unos martillazos sobre el yunque ~~en la herrería~~. En mi memoria virgen cada volumen era nuevo, estaba como recién nacido. Apenas un hilo de memoria me comunicaba con el pueblo de ~~tres meses~~ atrás, el mismo conducto, seguro, que nos permite recordar lo que soñamos. También por ese hilo me llegó el dato de que todo allí se conectaba con Fábulo Vega, y era como su peso.

El pueblo tiene el nombre que uno quiera darle. Sus pobladores se burlan y se divierten nombrándolo de formas diferentes, y todos entienden; además están convencidos de que ese pueblo no necesita ningún nombre, lo consideran único. Parece que una vez su nombre oficial fue Minas, o Las minas, pero la gente de la parte alta, casi tapada por las nubes bajas, (gente distraída y algo desmemoriada) lo llama El bajo; y los de El bajo, siempre libre de nubes, donde predominan los Vega, lo designan El alto. Puede llamarse también El repecho, Los mirasoles o El tropezón; y también Peor es nada. Los que no quieren ironizar ni meterse en esos juegos dicen directamente El pueblo. En todo caso, lo mejor será atenerse a como lo llamaba Fábulo: Minas altas, que parece su nombre primitivo cuando empezó a formarse alrededor de las minas que explotaban los ingleses, y con el que llegó a figurar en algún mapa de la región.

No describir ahora el pueblo: se ve cuando se ven

Minas altas es una sola calle honda de cuatro kilómetros de largo con una fila de casas a cada lado, separadas unas de otras por cercos de girasoles. La calle es honda de verdad, unos tres metros bajo el nivel de las casas, y es recomendable recorrerla a caballo y con cuidado de no andar tropezando las piedras y montones de arena que contiene. Así cuando uno va paseando por la calle y la gente se asoma desde los jardines que acaban en el borde, a ver quién pasa, hay que saludar hacia

arriba. Y en los saludos es posible ver cómo blanquean las piernas de unas muchachas enormes y hermosas que se asoman canturreando.

En general el pueblo parece el dibujo de un enorme gusano amarillo trepando por la montaña, con la cabeza al pie de las nubes y la cola perdida en peñascales. Cada casa es un capricho de forma, con flores de girasol que parecen hechas de papel. La calle en realidad es una simulación del río, que comparte su lecho con ella. Un río seco y malintencionado que crece una vez por año arrastrando víboras y troncos, restos de instalaciones de minas abandonadas y piedras de colores que los pobladores utilizan para construir o ampliar sus casas. ~~No hay iglesia ni comisaría ni nada de esas cosas, ni siquiera escuela, aunque los niños, antes de los tres años, leen maravillosamente los variados libros de todo tipo que traen los viajeros, y así sus conocimientos son muy diversificados y se orientan en todos los sentidos. Los pobladores de la parte baja son muy diestros en el arte de lanzar el lazo, de tanto enlazar los animales aún vivos que traen las crecientes. Los de la parte alta son matemáticos por intuición y astrónomos por naturaleza, debido a que por la altura están más cerca de los astros. Los relojes biológicos coinciden exactamente con sus cálculos del tiempo, están familiarizados con los interminables viajes de los cometas y predicen los eclipses. Aunque hablan un castellano que mi polvorienta Gramática envidiaría, se niegan a escribir por temor a que se gasten las palabras. Para cumplir con los trámites legales que exige un lejano gobierno capitalino que los controla a miles de kilómetros, se trasladan en mula al pueblo próximo, al otro lado de un cerro, donde por ser cabecera de distrito hay un correo, sala de primeros auxilios y una oficina donde legalizar los matrimonios y anotar a los niños que nacen, un comisario y los presos que por definición le corresponden.~~

Enderecé la mula por la larga avenida y empecé a saludar. "Miren, ha vuelto Claudio Vega, qué flaquito está el pobre", decían las muchachas asomándose, y yo saludaba hacia arriba y las miraba, me paseaba a la sombra de sus piernas florecidas entre los girasoles.

→ Que Vega le pregunta si
se acuerda del pueblo, y
¿dice esto

N. Vega ocupa su cuerpo

Llegando al pueblo entraron en mi memoria unas existencias sin presencia, no podía visualizarlas. Eran sombras sin nombre posible que se movían, sin asomarse, en un espacio oculto. Se movían en un sueño donde uno no puede ver pero oye los pasos. ~~Si hubiera desandado la franja, esas sombras serían ahora los habitantes del pueblo, con caras y nombres conocidos. Menos mal que en cuanto yo las veía se desencantaban, ocupaban un cuerpo y se visibilizaban, aunque no podía reconocerlas ni saber sus nombres. Como poniendo boca arriba las cartas de un naipe iba divisando personas, podía ver las figuras aunque sin reconocer el nombre o el valor de la carta. Eran unas figuras realmente hermosas, recién pintadas y sin uso, y tan suaves al tacto que se resbalaban de las manos. Una baraja que tendría unas mil cartas por lo bajo, desparramadas a lo largo de los cuatro kilómetros del cauce de la calle única.~~

Una de las primeras sombras que se corporizó me saludó familiarmente y cuando se me acercó queriéndome abrazar le esquivé el cuerpo. No recordaba haberlo visto nunca, ni siquiera en el sueño que el pueblo era para mí. Estaba esperándome al pie de la escalinata que unía ^{ese} lo alto de su casa con lo bajo de la calle río, sosteniendo las riendas de su caballo. Me pidió las planillas de los vientos, las examinó con indiferencia y dijo unas tonterías sin sentido. Me gustó oír su voz; de todo lo que decía, ^{ese} el sonido humano era lo único que valía, y mis sentidos se pegaban a las modulaciones de su voz, sin capacidad para captar otra cosa mientras durara ese sonido. Me preguntó si me había olvidado de él y le respondí que no lo conocía. Sonrió y montó sosteniéndose el sombrero.

-Bueno, mi nombre es N. Vega -dijo sin dejar de sonreír- ~~y soy el encargado de la Estafeta. Ahora vamos para arriba, Fábulo te anda necesitando con alguna urgencia.~~ ^{quizá el funeral me lo} ~~me preguntó si me acordaba del pueblo (ese país anterior)~~

N. Vega cabalgaba conteniendo su forma recién aparecida. Me pareció casi tan hermoso como una nube. Además de su forma, que se apropiaba del espacio a medida que se desplazaba, hendiéndolo inmortalmente, -un espacio que parecía retirarse para que él pasara-, tenía otros contenidos, unas honduras de ser apenas disimuladas por su piel. En cualquier momento y en cualquier punto del espacio que íbamos traspasando pueblo arriba, él siempre estaba como acabado de hacer, reluciendo en la mañana limpia con su propia limpieza de vivir, y era la evidencia más clara de la tremenda importancia de ocupar un cuerpo y de estar vivo. Su

sombrero, de un color que yo no sabía nombrar, tenía un permanecer, una persistencia de armonía con el aire, una dignidad de objeto, pese a su pequeñez ante la mole de la cordillera próxima, que superaban los alcances de un sombrero, seguramente porque ese sombrero era el lugar donde la figura de N.Vega concluía. N.Vega a caballo atravesando el aire limpio es una de las formas más perfectas de estar en el mundo que conozco. Iba por las arenas y las piedras del río seco como acercando un mar lejano; ~~porque los pasos de su caballo y el movimiento de su sombrero parecían pertenecer al mar, ser cosas de la mar como concebía sin~~ ~~maestros ni prudente Gramática.~~

Aun en la sombra/^{vivo} que proyectaba, él, que acababa de ser sombra/^{muerto} y ahora ocupaba un cuerpo, mantenía con su andar la importancia de estar vivo. Y mientras yo miraba alucinado el permanecer de su sombrero él hablaba, decía cosas sobre las planillas y los vientos, cuyo significado yo no podía captar, atento sólo al sonido de sus palabras, que también tenían cuerpo (el sonido), él les transfería su manera de atravesar el aire, en vez de hablar tocaba o ejecutaba sus palabras con un instrumento músico escondido. (1u pag. 23 para continuar)

Al lado del girasol

~~Claudia, pero si es el Claudio -dijo-~~

Ver manuscrito

La vi aparecer allá arriba, envuelta en temblores, eclosionada, como una enorme burbuja cristalina a punto de desprenderse del extremo del tubo que le daba forma, y me entraron unos deseos impostergables de tocarla recorriendo su estatura, igual a la del girasol donde parecía estar apoyada.

~~Supongo que por lo menos de ella te acordarás -dijo inútilmente N. Vega.~~

~~Si hechura de mujer,~~ su composición femenina, ^{que} ~~me~~ envolvía al girasol y lo contenía hasta asimilarlo, llegó hasta nosotros en vaharadas y se desparramó sobre la arena ^{húmeda} ~~húmeda de la calle río~~. Luego su hechura se contuvo y permaneció, sin salir de sus límites, envuelta en ella misma y en el girasol, que solamente podía estar a su lado, que sin ella era apenas ^{algo} un cometa solitario, y con ella tenía todo el aire de una estrella fija titilando, ~~mientras N. Vega explicaba que no había escalinata para subir, para llegar a aquella casa había que retroceder dando un rodeo, todas palabras sin sentido.~~

Lo femenino estaba allí, en un reposo activo, y sin difundirse me puzaba, me obligaba a sentir el peso de mis manos, y era como ver y oír el fuego por primera vez. ~~Llegaba hasta mí sin palabra, no había una sola palabra en mi mente que se animara a sostener esa llegada, y lo femenino entraba en mí como entraron las frutas en el primer instante de mi memoria virgen, mientras N. Vega me decía que debíamos seguir, que a la vuelta podría hablar y estar con ella todo lo que quisiese.~~

Buscaba inútilmente una palabra que sirviera de cauce o de forma para recibir lo femenino que estaba entrando en mí, y como no la encontraba era yo mismo lo que me estaba convirtiendo en palabra, polisílaba, esdrújula más allá de los acentos, interminable, y cuando acabé de ser una palabra sentí que yo era ella, sentía que al lado mío había ^{un enorme} ~~un enorme~~ girasol. ~~Claro, con los otros, existen, pensé sintiendo que en el espacio de mis hábitos solitarios también estaban los demás, y N. Vega, en vez de disminuirme o duplicarme, estaba en ese espacio y formaba parte de mis pensamientos.~~ ^{Es muy} ~~Señ~~ como frutas, dije en voz alta, y N. Vega me miró como si comprendiera, me vio sonreír y pude observar, sin dejar de sentir lo que llegaba desde arriba, cómo le brillaba la alegría, alegrías gemelas, una ^{en} para cada ojo.

N. Vega y su caballo tenían la actitud y posición de seguir andando hacia arriba abandonando aquella casa donde estábamos apenas detenidos, y querían contagiár-

ojo con documentos con la Céfira, ella
no dice nada.

melas. ~~Fren la forma de un apuro~~ y mi mula, inquieta, me comunicaba con su cuerpo urgencias de impulsos para seguir, evidentemente contagiada por la forma que teníamos al lado. Pero yo en esos momentos ~~no era Claudio Vega~~, seguía mantenido en la tensión de una palabra supra sobresdrújula soportando las terribles pulsiones que venían del costado del girasol, como si no me alcanzaran las sílabas. Y esto no era tan fácil como decirle "cóndor" al cóndor para ayudarlo a volar, ahora yo era la palabra y el vuelo al mismo tiempo, mientras N.Vega decía algo sobre seguir andando y las patas de su caballo, con movimientos impacientes, propiciaban urgencias y huidas ~~inminentes~~. "Si hubiera ~~perdido la memoria como yo~~, entonces ~~no tendrías urgencias y me comprenderías~~", estuve a punto de contestarle a N.Vega, pero callé, ~~no quería distraerme un solo instante de aquel placer, y quería más~~. Y apenas habían pasado unos instantes desde que ella apareció; ni siquiera habíamos acabado de detenernos, el peso de las cabalgaduras no pesaba íntegramente sobre sus patas, una parte todavía pertenecía al movimiento, al acto de llegar a un lugar sin consumarse todavía, y ya N.Vega y su caballo me apuraban con sus urgencias, estábamos en el preciso instante en que ella acababa de decir ~~"pero si es Claudio"~~, ^{aparecer como burbuja} y sin duda nos veía todavía en movimiento, no detenidos frente al girasol y a ella.

Como en un hilo de luz y puramente casual me llegó la palabra salvadora que me libró de seguir siendo una palabra soportando aquello: cuerpo. Un cuerpo como el que descubrí en mí mismo junto al fuego, pero de otro, de ella. Entonces dije cuerpo cuidadosamente, y N.Vega me dedicó otra vez los brillos de sus alegrías gemelas, sin abandonar la tensión de sus músculos para seguir andando hacia arriba. Y al dejar de ser palabra y recuperar mi condición ~~de Claudio Vega~~ sentí mi propio cuerpo, y el sentirlo era como nombrarla a ella aunque no supiera su nombre, no necesitaba saberlo.

Viendo su cuerpo conectándose con el mío desde el girasol, sintiendo ^{los} ~~los~~ dos ~~cuerpos que se atraían~~, vi que ~~los cuerpos~~ eran como las palabras, se repetían infinitamente entre los milenios pero nunca eran los mismos, de la misma manera que la palabra cóndor no es la misma cuando el cóndor está en reposo que cuando el cóndor vuela, aunque suene lo mismo corresponde a otra situación. Su cuerpo era una palabra que acababa de descubrir, y tenía urgencias por tocarla, escribirla con jugo de limón y acercarla al fuego para ~~verla~~ ^{verla} aparecer lentamente en toda su hermosura, y tocarla, incorporarla a mí, o ser yo mismo la palabra escrita con limón que aparecía en ella, pero yendo más allá, atravesando la página, el montón de cuerpos que hay detrás de cada cuerpo formando el infinito, buscando

un final que no existe, porque el placer no tiene nada que ver ni con la vida ni con la muerte, es ~~el estado libre de los cuerpos~~, *la libertad de lo que vive.*

Lo presencio estando durando ella
 todo eso duraba apenas unos segundos que ~~yo sentía que se iban~~, y todavía no había podido tocar el cuerpo, que era mi único deseo. ~~Ella estaba al lado del girasol, con el que se integraba; y yo, estaba al lado del caballo de N.Vega, que sustituyendo a aquel girasol lo anulaba; y esto me hacía sentir la lejanía del cuerpo que deseaba.~~ El caballo y su jinete eran la única presencia a mi alcance, ocupaban el lugar *donde tendría que* ~~que tendría que estar ocupando ella;~~ y esta era la noción de la distancia, ocupada íntegramente por la presencia de lo femenino, que me incluía y ocupaba incluso algunas áreas de N.Vega y su caballo. ~~Mientras tanto ella estaba al lado del girasol, y por esa razón no podía estar al lado mío; su al lado estaba ocupado por~~ *la planta flor* el girasol y yo quería ser, tenía que *nada de esto sucedió* ser el girasol para ocupar su lado, quitarle ~~el girasol el~~ ^{al} lado de ella, *pero no sucedió, y* y sentía que esta situación era inmodificable en ese momento, mientras ~~el~~ caballo de N.Vega esperaba y ella me miraba como a través de una lluvia, *todo lo cual me* ~~y esto me hacía sentir~~ *muy* tremendamente desvalido.

El al lado del girasol y el al lado del caballo de N.Vega, ~~más la falta de escalinata, aunque esto era lo de menos,~~ me impedían tener mi al lado de ese cuerpo, como si todo se opusiese para que yo lo tocara, y si había oposición a lo mínimo, que era tocarlo, cómo sería entonces para mis verdaderos deseos, que eran no solamente tocarlo sino ir más allá del cuerpo, pasar por él como por dentro de una nube y tocar y penetrar con el mío todos los cuerpos idénticos que había detrás del primer cuerpo de ella, apenas su superficie, formando un infinito. Y eso, intuí, sería como tener dos memorias juntas, la que perdí y la de ahora, al mismo tiempo, como las alegrías gemelas de los ojos de N.Vega, vivir con dos memorias, ~~que delicia, como~~ dos notas de la guitarra que se tocan juntas y armonizan aunque pertenecen a cuerdas diferentes.

-Bueno, hay que seguir -dijo N.Vega.

Lo dijo justo en el momento en que el peso de las cabalgaduras reposaba por fin sobre las patas, o sea que acabábamos de detenernos y era el momento en que uno realmente podía mirar hacia el costado del girasol con absoluta libertad de movimientos, justo cuando *ella acababa de dejarse.* ~~el "pero si es Claudio" dicho allí arriba por la mujer acababa de resonar y desaparecía la voz en los espacios vecinos.~~

El nervioso caballo de N.Vega, ajeno al girasol y a sus entornos, empujó por las grupas a mi mula apenas detenida; las herraduras chirriaron sobre la arena y nos perdimos otra vez en el movimiento apenas interrumpido, mientras el gira-

sol enteramente poseído por lo femenino buscaba con un movimiento lento, para desaparecer, el límite de nuestra visión, tan pequeño ante aquella inmensa cordillera, un ángulo donde apenas cabían el girasol y esa mujer. ~~La frecuencia que~~

~~- ¡Ojalá! Soy la Céfira! - grité viendo que nos íbamos, hablando como dentro de una burbuja que se iba rompiendo con su voz.~~

~~- Tampoco te acordabas de la Céfira, pero parece que te gusta, ¿no? - dijo N. Vega tocándose el ala del sombrero para despedirse.~~

- Tampoco se acuerda de ella, pero parece que le gusta.
 Es la Céfira - dijo que Vega ~~aprovechándose~~
~~ala del sombrero.~~ ~~La ajustándose el sombrero.~~

*aquí se puede decir
el pueblo, a modo que
lo ve y recuerda* 30

El reverso de las nubes

A mitad de camino entre el girasol de la Céfira y la casa de Fábulo nos oscureció una nube. Vi desaparecer en borrosidades la sombra de N.Vega, y tanto él como su caballo, despojados de sus sombras, ~~empalidecieron~~ y cambiaron de color.

En mi memoria no existían nubes vistas desde abajo. La única manera correcta de ver una nube es desde arriba: la nube entera y el complemento de su sombra, como los seres vivientes. Desde abajo la nube y su sombra se disocian, y al perder su unidad la nube degenera, *es fragmento de nubes, un poco.* es más bien una sombra. La sombra de la nube, además, borra nuestras sombras, y con ellas la evidencia de nuestra corporeidad. Borrar la sombra es quitarle a la gente una parte de su vida. Sin su sombra, N.Vega se disminuía sin saberlo, se enfermaba de una tristeza que él desconocía, y su caballo, sin sombra, olvidaba el valor de su galope, seguía siendo caballo por recuerdo o simples gravitaciones.

El color de N.Vega y el de su caballo empalidecieron, *A de* ~~porque tuvieron miedo a~~ *temerosos de* la sombra traicionera. El jinete y el caballo, ajenos a ese temor, siguieron atravesando el aire, ahora sombra, sostenidos por su ignorancia de la sombra de la nube. Mi vista agudizada por la altura advertía esos cambios casi invisibles, incluso una pequeña alteración de las formas: el contorno de Vega y el de su caballo vacilaron ante el paso de la nube; su sombrero peligraba en movimientos ciegos e indecisos. A mi mula y a mí, claro, nos pasaba lo mismo, pero Vega no podía advertirlo, acostumbrado como estaba a mirar siempre las nubes desde el abajo, que perturba la visión, y no me vieron vacilar también ante el peso de la nube que se iba hacia el océano, arrastrada por un viento delirante. Me alegró que N.Vega siguiera cabalgando tan tranquilo, sin noción del peligro de andar con la sombra borrada. Uno ve el peligro y calla, para qué perturbar con alarmas inútiles la inocencia que transcurre.

Fijé la vista atentamente en el vientre rastrero de la nube ofídica difundiendo su veneno, y para borrar esa visión pensé en la hermosura de la parte alta de la nube vista desde arriba, la vibración de su contorno y sus colores en la limpieza de la luz. Las nubes desprenden el esplendor de su belleza cuando

cuando flotan libremente, son nubes porque están en libertad y es el momento preciso en que coinciden plenamente con la palabra que las nombra. Cuando las arrastra el viento, la palabra ya no les corresponde con exactitud y se aleja de ellas, vuelve a su reducto a esperar la formación de la siguiente nube. Entonces la nube que se ha quedado sin palabra se convierte en aliento de viento, en la forma o hechura de su furia.

A N.Vega debió resultarle extraño mi mirar el vientre reptilíneo de la nube negra que pasaba, presintiendo acaso algún peligro para la inocencia por donde él se deslizaba; ~~porque~~ me preguntó: ¿pasaba algo? No, no pasa nada, salvo las nubes. Me encantan estas nubes, dijo N.Vega sin su sombra, y yo no entendía cómo podía gustarle el vientre venteado de una nube que en cuanto pasara los cerros próximos moriría en el Pacífico. Son nubes volanderas, agregó ^{Eul} Vega justo cuando la nube iba acabando de pasar y él y su caballo comenzaban a recuperar los espléndidos contornos de sus sombras.

La nube, al pasar, dejó un remoto olor a lluvia fermentada a punto de caer. Olor de lluvia, que es el olor de la muerte y descomposición de la nube. No sabía si N.Vega había percibido ese relámpago de olor a lluvia, ni se lo pregunté, y ya la nube era un recuerdo mientras él y su caballo iban como más vivos seguidos por sus sombras.

Proximidades de N. Vega, su diferencia
con las estrellas

Diferencias entre Ene Vega y las estrellas

Vega llevó una mano combada al oído tratando de escuchar algo lejano, una música que yo venía percibiendo sin comentar nada por no interrumpir¹² con palabras ~~que no me daba~~. Un movimiento ^{que yo podía dar desfilando dentro de su mano como} que desarticuló su cuerpo en curvas ~~que modificaba su figura en una nueva actitud, que me revelaba~~ como emanadas de su caballo saltarín. Esta actitud producida por la mano en el oído ~~me reveló la existencia de un estado de correspondencia generado por una fuente viva~~ algo que podría definirse como la proximidad de N. Vega. Me di cuenta de que sólo a partir de ese momento había empezado a percibir plenamente su realidad de persona; ~~a partir de allí~~ su figura se correspondía con las dos palabras con que se nombraba, Ene Vega. Acababa de revelarme sus proximidades y yo estaba dentro de ellas, de la misma manera que la Céfira había ~~estado~~ ^{al lado} del girasol. Descubrí que las personas tienen proximidades y que para acercarse a ellas se necesitan actos espontáneos como el que acababa de realizar él.

-Me pareció escuchar una música -dijo sin sacar la mano del oído.

-Se oye perfectamente -dije procurando que mis palabras tuviesen tanta importancia como su mano en aquella actitud y pusiesen en evidencia mi propia proximidad para que él la sintiera.

-No escucho nada -dijo Vega y retiró la mano de su oído, pero la proximidad creada persistió, una cercanía que nada tenía que ver con la breve distancia que separaba a nuestras cabalgaduras.

Arriba, pese al aislamiento del que apenas era conciente, no había sentido soledad de personas. Ahora la proximidad de N. Vega me permitía descubrir, por contraste, que la soledad existía y podía ser dura. Y el al lado del girasol, que antes me pareció imposible de alcanzar, iba conmigo, estaba en el tranquilo paso de mi mula por los alrededores blandos y naturales de N. Vega. Busqué inmediatamente una palabra. Ni "amigo", ni "hermano" ni nada parecido se acercaba al suceso.

-Hay que tener oído para eso -dijo de tal manera que me hizo sentir que mis palabras le habían permitido percibir mi propia proximidad, y además esto se vio claro en ~~un~~ relampagueo ~~revelado~~ de sus ojos.

En la máxima altura del pueblo, donde viven los astrónomos muleros, el peso de las estrellas es leve todavía, un peso que invita y permite acercarse a los astros con naturalidad y despiertan el deseo de meditar sobre ellos, de ahí su condición de astrónomos. Aquí arriba es diferente, hay que multiplicar aquel peso varias veces, y además esta altura está por encima de la memoria. Aquí no se les puede estudiar, su intensidad y peso es intolerable. Aquí lo único que se puede hacer con las estrellas es tenerles miedo. Y N.Vega era todo lo contrario a esto. Por esa contrariedad anda la palabra capaz de nombrar esa proximidad que me regaló llevándose la mano al oído aquella mañana en que se me reveló la existencia de los semejantes y, con ella, la noción clara de la soledad. Estar solo era la ausencia de esos movimientos generadores de proximidad humana. Y el miedo a esos astros desnudos sobre mi cabeza era el miedo al vacío que hay entre ellos y nosotros (N.Vega, con su mano en el oído, lo hizo desaparecer momentáneamente), que no es un espacio físico, es una ausencia de proximidades que el hombre trata de ir llenando con su historia, historia que es como la proyección de la sombra del hombre, una larga sombra que tendrá que llegar un día hasta el borde mismo de esos astros insensibles y desnudos. Y al decir historia no me refiero a los hechos del hombre sino a la permanencia o persistencia humana.

Viendo la tremenda diferencia que había entre las estrellas y N.Vega, y contrastando su proximidad con el miedo que les tenía, pensé que la palabra compañero, o compañía, podría servirme para nombrar lo que se me reveló cuando llevó su mano al oído. Sin embargo no era suficiente; poseía extensión y casi lo abarcaba, pero carecía de contacto y de presión. Una verdadera lástima. La palabra, que es hermosa, llegó, se demoró un poco por si decidía utilizarla, y después se fue, tan sola como había llegado, tan luego la palabra compañero, que por su propia definición no debería estar nunca sola.

-Estamos llegando al barrio de los músicos -dijo tratando de oír sin el auxilio de la mano, ^{orientando su cabeza hacia la fuente.} ~~inclinando la cabeza para orientar los oídos hacia la fuente.~~

No comenté sus palabras, pero mi respuesta no fue el silencio. Entre su proximidad y la mía, que iban juntas al mismo paso que la mula y el caballo, había una mezcla de intenciones recíprocas que evitaban el silencio absoluto en caso de ausencia forzosa de palabras.

Y no respondí porque estaba viendo alejarse la palabra compañero, no hallaba otras posibilidades y esto me entristecía. Mientras tanto el acercamiento pro-

~~... de la mano seguir sin nombrarse. Ni de sentir que~~

fundo producido por el gesto de su mano seguía sin nombrarse. Nunca sentí como entonces lo difícil que es hallarse en ausencia de palabras, que lo ponen a uno en el filo de un grito, y un grito, ya se sabe, desmorona a la persona hasta la degradación. El grito es la única expresión posible que uno puede tener aquí arriba ante el miedo a la desnudez de las estrellas, y se vincula con el crimen.

-Ahora se escucha algo, ¿no? -me llegó su voz llenando el vacío que había dejado, al irse, la palabra compañero.

-Pareciera -dije como al descuido.

Ante la falta de una palabra que expresase a la vez su proximidad reveladora y su diferencia con las estrellas pensé: N. Vega es grandioso.

Uno de los ^{personajes} muñecos de Fábulo decía que quería huir del pueblo, volar alto, "llegar a las estrellas". Que es como querer ser una estrella. Absurdo. Las verdaderas estrellas con los cuerpos vivientes. No brillan pero tienen ese ámbito donde es posible refugiarse de la soledad, esas proximidades que son la negación de las estrellas que no hablan ni se llevan una mano al oído, que no podrán estar jamás al lado de un girasol en mitad de la mañana. Estas estrellas otras tienen proximidad, que es su manera de brillar y con ella alcanzan la hermosura. N. Vega era una contraestrella.

Fue el primer hombre que vi con todos mis sentidos después de darme a conocer, y quedó para siempre en mi memoria nueva, junto a la Céfira, como lo más perfecto que se pueda contraponer a las estrellas, que son la desnudez del mundo y su indiferencia. ~~Ella y Vega tienen la fuerza de un grito, aunque permanezcan silenciosos. Con esta fuerza quiero que permanezcan en mis palabras, tal como están en mi memoria.~~

Ver le referir
con el siguiente 35

La cuesta de los músicos

⚡ Aunque Fábulo nos espera, no será fácil llegar hasta él -dijo N.Vega y se quedó pensando algo que iba a decir a continuación, buscando acaso las palabras adecuadas.

~~Asunto difícil poder concentrarse a esas alturas de la cuesta buscando las palabras justas: ya se sentía la gravitación de Fábulo. Estábamos acercándonos a sus proximidades, y en ellas todo lo demás, la subida y la bajada, los papeles para los vientos, la Gramática, la memoria y la desmemoria, la proximidad humana y la lejanía de los astros, eran apenas sus alrededores. Entre Fábulo, N.Vega y yo había algo muy importante que ~~desaparecía pero~~ que había puesto en marcha todo lo que me venía sucediendo, ~~a la distancia, vaya a saber por qué poder.~~ Intuí que ~~sus palabras intentaban comentar la aventura que significaba remontar a Fábulo y asumirlo después. Y tuve la certeza, reflexionando sobre la intencionalidad de lo dicho por N.Vega, de que mi propia aventura, que me parecía el centro del asunto, era la circunstancia de algo que se acercaba y lo que yo había considerado tan importante hasta ese momento era pura distracción.~~~~

Fábulo, ~~ahora lo sabía bien,~~ era lo único que quedaba, de lo de antes, en mi memoria perdida, y algunos objetos. Por eso estaba en mis dos mundos, él podía pasar de uno a otro sin que nada se alterara. Mi memoria nueva no lo conocía pero le cedía un espacio porque Fábulo había nacido con ella, era como su hermano gemelo. ~~Estaba claro que no sería fácil para mí llegar hasta él: tendría que remontarlo desde mi memoria vieja, de lo poco que quedaba de ella, como si hubiera dos Fábulos y yo debiera ahora conseguir, con el encuentro, que las dos imágenes, como cuando uno ve doble, se juntaran en una sola.~~

~~A todo esto N.Vega cabalgaba desganado, acaso pensando en lo que yo pensaba, o buscando palabras para explicar verdaderamente por que no sería fácil llegar hasta Fábulo, mientras yo subía dos cuestas, la de la calle-río y la otra, que va desde la desmemoria a la memoria. Y lo peor de la segunda cuesta era tener que aceptar que mi memoria anterior no estaba del todo muerta, había un sobreviviente que era necesario rescatar pero que en el fondo no lo deseaba. Me ilusionaba ser enteramente un hombre nuevo, asombrarme ante el fuego y maravillarme por el vuelo de los cóndores, desear el cuerpo de la Céfira, gozar el resplandor humano de~~

N.Vega, la existencia de las palabras y la percepción profunda de las nubes, el sentirme recién creado o nacido como una gota que se cae sola sin que nada la genere, salvo el agua. Y la existencia, o pre existencia, de Fábulo, le quitaba un poco de encanto a todo eso.

Arriba, en los bordes, entre las piedras vivas o recostados contra los muros, aparecieron unos músicos. Arpas indias ^{chirrup de caja i caca-arpas} y tubos de todos los tamaños, ~~los instrumentos andinos.~~ Como para que N.Vega descansara de pensar en la explicación de lo difícil de llegar adonde íbamos, le dije:

-Parece que están celebrando mi vuelta.

Era música para ayudar a subir. Un empujón de ruido, la mula y el caballo aligerados.

-Un poco sí, pero está claro que además se trata de una música para ayudarnos a subir.

-Subir adónde -dije pensando todavía en mis dos cuestas.

-Adónde va a ser -dijo ^{preocupado} encontrando las palabras y el concepto que buscaba para completar su comentario inicial-; también ^{se} te has olvidado de Fábulo Vega?

Haberme olvidado también de Fábulo hubiera sido terrible, seguramente por eso no se animaba a preguntármelo, buscando las palabras adecuadas que no me perturbasen y cortasen el hilo débil de memoria antigua, temeroso de que sus propias palabras, preguntándome si recordaba a Fábulo, borraran de mi memoria apenas nacida la precaria noción que pudiera tener de él. Y esperó mi respuesta sin poder disimular su preocupación.

Su pregunta me obligó a intentar un regreso a la memoria anterior como si hubiese desandado la franja, a ver si podía recordar algo concreto de Fábulo, algo de su cara, de su relación conmigo, y aquello era como una nada pura donde sólo estaba el peso de Fábulo, ^{los puntos su mirada oscura.} semejante al peso de las estrellas que uno siente sin mirarlas cuando tiene miedo a la soledad geológica, que muchas veces se transforma en miedo a uno mismo. Me miraba ansioso, esperando una respuesta rápida que yo estaba demorando.

-Sé que existe -respondí.

sigue la explicación de que sólo quise a Fábulo (39)

Mi respuesta no perturbaba los planes que tenían conmigo, y la alegría que le di llegó hasta el último borde de su sombrero. Y la música montañesa que tocaban aquellos hombres casi asomándose a los bordes del cauce para que los oyésemos mejor era parte de ^{su} esa alegría.

-La ayuda que estos músicos nos están dando para subir se siente en las patas del caballo. ¿No has notado a tu mula más aligerada?

Los músicos, explicó, vienen siendo el momento viviente de una cruz enlazadores y astrónomos. Según ellos, de los astrónomos heredan las matemáticas

que hay en la música, y de los enlazadores la habilidad para tocarla. Su misión ^{se apoya} ~~consiste~~ en el goce puro, pero de paso se ocupan de transmitir mensajes de una punta a otra, dan el alerta a los enlazadores cuando la creciente se lleva algún objeto muy valioso. Y sobre todo le ayudan auditivamente a Fábulo a memorizar la historia del pueblo. Están como encajados entre los enlazadores de abajo (casi todos Calderón) y los astrónomos muleros de arriba (casi todos Vega). Los Vega y los Calderón ^{descendieron de las cruces} fueron las únicas familias sobrevivientes de una antigua manzanera y repoblaron Minas Altas. Los productos de las primeras cruces fueron los primeros músicos del pueblo. Después hubo derivaciones. Cuando los músicos se cruzan entre ellos, normalmente producen astrónomos o enlazadores, rara vez se da el caso de otro músico. Cruzándose con enlazadores o astrónomos, puede que nazca un músico, pero no es frecuente. De allí que sean tan pocos y haya que cuidarlos tanto, a Minas Altas le cuesta mucho producir buenos músicos. Las mujeres de muleros astrónomos y enlazadores, cuando van a Minas Bajas a parir, ^{lo hacen} van rogando que el niño nazca músico porque tienen idea de que son los más felices del pueblo; las mujeres de músicos, en cambio, ruegan que no salga músico, aunque sepan que eso es difícil. Si bien tienen su núcleo en mitad de la cuesta, también hay algunos músicos, en proceso de degradación, tanto en el Alto como en el Bajo. Fábulo mismo era un músico ya enteramente degradado por haberse ^{dedicado} dedicado a las especulaciones puras. Los músicos, dijo N.Vega, son los únicos que ^{dedican sus momentos} le sacan algún provecho al viento. Según sople, tocan ya para que los escuchen mejor los Calderón, ya para los Vega. Y para cada grupo tienen una música distinta.

Desde atrás de las piedras y entre los cercos de girasoles aparecieron músicos niños, hembras y machos, con instrumentos de agua, percusión, viento y cuerdas pulsadas. Las formas de sus instrumentos preponderaban sobre las de ellos mismos, por lo que parecían hermosos ^(hichos) de variadas formas y colores tocando bajo el sol.

-Caramba, hay dos más que antes, cosa rarísima -dijo N.Vega.

Entonces le pregunté por qué había dicho que iba a ser difícil llegar hasta Fábulo.

-Está reunido con sus amigos de el Alto discutiendo cuestiones sobre un eclipse ~~que va a haber en estos días~~. Y cuando discuten de esas cosas se ponen recelosos y no toleran que los interrumpa nadie, como si fueran a espantarles los eclipses. Y hay que ser tolerantes con ellos porque con esas cuestiones de los

unas explosiones que no se han oído pero que han registrado

astros han decidido algunas veces la suerte de ~~la guerra~~ *Minas Altas*.

Me pareció que la palabra guerra, por la manera en que la dijo, significaba algo muy importante en Minas Altas, y en mi memoria nueva no había guerras. Se lo dije, y N.Vega respondió con un gesto facial hermoso que venía desde el mismo centro de su proximidad, mientras remontábamos la cuesta de los músicos, que ya desde atrás nuestro nos ayudaban a subir, empujándonos con sus sonidos.

Gravitación de Fábulo, su
semejanza con el mar

N.Vega aprovechó el silencio limpio que los músicos dejaron en el aire cuando acabaron de tocar; allí fue echando sus palabras, que en vez de obedecer al ritmo de su respiración seguían el del traqueteo de su caballo río seco arriba, hablándome de Fábulo, preparándome para el encuentro.

El encuentro, ^{con Fábulo el astoriano mulero} ~~sin embargo,~~ ya había empezado y lo sentía; la gravitación de Fábulo Vega era evidente en mi cuerpo, que se sentía atraído por aquel polo; ~~era todo en mi memoria nueva, abriéndose en una extensión desconocida, dando esa~~ ~~haba la palabra Fábulo y esperaba al Fábulo viviente.~~ Igual que el mar a mis espaldas a través de la cordillera, pero sin cordillera que perturbara el contacto.

-Hay por lo menos dos maneras de apreciar a Fábulo -decía N.Vega en plena gravitación-: por un lado están las cuestiones menudas y por el otro las profundas.

Voy a hablar un poco de las primeras. Casi todo lo que ha sucedido por estas regiones ha pasado por Fábulo, lo que sucede ahora mismo y, no sé hasta cuándo, lo que sucederá, ~~porque~~ él es como la memoria de todo esto, ~~por~~ propia voluntad, o porque le gusta o ~~porque~~ le ha tocado en suerte, según se mire. Mucha gente de por aquí y hasta de los pueblos de los Llanos que discuten su pasado ~~porque lo~~ han olvidado ~~con el tiempo~~ o tienen serias dudas, han tenido que recurrir a él para enterarse de la verdad, de modo que ya te irás dando cuenta del tamaño de su memoria. También hay que saber que el hecho de llamarse Fábulo nada tiene que ver con sus historias; él no se llama así porque fabule, su nombre es muy común en estas partes de la cordillera, y aquí mismo, en el Bajo, hay otro Fábulo, sólo que Calderón. No es el más viejo ni el más querido; ni un sabio ni un tonto; ni un brujo; ni un loco, ni un hombre que abuse de ser normal. Es un ^{mitisitero que de aquí} ~~mulero de doce~~ ~~mulas~~ que hace transportes de todo tipo por la cordillera y ha llegado muy lejos tanto por el norte como por el sur; ha entrado en el naciente atravesando selvas hasta tocar el Brasil, de donde trajo algunas palabras que le gustaron para su

uso diario. Desde los puertos del Pacífico ha traído los objetos más valiosos que hay en este pueblo, ~~desde muñecos chinos hasta un piano de cola que hay en un pueblo en una casa abandonada en un costado de la Cuesta de los Músicos.~~ Cuando escasean los transportes es titiritero. Este oficio le permite seguir viajando, que es su gusto, ~~y conseguir más mujeres, que también son su gusto,~~ en los pueblos que recorre con sus muñecos. Ha ido dejando hijos por todas partes, y él se lamenta de que sean tan pocos los que lo reconocen como padre. El mismo dice que para tener público en sus funciones le bastaría con sus hijos, y que está dispuesto a reconocer la paternidad de cualquier niño sin padre reconocible, aunque para alimentarlos sea necesario vaciar de peces el Pacífico. Aquí la paternidad es cosa relativa, hay muchos como Fábulo y cualquier niño puede elegir el padre que se le dé la gana si el suyo no le gusta. Ser padre de ellos es casi una obligación en Minas Altas, sin haberlos engendrado. De modo que este aspecto menudo de Fábulo es prácticamente lo corriente. Cada función que da es preparada, y muchas veces exigida, por la mujer que tiene en cada pueblo, que él elige de acuerdo con su inclinación amorosa del momento. Actúa solo y es un gusto verlo mover los muñecos en lo alto de los brazos, hablar con voces diferentes y sudar y bailotear entre las cuatro tablas y soplar el siku que lleva sujeto a la altura de la boca, fruto de su antigua condición de músico. Hace hablar a sus muñecos por lo menos en dos lenguas regionales, la montañera y la llanista, y conoce además un montón de palabras extranjeras ^{por tener} ~~por tener la única radio que funciona, traída por él mismo desde un punto del Sur.~~ Sus ausencias duran como mínimo tres meses, y como máximo, hasta ahora, un año. Estamos acostumbrados a ver a Fábulo, y a no verlo, por períodos que no se cuentan por días. Para los que se vinculan con él, el tiempo en vez de años o meses tiene salidas y llegadas, que se producen con exactitud y según las estaciones. Esto ayuda a medir el tiempo (porque esto está lleno de astrónomos pero no hay un solo reloj que funcione), y es costumbre decir que tal cosa sucedió antes o después de la última salida de don Fábulo Vega. En cuanto a su afición por la astronomía, puedo decirte que cuando los astrónomos, que también son muleros como él, aparecen juntos en lo alto de aquel cerro, ya sabemos que Fábulo está volviendo. Ellos, que saben medir el tiempo sin relojes, suben a esperarlo cuando se cumple el plazo, y abarcando con su vista hasta el Pacífico lo ven subir lentamente la cordillera, ansiosos de que llegue para abrir los paquetes donde a veces trae aparatos útiles para la observación

del cielo, libros de astronomía y mapas celestes con leyendas en lenguas extranjeras, de las que conocen las palabras relacionadas con eclipses, cometas y galaxias. Según él, ninguno de esos aparatos, viejos y en desuso, sirve para nada, pero los trae para adornar esa cueva en la punta de la montaña donde se reúnen para discutir eclipses. ^{o cometas.} La verdadera astronomía, dice, se practica a puro golpe de vista. ^{y lápiz y papel} Y parece que sus opiniones son bien respetadas por los demás astrónomos muleros. Todas estas cosas ya las sabías, pero las olvidaste allá arriba; por eso ahora te las digo, para que recuperes una parte necesaria de tu memoria vieja, y sólo puedo contarte algunas, de acuerdo con las instrucciones que me ha dado Fábulo.

Las palabras de N.Vega, ayudadas por la limpieza que en el aire habían dejado los músicos, cayeron transparentes, gota a gota, y fueron absorbidas por mi memoria hambrienta para perderse, con ella, en la creciente gravitación de Fábulo. Porque el mar está presente hasta en el cerebro de una hormiga y su presencia llega hasta el corazón de la más pequeña y alejada de las piedras, para los montañeses el mar es un objeto remoto del deseo. La fuerza del deseo se relaciona directamente con la distancia; mientras más remoto más fuerte, y en la misma medida por lo desconocido. Para quien, como yo, no conoce el mar, éste tiene doble existencia; la que llega por gravitación a cualquier punto del planeta, y la que le da la dimensión del desconocimiento. En el no conocerlo está la arista más viva de su atracción. De estas dos fuerzas se componía la gravitación de Fábulo, ~~a quien~~ sentía como el objeto de mi memoria. Y según gravitaba Fábulo, ^{todo se integró} ~~el al lado del giro~~ ^{en su atracción} rasol ocupado por la Céfira se explicaba solo, las proximidades de N.Vega pasaban a formar parte de ese nuevo suceso gravitacional, y el maravilloso sombrero donde la ocupación de su cuerpo acababa, se incorporaba al conjunto y trasponiendo los límites de su condición de objeto se convertía en parte viviente de N.Vega.

-Había otras cuestiones, las profundas -dije.

-Es cierto. Pero unas cosas explican a las otras. Lo profundo de Fábulo está muy desparramado en sus cosas, y es difícil juntarlo. Ya lo irás descubriendo solo, a medida que se vaya haciendo tu memoria.

-Quisiera saber cuál es mi vínculo con Fábulo -dije-. ¿Será mi padre?

-Ya te expliqué que aquí la paternidad es relativa. La cosa se ha ido complicando tanto, que en vez de llamarnos hijos y padres preferimos reconocernos con una palabra más precisa y más rica: nosotros. ¿Para qué complicarla con las descendencias? Ya el hecho de ser Vega o Calderón es una diferencia innecesaria. Total, cada cual es uno dentro de nosotros.

Aquí muy poco tienen padre de verdad, pero

-Sin embargo me gustaría saber, si no es mucho pedir, qué hacía yo y quién era antes de subir allá.

-Eso tendrá que decírtelo el propio Fábulo, que fue el que te hizo subir para que te desmemoraras.

~~Tras la última curva~~ la calle-río perdía su profundidad y en el tramo final se nivelaba con el terreno. N.Vega estiró un brazo y su índice señaló la casa de donde partía la gravitación, que ahora parecía ablandarse bajo nuestros pasos. Preparando mis adentros para llegar sentí vergüenza de mi miedo a las estrellas. Sabiendo que allí mismo estaba Fábulo, aquel miedo era una tontería.

Qué alivio entrar en su casa por una galería donde había un cántaro que gotea y un jarro blanco sobre su tapé ^{contra una columna.} Y Fábulo a la puerta, tan tranquilo. La gravitación terminaba y en toda la casa había un serenísimo silencio de montaña.

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo/mulero.

-Sin embargo me gustaría saber, si no es mucho pedir, qué hacía yo y cuáles
 era antes de subir allí.
 -Eso tendré que decirlo al propio Fábulo, que fue el que se hizo subir para
 que te desmemoraras.
 Tras la última curva la calle-río perdía su profundidad y en el tramo final
 se nivelaba con el terreno. N. Vega está un poco y su índice señaló la casa
 de donde partía la gravitación, que ahora parecía ablandarse bajo nuestros pa-
 sos. Preparando mis adentros para llegar sentí vergüenza de mi miedo a las esto-
 rias. Sabiendo que allí mismo estaba Fábulo, aquel miedo era una tontería.
 Qué alivio entrar en su casa por una galería donde había un céntrico que gotea-
 ba sobre un jero blanco. Y Fábulo a la puerta, tan tranquilo. La gravitación
 terminaba y en toda la casa había un serenísimo silencio de montaña.
 -Pasen, por favor -dijo el astrónomo-mulero.

Entonces, que Vega daba.

10 hs. c. d. s. /
 Mientras que Vega ^{ojo cosa en} estaba en la casa de Fábulo yo,
 sin poder ver ~~ciada de la casa~~, entré en Fábulo por el
 conducto de su ranurada oscura.

Mientras que Vega ^{sin poder ver otra cosa} entraba en la ~~trampita~~ casa
 de Fábulo, yo, a su lado, lo hacía en la ~~ranura~~
 oscura de Fábulo

Primeras

~~Una~~ mirada oscura de Fábulo Vega, a pesar de sus ojos claros, bajo el ala de su sombrero

(le recuerda la que le hizo al rubio, que es ~~o~~ quisiera ser la muñeca que lo hipnotiza)

Eran cuatro paredes altísimas repletas de títeres clavados por sus trajes, las cabezas colgando, colocados más o menos en un orden que iba desde la colonización española hasta la última matanza, a manera de un gigantesco cuadro plegado en cuatro planos. N. Vega me dio un empujoncito hacia Fábulo, que me lanzó una larguísima mirada oscura bajo el ala de su sombrero, a pesar de sus ojos claros.

-Está como venteado -dijo apagando su mirada oscura-; parece un animal lleno de viento -alargó la palabra viento en una especie de zumbido dirigiendo a N. Vega un visaje breve y claro.

Durante el tiempo que Fábulo me miró de esa manera oscura, que en las articulaciones de mi memoria duró casi lo que una vida, estuve buscando una salida, quería escaparme de ella. Más que mirada, era un relumbre oblicuo, un golpe de sombra iluminada, algo punzante que me avergonzaba. Mirada saltona de muñeco vivo, de sangre cuajada, de reptil memorioso. Como si en vez de un hombre me mirara una muchedumbre apretujada en el filo de un cuchillo. En el mirar que nos unía, que colgaba de sus ojos y los míos y era una mirada mutua, en la parte suya, si yo era uno de sus hijos, él no lo reconocía; en la mía, tampoco yo lo aceptaba como padre. A través del arco de la mirada que unía los cuatro huecos de los ojos y se incrustaba en el adentro de cada uno, yo le oía decir, en su adentro, que él había estado siempre solo y no necesitaba que ninguno de sus hijos lo reconociera, de la misma manera que en el adentro mío había como un dolor por no haber sido él un padre padre, por haber lanzado tantos hijos como muñecos y arrumbarlos en un baúl de olvido, y al mismo tiempo se oía que él necesitaba que alguien lo reconociera como padre pero que no podía porque sus hijos no eran fijos, andaban en el viento, y en su memoria no podía haber lugar para los hijos por estar llena de esos horribles muñecos de trapo y de papel, y su pensar y el mío eran como uno solo, en un solo adentro. Cuando por

~~fin acabó el fluir oscuro de ese arco de mirada apareció la vez tranquilizante de N. Vega;~~

~~-Ni siquiera se acuerda de la Céfira.~~

Fábulo encendió nuevamente aquella mirada para comprobar si era verdad lo que acababa de oír, para mirar, como alumbrándose con una linterna, en el fondo de mi memoria, a ver si era verdad que estaba vacía, donde encontró apenas un gesto de N. Vega llevándose la mano al oído, y el costado de un girasol; no había nada más, acaso el resplandor del fuego, el vuelo de los cóndores y unas cuantas palabras elegidas que remolineaban allí buscando su sentido.

Su mirada creaba a la mía, y entonces él pensaba que yo lo estaba mirando con una mirada oscura; pero mi mirar apenas ^{recorría} entraba en Fábulo, él estaba lleno de sus historias, de una comunidad, y para llegar a él desnudo había que recorrer primero todo lo que estaba en su memoria repleta de títeres vivientes, limpiarla hasta dejarla vacía como hél había hecho con la mía, y sólo en ese momento podría preguntarme si Fábulo ~~era~~ o no mi padre. En el camino, cuando sentí su gravitación, creía que estaba remontando a Fábulo; pero el remonte comenzaba ahora, en su mirada, y acaso no terminase nunca. El día que pudiera acabar de remontarlo lo vería en plenitud y acaso ^{solo preguntarme si era o no mi padre} pudiera atisbar, a través de él, a los Fábulo que había más atrás, porque en realidad él era apenas el primer punto del origen necesario, el que uno necesita, según sus propias palabras, para poder tener destino, un origen que nos llevara a la memoria original que a ninguno nos pertenecía pero de la cual derivábamos tanto él como yo, y acaso N. Vega; y ^{quizás} sólo allí estuviese esa paternidad que buscábamos inútilmente en ^{la} su mirada oscura. Y también atisbé un deseo de Fábulo, supuesta la paternidad, de prolongarse en mí mediante un trasvase de memoria, de ser nuevamente él en el otro, pero conciente de que, irremediablemente, sus recuerdos estarían en otra conciencia y, aunque pudiera prolongarse, ^{como en un hijo} Fábulo de todos modos moriría, ~~porque jamás podría sobrevivir en ninguno de sus hijos;~~ porque remontar a los hijos no existe. Y eso, junto con su muerte, también estaba en su mirada oscura, que cerró en un ligero parpadeo.

~~-No he podido reconocerme ni a mí ni a la Céfira - dijo Ene Vega.~~

~~-Ni de la Céfira -repitió N. Vega dudando de que lo hubiésemos oído.~~

~~-Muchacho -habló Fábulo-: lo mandé a desmemoriarse allá arriba porque andaba necesitando una memoria limpia para fijar unas cuestiones sumamente serias. ~~Bestes de Minas Bajos han ido a decirle al gobierno que las historias que cuentan~~~~

Las Soling
 Mejr así - dijo Fábulo. Necesitaba una memoria virgen para capaz de contener la historia de este pueblo.

~~mis muñecos pueden ser peligrosas, y esto significa que en cualquier momento pueden llegar aquí los asesinos de siempre, para romperlos, y si vamos al caso romperme a mí también. Cuando me entró esta duda bajé hasta Chile, de donde traje esa Gramática que usted tiene allá arriba. Enseguida amaestré ^{unas} dos mulas: una que sólo sabe subir por la desmemoria y bajar por otro camino donde no existan las influencias de la altura (que es la que usted tiene ahora), y otra que sólo sabe subir y bajar por el desvío donde la franja ha perdido su poder, (que es la que usted va a usar de ahora en adelante). Resolví que para la seguridad de esta misión era más prudente confiar en el instinto de las mulas que en el discernimiento de las personas, porque estos animalitos no saben distraerse ni tener deseos. Y lo elegí a usted por considerarlo muy despierto. Su trabajo será poner en palabras, con la ayuda de esa Gramática, lo que saben todos esos muñecos más los que están en aquel baúl. Todo pasará a su memoria, y luego a las palabras escritas, que son más seguras que mis muñecos y a éstas no podrán romperlas. Una vez al mes usted bajará, siempre en la mula que le voy a dar, a traer las planillas de los vientos (con las que ganará algún dinerito, si lo mandan), y verá una representación de los muñecos, se irá enterando de la historia de estos pueblos que quieren hacer desaparecer, y las pondrá en buenas palabras de acuerdo con la Gramática. Su memoria ha quedado ahora como un papel en blanco, limpia y enorme para recibir estas historias sin ninguna distracción que no pertenezca a las historias mismas. Si el pasado de estos pueblos se olvidara, entonces no sabríamos cómo encarar el futuro y ni siquiera lo que nos sucede ahora mismo. No tendríamos destino y desapareceríamos. Cuando todo esté contado, le entregaré una mula baqueana para descender el camino y entonces usted, si así lo desea para entonces, podrá recuperar su memoria antigua y olvidar la que tiene ahora, con todas las historias que entrarán en ella, o quedarse con la nueva, dejando que su propio pasado, que no es gran cosa por su edad, se pierda para siempre.~~

Aquí, las figuras saltan de la historia de él. Como decía por el cuento de las cabezas de trajo.

Abrió el baúl y se puso a revolver muñecos. Alcanzó a ver algunas cabezas ~~de~~ leídas, cuerpos de trajo sin cabezas, ropas, lanzas, caballos y un pianito de juguete que Fábulo levantó, lo hizo sonar y volvió a meterlo en el baúl.

-Veamos -dijo-, veamos por dónde empezar.

Eligió tres o cuatro muñecos, procuró desarrugar sus trajes, los bailoteó en el aire y con ellos se metió en un armatoste de tres tablas. Sonó un siku, se descorrió el telón y un títere amarillento, asomándose, dijo:

Sin muñecos yo no podría haber dicho Fábulo

~~A no olvidar~~

~~Muy respetable y muy querido amigo Claudio Vega, présteme usted un poco su~~
~~atención.~~ Estos muñecos que ahora mismo podrá ver en movimientos vivos no son
 simples marionetas: en ellos están encerradas las almas de vivos y de muertos.
 Son también una copia del mundo y pronto cobrarán vida por la fuerza de la me-
 moria, tratando de hacerlo limpiamente en sus alcances de muñecos para merecer
 el pase a otra naturaleza, la de las palabras que viven en ~~la blancura~~ del pa-
 pel, donde estarán a salvo del furor y la rapiña. Mírenos pues con cariño, por-
 que mañana seremos sus palabras. Actuaremos para usted como si esta fuese nues-
 tra última función y el telón deba correrse para siempre. Luego volveremos al
 baúl para sostener, desde un silencio fecundador, el valor de las palabras que
 usted encuentre para nosotros. ~~Respetable escritor, sapientísimo gramático,~~
 préstenos ~~usted~~ un poquito su atención. La historia va a empezar.

*ojo: no se menciona más
 a la Céfira - ver si se
 calia que el juego lo
 hizo cuando le da lo eféjito.
 No: está bien al final
 del otro capítulo.*

III

LOS NACIMIENTOS

(21)

Ojo: eliminar la palabra caparazón del bicho.

En vigilia de astrónomos

En cuanto oyó su primer grito la mujer tomó al niño empapado de sangre y con un lienzo suave y agua tibia limpió su cuerpo recién hecho. La madre cerró los ojos, oyó el ruido de la tijera cortando el cordón umbilical y no volvió a abrirlos hasta estar segura de que ni un solo vestigio de sangre había quedado en el cuerpo de su hijo y que los trapos con que lo limpiaron estaban fuera de la habitación. Es hermoso el niño y vivirá cien años, decían las viejas trajinando con baldes y palanganas, y la noche estaba serenísima. Ya, dijo una vieja cuando acabaron de limpiar; la madre abrió los ojos y volvió a cerrarlos enseguida al descubrir que había todavía una gotita casi imperceptible en la punta de una oreja del niño. Las orejas, por favor, dijo señalando sin mirar. No es para tanto, comentó una de las mujeres que la asistían, limpiando la mancha con el dedo; ésta es sangre de nacimientos, no de degüellos, y no hay que confundir una con la otra aunque la sangre sea siempre la misma. Escuche, el niño llora. ¿No está vivo entonces? ~~Era la misma vieja que había retirado de su vista al último hijo, degollado por un soldado insaciable en la última matanza de campesinos, allá en los Llanos, de los que estaba separada por dos difíciles jornadas de mula y tres mil metros de altura.~~ ^{el Sr. Llamas} la parturienta ahora Más limpio que una gota de agua, dijo la misma vieja alzando y orientando al niño hacia la madre, que se había tapado la cabeza; más hermoso que un ángel. Cuando el niño calló, las viejas oyeron que la mujer lloraba suavemente bajo la colcha y que la noche estaba serenísima.

No debería llorar, dijo una mujer que trenzaba pelo de vicuña haciendo la lana con que tejerían la ropa para el niño; no debería llorar ahora que tiene a su hijo enmontañado. Aquí, en caso de que el día de mañana llegaran a buscarlo, quién podría reconocerlo. El después podrá elegir ser un Vega o un Calderón ^{los de mi or} según le ^{afiliado que} guste, y su nombre, como nunca fue escrito, siempre estará borrado. Mire, Calderones y Vegas de verdad aquí van quedando pocos, casi todos llegaron aquí como su hijo, a enmontañarse para ser personas, y ahí los tiene, sanos y vivos, sin que nadie les pregunte si llegaron de otro lado o son de Minas Altas. Mire, las mujeres de aquí, tal como están las cosas, ya no se van a parir a Minas Bajas para que apunten a sus hijos en los libros. Antes había que tener los hijos en Minas Bajas para que pudieran ser personas. Ahora es al revés. ¿Por qué llorar, entonces?

Es un primor de niño, decían las mujeres. Un primor de vida en su enteritud porque hay que ver que no le falta nada, según se teme en los nacimientos. Los dos ojos están, mire cómo se acostumbran a la luz. Sus orejitas son adornos, los pies para saltar a gusto y una boca que ya ríe, por donde entrarán las frutas y el agua y saldrán sus palabras y sus cantos. Mire, mire por favor el cuerpecito con un precioso corazón adentro, ~~igual que el careze de las guindas~~, y los dos pulmones por si uno fuera poco para recibir el aire de las montañas, y esos ojos por donde puede entrar el mundo entero fíjese, y por donde su niño, a lo largo de su larga vida, dejará que lo miren hasta adentro demostrando que está vivo. Fíjese que su niño, el que él es por dentro, acaba en esos ojos, y si usted se los mira verá cómo es él por dentro, el corazón y demás vísceras y hasta la parte interior, en el fondo de su niño, de las plantas de los pies. Y además enmontañados por los ~~cañones~~ ^{cañones}. Los soldados que vinieran a buscarlo, si vinieran, caerían al fondo de los precipicios dando alaridos junto con sus ^{caballos} mulas. Ha nacido, ha nacido; y usted tiene que olvidar esos galopes nocturnos, esos degüellos que sólo existen en los Llanos. Su niño tendrá aquí todos los padres que quiera, y leche y fruta y miel a rudo; y cuando todos sepan que ha nacido, la gente de las vecindades bajará de los cerros trayéndole pájaros de regalo. Y cuando crezca será un Calderón -concluyó una vieja intentando apropiarse del recién nacido-, y Calderón artista para el lazo, sin mulas viajeras para irse lejos ni estrellas o cometas en la cabeza para irse más lejos todavía. Calderón o Vega da lo mismo, dijo la trenzadora; lo importante es que está vivo y es él nomás y que la hoja donde debían apuntar su nombre sigue tan blanca como la palma de esta mano. La madre se destapó y sin mirar al niño todavía, devoró una ~~enorme~~ fruta. ~~Y el niño ya dormía, ignorando que era una especie de milagro.~~

El día del parto los músicos se ofrecieron como vigías, y apostados en los extremos ^{por} vigilaban tendiendo sus oídos agudísimos, listos para dar la alarma con sus instrumentos más sonoros en el caso de que se oyese en cualquier momento de la noche del parto el estruendo inconfundible de un galope asesino. Los astrónomos, ~~que precedían a Fábulo y sus muleros por lo menos en dos o tres generaciones,~~ hicieron el horóscopo del niño por nacer y tras algunas discusiones resolvieron que por el momento no se advertían peligros inminentes. Tres horas velaron en el peñón más alto, con los pies en el frío, observando detenidamente el cielo en busca de signos de peligro, por si algo se había escapado de la precisión de los horóscopos. Ni figuras extrañas en el cielo, ni sonidos de músicos en las

sierras advirtiendo galopes intrusorios. Todo tranquilo y en su sitio. Apenas el rumor de un deshielo, que en realidad formaba parte del silencio, interrumpido a ratos por los vagidos del niño.

Cerca del amanecer, cuando en la casa del recién nacido, despatarradas en sus sillas dormían todas las viejas menos una, los astrónomos ~~que precedieron a Fá-bula y demás muleros~~ percibieron un ruido sin origen claro y saltaron de sus lechos. Temiendo un peligro geológico subieron al peñón y clavaron sus ojos insomnes en el estrellerío efervescente. Volvamos a dormir, no pasa nada, hemos tenido todos al mismo tiempo la misma pesadilla. Viendo que en el cielo no había nada nuevo, que las estrellas fijas seguían en sus sitios y las móviles se paseaban tranquilas por sus calles de siempre, tendieron acústicamente los oídos hacia el mar invisible y oyeron claramente el oleaje de siempre. No pasa nada allá tampoco, dijeron ~~los nectarios~~ ^{visum} muleros. Cuando ya regresaban a sus lechos de paja suave y hebras blandas de corderos tempranos, un nuevo golpe de ruido sin origen reconocible debilitó sus corazones. Con ojos perdidos de sonámbulos volvieron a mirar escrutando los espacios interestelares, y el cielo seguía igual en la desnudez de su silencio. Entonces el peligro puede estar debajo, este planeta es sorpresivo en sus violencias. Y olvidando momentáneamente un cielo regalado pegaron sus oídos a la tierra: el granito dormía, inocente de terremotos y otras fiebres, no había por qué despertar a Minas Altas. Ningún animal próximo había acusado el ruido. La más atenta de las vicuñas, entre sueños, no movió ni el más ínfimo pelo del interior de sus orejas; las arañas lunáticas tejían aprovechando distracciones de la serenidad, y las serpientes vigilaban protegidas por sus pieles nuevas; los cóndores, en sus ^{lechos} ~~niños~~ rocosos, se dejaban hundir plácidamente en sus ^{de} ~~memorias~~ ^{olvidos}. Vayamos a dormir, todo sigue en su sitio. Fijaron todavía sus ojos, ya tranquilos, en sus relojes cósmicos, y vieron la hermosura de Canopus, la Cruz del Sur lista en su tensión para disparar una flecha hacia el Polo, y Achernar congelándose a millones de kilómetros del peñón solitario.

Sin embargo, bajo un dedo de tierra, casi al pie de los astrónomos vigías, un insecto solitario iniciaba una transformación. Acaso profundizando en su propia naturaleza, o quizás escapando de ella, con un ruido tan leve que esta vez no llegó a los oídos de los muleros sonámbulos que volvían a sus sueños, rompió el último cascarón de su moldura insectil y, amparado en una nueva forma que lo regocijaba, se rebulló en sus apetitos. Antes que el nuevo día rompiese en Minas

Altas inició un largo recorrido cuyo final hasta su propio instinto desconocía. Se deslizaba entre piedras filosas como si alguien lo condujera. Un trozo de mica se clavó en su cascarón acabado de brotar y le avisó: dolor. Agitó violentamente, para alzarse, unas alas que ya eran imaginarias. En lugar de ellas había patas con ventosas, que lo conducían, y asimiló el hecho como si fuese una vieja costumbre. Sintiendo pesos inútiles se sacudió y vio caer membranas secas y babas inservibles, que descubrieron los finísimos pelos donde, por todas partes, acababa su cuerpo. A mitad de camino entre un insecto y algo más acabado que él no alcanzaba, sintió la profunda melancolía de no ser enteramente una araña. Le faltaban patas y, sobre todo, profundidades arácnidas que podía presentir pero que no estaban a su alcance. Llevaba casi a rastras un enorme abdomen vacío que, una vez saciado, ocuparía las tres cuartas partes de su peso. Por algún conducto de su cascarón sensible entró el olor de la sangre, y en ese momento descubrió la función de su trompa, por donde se amamentaría hasta llenar la bolsa de su estómago. Ante esas perspectivas, que sentía impostergables, se dejó caer rodando por una pendiente que acababa casi en la abertura de donde procedía el fuerte olor a vida del recién nacido. El hambre ya era dolor, y con sus últimas energías llegó a la línea de luz que había entre el suelo y el extremo de la puerta, por donde se introdujo rozando apenas la madera.

El ruido de la respiración de las personas era terrible, pero en medio de ese estruendo intolerable estaba aquel olor. Oyó latir los corazones y circular la sangre subterránea, escuchó atentamente el grito agudo de los nervios y sintió todo aquello como suyo. En los ojos desnudos de la enorme mujer despierta percibió en temblores la luz que salía de la ^{l5mpara} vela, vio que él mismo estaba en esa luz y con el primer miedo de su vida se refugió en la sombra de la cuna. En la mente entredormida de la mujer que aún mantenía los ojos abiertos el rapidísimo movimiento del bicho tuvo su presencia, y no sabiendo si se trataba de algo cierto o de sueño cubrió la cuna con un tul.

Protegiéndose de la luz entre las juntas de las piedras y luego en la sombra de la mujer, llegó al techo y fijando y desprendiendo alternativamente sus ventosas se ubicó justo encima de la cuna y se dejó caer.

El olor que había allí era más fuerte que el insoportable estruendo de las respiraciones que llenaban la habitación como un grito inacabable. A través del tul vio los ojos del niño, abiertos e impenetrables, y su boca entreabierta, una

grieta donde podría refugiarse en caso de peligro. No alcanzaba a ver el tul donde pisaba, un suelo invisible que recorrió afanosamente en busca de una salida que le permitiera llegar hasta la piel cercana, cuyos poros sí podía ver plenamente, y en el fondo de ellos el maravilloso color de la sangre, en la que el niño se mojaba íntegramente.

La mujer entredormida vio en un parpadeo que una mancha oscura sobre el tul no era de sueño. El bicho vio un enorme trapo ceniciento que buscaba aplastarlo. Las mismas patas que lo habían llevado hasta allí casi sin que él lo notara se plegaron por sí mismas y lo lanzaron en un salto hasta el suelo de ladrillos, donde, refugiándose en los desniveles, evitó pisadas asesinas. Afuera, fue un alivio dejar de sentir las vibraciones producidas en su cuerpo por respiraciones y latires. Conducido por el hambre, desapareció en el día nacients.

Desde afuera llegaba la voz de los chingolos y las diucas y el ruido de la nieve que el sol empezaba a derretir. La madre vio por la ventana el paso rápido de un cóndor hacia abajo en el primer día de vida de su niño. Hay que ponerle un nombre, propuso a las ancianas. Yo tengo un regalo que ofrecer a su hijo, dijo una de ellas. Se trata de una letra. Una letra hermosa: la ^{Eme} ~~o~~. Con el entierro de ayer, esa letra ha quedado libre. Y como el finado era mi pariente, yo se la regalo para que tenga uno de los nombres más codiciados en Minas Altas. Aquí la gente más querida tiene el nombre de una letra, y sólo cuando el abecedario está colmado se recurre a los nombres, que son todos feisimos y largos. La ^{eme} ~~o~~ no es una letra muy deseada porque se puede confundir con la palabra ^{hame} ~~ese~~, que es más bien ^{hame} ~~despreciable~~. Pero por el solo hecho de ser una letra es mejor que cualquier nombre. Piénsela en mayúscula y verá que es hermosa. ^{Eme} ~~Ja~~ Vega o ^{Eme} ~~S.~~ Calderón, de cualquier manera suena ^{bien} ~~hermoso~~. Me parece que se está despertando, dijo la madre. ^{Eme} ~~o~~ empezó a chillar y las viejas corrieron a calentar la leche y el agua para el baño.

^{Eme} Arrastrado por la bolsa de su estómago, el bicho llegó al cementerio donde el ^{Eme} ~~o~~ muerto iniciaba sus intercambios con la tierra. Atravesando capas húmedas recién removidas encontró restos de sangre mezclada a los procesos vegetales y sació su hambre hasta dormirse, perdido en la gran memoria que lo contenía.

El sietemesino

Revisor ~~esta~~ el protagonista
del muñeco -narrador

Ahora voy a tener que pedirle disculpa a su memoria joven -dijo ^{un} muñeco presentador agitando su cabeza amarilla- pare meter en ella un engendro que pondrá a prueba el poder de su Gramática cuando le toque hablar de su naturaleza. No hay diccionario que contenga la palabra justa para nombrar lo que resulta de la combinación de sus entrañas y su mente. Si el solo hecho de nombrarlo es ya un problema, modelar su muñeco para encerrar su alma carroñera fue un tremendo sacrificio; y hubo que modificar un poco su historia para poder tomarlo con menos repugnancia. Le estoy hablando del Sietemesino, el que degolló en su presencia al hijo anterior de la parturienta que vino a Minas Altas para salvar por lo menos a uno de los hijos de su hombre, ~~el Tono Agüero~~, cuyos descendientes eran eliminados por ese criminal según iban naciendo. Uno de sus propios hombres, espantado, opinó que le parecía una muerte innecesaria. Entonces dijo que lo había hecho nada más que para probar el filo del cuchillo. Ahí lo tiene.

El "alma" del Sietemesino, como llamaba Fábulo a sus muñecos, vestía un traje de piel de yarará. Oía atentamente las palabras del presentador y de tanto en tanto movía la cabeza maquinando venganzas o se paseaba con movimientos rabiosos esquivando la luz.

El Sietemesino y sus hombres llegaron al ~~paraje~~ al amanecer. La peor hora para morir, cuando todo está tan nuevo. Esa luz que no es luz, ^{en} ^{Lumbrecas} las muertes que eran reales parecían de sombras o de sueños. La hora preferida por él para matar, que apenas necesitaba el mínimo de luz ^{que permitiese ver los cuerpos} ~~necesaria para distinguir los cuerpos~~. El agua de la acequia regaba unas viñas a punto de brotar y en el cielo no había nubes ni vuelos de pájaros. Un enorme gallo blanco se paseaba buscando el momento de su canto. Durante el tiempo que duró la matanza, no más de media hora, un perro atado estuvo gimiendo y sus gritos ahogaron el rumor silencioso de morir. No se oyó un solo tiro. El Sietemesino tenía predilección por las armas blancas. ~~De modo que~~ ^{no se oyó morir a nadie}. Las armas blancas en la luz blanca del amanecer, los árboles húmedos de rocío y los animales despiertos, mirando la matanza sin comprenderla, salvo el perro gimiendo. Las gallinas empezaban a picotear la tierra y los cabritos recién nacidos no habían alcanzado a despertarse. Los hombres morían sin ruido, entre la cama y la puerta, sorprendidos en el momento de escapar.

A lo mejor, me, conviene a pesar lo del padre que acaba de cuendrarlo. Creo que si, no altero lo que se dice que, que ~~protejo~~ lo ~~hacia~~ omitido.

No se oyó un
no se oía ~~motif~~

Las mujeres, alzando a sus hijos dormidos, tampoco hacían ruido: se habían quedado sin voz. Por los ojos que el espanto deformaba se notaba que estaban gritando con todas sus fuerzas, pero sólo se oían gritar ellas por dentro: ~~por~~ sus cuerdas vocales, cerradas, no dejaban pasar los impulsos. Y tragaban sus gritos. Hagan callar a ese perro, se oyó decir al Sietemesino pero ninguno de sus hombres le obedeció, nadie estaba en condiciones de distraer su cuchillo por un perro. El gallo blanco le arrastró el ala a una gallina medio dormida pero no se decidió a pisarla, acaso atraído por los hombres que en la luz indecisa se movían como sombras corriendo de una casa para otra. La gallina no advirtió la actitud del gallo y siguió en su sitio como hipnotizada mientras la mujer que después fue a parir a Minas Altas ^{oigo} ~~no podía, a pesar del miedo, dejar de amamantar~~ al niño,

que empezó a llorar reclamando su alimento justo cuando el Sietemesino y sus hombres entraban ^{rodeaban su casa y sus compañeros abrieron su casa el regreso y se lanzaron a la huida} ~~en las primeras casas del pueblo~~ ^{su compañía abarcaba el pueblo} ~~para huir.~~

El Sietemesino y sus hombres, en mitad de la matanza, habían engordado. ^{metidos} Estaban hinchados, redondos por los objetos ^{devidos} que metían entre sus ropas como ~~si los devorasen~~, separados entre ellos, para evitar ruidos molestos, por la lana de las almohadas. Los que iban a morir veían entre sueños acercarse a ellos unas enormes bolas humanas como pesadillas, precedidas por un filo rapidísimo. Bajo la chaquetilla militar del Sietemesino, pese a las suavidades de un almohadón de plumas, un reloj despertador rozaba contra un ^{puerto} peral de bronce, ^{de un tintero} una docena de anillos matrimoniales tintineaban en el interior de un cuerno de vaca labrado, ^{esto, luego} ~~y había una caja de música que sonaba a ratos como si estuviera en el interior del vientre del Sietemesino.~~ ^{gemela de otra} Hagan callar a ese perro, gritó antes de entrar en la casa de la mujer que en Minas Altas parió aquel hijo tan hermoso, hasta ese momento libre de saqueo porque de antemano había sido reservada para él.

Una gallina que iba hacia la acequia seguida por sus pollitos se detuvo y se encrespó al oír los chillidos de un pollito rezagado. Tenía menos plumas que sus hermanos y el lomo picoteado. Iba y venía sin acertar la dirección que llevaban los demás, aunque los tenía a la vista. De vez en cuando se detenía y trataba de envolverse con las plumas escasas de sus alas, como si tuviese frío. El Sietemesino ya estaba dentro de la casa de la mujer, ^{saqueado} cuando el pollito se incorporó al grupo y la gallina lo picoteó sobre lo picoteado hasta sacarle sangre.

Un soldado ~~corriendo~~ ^{saqueado} ~~atravesaba~~ diagonalmente el pueblo haciendo sonar las pailas y sartenes que llevaba colgando y los tenedores y cucharas que inflaban su camisa como no teniendo qué matar y sin importarle el silencio necesario para su sigilo. Durante el tiempo que duró la matanza, ~~no más de media hora~~, fue el

Único sonido que se sobrepuso a los gemidos del perro. Corría lentamente, por el paso que llevaba, y su correr demorado alargaba los espacios entre las viviendas, extendía el poblado como si éste no terminase en ninguna parte, y a la vez agrandaba la matanza silenciosa dándole más tiempo y más espacio a todo.

La mujer que después en Minas Altas no podía ver una gotita de sangre en la punta de una oreja del recién nacido, puso al niño dormido en su cuna y oyó que una ^{de los dos cajitas que tenía} cajita de música sonaba escondida dentro de su casa. El Sietemesino se dio un golpe en la barriga y el sonido de la caja cesó, permitiendo que la mujer pudiera oír sus pasos lentos, interrumpidos por el abrir y cerrar de armarios y cajones, que en esos momentos del amanecer crujían duplicando su ruido. La mujer vio los ojos ^{entre huesos} del Sietemesino hundidos en su cara de filis raquílicos. ~~Fu macho, dónde está, dijo el hombre~~ mientras ~~el que cruzaba el pueblo en diagonal con~~ pailas y sartenes colgantes se le caía una cuchara de plata al tiempo que por su camisa hinchada asomaba la cofia de un vestido de novia y por el peso que llevaba encima y los bultos de adentro no podía agacharse a recogerla y esto demoraba más su desplazamiento y el romper definitivo de la luz del día. Ella estaba por ^{gritar pero no había voz} ~~responder que no lo sabía pero no había palabra capaz de atravesar esa~~ garganta mientras el hombre de la diagonal recogía con mucho trabajo la cuchara y el lomo del pollito picoteado se amorataba por el frío a la orilla de la acequia y el Sietemesino vencía la hinchazón artificial de su cuerpo y estirando su única mano libre se acercaba a la cuna sin oír ningún grito de la garganta de la mujer ni llanto o voz de niño, sólo oía los gritos del perro que empezaba a enloquecer y por segunda vez gritó que lo hicieran callar y por segunda vez nadie obedeció, mientras el filo del cuchillo hacía lo suyo silenciosamente y el gallo blanco aparecía a contraluz por la puerta de la casa. ^{el cuchillo} ~~Tan silenciosamente~~ ^{trabajó el cuchillo} que el hombre ^{cu} diagonal, que acudió a la casa al oír la voz del Sietemesino, no se hubiera dado cuenta de nada a no ser por el gallo, que picoteaba en el suelo la sangre que caía desde la cuna.

Cuando el Sietemesino abandonó la casa ^{sin mirar a la mujer por la distracción que se le presentó por la cajita de música que se encontraba en su barriga} el viento hizo volar de su chaquetilla inflada una ligera perturbación de plumas, y durante unos segundos, hasta que se dio un ~~nuevo~~ golpe en la barriga, volvió a sonar la cajita de música, ^{justo en el interior} el momento en que el hombre de las ^{5 años} ~~cacerolas~~ colgantes que acababa de ver comer al gallo blanco se acercó para decirle que esa muerte era innecesaria y el Sietemesino le contestó que lo había hecho para probar el filo del cuchillo. Pero

mientras su hombre, afuera, no sentía las cuchilladas por tener todavía el cuerpo reconito por el placer que acababan de tener y aún dolor se amantaba hacia la acequia

→ por distracción producida en la caja de música.

no fue por eso solamente. Sabía bien quien era el padre de ese niño, alzado en armas, y le temía, tanto a él como a su descendencia. Para el hombre con la caja de música todas las muertes de ese día habían sido innecesarias, menos la del niño. Y si no mató también a la mujer fue porque ella podría conducirlo más tarde hasta el progenitor.

El sol se había levantado un poquito cuando se fueron. La gallina y sus pollitos bebían en la acequia, los cabritos abrieron sus ojos soñolientos, el perro calló por fin y volvió a oírse claramente el ruido del agua regando las viñas a punto de brotar. Cuando la luz no luz alcanzaba el tramo final de su definición, el enorme gallo blanco salió de la casa y, aunque un poco a destiempo, encontraba finalmente su canto y con él anunciaba el nuevo día.

El hueso que, al caer, dejó un caballo negro

El muñeco amarillo, viendo que el de traje de piel de yarará se paseaba muy nervioso como queriendo huir del escenario, y se llevaba las manos a la cabeza para no oír lo que de él se decía y de vez en cuando miraba hacia arriba como atacado por extrañas fiebres místicas, le gritó quieto ahí, criminal, y el Sietemesino (su alma viviente) se detuvo en un rincón, desde donde movía permanentemente la cabeza en temblores de ira, o negando lo que oía, o tratando de ocultar la evidencia de lo horrible modelada en su cara.

El amarillo prosiguió: lo parieron cuando todavía le faltaban dos meses para nacer. Su madre, por asco o intuyendo una calamidad, pidió que lo apartaran de su vista. Es más feo que un feto, dijo sin ninguna clase de sentimiento maternal. La alimañana fue creciendo y hasta los doce años entretuvo su niñez con una espina de cactus y ojos de pájaros cautivos, por haber oído decir que los pájaros ciegos cantan mejor que los videntes. Asesinó obedeciendo a diferentes amos, vistió todos los uniformes y recibió medallas y condecoraciones y con el producto de sus saqueos más lo que le daban sus amos mandó construir un palacio donde vivía acompañado por un tigre aterrizado que le obedecía como un perro. De origen campesino, disfrazado de verdugo fue el verdugo de los campesinos, que terminaron encarnando en él la idea de un suicidio colectivo. Mírenlo, ahí lo tienen. Con cuidado, que es su alma.

La noche del día en que moriría por primera vez el Sietemesino estaba insomne. La relación entre sus entrañas y su mente, en una de sus infinitas combinaciones, le dio por resultado un espacio blanco donde se aturdiría y se perdía, parecido al que se producía siempre dentro de él después de matar con la mente

fría y el corazón ardiente (el momento más perfecto para matar, cuando sentía que ~~él~~ era la afinación y el cuchillo su instrumento, y matar era simplemente provocar la música). En este espacio del insomnio él ~~no~~era la afinación ni poseía el instrumento, y le daba miedo entrar en él. Combinaba entonces de otra manera sus interioridades, cambiando a su mente de lugar y procurando un contacto diferente con cada una de sus entrañas, pero el resultado era siempre el mismo espacio blanco en el silencio de la noche y de su mente. Por fin se dio cuenta de que ese espacio reiterativo era el miedo que tenía de ser asesinado. Si abría los ojos, la habitación donde estaba era aquel espacio; si los cerraba, el espacio continuaba sin modificarse. A mí no me mata nadie, se dijo en una orilla de la mente, enteramente ocupada con las entrañas en generar aquel espacio donde él corría el peligro de ser la música provocada por una afinación y un instrumento que desconocía, y se levantó.

Se vistió sin saber claramente para qué lo hacía, y colocándose todos los instrumentos del poder que tenía y viendo que sus guardianes eternamente despiertos se paseaban vigilantes desde allí hasta las lejanas fronteras se sintió más seguro, aun sabiendo que ~~pe~~manecería, ~~p~~or más que se desplazase, dentro de aquel espacio donde se aturdiía, y aun manteniendo la mente fría y el corazón ardiente según era su costumbre.

Rehusó la escolta que le ofrecieron sus guardaespaldas diciendo que simplemente daría un paseo por sus dominios y volvería en cuanto le bajara el sueño. Cabalgaba envuelto en su insomnio y pensando deshacerse de él en cuanto amaneciera, desprendérselo como una capa y arrojarlo en el primer barranco que encontrara. Procuraba sentirse íntegramente él en su piel y en sus huesos, pero no podía asir nada concreto. Suspensamiento, como su cabalgar, eran de insomnio. Levantarse, vestirse, montar y salir habían sido actos no producidos por su voluntad; y por faltarles ese contenido esencial perdían su sentido. Lo llevaban, sí, pero a ninguna parte, moviéndolo o agitándolo siempre en el mismo sitio, en aquel espacio blanco que aparecía siempre idéntico después de cada combinación de sus propósitos. Cabalgaba, sí, pero como sin poder moverse de la cama. ~~Y no era un sueño.~~

Amaneció en las Salinas envuelto en el globo de su insomnio sin saber adónde estaba o iba, si continuaba la noche o había amanecido. Y aunque cabalgaba sobre una planicie de sal, donde el caballo apenas podía moverse, caía por una pendiente

poco perceptible que gradualmente lo empequeñecía. El sol recién salido proyectó sobre lo blanco solitario la larga sombra oscura de su caballo negro; y cuando se puso desapareció la sombra, y el caballo, permaneciendo en su negrura, era su propia sombra, donde sangraban sus patas carcomidas por el fondo de un mar que había muerto hacía miles de milenios, mientras el jinete, con la memoria del día anterior, dejaba penetrar su cuerpo en el siguiente sintiendo que además no se había movido de su sitio aunque estuviera en otra parte.

El sol trazó sobre su cabalgar (no sobre él, que ya no podía percibir su presencia) el arco lento de un día completo, mientras él trepaba estribaciones sinuosas dejándose perder a ver si de ese modo se dormía, y cuando volvió a anochecer y ya no se acordaba de quien era vio un grupo de hombres alrededor de un fuego al pie del cerro mayor que conducía a Minas Altas.

Con mucho trabajo, como si sus brazos ya no tuviesen huesos, desmontó su caballo y lo vio morir ^{agonizar} cuando los hombres intentaban hacerle beber un poco de agua.

-Despéñenlo -dijo sentándose sobre una piedra, y rehusó los alimentos y la bebida que los enlazadores de Minas Altas le ofrecieron.

Llevaron al caballo en vilo hasta el borde donde acababa la sustentación bajo los pies sin dejar que ni una sola de sus patas carcomidas por la sal rozase el suelo pedregoso, y allí, cuidadosamente, despeñaron su enorme bulto de negro azulado, de tal modo que caía sin tocar las piedras salientes, sin ruido y por el aire limpio se perdió antes en la oscuridad de la noche que en el fondo del precipicio.

-No lo sé, no me acuerdo -dijo cuando le preguntaron quién era y adónde se dirigía en medio de esas soledades-. Me han mandado matar a uno que en estos días va a nacer allá arriba y a eso vengo. Déjenme subir.

Vio que el espacio blanco se enrarecía para modificarse por fin, a punto de llenarse con una presencia que haría desaparecer su insomnio.

-Sietemesino -dijo acercándose uno de los hombres, ocupando enteramente aquel espacio vacío-, ~~me degollaste~~ ^{me degollaste a mi hijo} ~~ahora tengo que matarte.~~ ^{ahora tengo que matarte.}

-A mí no me mata nadie -alcanzó a decir con el último resto de Sietemesino que le quedaba.

Entregándose a otra memoria corrió hasta el borde, donde se vio vacilar, ya en el aire, el conjunto de su hechura tendiendo a desarmarse, su cara en el perfil filoso de sus huesos, el aleteo de sus brazos inconsistentes, antes de

hundirse en el hueco profundo que al caer dejó abierto su caballo.

Las aves de la altura no se atrevieron con sus despojos. Gusanos artesanos que se interesaron por él formaron con sus restos una especie de insecto que con sus potentes alas remontó el cerro sin que ningún Calderón tuviese posibilidades de enlazarlo y llegó a Minas Altas antes que los enlazadores, anticipándose en varias horas al nacimiento del niño. Tan silencioso y tan secreto que no pudieron detectarlo ni siquiera los agudísimos astrónomos.

Prescindir ~~quiere~~ de todas las primeras necesidades y
enfocar directo con la lústria, excepto intencional las
observaciones más logradas.

Al otro lado del insomnio

Desde la grieta de una tabla del gallinero veía pasar ~~los dedos y venidas de~~
las robustas piernas del niño sonrosadas por el frío, ~~los pies que podían aplas-~~
~~barlo sin darse cuenta si él tuviera que abandonar la grieta.~~ De vez en cuando los,
dedos, ^{huesos} unas puntas ^{de filos desahuyados} de carne cubiertas por una caparazón ^{caro de el} filosa, ^{delo la grieta} pasaban ^{de la} ~~la~~
grieta obligándolo a recoger la bolsa de su estómago, que sobresalía un poco, tirán-
dola hacia adentro para evitar que aquellos filos ciegos la rozaran. Si esa mañana
se hubiese alimentado, el abultamiento de su estómago le habría impedido refugiarse
inmediatamente en la ^{grieta}. Hubiera tenido que buscar protección en la pila de pie-
dras, ^{de donde} ~~dónde abundaban las espasmos que~~ la curiosidad incesante del niño,
que no dejaba nada sin tocar o revolver, lo ~~y~~ hubiera descubierto. Lo había visto
despanzurrar hormigas y arrancarles las patas a los escarabajos. Además de no te-
merle a nada era ~~may~~ ^Y cruel, ~~tramadamente~~ fuerte, ~~impulsado en todo momento por~~
~~ese sangre humilitada en la que estaba siempre bañado,~~ ^{sostenido por un} ~~visible a través de la trans-~~
^{grandes huesos, variados en tamaño} ~~parencia de la piel, perdidos allí en el fondo barroso de los innumerales hue-~~
~~cos que~~ ^{le} ~~le~~ ~~permitiéndole~~ desplazarse con violencia ~~en cualquier sentido~~
sin peligro de deshacerse.

Había hecho del gallinero su habitáculo por permitirle al mismo tiempo la posi-
bilidad del alimento fácil y la presencia diaria de la pequeña forma humana, ob-
jeto de su memoria. Había descubierto que los agujones que clavaba en la piel de
las gallinas antes de abrir sus poros para introducir su trompa, provocaban gra-
dualmente un debilitamiento del animal, un aumento violento de su calor y un cese
de movimientos hasta que las gallinas caían desde lo alto de sus palos, secas,
huecas, sin trazas de vida, ~~caían~~ con el mismo ruido del trapo ceniciento que que-
ría aplastarlo contra el suelo el día que descubrió la existencia del niño en la
casa de los hombres, cuando ^{el niño} ~~todavía~~ era débil y alimentarse de ^{ella} ~~él~~ hubiera sido
más fácil que la más dormida de las aves del corral. ^{lo forma humana}

Lo atraía la creciente monstruosidad del niño, su forma de correr y de tragar,
aquella boca siempre entreabierta como grieta y los ojos como huecos, su piel po-
rosa y transparente que contenía aquellos jugos, su belleza escondida. Lo atraía
la sangre ya pesar del cascarón repugnante que la envolvía. Lo veía crecer día a
día, intuía la multiplicación de sus células hacia estados cada vez más monstuo-
sos. Si lograba sorprenderlo dormido como a las gallinas, su monstruosidad crecien-
te se detendría y caería como las aves secas desde lo alto de los palos. Pero no

tenía fuerzas ni la agilidad de las arañas para huir de él si se despertaba. Su cascarón era demasiado pesado, sus patas torpes y débiles, apenas capaces de arrastrar la bolsa de su estómago después de una succión completa.

La respiración del niño, ^{percibido desde} ~~por la que recibía sus impulsos~~ en la grieta, se fue haciendo más lenta hasta llegar al ritmo del sueño. El niño estaba acostado, con un brazo muy cerca de la tabla donde él se ocultaba. Abandonó su madriguera y esperó. Como no se movía, trepó por uno de sus dedos y ^{recorrió} ~~camina simplemente~~ por un ^{largo} brazo, ^{viendo desde allí lo} ~~desde donde podía ver su enorme~~ cara echada sobre un hombro, las profundidades de los fosos de la nariz, la boca entreabierta bañada en sus salivas, por donde resoplaba haciendo un ruido intolerable, y los poros que daban acceso a la sangre, en la que su forma flotaba sin ahogarse. Desde el hombro se dirigió hacia una oreja para llegar a la cara evitando la cuesta del mentón y la zona donde latía el corazón, de crispaciones insufribles. Al pasar ^{ella} ~~sobre una oreja~~ la bolsa de su estómago se desplazó hacia abajo y allí se arrastró entre concavidades velludas. El tirón que dio para retirarlo lo desvió hacia la maraña del cabello, donde cayó trastabillando y perdió la orientación.

Sus ventosas no tenían superficie donde apoyarse y en vez de caminar resbalaba. Si el monstruo despertara en ese momento giraría hacia él al altísimo articulo de su brazo desplazándose y en sus extremos estarían las garras que solían rascar en la orilla de su grieta asomando sus filos. Entreabrir trabajosamente los cabellos para pisar en firme era el signo claro de un peligro y caer en las demoras del tiempo, que para él eran infinitas y le recordaban un antiguo insomnio, grandes espacios blancos imposibles de superar. De golpe perdió la noción de sus actos, se olvidó del niño como si nunca hubiera existido, y no sabía dónde estaba. Tenía memoria solamente para su grieta, donde deseaba volver. Intentó trepar hacia arriba de esos hilos babosos en los que se enredaba, pero su hechura no se lo permitía y sus patas, inútiles, se movían en un aire oscuro.

Recorrer, perdido, la cabeza olvidada, dando vueltas por la nuca creyendo que avanzaba, engañado por las curvas del cráneo, le llevó una interminable noche de tiempo insectil y un regreso en el tiempo hacia borrosas formas larvales que en su noción vital significaban ^{destrucción (UOI)} ~~muerte, algo peor que el aplastamiento siempre temido, que sólo significaba dolor y no contenía el dato destrucción. La destrucción era volver, perderse en ese insomnio que tenía sin saber qué era.~~

Su larga noche interna acabó cuando por azar se encontró en la altura mayor de la frente, donde por fin amanecía. Al ver una larga sombra proyectada sobre la

mejilla, se reconoció en ella y recuperó su identidad vacilante. Recordó los ojos del niño como dos hermosas grietas, y posado sobre uno de ellos, sobrepasándolo con su vientre, los buscó inútilmente. Asomándose por un borde de la boca observó el interior sanguíneo de esa cueva en cuyo fondo había un hueco del que salían las tufaradas de la respiración. Entonces ^{se acordó de} recordó la forma total del niño, la temible hechura de sus pies ahora inertes. El ruido atroz del corazón lo perturbaba desde un lugar lejano. Se refugió en una axila, donde descansó. Tenía casi el tamaño de su cuerpo y el calor que allí había era parecido al de su grieta en la madera a pleno sol. Resuelto a llevar a cabo allí mismo su labor, echó una mirada hacia afuera asegurándose de que todo estaba tranquilo y nada perturbaría el abandono placentero de una succión profunda y prolongada. Ni voces, ni presencia humana. En el centro del corral, un gallo ~~blando~~ que vio parpadear ligeramente proyectaba una sombra larga y quieta. Apenas necesitó una pequeña presión para clavar los agujones, a manera de soportes, entre los que situó la violenta erección de su trompa, que succionaba ya estirando la piel, más suave que la de cualquier ave, hasta darle la forma de un pezón enrojecido.

Tardó un largo día de su tiempo en llegar al abrigo de su grieta arrastrando la bolsa del estómago. Allí esperó ver aparecer en el cuerpo bebido la rigidez de las gallinas secas. Pero el niño despertó y corrió hacia su casa. El golpe que al salir dio en la puerta del gallinero hizo tiritar la tabla donde estaba su guarida, el bicho tiritaba enteramente con la tabla, tiritaba su casa, y en las oscilaciones iba y venía el brillo quieto de sus ojos en el fondo oscuro de la grieta.

El niño, superadas las fiebres producidas por la picadura, volvió muchas veces a jugar en el gallinero. Pero nunca más se quedó dormido. El bicho envejecía sin poder acercarse nuevamente a aquel cuerpo, comprendiendo que sólo existía para ocupar esa interminable espera que lo colocaba en el territorio del insomnio y lo regresaba, como si nunca hubiera podido superar su extravío en aquella larga noche de los pelos oscuros. Cuando el niño se paraba junto a la grieta, ya no veía sus rodillas, crecidas allá arriba, fuera de su alcance visual. Su cabeza estaría lejanísima, sería enorme, y sus manos terriblemente fuertes. El niño se iba hacia arriba para siempre y él envejecía en su cubil en inmovilidades cada vez más amplias, alterada solamente alguna noche entre muchas para entrar en alguna gallina dormida. Y el alimento sólo le servía para nutrir el insomnio que lo contaría, ~~y que significaba destrucción.~~

Se dejó caer de la grieta envuelto en el globo del insomnio y caminó, durante su noche y la del tiempo, sin saber adónde estaba o iba. En cuanto amaneciera se desprendería del no dormir y lo dejaría caer en cualquier sitio. Fuera ya de sus dominios en el gallinero, trepaba por la pendiente pedregosa, pero era como estar siempre en el mismo sitio, en el fondo de su grieta, porque lo único que se sentía hacer era transitar dentro de un insomnio. Las ventosas perdían adherencia, le costaba trepar con las patas sangrantes. Pasaban días y noches de las suyas y de las otras sin que pudiera darse cuenta del tiempo por estar perdido en un único momento dentro de un espacio blanco. Con la luz de un nuevo día vio su sombra contra una roca y no pudo reconocerla.

Casi en la cima del peñón de los astrónomos encontró una araña dormida y admiró su forma. Un hermoso ejemplar, del tamaño de un pollito, velluda, armoniosa. La chupó morosamente hasta secarla, hasta dejar de ella sólo una dispersión de patas enredadas. Hasta dormirse, por fin, fuera de su memoria.

Despertó en la cima desde la que era posible sentir la existencia del mar y se vio como flotando entre la luz lunar. No le pesaba el estómago, ni lo arrastraba. Su cuerpo estaba en una simetría perfecta. Movi6 las dos filas de patas y vio que temblaba en un tejido lechoso. Tanteó los temblores donde flotaba bajo la luna y se descubrió, por dentro y por fuera, una enorme, una bellísima, una interminable araña venenosa.

En su memoria virgen ^{de la tarántula} estaba la luna, que acababa de ver por vez primera, la noción de su cuerpo en perfectas simetrías, y la del niño, que había logrado traspasar, intacta, desde el otro lado del insomnio.

(También lo tendría el halcón, cuando se que el niño no es un niño, es la niña, que buscó también un niño).

~~Es de noche y hace mucho frío en el Mirador de los Vientos.~~ El fuego, en el límite de su arder, zumba ^{esta noche} como el viento sin poder calentar plenamente el frío milenario de estas piedras, y se rompe en sus llamas, en cada lengua ardiente se deshace su forma de fuego, las puntas muertas de sus lenguas acaban en un tizne miserable que se pierde en el ~~frío del granito.~~ ^{helado.} Los ingleses que hace más de un siglo mandaron construir este refugio, acaso para contemplar desde aquí sus vastos dominios minerales, sus fábricas de oro hoy abandonadas, no supieron calcular las relaciones entre el espacio de esta inmensa sala y el calor necesario para calentarla. ~~Las aluidas, rozados por la frangia.~~ Es más un fuego para dejarse ver que para calentar. ^{El Mirador!} ~~La casa,~~ por dentro y fuera, está circundada de frío, ^{que} el frío ordena todos los espacios, nombra todo el conjunto, por lo que el fuego del pequeño hogar viene a ser su corazón, donde el frío guarda su pizca de tibieza necesaria. Mi mesa de algarrobo, ~~ubicada al lado del ventanal,~~ en un costado del frío, apenas recibe el calor del hogar ~~de granito que está en el centro de la sala.~~ Desde aquí hago mi doble narración. Por un lado tengo que estar atento a los giros del viento ~~y fijarlos en las planillas con signos convencionales,~~ y por el otro al recuerdo gestual de los muñecos de Fábulo, ~~mediante los cuales me cuento una historia cada vez que bajo,~~ y ponerlos en estas hojas que a su modo son también planillas, con palabras que son también convencionales como las rayitas de marcar el viento. ^{o las de Lucas de la Cefira} Y en el fondo ~~ambas historias se parecen, con giros y caprichos, escapes y retornos cuyo sentido último permanece siempre oculto.~~ ^{La existencia de la Cefira me hace sentir muy vivo!} ~~no sabría decir si es el viento quien se parece a los barros,~~ ~~exactamente al revés.~~ Aparte de esto, vivo; y en mi memoria ya no tan virgen no sólo entran las historias que me fija Fábulo ~~para que las ponga en palabras~~ sino las que yo mismo vivo aquí arriba y cada vez que bajo, que una vez vividas empiezan su proceso de recuerdo y necesitan atención de la memoria, en parte porque simplemente son, y en parte porque además son hermosas y con su hermosura alimentan la necesidad de vivir. ~~Además;~~ yo mismo soy una historia de Fábulo; ~~al menos mientras se usa para mi memoria antigua, y también debe contarla,~~ ^{un personaje que se cuenta.}

El ventanal, a estas horas de lo oscuro, es mitad un cristal transparente y mitad un espejo. En el espejo, muy borroso, puedo ver mi imagen balloteada por las llamas, como si se moviera afuera y tiritara de frío; por el cristal, el continente de todo esto: espacio y silencio, Un ámbito cuya familiaridad conmigo no parte de la frecuente contemplación: es idéntico al estado de mi memoria cuando

~~se vacía de su antiguo contenido, por voluntad y artimañas de Fábulo,~~

se vació de su antiguo contenido, por artimañas y ~~voluntad~~ de Fábulo. Durante el día este refugio tiene un sentido arquitectónico, modifica a la roca y existe por sus relaciones y contrastes con su entorno. Por la noche lo pierde, y en vez de estar sostenido por la montaña es como si se desprendiese de ella igual que un globo y flotara en el espacio; mi mesa, estos papeles, el fuego, este refugio, y yo mismo con el espacio del silencio y de la memoria, flotamos en las grandes alturas, que están como fuera de la vida, sobre los precipicios imposibles de ver por la oscuridad y la distancia, y nos convertimos en un peso de estrellas. Para evitar estas fugas peligrosas miro el cerro de enfrente, que es el lugar de mis deseos más vivos.

El verbo en presente J

A estas horas es apenas visible. Acaba en una pendiente de arena porosa donde ~~nunca~~ ^{de espejos} cuaja la nieve. Allí recibía los mensajes ^{en los días de sol.} de la Céfira, ~~los de Fábulo o N. Vo~~ ^{tenen} ~~ga tenía otro lugar para reflejarse, en el cerro donde viven los corderos. El lenguaje de Fábulo no tenía más de tres palabras que ni siquiera podían combinarse: bajo urgente, no bajo que hay peligro, y una tercera que me olvido. Su espejo sólo hablaba de cosas definidas y en casos muy necesarios. El de Céfira, todos los días de sol, o sea casi siempre, y su lenguaje era riquísimo, con palabras que además podían combinarse ampliando sus sentidos. Con los mensajes de luces de la Céfira uno le daba más valor a las palabras que ^{ponía} ~~ponía~~ en el papel. En el lenguaje de los espejos (al menos en el que nos inventamos con ella y casi sin querer), se comunican otras índoles de las sensaciones, que las palabras no alcanzan por ser de diferente naturaleza. Por contraste, se enriquecen las unas y las otras. Muchas veces intenté colocar palabras en el papel con voluntad de palabras de espejos, y por lo menos conseguí divertirme. También he procurado en mis respuestas a los mensajes de Céfira cargar mis palabras luminosas con el valor que éstas tienen cuando se visten de tinta, pero no sé si ella alguna vez lo percibió. Y si fue así no pudo informarme de ello porque es imposible hablar con palabras de espejos de la naturaleza que ^{tienen} ~~tienen~~ las palabras de la tinta.~~

Al principio ella recibía mis mensajes en la falda del cerro que hay detrás de su casa; después ^elogré perfeccionar la emisión orientando debidamente mi espejo a una hora precisa, y conseguí trasladar mis señales a la pared del fondo de su casa, que da a la calle-río, buscando poder iluminar el girasol. Lo conseguí con la ayuda de las señas luminosas de ella, que me orientaban, y la luz de mi espejo entró también por la ventana de su cuarto iluminando las grietas de las vigas y los retratos de Vegas y Calderones que colgaban de las paredes penumbrosas. Ella

simpatía, dándole más cuerpo a sus palabras. Me dijo que sabía que no me acordaba de ella y ~~que al verme su nombre por la mañana sólo había querido comunicarme un hecho nuevo~~; ella también se olvidaría completamente de mí para que los dos pudiéramos coincidir con situaciones idénticas en un punto del tiempo, al menos mientras durara ese divertido asunto del olvido y la memoria. Para poder estar juntos, dijo, te voy a pasar uno ^{de estos espejos gemelos} ~~de estos espejos gemelos~~. ^{En días deshejados} Todos los días al salir el sol te mandaré señales y esperaré las tuyas. Yo tampoco sé cómo se habla con espejos, pero podemos aprenderlo juntos.

El ^{monstruo} espejito empezó a bajar atado a la punta de un hilo que ella iba soltando como si su propio cuerpo fuese la madeja. Estiré las manos como si ya estuviese a mi alcance, aunque el espejo apenas había comenzado a separarse de ella, que con rápidos tirones evitaba que se estrellase contra los cantos vivos de las piedras salientes. El espejito se encajó en una raíz y el hilo zigzagueó encajándose a su vez en espinas y raíces. Intentó unos tirones para desencajarlo, y el hilo se tensó más, a punto de cortarse. Más hilo, más hilo, le dije, para poder alcanzarlo y desencajar ^o el espejo desde mi lado. Ella abría los brazos en arcos amplios sacando hebras y más hebras que acortaron la distancia, y una parte de las hebras se acercaba a mí mientras otras se enredaban en su pelo o salían por las mangas de la blusa rozando sus axilas. El hilo iba bajando hacia mí enredándose cada vez más en el cuerpo de ella, desde una pierna hacia un hombro y desde éste a su espalda, por debajo y encima de la ropa envolviéndola, y a través de su pelo en movimiento, entrecruzado con las hebras, vi ^{los focos} ~~los focos~~ ^{los focos} ~~los focos~~ perdidos que sin darnos cuenta estábamos construyendo, y oí su respiración acelerada justo en el momento en que alcancé a tomar por fin el hilo, mientras el ^{monstruo} espejito, inmóvil, recibiría formas, acaso las del cuerpo de ^{ella} ~~ella~~. Tiré suavemente procurando desenredar sin rozar con violencia las partes de la Céfira afectadas por la madeja, y cada uno de mis dedos, a través de los hilos, coincidía con algo de su cuerpo, tan frágil ante aquella tremenda tensión multiplicada de los hilos. Y pese a que cada hebra que soltaba para mí, la enredaba más, sus brazos seguían abriéndose en arcos, cada vez menos amplios, según el espacio se iba cerrando con los hilos. También me había enredado yo, claro, y no podía separar libremente mis manos, que como las suyas buceaban en el laberinto de espacios y tensiones. La madeja, brotando de su cuerpo, era interminable, convertida en una red que con cada movimiento nuestro crecía para atraparnos

más en el hueco de una enorme catedral vacía donde estábamos solos. No había movimiento de ella o mío que no sintiéramos en la carne, de modo que a ratos modificábamos la intensidad de nuestra fuerza para no dañarnos, a ratos la aumentábamos buscando en lo violento un desenlace. Por fin el espejito ^{msup do?} se movió desencajándose y ascendió girando sobre sí mismo y desparramando luces trituradas. N.Vega, que se acercaba, se detuvo en un recodo esperando que saliéramos de esa situación por nosotros mismos, prudentemente y con limpio movimiento bajó el ala de su sombrero. Pero ni Céfira ni yo teníamos fuerza para recoger los hilos. El espejito, ^{msup do?} tras su violento giro, se descolgó solito por un hilo libre y fue a caer entre mis manos.

N.Vega no se asomó ni dijo una palabra hasta que lo llamamos. Había anochecido y apenas pude ver sus contornos cuando me despedí de ella alzando las manos, ya libres de hilos. Vega me acompañó hasta la salida, donde me entregó la mula nueva recomendándome cuidado en la subida. Hice el camino entre sueños. Una parte de mí dormía confiando en la mula que conocía el trayecto de memoria; la otra iba despierta, desenredando hilos y cabellos retintos.

Todavía estaba oscuro cuando llegué y pensé que la noche era una inutilidad para ^{msup do?} el espejito. Estaba deseoso de que amaneciera para poder mandarle una palabra que no sabía todavía cuál era, pero el solo hecho de buscarla era un placer. Prendí fuego y cuando lo vi arder al máximo me desnudé ante él concentrándome en la Céfira y deseando ser ella.

Al despertar, justo cuando iba a ponerme a bailar con mi sombra y mi guitarra como todas las mañanas, vi aparecer sobre la arena porosa los golpes de luz de su espejito y sin ningún esfuerzo comprendí todas sus palabras. Tapaba enteramente el espejito con su mano negándome su luz, y luego de una espera calculada me la daba toda de golpe intentando encandilarme. La cortaba y la daba, y la ausencia de luz eran sus manos sobre el espejo, la parte oscura de su voz, su risa, los ojos enormes absortos en el laberinto. Después abandonaba su luz en un punto fijo de la arena, como esperándome, y yo tomaba mi espejito y le daba las respuestas justas. ~~El momento culminante se producía cuando lograba iluminar de pleno al girasol, que era como el centro de ella, el lugar de ella por donde pasaban todas las hebras de la madeja.~~ En los días sin sol me bastaba mirar ^{msup do?} el espejo gemelo para desear el cuerpo de la Céfira, largamente acariciado a través de las lenguas de los hilos.

Más en el hueco de una enorme catedral vacía donde estábamos solos. No había movimiento de ella o más que no sintiéramos en la carne, de modo que a ratos modificábamos la intensidad de nuestra fuerza para no dañarnos, a ratos la aumentábamos buscando en lo violento un desafío. Por fin el espejito se movió desentendiéndose y ascendió girando sobre sí mismo y desparterando luces tristes. N. Vega, que se acercaba, se detuvo en un recodo esperando que salieramos de esa situación por nosotros mismos, prudentemente y con limpio movimiento bajó el ala de su sombrero. Pero ni Gétira ni yo teníamos fuerza para recoger los hilos. El espejito, tras su violento giro, se descolgó solito por un hilo libre y fue a caer entre mis manos.

N. Vega no se acordó ni dijo una palabra hasta que lo llamamos. Había entonces cido y apenas pude ver sus contornos cuando me despedí de ella alzando las manos ya libres de hilos. Vega me acompañó hasta la salida, donde me entregó la nueva recomendación cuidada en la salida. Hice el camino entre sueños. Una parte de mi mente confiando en la mufa que conocía el trayecto de memoria; la otra iba despierta, desentendiéndose hilos y capelios retintos.

Todavía estaba oscuro cuando llegué y pensé que la noche era una inutilidad para el espejito. Estaba deseoso de que amaneciera para poder mandar una palabra que no sabía todavía cuál era, pero el solo hecho de buscarla era un placer. Frente al fuego y cuando lo vi arder al máximo me desahucé ante él concentrándome en la Gétira y deseando ser ella.

Al despertar, justo cuando iba a ponerme a bailar con mi sombra y mi guitarra como todas las mañanas, vi aparecer sobre la arena porosa los golpes de luz de un espejito y sin ningún esfuerzo comprendí todas sus palabras. Tapaba entonces frente al espejito con su mano negándose su luz, y luego de una espera calculada me la daba toda de golpe intentando encandilarme. La cortaba y la daba, y la sujeción de luz era su mano sobre el espejito, la parte oscura de su voz, su risa, los ojos enormes abiertos en el laberinto. Después abandonaba su luz en un punto fijo de la arena, como esperándonos, y yo tomaba mi espejito y le daba las respuestas justas. El momento culminante se producía cuando lograba iluminar de pleno al girasol, que era como el centro de ella, el lugar de ella por donde pasaban todas las hebras de la madeja. En los días sin sol me bastaba mirar el espejito gemelo para desear el cuerpo de la Gétira, largamente acariciado a través de las lenguas de los hilos.

*Quiere decir
a ver si lo se palala
mucha y hablado.*

Buscar las palabras de la misma manera que Fábulo buscaba y elegía los materiales para sus muñecos. Modelarlas hasta conseguir la forma deseada y después, lo más difícil, ponerlas en movimiento para que vivan y a través de la vida de ellas aquello que desapareció vuelva a vivir. Fábulo ^{creía} ~~creía~~ que para poner las cosas en palabras bastaba con el conocimiento de la Gramática, ~~sin saber que ella es un hecho consumado pero no el hecho mismo.~~ Es una de las maneras de pensar la existencia de las palabras, y cuando se impone deja morir otras posibilidades. Decide de antemano, dentro de su orden, qué cosa puede ser absurda por carecer de sentido aparente. Y, lo que es peor, cierra las puertas a lo absurdo, que es el espejo donde la normalidad se mira para poder mantenerse como ella se cree que es. Los muñecos de Fábulo, cuando están en movimiento (un movimiento similar al de las palabras en trance de contar) crean actitudes y significados sesgantes que no encuentran palabras adecuadas ni ordenamiento de ellas que se les aproxime. Los vientos no repiten jamás sus comportamientos o costumbres cuando entran en los globos que los retratan fielmente. Las rayitas que inscribo en los cuadrados de las planillas sólo tienen tres posibilidades, que algunas veces coinciden con la realidad del viento y otras no. Entonces pongo el trazo más aproximado. Pero no es fiel. ~~Necesitaría curvas, colores y otro tipo de planillas. Necesitaría al viento mismo, encerrado en una gran campana de cristal.~~ También el viento padece una gramática de rayas que lo limita y lo interpreta en un solo sentido. Y así nunca lo conoceremos a fondo. ^{En} En cuanto al diccionario auxiliar que Fábulo me dejó junto a la Gramática, es un abuelo bueno con demasiados pelos en la barba, memorizando inútiles recuerdos como si la memoria sólo sirviera para eso, nunca para lo nuevo o lo que tiene posibilidades de existir. Y siempre, en su ya larga vida, fue ignorante de palabras para los perfumes por ejemplo, que existen plenamente sin tener palabras que los nombren y viven en la sombra, mientras otras cosas menos memorables ^{palabras} tienen que son repeticiones inútiles de lo mismo sin agregarle nada. Para eso, mejor que se queden sin ellas. En la penumbra donde viven, su propia potencia de palabras les concede una existencia secretamente deliciosa.

Para fijar unos hechos en palabras necesito mezclarme primero con ellas, ver si tienen la temperatura o disposición necesarias para salir, y templarme yo mismo para poder convertirme en el conducto que las traslade, convertidas en signos,

desde el tiempo y el espacio donde existen hasta el tiempo de aquí, del lado del papel, que es un salto tremendo donde vacilan gastando para siempre uno de sus instantes de vida, como si vinieran al papel para morir. Escribirlas es un acto violento. Entre nosotros y ellas está el silencio, donde la correspondencia es perfecta, cada cual en su virtualidad. Las arrancamos de su árbol como a una fruta y la comemos convencidos de que son para comer. Y quién puede asegurarlo. Solamente nosotros, los animales que hablamos ~~que consumimos palabras como carne~~. El resto de lo viviente no ^{los} utiliza ~~(palabras)~~, y esto no significa que las ignoren y que no piensen el mundo que perciben y hasta el que no pueden percibir. Acaso ese silencio nunca violado les dé una comunicación perfecta con el mundo, sin tener que recurrir a las palabras, que en ese sentido son todos gritos, y sean los únicos cuerdos o congruentes mientras nosotros vivimos una locura de palabras violadas. Acaso, también, ese silencio sea una locura mayor que la de las palabras desatadas. Acaso gastemos las palabras buscando ese silencio. Acaso la locura que he nombrado sea la congruencia perfecta. Acaso la congruencia no sea necesaria. O tal vez el conjunto de todas las palabras del mundo esté encerrado en un gigantesco Diccionario y sólo sirvan para hablar de ellas mismas y de sus propias leyes, ignorantes del universo desconocido que las rodea y que no existe porque no lo ven y en consecuencia son incapaces de nombrarlo, y en ese mundo que desconocemos esté no ya la explicación de nada (las explicaciones parecen ser cosas de palabra solamente) sino nuestro verdadero destino, y en este punto digo basta porque me parece que se me va la pluma y que me pongo cruel con las palabras que me permiten hablar de las palabras que amo aunque a veces, escuchando a los animales, piense que nuestras palabras solamente son un conjunto de gruñidos.

Pero si desapareciéramos de este planeta, como lo admiten Fábulo y los demás astrónomos muleros, por lo menos dejaríamos estampados por ahí nuestros gruñidos, a ver si un día pueden ser útiles para aquellos más felices o ingeniosos o callados que nos sobrevivan.

Enfatizar lo de las palabras cantadas, de otra pta.

Tendría que pedir perdón a las palabras por haberme valido de ellas para llegar a decir que son gruñidos. Lo que pasa es que tengo que contar una nueva historia (pasarla de la memoria de Fábulo a las palabras) ^(escritas) y a mí, en el fondo, no me gusta contar. Prefiero hablar, ^(verbalmente) que no es lo mismo, y podría gastar toda esta tinta hablando solamente del aleteo de los cóndores, seguro de que al final llegaría a la misma verdad que busca Fábulo a través de sus historias. Me gustaría generar historias en vez de contarlas. Dejar en libertad a las palabras, quedar yo mismo libre, y entre ellas y yo ir componiendo algo. Y puesto en oficio de palabras, jugar con ellas en vez de tratarlas sería y gramaticalmente. Jugar a los gruñidos por ejemplo, de la misma manera que a veces trato de imitar con la guitarra la voz de los animales que escucho. Si lo que tengo que escribir es la memoria que Minas Altas tendrá en el futuro según dice Fábulo, por qué no convertir estos juegos en una parte amable de esa memoria, aunque sólo sea por el placer de provocar con ellos una sonrisa futura. Pero claro, está la verdad de por medio, tiránica y limitativa. Qué berretín por la verdad si total, como aseguran los muleros, hay un cometa en algún lugar del cielo esperando para borrarlos en un día preciso sin distinguir verdades de mentiras. Si la verdad, como sostiene Fábulo, será verdad del todo cuando esté escrita, ¿por qué no ponernos de acuerdo para hacer una verdad más deseada? A las palabras ya las tenemos, sólo faltaría la intención.

Me encantaría modificar las historias de Fábulo, eliminar las matanzas, ahorcar al Sietemesino con una enorme víbora antes de la degollación. Pero claro, no se puede, la verdad es un objeto sagrado. Me gustaría devolver al Sietemesino al vientre de la madre que tuvo la ocurrencia de parirlo, a ver si madurando se olvidaba de ser cruel, o por lo menos someter la cuestión a la consideración de ella. La historia entonces, para conseguir alegrías futuras, quedaría más o menos así:

-A mí no me mata nadie -dijo el Sietemesino.

Entonces los enlazadores eligieron la mejor de sus sogas para ahorcarlo.

-Un momento -dijo uno de ellos-. ¿Cómo vamos a matar esto? No es ni hombre ni bicho. Es un feto asqueroso. Mejor devolverlo adonde lo parieron.

Utilizando una vara elástica como arco y al monstruo como flecha, lo lanzaron hacia las poblaciones de abajo con la orden estricta de meterse otra vez en el cuerpo de la que le dio el medio ser y no salir de allí hasta su completa maduración.

La madre, que tejía sentada en el patio de la casa a la sombra de una ^{higuera} tala, vio volar sobre su cabeza una mezcla de trapos sucios y gestos descompuestos, que cayó sobre las ramas más altas del árbol solariego.

-Dios mío -dijo la vieja.

-Soy tu hijo -se quejó el avechicho, clavado por todas las espinas.

-Qué se le ofrece -dijo la anciana sin dejar de tejer.

-Un poco de calor.

Entonces la vieja prendió fuego al árbol y se tapó las orejas para no oír molestas alharacas. Cuando el fuego acabó sólo quedaron en pie el tronco del árbol y los palos ennegrecidos de las ramas más gruesas, de los que cayó un enorme cuchillo retorcido por las llamas.

↳ Pero claro, lo que pasó fue diferente, fue la verdad, aunque contada a su manera por Fábulo pero ateniéndose a los hechos, y al parecer todavía no existen palabras capaces de modificar lo sucedido, que sí puede refugiarse en las palabras.

podría ser el final del Sinto
después de su la canción, y
ser los minutos previos
lo mandan al viento de
su madre.

*Párrafo de esta síla y la siguiente, para
agregar o preceder a la copia que se
eme hacen en misivos. Este cap. no
me parece.* 72

Eme Calderón emite señales de sonidos

Cantadas, las palabras son más reales, en el límite de su capacidad de corporizarse. La letra de mi ^{caución} zamba habla de una nube quieta. Con el canto, se pone en movimiento. La palabra hablada mantiene un pudor que la limita dentro de un disfraz, mientras la cantada se desnuda; la persona que la emite la ha vestido previamente. Nos hemos habituado a que las personas, y sus palabras, estén vestidas, sólo aceptamos la desnudez en las cosas. El girasol está desnudo y la Céfira vestida. Si invirtiéramos los términos, el girasol ^{estaría} sería graciosísimo con su blusa y su sombrero, y la Céfira, sin perder sus atributos, pasaría a ser un girasol.

Cuando una persona canta se desnuda en su voz para entregarse, y lo hace para sentirse más, para vibrar y ser otro, en lo otro. Con el canto uno está en, es con, en un estado parecido a la falcidad. La palabra, cuando se la canta, vive su intensidad y es ella en nosotros, es ella quien nos habla, somos su palabra. Utiliza nuestro cuerpo como vehículo sonoro, y nos posee. Cuando uno ha entendido esto goza del canto plenamente. Es lo que me sucede cuando canto mi zamba. *piezo.*

Me gusta cantar las palabras que no tienen cosa. Les invento una música (inventar es un decir, la música viene sola si uno quiere realmente llamarla) y entonces la palabra se pasea por significaciones sin contenido serio, mucho más hermosas que las de un objeto concreto. Cantar la palabra rosa, por ejemplo, puede llegar a ser aburridísimo, desde que gira siempre sobre sí misma y no sale jamás de la conocida historia de la rosa. En cambio con la conjunción y envuelta en canto se pueden hacer verdaderas maravillas y uno, oyéndola, empieza a respetarla como si se tratara de un enorme polisílabo, y después de esa experiencia a uno le da pena sustituirla, llegado el caso, por la esquelética coma según recomienda la Grama, un signo que nadie podrá cantar jamás porque su naturaleza es el silencio.

Todo esto viene a cuento porque tengo que contar que Eme Calderón, cuando consiguió crecer liberándose del bicho que lo perseguía, se hizo cantor sin saberlo, o se descubrió cantor un día cualquiera; y no sabía cómo empezar la historia ni templan las palabras para meterme en ese tema. Parece que al bicho, una vez cumplida su vocación de araña (la tarántula más grande que llegó a merodear por Minas Altas) se le dio por incursionar por el mar. Allá intentó otras transformaciones que le llevaron años, lo que permitió que Eme creciera maravillosamente para des-

Pero la música soy.
pedando. vivian teni-
diendo con el dr. 73

cubrir que era el dueño de la voz más hermosa que fue dado escuchar en la región. Los enlazadores, entre los que vivía, ocultaron esa joya durante mucho tiempo. Vivían alterados y temerosos, pendientes de los resquicios de puertas y ventanas por los que pudieran entrar los chifletes con sus cargas de fríos y de fiebres capaces de alterar el templado equilibrio de sus cuerdas vocales. En la vieja casona de los Calderón que lo adoptaron había zonas por las que Eme no debía pasar por estar expuestas a las corrientes de aire sorprendidas y tenía prohibidísimo salir antes que el sol calentara ^{el aire} montañero. Para oírlo cantar trancaban las puertas y no permitían que se acercara nadie. Cuando no pudieron disimular más la existencia del prodigio dijeron que su ocultamiento no había sido por egoísmo sino para protegerlo de las cabalgatas asesinas que todavía andaban bus-
temerosos
cándolo, temerosos de que, atraídos por su voz, los asesinos pudieran sospechar y entraran a hacer preguntas sobre la identidad verdadera de Eme Calderón. Porque había razones, sostenían los enlazadores sin mucha convicción, para creer que el muchacho tenía la misma voz que su padre desaparecido.

Hay voces con cuerpo, como la de Fábulo, o con color, como la de la Céfira (celestes, veteada de granate). La de Ene Vega era hondura. Pero el núcleo principal de ellos no era su voz. Lo más importante de Fábulo estaba en su mirada oscura; lo de la Céfira en su pelo; lo de Ene Vega, en el modo con que acababa su figura en los límites de su sombrero. En Eme Calderón, todo el hecho de su ser estaba concentrado en la voz. Que es lo que hace que alguien sea un Cantor.

Eme Calderón desparramaba su voz ^{por los pueblos de la cordillera} ~~desde la cordillera hasta el llano~~ mientras el bicho que lo perseguía se arrastraba por el fondo de los mares, articulando penosamente sus patas espinosas o llevando a cuestras su esqueleto calcáreo sin poder conseguir la perfección vital del más insignificante de los peces. Este hecho biológico sustentaba su plenitud como cantor.

Vengo a cantar, decía llamando en cada casa y la gente veía entrar por sus puertas su alta figura de pájaro asustadizo. Entonaba ritmos conocidos y otros de su invención acompañándose con el instrumento que hubiera en la casa o con las manos o con el cuerpo, que en él eran lo mismo que cualquier instrumento. Lo medular era su voz, no lo que cantaba. Valía por sí misma y a él le daba lo mismo cantar cualquier palabra o hecho: todo, al final, se convertía en su voz, donde estaban todos los colores y también las honduras. Cuando Eme Calderón, cantando, decía árbol, los árboles conocidos desaparecían para dar lugar a un árbol único que solamente podía estar en su voz. Había gente capaz de atravesar la cordille-

ra y las salinas sólo por oírlo, y aquellos que todavía eran niños cuando lo oyeron por primera vez desarrollaron su oído para toda la vida y además se enamoraron del mundo para siempre. Cuando cantaba hasta el alba, los gatos que duermen en los fogones permanecían despiertos toda la noche, y apagada la última brasa seguían con los ojos abiertos escuchando al Cantor.

~~Acabado el canto, venía la parte más o menos penosa de la historia. Era cuando Eme Calderón empezaba con sus preguntas, siempre las mismas, con rodeos y torpezas propios de sus dificultades para la voz hablada. La gente, aún sabiendo adonde quería llegar, lo dejaba que explicara. Cuando la pregunta acababa respondían, todavía como aturcidos por el canto de Eme: no, no los vimos nunca, pero pregunte más abajo, a lo mejor sepan algo. Entonces daba las gracias y se iba a cantar a otra casa, para hacer al final las mismas preguntas que tanto le costaba enunciar. Algunos lo aclaraban de antemano: mire Calderón, nosotros de sus padres no sabemos nada. Si por lo menos supiera decirnos los nombres, entonces podríamos averiguar. Si usted, sabiendo que no sabemos nada de esa cuestión, quiere quedarse a cantar, nosotros encantados. Si no, a lo mejor en la casa de más abajo sepan algo. A él le venía entonces ese pestañeo de pájaro que tenía, se quedaba y cantaba lo mismo sin esperar el pago de una respuesta orientadora.~~

Fábulo Vega ^{no supe} ~~nunca supo~~ decir si Eme Calderón cantaba para buscar a sus padres, como quien hace señales, o por el gusto de cantar, pero ^{piensa} ~~(pensaba~~ que era por las dos cosas a la vez. Tampoco se sabe si cantaba para darse o para sentirse alguien. Seguramente, también por las dos cosas. Y decir que su canto, el hecho casi milagroso de su voz, era ^(sólo) una manera de llamar, sería una exageración.

Fábulo deja un espacio libre para el padre de Eme

Años después, en su larga existencia de muñeco, el alma del cantor no estuvo nunca en el baúl ni colgada en la pared como las demás. Vivía en una caja entre sedas perfumadas al lado de la cama del astrónomo. Su cabeza no era de madera tallada ni de papel machacado; parecía de cristal, abrigada en un traje de pájaro. En las representaciones donde le tocaba aparecer no hablaba ni cantaba. Fábulo lo había oído cantar y no se animaba a representar su voz. Lo que el muñeco tenía que decir en escena era sustituido por sonidos.

Fábulo nunca pudo terminar el muñeco de la madre del cantor. Para no sacarla a escena de una manera indecorosa, la reemplazaba con la voz. Nunca existió del todo en mi memoria, me explicó. Me faltaban datos. Ella vino a Minas Altas sólo para parir a su hijos en un lugar seguro y enseguida se volvió ~~para seguir a su marido, entreverado con la guerra.~~

La vieja que le regaló la letra eme para el nombre, informante de Fábulo, nunca pudo recordar el color de los ojos de la mujer ^{parturienta}, de modo que en la cabeza del muñeco correspondiente eran apenas dos protuberancias sin pintar. Entre las borrosidades del modelado incierto había rasgos ^{del cantor} ~~indios~~, sobre todo en los pómulos, y no tenía ^{cabello} ~~pelos~~, respetando en todo la memoria imperfecta de la vieja. Eme Calderón sólo tenía media madre en la historia de Minas Altas, y en cuanto al padre no había nada, ni siquiera una sombra orientadora. En los árboles genealógicos modelados por Fábulo, que colgaban de la pared, junto al muñeco de la media madre había un espacio vacío, con el que ~~el~~ Fábulo respetaba la inexistencia del padre del cantor: le he dejado un lugar por si alguna vez alguien sabe dar noticias, ~~Vivo o muerto, lo mismo él tiene su lugar, que sirve para las dos cosas.~~

Aunque todo el mundo apreciaba la voz de Eme Calderón por su belleza, no era ése su fundamento, explicó Fábulo. La razón de ser de aquella voz era hacer un llamado, buscar. Sólo por eso cantaba Eme Calderón, aunque al mismo tiempo sus señales produjeran placer en quien las oía. Cantando intentaba abrir el corazón de la gente, donde creía que podían estar escondidos sus progenitores. El los buscaba entre los vivos aunque ^{los suponía} ~~supiese que ya estaban muertos~~. No buscaba cosas

concretas, un retrato para colgar en la pared, un anillo, un zapato. Buscaba ~~in-~~ ~~icias~~, algo que le permitiera saber que habían existido en alguna parte. Aunque

Incongruencias; aquí a día que seguirán peleando, antes se dice que no matan y por eso los forajidos. La idea de la guerra es también muy ambigua.

concretas, un retrato para colgar en la pared, un anillo, un zapato. Buscaba indicios ciertos que le permitieran saber que habían existido en alguna parte. Aunque nació aquí, sabía que no era estrictamente de Minas Altas, que no pertenecía a las montañas. Su origen estaba en los llanos, más allá de las salinas. Por eso, también cantaba para volver. O para irse, que es lo que finalmente hizo. Tenía claro que al nacer lo envolvieron en una letra que le regalaron, para ocultarlo. Y que el apellido Calderón que también le regalaron servía para mimetizarse. Y como todo eso era falso, únicamente podía reconocerse a sí mismo en la voz que tenía.

La historia de Eme Calderón, dijo Fábulo, es la de casi todos los que vivimos aquí. Ya es hora de que vaya sabiendo que Minas Altas, más que un pueblo, es un paridero. Aquí nacen, fuera de la violencia, los que después seguirán peleando por sobrevivir, escondidos en nombres. Abajo nos matan, aquí nacemos para repoblar. Ni yo soy del todo Fábulo Vega ni usted mismo es ^{quien se orel} Claudio. Estamos escondidos en los nombres para poder seguir viviendo, y en nuestro caso, el suyo y el mío, para contar la historia que necesitamos para hacernos almas por si algún día las armas deciden convertirnos en un puro olvido. Por eso usted debe cuidar tanto las palabras, como yo he cuidado hasta ahora los muñecos. Si le he contado la historia del cantor, ha sido por elegir una entre miles, y así la de él sirve para todas las demás; y porque Eme Calderón fue el único que se planteó remontar sus orígenes. Aquí ^{mucho} todos aceptamos ser de Minas Altas como una costumbre, sin preguntarnos de qué lugar venimos. Queremos hacer del paridero un lugar habitable y nada más. Trajimos herramientas y semillas, esos girasoles tan hermosos que usted ve, y poco a poco fuimos convirtiendo unos bordes pelados en un pueblo y un río caprichoso en una calle, para olvidarnos del origen incierto. Y desde que tenemos casas y hasta una calle, también tenemos una historia. A Eme Calderón desde muy chico se le dio por preguntar de dónde venía, seguramente por tener la voz que tenía y no por otra cosa. Su propia voz lo llevaba a buscar. Una voz que era un peligro, podía llamar la atención y descubrirnos a todos. Pero quién iba a renunciar a ella, tan hermosa, empezando por el propio cantor. Por eso los enlazadores, que son los vigías de Minas Altas, muy hábiles, capaces de enlazar a un asesino por encima de los árboles y casi sin mirarlos (les basta con la sombra), ocultaron todo el tiempo que pudieron la voz de ese muchacho; para proteger su vida al menos hasta que aprendiera a defenderse, por lo menos de los asesinos reconocibles, porque lo del bicho era otra historia y parecía mucho más difícil. to si es que ha tenido

*Ponerle un
título mejor
acerca de que
demás que a quien*

*Alanzarlo,
le puse papelito -
aquí decía que aparecía
Eme por 12 mg*

La copia que los músicos hicieron del cantor

Después de oír cantar por primera vez a Eme Calderón los músicos discutieron largamente el asunto y se presentaron en procesión en la casa de los astutos ^{Jotazeta} Calderón, ^{que lo había oído} acusándolos de ocultamiento indebido. Los dejaron hablar oyéndolos distraidamente; para ellos las palabras de los músicos no tenían importancia dijese lo que dijese, desde que lo suyo eran los sonidos. Eme los escuchaba atentamente, echado sobre un catre, pero al mismo tiempo, también atentamente, pensaba una canción. Sentía que lo miraban no como persona; con la codicia con que los músicos observan un instrumento bueno.

Las palabras de los músicos se entrecruzaban en el aire sin reconocerse, procurando encontrar el sentido que los hablantes querían pero no podían darles, mientras ellos se dejaban llevar por las palabras sueltas y el engaño feliz de sus sonidos encabalgados creyendo al mismo tiempo que estaban hablando maravillosamente bien. Queriendo decir que querían llevarse al cantor a vivir con ellos, trataban de explicar en cambio que una buena voz más que una persona es un instrumento y que éstos naturalmente pertenecían a los músicos. ^{Jotazeta} Los Calderón, sabiendo que Eme no sería ni enlazador ni astrónomo y que su suerte iba por otro lado, estaban dispuestos a dejarse convencer pero querían oír razones válidas, que las oyera el propio Eme y que él mismo decidiera. Correcto, correcto, decían ^{el} los enlazadores paseándose a grandes trancos sin entender una palabra pero adivinando las intenciones. En las palabras de los músicos se mezclaban también fragmentos de un argumento donde se decía que ellos habían velado una noche el nacimiento del muchacho con los instrumentos a la intemperie y helándose hasta los huesos y que esto, estaba claro, podía pasar por paternidad o algo parecido. Caramba, caramba, esto sí que podría cambiar las cosas, decía como muy interesado el más decisivo de los enlazadores, pero en realidad estaba divirtiéndose con el sonido de las palabras rítmicamente encabalgadas de los músicos. Finalmente, por una extraña deriva de sus propias palabras, admitieron por sí mismos que llevarse al cantor era imposible, y los enlazadores no tuvieron necesidad de pronunciar el no que tenían preparado para el caso de que llegaran a convencerlos. Entonces pidieron que cantase

para ellos dejándose medir.

Eme los oyó con uno de sus oídos y siguió cantando en voz alta la canción que estaba componiendo en sus adentros, mientras veía a los músicos pegar sus orejas a su pecho, calcular las vibraciones de las venas que se le hinchaban en las sienes al cantar y de la caja sonora del cráneo, palpar clínicamente la madera de su piel, las pulsaciones, examinar sus muelas y su lengua y arrimar una vela para mirar a fondo su garganta, subirse a las mesas para oír desde más arriba, cerrar y abrir puertas y ventanas controlando variaciones en la intensidad, colocarse las manos en las orejas duplicando su superficie, calcar sobre el suelo la orientación de sus pies y dividirla en ángulos precisos, oír atentamente las pausas entre nota y nota, medir su respiración y calcar en sus ojos los gestos involuntarios que había en su cara obligada por la voz.

Apuradísimos y sin despedirse salieron de allí con el calco del cantor en sus memorias, del que cada músico conservaba un detalle, y se pasaron días desarmando y desencolando sus instrumentos, que perdieron sus timbres y sus formas hasta desaparecer en fragmentos de materiales sin ningún sentido acústico reconocible. A medida que los desarmaban, los viejos instrumentos chillaban como si les doliese, eran como lamentos de cuerdas destripadas. ^{Jot>zet} (Ene Vega pasaba por allí y alzó una mano hasta la oreja para oír unos balidos de corderos con hambre. Se están volviendo locos, pensó ~~alejándose al trote de su caballito~~. Tras mucho encolar y doblar y templar aparecieron unos instrumentos con formas que acababan de empezar a existir alegremente, ese aspecto tenían en sus redondeces cuidadosamente lustradas, en las cañas curvadas a fuego, en las cuerdas de diversas especies zoológicas combinadas. ~~Escuche, dijo uno de ellos disponiéndose a soplar en un racimo de tubos.~~ El sonido, impulsado por el aire limpio, llegó en pocos segundos al Bajo recorriendo las casas una por una. La gente, según iba pasando el sonido, se asomaba a las ventanas y decía: escuchen, está cantando Eme Calderón. Pero faltaban el color y la altura. Dos instrumentos pensados para eso se sumaron al primero, y fue cuando Eme Calderón, asomándose a la puerta sin permiso de ^{Jot>zet} los enlazadores, dijo escuchen, estoy cantando en otro lado.

(Parecido al
podría ser
comienzo de la pta siguiente)

En su última creciente activa Jotazeta Calderón, ~~por pura torpeza~~, dejó escapar un puma ^{abino} que boyaba sobre un tronco. Cuando oyeron la voz de los de arriba avisando un suceso que fue único y vieron aparecer al animal girando como un trompo en la corriente, los enlazadores se abrieron en abanico dejando más espacio al revolver del lazo de Jotazeta que salió en un zumbido. Después se dijo que el animal era astuto y esquivó el lazo que pasó rozando sus orejas, pero Jotazeta sabía que era la serenidad de su pulso quien lo había esquivado a él porque había empezado a envejecer.

El puma burlador y la viudez temprana fueron la causa de su hurañez tardía, agravada por ser padre de una hija como Emebé y padre adoptivo de Eme Calderón y del peligroso secreto de su voz, ~~según detallaba minuciosamente el segundo muñeco~~ ~~ciador de Fátalo~~. Su ~~escasa~~ vivienda de piedras de colores traídas por sesenta crecientes, levantada en la parte más alta del Bajo, ^(era) en lo más triste que podía pensarse en Minas Altas de una casa: una casa sin visitas, corroyéndose por la rutina de cada día, sin comidas pensadas ni bebidas compartidas, sin sombreros en la percha ni pastelitos decorados. Pidió prestado a los astrónomos sus pesados libros y leyéndolos sin entender se quedó huraño para siempre, mientras ^(Eme y Emebé) ~~Eme y Emebé~~ crecían desamparados ~~a la buena de Dios~~ como los pájaros del monte, y la casa se llenaba fantasmagóricamente de aerolitos, galaxias, constelaciones y cometas milenarios, y él los dejaba estar procurando recuperar en la relojería de los astros el pulso que le había faltado para enlazar al puma.

Seguramente en una de sus distracciones astronómicas dejó que por cualquier resquicio se colase la voz de Eme. Cuando pudo darse cuenta, ésta se había desparado, hacia abajo, hasta el mismo límite con las Salinas, y viajando hacia arriba conocía familiarmente cada uno de los ventisqueros, ~~al cráter~~ ^{de un volcán} ~~dormitante del volcán~~, y sobrepasando la punta del peñón de los astrónomos se había asomado a la extensión del mar. Y eso que siempre cantaba a media voz, porque emplear la plenitud de su potencia dentro de una casa, por más grande que ésta fuese, hubiera terminado en añicos de cristales y el vidrio en Minas Altas valía más que ^{to do} ~~el oro~~. Cuando Emebé descubrió que el entrampador de cóndores, ~~a quien todos habían cerrado sus puertas~~, merodeaba cerca de la casa llevándose a las orejas, para escuchar mejor, esas manos teñidas con sangre de ~~cóndores~~ que tenía, la hurañez de Jotazeta se fue estirando hasta convertirse en un ovillo de miedo, puntualizó el ~~muñeco~~ minucioso.

Y mientras Emebé iba creciendo y ya había crecido y era tan hermosa, la figura de enlazador de Jotazeta se fue desfigurando con una fina barba cavilante, ojos inquietos de inquietud de hallar nuevos planetas y unos dedos ahora más aptos para hojear los folios de los mamotretos que para sobar y trenzar los cueros de los lazos, sin acabar de ser un entero escrutador de cielos, dejándolo a mitad de camino entre la rudeza práctica de un enlazador y la despreocupada elegancia de un astrónomo.

Le habían prometido que cuando acabase de leer todos esos libros sin olvidarse de uno solo lo dejarían subir a mirar por los aparatos secretos. Ya los había leído a todos pero sin entender y ahora los estaba leyendo nuevamente deseoso de poder subir a aquella torre y mirar por fin la otra cara de la luna, con la que creía familiarizados a los astrónomos del Alto. Pero era difícil concentrarse cuando Eme canturreaba aunque más no fuera para afinar sus cuerdas o veían acercarse a través de los vidrios helados la joroba delatora del entrampador. Mientras la voz de Eme no saliera de Minas Altas no corría peligro, pero si llegaba, por mediación del trampero, al otro lado de las Salinas, ^{Minas Altas estaba en Felipe} ~~podrían convertirla en un nuevo objeto de la guerra y con ese pretexto arrasar Minas Altas.~~ Y si atraídos por la voz escaraban el origen de Eme Calderón, bueno, entonces dos mil sistemesinos se arrojarían sobre él y el más cruel de todos ellos probaría en sus cuerdas vocales el filo del cuchillo. Y todo esto perturbaba la serenidad de la atención de Jotazeta necesaria para entender las costumbres de los astros, de la misma manera que la vejez había perturbado la serenidad de su pulso para enlazar al puma.

En esa situación, cada llamada a la puerta de Jotazeta era un miedo patente que alteraba un pulso y al mismo tiempo perturbaba la percepción de un astro. Caramba, caramba, decía entonces Jotazeta, ~~esta era casi su única palabra.~~ Y echaba una ojeada a un lazo muy celoso que siempre tenía a mano, que era su única arma defensiva y que no estaba seguro de poder usar en su momento.

*Minas Altas, con
llena de aerolitos.*

El viejo ondulatorio

En el tercer libro de las Revoluciones de Copérnico, que trata de los movimientos de la Tierra, había una pesadilla de relojería fantasmal dentro de la que estaba adormilado Jotazeta Calderón cuando llamaron a la puerta. Sabía, por advertencia del astrónomo que le pasaba los libros, que no debía creer ni una palabra de lo que allí estaba escrito hasta no tener acceso a las obras de Kepler ~~meses~~ ~~indiscutivo y venerado en Minas Altas~~, de modo que no le importaba mucho dormirse un poquito y descansar de paso. Uno de los dos muleros que desde el asunto de la voz de Eme lo acompañaban por las noches le hizo una seña tranquilizadora cuando lo vio dejar la silla y encaminarse hacia el más celoso de sus lazos.

El mulero que velaba afuera apareció en la puerta con la ruina de un viejo que hubo que sostener hasta dejarlo en una silla, medio desarmado, medio borrado por la nieve que traía encima. No podía hablar; el frío le había soldado las quijadas, pero movía las agilidades de unos ojos pequeños ~~algo~~ azulados por el viento, que algo muy importante trataban de decir. Cuando pudieron desencajarle el sombrero se vio caer de allí hojas secas, pajitas y unas hebras de lana que puestas en su orden y en su forma hubieran sido el nido de un pájaro. Hubo que serruchar sus botines para poder quitárselos y meter sus pies en un agua hirviendo que no lograba sentir. Emebé se calentaba las manos rozando casi las llamas, y cuando no podía aguantar más las retiraba llevándose el calor ~~como~~ ^a frotaba las mandíbulas del viejo hasta ^{que se le helaban} helárselas de nuevo, mientras el mulero de afuera prendía ramas y papeles alrededor de sus brazos casi rígidos y Jotazeta Calderón, mirando distraído la larga barba de cometa que tenía el visitante, perdía el rastro de una elipse. Por fin empezó a mover un poco sus quijadas y con la lengua a medio helar intentaba palabras que salían aturdidadas entre bisbiseos por unos labios que iban despegándose, sin que sus ojitos adolescentes se desprendieran un solo instante de Emebé, que a la luz de las llamas era enteramente una armonía.

Recuperado el movimiento de las manos antes que el de los labios explicó, con señas ayudadas por bisbiseos amplios en trances de palabras, que llevaba seis meses y un par de enfermedades viajando sin descanso, tres de los cuales quedaron en las Salinas con sus botas en piltrafas. Tormento calcinante del salitral a pie en pleno verano, con buques de espajismos que se hundían y monstruos submarinos asomándose al sol de las siestas que empalmaban directamente con la noche sin crepús-

culos con millones de insectos difundiendo fiebres y delirios; el viejo ensartaba palabras a medio decir en un ritmo ondulante, y no se sabía si era eso lo que buscaban expresar a todo se debía a la confusión o engaño de sus señas. El mulero de adentro lo invitó a serenarse y a esperar el despegue de los labios para seguir hablando; primero debía comer y beber algo caliente. Pero el viejo, saliendo del reguero que dejaba la nieve derretida, siguió atropellando palabras hasta llegar ^{con el relato} al pie del cerro, donde lo esperaba el invierno junto a su cumpleaños, setenta años fíjense, dándose tiempo para lanzar una ^{rápida} caricia a la cara de Emebé. Abandonar a su familia, sin contar la majada, sólo para venir a Minas Altas, ~~pero bien lo merecía~~ ~~la importancia de lo que tenía que decir.~~

Eme, que lo escuchaba desde su pieza y ya para dormirse, amagó levantarse pensando que acaso le traía las noticias que buscaba. Los muleros, alarmados por el énfasis del parlanchín, recorrieron las afueras por si alguna cabalgata asesina venía siguiendo las importancias anunciadas por el viejo. Jotazeta estuvo a punto de decir caramba y Emebé pensó en las fragilidades de la voz.

Viendo que sus señas y palabras en curso ^{de ser} habían provocado un parecer equivocado, el visitante dio un tirón violento a su mandíbula y escupiendo unos hielos empecinados dijo ondulatoriamente: no es eso; me han comprendido mal; he venido a Minas Altas solamente para escuchar a Eme Calderón.

El hablar ondulante de la gente del llano, hermoso regalo para los oídos montañeses. Lo dejaron hablar un largo rato sólo para seguir con deleite las ondulaciones de la voz, no su sentido. ^{El} Los muleros, una vez saciados del ondular palabristico, moviendo unos párpados ^{de} mentirosos declararon no tener la menor idea de la existencia de ese ^{cantor} Eme Calderón, miran qué gusto de inventar leyendas para engañar a un pobre viejo. Tendieron un jergón junto al fuego, donde el ^{su} ~~viejo~~ estuvo castañeteando sus dientes ~~entre~~ ^{entre} palabras cada vez más espaciadas hasta que acabó de derretir su nieve y se durmió, mientras Jotazeta se tendía también a dormir entre elipses y engranajes dentro de un falso movimiento de la Tierra soñado por Copérnico.

Despertó seco y tan pediguño y consternante, tan que iba a morir muy pronto sin haber escuchado aquella voz, que ¹⁻² los muleros, debilitándose, llamaron al cantor. Eme cantó la ^{primera estrofa de la inacabada} canción del gallo blanco. Al viejo se le descolgaron unas lágrimas torpes. Brotaban con mucho trabajo a causa de su poca liquidez, y por su peso, en vez de correr por su cara, se caían en forma de bolitas semiheladas, como si fueran de mercurio. Dios mío, comentó sollozando, qué difícil es llorar en Minas Altas.

Emebé da tres golpecitos en la pared

Emebé pasó una mano por la empañadura del vidrio de la ventana y ~~entre las fisuras de la escarcha que empezaba a derretirse~~ vio pasar al ^{cazador} ~~entrampador~~ de cóndores. El hombre, ~~doblemente insensible a la juventud y a la hermosura~~, lanzó hacia la muchacha un relampagueo de sus ojos ineptos y disimuladamente se llevó las manos a las orejas procurando escuchar la voz de Eme Calderón. Si era verdad lo que sospechaba, en ^{los lavas} ~~Minas Bajas~~ le pagarían, por pasar el dato de esa voz, más de lo que ganaba en un año vendiendo las plumas de sus cóndores.

La hija de Jotazeta recomendó silencio al cantor cruzando un dedo sobre su boca, y tocando en un hombro a Jotazeta, que dormitaba sobre su ^{copilico} ~~libro astronómico~~, dijo papá, el trampero está haciendo sus pasadas. El ex enlazador, pasando rápidamente los infolios hasta cerrar el libro, pensó fugazmente en una enorme joya escondida en una casa rodeada de bandidos. Caramba, ~~caramba~~, dijo viendo alejarse en apuros la joroba del trampero.

El hombre, contrariado por haber perdido otra vez el rastro de la voz, que ahora oía venir desde el barrio de los músicos, volvió hacia arriba y cuando iba llegando fue divisado por dos arpistas que estaban de guardia, ante cuyas señas los músicos que estaban imitando la voz de Eme Calderón dejaron de tocar, al mismo tiempo en que Emebé, viendo perderse allá arriba el bulto del trampero, le decía a Eme que ya podía seguir cantando.

¿Será posible? Ahora la voz viene de abajo, pensó el entrampador limpiándose las orejas con los dedos sucios, y los arpistas escondidos entre las piedras sonrieron viéndolo tranquear otra vez hacia abajo, cuando la joroba se perdió hicieron señas a los músicos para que volvieran a tocar, justo cuando Emebé lo oía llegar ~~pisando escarchas~~ y hacía señas a Eme para que callara y el trampero ¿será posible? y los arpistas y Emebé y de nuevo los arpistas y la joroba helándose en durezas de piedra cuesta arriba y cuesta abajo y Emebé y los arpistas tan contentos pasándose la joroba del trampero como si fuese una pelota.

Me han desorientado, pensó el trampero abandonando momentáneamente la búsqueda, como esos pajaritos de las sierras del llano que pegan el grito en un árbol y se los oye cantar en otro; entonces hay que ir a buscarlos donde parece que no están.

Durante el juego, Jotazeta estuvo sobre lo difícil de tener una joya en una casa

rodeada de bandidos, dejando bailotear sus ojos en la parte donde Copérnico habla de las nueve ruedas que hacen posible el movimiento de la Tierra mientras los planetas, maravillosamente, no chocaban entre sí. Caramba, ~~caramba~~, decía oyendo la risa de Emebé cada vez que burlaban al trampero, y las letras del libro, idénticas y saltonas, lo distraían de cuidar la joya, y la joya crecía y ya no había en la casa un lugar para ocultarla.

-Eme, desde esta noche dormirás en la pieza del medio -dijo ^{el/au/estado} Jotazeta cerrando el mamotreto.

En su nuevo cuarto la luz inquieta de la vela hacía temblar retratos de Calderones enterrados: una Emebé que estaba en el pasado con los mismos ojos pícaros de la actual, los padres de Jotazeta en el día de su boda con tocas, tules y ramos de azahares que amarilleaban tras el vidrio, y muchas caras que ya no eran ni siquiera de esos retratos, ~~pagados en cuotas a los viajeros anuales y puntuales~~, pertenecían al Tiempo. El propio Jotazeta estaba allí dentro de un óvalo enmarcado, con veinte o treinta años menos, esperando hacerse tiempo solamente, y en las paredes había todavía mucho espacio para los Calderones que nacieran y murieran.

Apagó la vela y, como siempre que se dormía, volcó no solo sus pensamientos sino la totalidad de su estar vivo en la total oscuridad, penetrándola con la ilusión de un largo viaje que venía madurando, al final del cual acaso pudiera encontrar sus propios Calderones, trajes de novias con ramos de azahares, elegantes sombreros y bigotitos retocados por hábiles fotógrafos.

En eso oyó tres golpecitos en la pared y recordó que al otro lado estaba la habitación de Emebé. Llamarlo a través de una pared a esas horas de la noche era algo por lo menos demasiado nuevo en ella, no encajaba del todo en su costumbre de ser Emebé.

La llamada entró naturalmente en él, como cualquier otra, pero a medida que los golpecitos penetraban escarbando sus honduras de Eme Calderón se le dibujaba por dentro una nueva figura de ella, una totalidad de Emebé que aumentaba según los golpes ahondaban, y entonces se dio cuenta de que no venían solos, salían de una envoltura compuesta por asombros y alegrías imprevistas.

Con los tres golpes desapareció de pronto la Emebé con la que se había criado dentro de una misma edad y que conocía hasta el último de sus poros, que había sido como hermana y como prima y como cualquier otra cosa y se habían visto desnudos muchas veces para hacerse burla, de modo que el espacio que Emebé abría ahora con su llamada estaba más allá del conocimiento y era tremendamente nuevo

desde que no tenían nada que ocultarse, ni en cuerpo y ni siquiera en pensamiento, salvo el asombro en que venían envueltos los tres golpes.

Le temblaron las manos cuando respondió con golpes parecidos, más o menos a la misma altura donde había sonado la llamada de Emebé, viendo que con ellos quedaba cerrado un espacio donde se generaban, a partir de ese momento, millares de llamadas y respuestas ^{ansucuboras} ~~envueltas en asombros y alegrías.~~

Quando el espacio abierto por los golpes acabó de cerrarse envolviendo un contenido, Emebé hizo una nueva llamada con tres golpes tímidos, espaciados con intencionalidades y técnicamente inmejorables, con los que terminó de dibujar en los adentros del cantor la figura de una ~~anciana~~ novia de retrato oval donde su pequeña forma de Emebé risueña se escondía.

Historia del joven astrónomo al
que le fue robada una palabra

El día que siguió al de los tres golpecitos comenzaron a florecer por primera vez los girasoles. ~~Las primeras reventaron muy temprano en la casa que muchos años después fue habitada por la Céfira.~~ Todavía no conocían el nombre de la planta. El mulero que trajo las semillas y las repartió dijo que se trataba de una especie de ligustro para hacer cercos vivos. Las flores estaban recién amanecidas y mirando hacia el naciente. El cerco ha florecido, dijo una niña ~~que en los retratos hasta donde llegó la luz de su espejito en aquella casa era una abuela de la Céfira,~~ y la voz se fue corriendo por arriba hasta las espaciadas casas de los astrónomos y por abajo hasta llegar a la de Jotazeta Calderón. Unos a pie y otros a caballo y niños a medio despertar y a medio vestir corrían hacia la casa a ver la floración y muchos se volvían a mitad de camino al oír otras voces diciendo que también en sus casas florecían. El pueblo se iba salpicando aquí y allá de manchas amarillas, todos corriendo hacia el jardín de todos ^{contando los 10 que todo yo} ~~que quedo en la única calle la~~ _{subía} ~~Única aglomeración de gente que hubo en Minas Altas.~~

Jotazeta, que se había dormido tardísimo convencido de que las afirmaciones de Copérnico no podían ser tan falsas como había asegurado el astrónomo mulero, fue despertado por el griterío y cuando vio que el pueblo amarilleaba intentó despertar a Eme y a Emebé, que también se habían dormido tardísimo y ahora, aunque no dormían, no querían levantarse porque tenían mucha vergüenza y temían el encuentro en su primer día de novios.

¡Se mueven!, gritó la niña ~~los retratos ovales del futuro sin tener la menor idea de que sería abuela de la Céfira ni mucho menos de que su nieta aparecería después al lado de un girasol que estaba acilento más allá de los años.~~ ¡Se mueve para allá!, siguió gritando mientras hacía girar su cabeza ~~de pelo recogido~~ en el mismo sentido en que giraba el girasol, tratando de mirar lo que la flor miraba.

¡Emebé, vengan a ver, son flores que se mueven!, gritó Jotazeta desde la calle, y esperó y esperó y Emebé no respondía. El enlazador que dejó escapar un puma se quedó un largo rato en posición de girasol, escrutando un cielo limpio donde tra-

taba de ubicar lo que el girasol estaba mirando, y con la orilla de un ojo vio que sus vecinos estaban como él en posición de girasol mirando un cielo vacío del objeto de esa flor, sin nubes y sin cóndores.

Las voces subían y bajaban como atontadas llevando información. Por la calle Única, repleta, apenas si quedaba espacio para que las palabras se movieran libremente; se rozaban y chocaban entre ellas desviándose de su camino, perdiendo orientación, y al mezclarse alteraban los significados, decir arriba o abajo era decir lo mismo, se mueven podía confundirse con un se van, y el tormento de que no hubiera una palabra dispuesta a dar su nombre a aquella flor moviente.

A Jotazeta no le extrañó pensar que aquella flor hablara, al sorprenderse en posición de oír, una oreja fría pegada a sus pétalos, cuando vio que todo el mundo se iba ahora para arriba, los astrónomos estaban dando explicaciones serias mientras ya las flores estaban mirando hacia una dirección opuesta a la que habían comenzado a mirar esa mañana.

El ex enlazador, como muchos, no pudo llegar al centro de la aglomeración de arriba, donde un astrónomo muy joven y de barba negra explicaba el misterio de la flor. Eran pocos los que podían oír su voz tan baja, pero los más próximos a él pasaban la información, a medida que se producía, hacia los de más atrás, y así la naturaleza de la nueva flor iba corriéndose y llegando al entendimiento de todos, acaso un poco deformada por la perturbación que durante ese día sufrieron las palabras.

Buscan el sol, musitó el astrónomo y detuvo la expresión en una pausa tras la que agregó algo que no pudo oírse claramente, y buscan el sol fue salmodiado hasta llegar al barrio de los músicos, donde acababa la aglomeración. No había acabado de llegar cuando ^{vieron} se ~~ve~~ venir desenrollándose las dos palabras que el astrónomo pronunció a continuación de una coma larguísima, dos palabras venían en marejada saltando por las bocas; el rastro, que no tenían sentido. El rastro de qué, imposible pensar en flores rastreadoras comentó Jotazeta Calderón, lo estaba comentando cuando se oyó venir la corrección, el astro, y ahora sí, buscan el sol, el astro, dejando claro que los astrónomos intentaban apropiarse de aquella flor sin nombre, ahora resultaba que la flor actuaba lo mismo que Copérnico y demás astrónomos muleros.

Recomponiendo las ^{palabras} ~~palabras~~ que llegaron por entregas, ~~el enlazador retirado que tenía por ciertos los movimientos falsos atribuidos por Copérnico a la Tierra se encontró con que esta planta no existía en los libros secretos atesorados por los~~

astrónomos de Minas Altas, aparentemente carecía de nombre como tantas estrellas, pero, estudiando su comportamiento, tras las primeras observaciones podían afirmar que estas flores eran como veletas que indicaban la dirección del sol siguiéndolo fielmente y sin perder su rastro aun en sus variaciones o distracciones estacionales. Yo me atrevo a afirmar, añadía el de las barbas negras un tanto autoritariamente a pesar de su voz baja, que actúan a la vez como pequeños telescopios giratorios registrando movimientos y ritmos estelares que podrán leerse como en un libro abierto cuando la flor llegue a su madurez y una vez seca podamos seccionarla para interpretar sus signos. Yo propongo -alzó la voz y las manos para acallar el murmullo de los comentarios- que hasta que aparezca la palabra que seguramente tiene la llamemos gira-sol.

Tiempo después, el mismo mulero que había traído las semillas apareció un día con un ^{revista} ~~libro~~ donde venía la palabra girasol junto al dibujo de la flor para que no hubiera dudas. Me la robaron, dijo indignado el joven sabio cuando vio la palabra, hermosamente impresa.

El acepta entró en su casa y vio que Enes y Embel estaban limpiándola para que se fuera a vivir con ellos de nuevo.

Y aunque esto había sucedido en el pasado, ahora era presente. Porque el día que siguió a los tres golpes de Embel, aunque no por vez primera, también habían florecido los girasoles.

La enmienda de Fábulo

Fábulo Vega movió en sus dos sentidos la cabeza del muñeco de barbas negras diciéndome que prestara atención al movimiento; luego quitó la cabeza del astrónomo y movió la mano limpia en los mismos sentidos dejándola recostar brevemente en cada extremo del espacio alcanzado. El naciente y el poniente, dijo, de la mano o del muñeco, se comprende. El movimiento es la vida del muñeco. Y es también, vea, la vida del titiritero, que le presta vida a la vida para que pueda vivir, mientras el muñeco se mueve, en la persona que lo mira. Y todo esto permite que la persona representada, viva o muerta, vuelva a vivir un hecho en la mente del que mira. Es esto lo que quiero decir cuando le digo que estos muñecos son las almas de la gente. Como usted ha podido ver, el movimiento del girasol es el mismo que el de la mano cuando da vida a los muñecos. Entonces, más que veletas, los girasoles son relojes. Según se mueven en la dirección del sol van acumulando tiempo, un poco por medirlo y otro poco para la vejez de la planta. Cuando la flor muere, llena de tiempo amontonado, lo desparrama otra vez en sus semillas para que cada una de ellas vuelva a acumularlo en su reloj viviente, y con eso van tejiendo la eternidad. ^{del tiempo} Entonces, cuando usted ponga en palabras esta historia, quítele sin miedo a ese astrónomo la palabra veleta y en su lugar ponga: reloj.

→ lo que llamamos eternidad.

Expulsión de un cometa y otros cuerpos celestes

~~La primavera en Minas Altas tiene el olor a los panales de las ceras que los Calderón utilizan para poner a punto los lazos con los que recogerán las riquezas que traen las crecientes estacionales. Las manchas producidas por la floración de girasoles, sucediéndose en distintos puntos, daban al pueblo la ilusión de un movimiento ascendente, de modo que, vista desde un costado, Minas Altas parecía un largo gusano amarillo trepando ^{por} hasta la cordillera. Era esto lo que Jotazeta quería que su hija y Eme salieran a mirar ^{en} (el día ^{del} que ^{noviembre} florecieron los primeros girasoles; pero no respondían.~~

~~El astrónomo de barba negra estaba por iniciar su explicación sobre el misterio de ese día cuando Emebé, ajena al hecho histórico, bajó los ojos al ver aparecer a Eme Calderón. Asomados a la ventana vieron el reguero de floraciones perdiéndose allá arriba, sin poder darle al suceso la importancia que tenía por estar encerrado dentro de un suceso más amplio del cual era apenas un detalle. El suceso más amplio a su vez estaba contenido dentro de la enorme casa de Jotazeta Calderón, y ellos eran el ocurrir de ese suceso, que crecía difundiéndose por las habitaciones, tomando la casa implacablemente, despojándola de las eternidades, patentes en las piedras, escapadas de los libros que a Jotazeta le prestaban los astrónomos.~~

*Hay que expulsar estas presencias - seguir
Habría que expulsar esas presencias para que pudieran entrar el noviazgo (Desarrollo)*

El cantor se quedó maravillado al ver con qué elegancia Emebé hizo salir de la habitación donde colgaban los lazos encerados una galaxia enroscada en sus asuntos milenarios, dejando al cuarto envuelto en su propia luz tibia y tranquila, que fue lo primero que poseyeron en su primer día de novios. Y Emebé se sintió envuelta en un encantamiento cuando vio con qué primor sacaba Eme del granero un aerolito a medio enfriar, dejando el cuarto tan límpido como una mirada cristalina. Arrojar afuera la galaxia le demandó a Emebé apenas un movimiento de su pelo, y a Eme el aerolito un simple pase de su mano para acariciárselo.

En las galerías que daban al patio central, donde había un altísimo árbol se-

co, pegadas en los rincones entre el techo y la pared, como murciélagos colgados, estaban, apagadas, las estrellas fugaces. Bastó que Eme subiera apenas la primera intensidad de su voz baja para que desaparecieran, incluso la más rebelde y fugaz de todas ellas, incrustada en la rama más alta del árbol seco, desde donde voló como pudo sobre la huerta hasta perderse trabajosamente por encima de los cerros.

La hurañez de Jotazeta, inflada por los libros, llenaba su habitación y se extendía por la escalera sin terminar que conducía al altillo ^{agregado} ~~agregado al proyecto, sin consultar al enlazador, por el astrónomo que diseñó los planos. Una hurañez cuyo cuerpo principal~~ estaba enquistado debajo de la cama y se difundía por el techo y las paredes en formas de salpicaduras. Pesada y a la vez escurridiza, achatándose entre el suelo y el colchón, se desplazaba como dentro de una bolsa cada vez que intentaban sacarla de ese cuarto. ^{La hurañez se repleta en el vacío de la calle} Una hurañez nacida en el lazo vacío que no recogió al puma en la creciente; que pasando por los pesados mamotretos y grasientos cartapacios trepaba por los brazos acodados inundando la frente para enroscarse después en el corazón de Jotazeta, según recitaciones rimbombantes del primer muñeco anunciador de Fábulo, que en vez de contar en un fluir más o menos controlado se dejaba bambolear en un ritmo de palabras. Fue necesario que Emebé soltara más de la mitad de su pelo para que aquella hurañez sintiera vacilar su arquitectura megatérica y seguida por sus fragmentos fieles que se despegaban de las paredes y los techos se desvaneciese en la luz del día sin que sus ronquidos de hurañez herida fuesen percibidos por la gente, ~~perdida entre las voces que generaban los girasoles calle arriba.~~

Después de ^{liberar de hurañez} ~~tomar sin esfuerzos~~ la sala y la cocina, Emebé y el cantor tomaron ~~el paso~~ la pieza destinada a los amigos, ~~libre de cuerpos celestes~~, y allí acamparon para proyectar la toma de la escalera, en cuyos abajos los fantasmas escapados de los libros proliferaban geométricamente. Al callejón lateral, ^{em- muy fuerte} ~~em-~~ parrado, con acceso directo a la huerta, lo dieron por tomado mirándolo ^{per una desde} ~~per una~~ ventana, ^{con viento el calor de sus cuerpos nuevos} ~~así como a la escalinata que bajaba al río y a los girasoles que la~~ ~~bordeaban~~. Tomando la escalera y los contenidos de sus espacios cubiertos por maderas, quedaría definitivamente aislado el altillo ^{pensado} ~~pensado por el arquitecto~~ ~~como~~ refugio de los enlazadores que, casi sin excepción, al perder su habilidad con el lazo se convertían en astrónomos hurañes, obligados por la tristeza. Y ellos querían que Jotazeta, olvidándose del puma que lo burló, cerrase aquellos

libros para siempre y volviese al arte alegre de enlazar crecientes.

Despreocupados de sus habitaciones, donde las llamadas y respuestas no dejaban lugares libres para los fantasmas astronómicos, fueron directamente al espacio encerrado por maderas bajo la escalera, donde se ocultaba un cuerpo ^{muy} acaso más rebelde que la hurañez de Jotazeta. Emebé sabía, por haberlo oído moverse en las largas noches que precedieron a su noche de ser novia, que estaba hecho de tiempo; de ese tiempo tan terrible que está más allá de los retratos de antepasados que nunca vimos vivos; de ese tiempo sin nombre que empieza en el olvido y desde allí avanza hacia atrás en una noche permanente, y cerró los ojos para no verlo mientras Eme penetraba en las oscuridades que había detrás de las maderas hinchadas ^{por la presencia} de su propia permanencia. No, Eme, no te arriesgues, dijo sin abrir los ojos, ^{me quedo a tu lado} y oyó los ruidos que ^{me} Eme hacía con el tiempo abriéndolo por sus grietas. Lo oyó subir con él trabajosamente la escalera, su peso era demasiado para un cantor, y después de un silencio muy largo que transcurrió allá arriba oyó el ruido espantoso de la ruptura de aquel tiempo.

Beso sin palabras

proyocido

Cómo era, se atrevió a preguntar Emebé sintiendo que de puro miedo se le ^{ya no} ~~soltaba la otra parte de su pelo~~. Como un ^{Beso coral} ~~gran cometa~~ enfurecido que nunca más podrá volver a pasar cerca de la Tierra, bromeó Eme Calderón taconeando ^{Sin palabras cometa} por la escalera que dentro de sus simples alegrías de peldaños comenzaba a ser libre, ^{ella alia los ojos al sentir sobre la mejilla los labios del cantor} y ella alia los ojos al sentir sobre la ^{los labios de por el no se} mejilla los labios del cantor.

Quando Jotazeta regresó a la casa completamente tomada ^{apenas si pudo entrar,} chocando con temblores de Emebé y unas honduras desusadas del cantor. El noviazgo de Emebé no sabía todavía moverse dentro de una casa nueva para él y estaba siempre en el paso de las personas, en los ^{espacios} ~~pasos~~ de las puertas, molestando y sin saber dónde meter su torpeza, de tal modo que Jotazeta se lo llevaba por delante cada vez que se desplazaba. Con la casa limpia de eternidades silenciosas, los libros de astronomía parecían más pequeños y Copérnico ^{se le hervían las} ~~no encontraba sus elipses y engranajes~~ ^{que sostenían el} ~~(para sostener el planeta)~~ que ~~se le iba de las manos~~. Limpiando aquella casa de ideas astronómicas escapadas de los libros como citas sin sentido le habían devuelto un corto tiempo humano aprehensible y hermoso porque antes que cualquier eternidad preferían una breve pero intensa vida para ellos.

Jotazeta, después de reconocer los cambios producidos en la casa durante su

Jotazeta, después de reconocer los cambios producidos en la casa durante su

ausencia, les dijo que era una pena no haber visto aquella primera floración. E-
 mebé, atropellando sus propias distracciones y atolondramientos, salió a mirar
~~el cerco vivo. Todavía se muevan,~~ dijo mirando el reguero de girasoles, casi en-
 teramente vueltos, ~~hacia el poniente,~~ acumulando tiempo nuevo con un tic tac que
 ni siquiera los músicos podían percibir. La floración había terminado, y desa-
 parecida la ilusión del movimiento ascendente Minas Altas seguía siendo un gu-
 sano amarillo pero había dejado de trepar, mientras ~~el viento~~ **los cupesos hialtos** expulsado de la
 casa de Jotazeta, no encontrando su órbita, se perdía en distracciones y atolon-
 dramientos astronómicos ~~atropellando estrellas fugaces y cometas tan rápidos y~~
~~perdidos como él.~~ Lper de Lrs.

El cóndor que tiñó los ojos del trampero

En mi refugio hay raíces secas donde el azar vegetal y el frío de la altura han dejado formas animales definidas: un pájaro en la rama, un lagarto, una vicuña muy pequeña. No me gusta quemar esta leña con semejanzas, de modo que antes de poner un nuevo tronco o raíz en el fuego los observo cuidadosamente en busca de vestigios. Son como estatuas que la humedad y la tierra hacen de las criaturas que sienten andar sobre ellas.

Incluso las más comunes o amorfas tienen orientaciones definidas cuando uno las mira con voluntad de forma. A veces basta un par de toques, un ligero corte para que un simple palo seco tome vida. Las raíces sobre todo, que en busca de humedad para nutrirse se retuercen sin saber que están modelando. Ultimamente no las quemo; las guardo a la espera de que mi capacidad visual pueda descubrir la forma que contienen. Al revés de las palabras, que muestran lo que guardan, las raíces ocultan su latencia.

Ahora, cuando la noche va a empezar otra vez en esta altura (allá abajo, en Minas Altas, ya es noche cerrada), me gustaría descansar de la historia hablando de la Céfira, de un día que anduvimos juntos bajo la lluvia; pero no puedo, en mi memoria golpea la figura deforme del entrampador de cóndores en forma de raíz retorcida (hay una junto al fuego, en un costado del hogar, que se le parece) y entonces me pongo a buscarlo en las palabras del segundo muñeco presentador de Fábula como quien da un toque a una raíz con semejanzas, y lo veo acechando el apareamiento de los cóndores, que era el momento más buscado por el entrampador aprovechando que estas aves de la altura sirven al amor en tierra.

~~El trampero~~ Eme estaba cantando ~~sin advertir~~ sin advertir que el trampero lo acechaba. Oyó el canto de la misma manera que miraba a las personas, alzando los párpados en un blanquear relampagueante de sus ojos, por donde entraban visiones mutiladas o deformes, condicionadas por el ángulo de visión (miraba desde abajo) y la rapidez de su mirada, que nunca vio las nubes, ni siquiera desde abajo, por la posición rastrera de su cabeza. Oyó la voz y la guardó en su entender sin apreciar su belleza, como quien ha robado una caja de música y no se atreve a

oirla para no delatarse. Eme ya estaba en pleno canto cuando descubrió su presencia, sus grandes manos de cazar y destripar, apantalladas sobre sus orejas, y viendo que ya era inútil callar sólo atinó a desviar la nota llevándola hacia lo que sentía en ese momento, un tono tristísimo que hizo vacilar los instintos del trampero. Herido por la voz y con un fuerte deseo de llorar sin conseguirlo, huyó de allí, Ensiló apresuradamente y salió para el Bajo, sin que ni un solo ~~uno de los~~ enlazadores, ~~ni siquiera el más caloso~~, advirtiera que acababan de robar la voz de Eme Calderón. En realidad se llevaba una palabra de lujo, cantada, desnuda, para venderla como a las plumas de sus cón-
dores.

Cruzó las Salinas sin poder ver la luna y las estrellas, ni el sol cuando se levantaba hacia el fin de esas blancuras, pensando en la joya que llevaba como apretada entre sus ropas. Difícil venderla solamente como voz, los mercaderes sólo compraban objetos relacionados con la sangre: cueros, plumas, personas. Pero todo podía ser reducido a sangre otorgándole así un valor de cambio. Estaba dispuesto a demostrar que la voz de Eme Calderón era sangre finalmente. En esa voz estaban ocultos muchos hombres por cuya destrucción se trabajaba en todo el continente; en ella Minas Altas y demás pueblos monteñeses se unían en un solo acuerdo y eso era peligroso si la voz seguía difundándose; la existencia de una voz como la que les ofrecía ponía en evidencia, por contraste, la animalidad de los que mataban con consentimiento en nombre de algo que era precisamente lo más opuesto a aquella voz. Cabalgaba apretando la joya contra su cuerpo, pensando en todo eso como argumento de la venta, y también para no recordar aquel desvío del sonido en la garganta de Eme Calderón porque su recuerdo le producía tristeza de sí mismo haciéndole atisbar la hermosura del mundo, de la que se excluía voluntariamente por odio o por olvido. Vendiéndola solamente como voz sospechosa apenas le pagarían algo más que por sus plumas. Pero abrirían unos ojos engolosinados cuando les demostrara que la voz de ese cantor era un objeto de la guerra.

algun casi imposible
~~El cantor le dijo que era peligroso subir a Minas Altas sólo por una vez cuyo valor en sangre no acababa de entender; los enlazadores eran muy hábiles y dueños del terreno, y sobre todo no perdaban. Tráiganos al cantor y después hablaremos, le dijo dándole unas monedas para que se emborrachara.~~

En Minas Altas se bebió el alcohol comprado con lo que le dieron por el dato, y en sueños agriados por la doble tristeza de la escasa paga y aquel tono donde

desvió su voz el cantor al sentirse descubierto, recordó la muerte de su primer cóndor. El inmenso animal, caminando torpemente, abría sus alas de tres metros y se acercaba a la hembra emitiendo esos sonidos tan difíciles de explicar como la voz de Eme Calderón, con el cuello doblado cambiando sus colores y la cabeza desnuda sobre el pecho. Hermoso y terrible, el cóndor se volvió hacia él cuando se sintió sorprendido y oscureció al trampero con la sombra de sus alas. En el escalofrío que sintió, el trampero no fue conciente de la trayectoria del cuchillo desde su cintura hasta ese espacio entre los ojos donde metió su frío de metal hasta encguecerlos, mientras cambiaba de color el collar de plumas blancas. El mismo estaba encgueciéndose: unas gotas de cóndor salpicaron dentro de sus ojos y tuvo que cerrarlos. Pero sentía la agonía del amante burlado en la ferocidad de sus aleteos y en la arena que se levantaba y lo golpeaba, un aleteo con pausas que permitieron oír también el de la hembra que huía. Cuando pudo abrir los ojos vio que el animal descansaba ya de sus vuelos gigantescos y que la hembra había conseguido las grandes alturas donde volaba sin mover las alas, llevada por el aire, muy pequeña, como si nunca hubiese sido cóndor. Y en el sueño del entrampador el cóndor finalmente era todo silencio, donde lo despojaba de sus plumas, y su sueño era tranquilo, aunque a veces se alteraba por el recuerdo de esos sonidos, de esas palabras de los cóndores cuando hacen el amor, y entonces su cuerpo saltaba con las crispaciones de unos casi imperceptibles sobresaltos mezclados al alcohol y a la tristeza hacia donde el cantor desvió su voz al sentirse sorprendido por la presencia del trampero. El entrampador lloró hablando entre sus sueños sin saber que lloraba de verdad, no se sabe si por el recuerdo de las palabras del cóndor cuando amaba a la cóndora, o por el recuerdo del desvío que hizo Eme de su voz desnuda acercándose a Emebé. Escuche, dijo un vecino, el trampero está ^{Suicando por elora.} hablando en sueños con palabras lloradas.

Al despertar vio todo rojo y deforme. Cuando se me pase la borrachera, pensó, las cosas volverán a sus colores y a sus sitios. Pero, reflejándose en sus ojos veteados por el cóndor, las cosas quedaron rojas y deformes para siempre. Y cada vez que despertaba de un sueño se secaba los ojos sin poder recordar por qué había estado llorando.

*a pensar a pie de
del giro de la tierra*

Tristezas de un enlazador

Si los libros, tras su entramado de palabras, dejan un residuo de inquietud y conocimiento, en Jotazeta dejaron solo la inquietud. Perdida la habilidad para enlazar y la inocencia de vivir, él mismo se perdía en una difícil visión nueva de sí mismo, donde estaba con esa inquietud a solas.

Emebé, desde hoy viviré en el altillo, dijo una mañana, y allá trasladó los libros, su cama y finalmente la inquietud. Aquí vamos a vivir los dos solos, si podemos, le dijo; no quiero que ni Eme ni Emebé tengan que soportarte, ellos tienen que vivir su vida. La inquietud, que es perversa y considera normal a su perversidad, se apropió de Jotazeta pensando que sería muy feliz con él. Instalada entre el enlazador que Jotazeta había sido y el astrónomo que no era, lo fijó allí para entregárselo a la vejez en el momento que fuera necesario, y que ésta hiciera con él lo que quisiera; todo lo cual era necesario para que ella pudiese ser una inquietud.

Los libros le habían entreabierto las puertas del mundo, pero no lo podía tocar. Se movía, modificándose, y él, por su torpeza para ver, lo hubiera necesitado detenido. La vida mutaba a su alrededor. Emebé estaba de novia y con ello borraba para siempre a una Emebé que no volvería a ser, como si nunca hubiera existido; las estaciones modificaban el paisaje pero también pesaban por dentro cambiando de lugar a la memoria, quitándole sus propias orientaciones, sustituyéndola con un transcurrir sin sentido; Eme cantaba y cuando su voz cesaba el tiempo tenía un peso insoportable; en el cielo inexcusable las estrellas fugaces eran carcajadas burlonas; los girasoles se movían leyendo un contenido que atesoraban para ellos y que morían con la flor pasando de la mudez del espacio al silencio de la tierra; las crecientes puntuales se desbarrancaban desde la altura para morir en las Salinas alimentando un mar inexistente; los cóndores entraban en celo cada dos años, la hembra ponía un solo huevo y a los cincuenta y ocho días nacía un nuevo cóndor para el entrampador que ya existía antes de su nacimiento; en el llano la guerra persistía como si estuviese hecha de la misma sustancia que el tiempo y aquí seguían llegando mujeres aterradas para parir hijos que pudieran crecer fuera del estruendo, como Eme Calderón, como él mismo,

como todos los de Minas Altas, que no era ni pueblo ni lugar de paso, sólo un paridero donde para poder seguir viviendo había que quedarse para siempre, pero sólo para eso, de la misma manera que ^{lo era} la Tierra, cuyo desplazamiento velocísimo intuía aunque no pudiera entender las explicaciones sobre sus movimientos, con los que en cada minuto se iba para siempre de cada lugar que iba ocupando, huyendo con sus matanzas y sus parideros hacia ninguna parte dentro de un viaje incomprendible, qué sería de Eme y de Emebé atrapados por la inquietud disfrazada de noviazgo para convertir su amor en ironía, arrinconándolos en una vejez sin inocencia donde el amor ni siquiera es un recuerdo porque parece no existido.

Algo como esto debe ser la muerte, dijo Jotazeta poniéndose la gorra montañera y salió para ver a sus amigos los astrónomos y devolverles el libro que hablaba de Copérnico y decirles que no quería que le prestaran más. No puedo más con la inquietud que tengo, les dijo Jotazeta. Le respondieron: la inquietud es muy buena, sin ella no habría conocimiento. Pero ellos no podían mirar la inquietud del enlazador desde sus alturas astronómicas. Y se encerraron para seguir hablando de Matemáticas, de las que él conocía, intuitivamente, apenas lo necesario para trenzar un lazo, y aun esto estaba a cargo de sus manos, no de su razón.

En la inquietud del enlazador había un sin sentido de Minas Altas. Si bajaban podían matarlos, ellos no eran nada más que un objeto de la guerra; y esta sentencia se mantenía para los hijos de los hijos, que tarde o temprano pagarían su inocencia con la vida. Por qué el empeñamiento de vivir si sólo podían hacerlo en un lugar de tránsito. No puedo más, pensó Jotazeta cuando ^{CRUZÓ} se le ~~crucó~~ la potencia de un suicidio colectivo, una creciente final de los ríos espasmódicos donde se arrojaban todos siguiendo el camino del puma que se le escapó del lazo.

En el camino de regreso recogió una piedra cuyo entramado trató de explicarse en el altillo, observándola sin comprenderla, como si no perteneciese a la realidad, hasta que vio que anochecía. Juntó las puntas de los dedos de la mano y descubrió, contra la luz de la vela, que los espacios entre ellos formaban tres estrellas de cuatro puntas; los entrelazó y observó la línea ondulante de un entramado similar al que se formaba trenzando los tientos de los lazos; era igual al del maíz en la mazorca y como el de las semillas en el centro del girasol donde, según dijo el astrónomo joven, se podía leer como en un libro abierto el movimiento de los astros. Y para qué, se dijo Jotazeta sin poder apartarse de la crecida final que le venía sonando. El girasol y el lazo eran una misma cosa. Trenzar un

lazo resultaba lo mismo que hacer un girasol, tenían la misma trama misteriosa. Oyó cantar a Eme, reír a Emebé, zumbar el viento, y todo tenía un sentido secreto que se le ocultaba. El paso de los astros, el paridero y las crecientes puntuales de los ríos eran una misma cosa, y todo era fingido por la trama, como si no existiera nada. Vio una estrella fugaz describiendo su arco luminoso; oyó su respiración y sus latidos, tocó su pulso en las muñecas; tocó la piedra mirando la montaña en sombra; escuchó murmullos en las casas de los vecinos, ruidos de puertas y ventanas cerrándose, el silencio de los dormidos; vio luces apagándose y escuchó, intentando descifrarla, la voz de Emebé que por cuarta o quinta vez lo llamaba a cenar; miró sus manos, se tocó la cabeza, se acordó de sus muertos; oyó pasos de cabalgaduras y el chillido de las aves nocturnas; miró la Vía Láctea y un pequeño gusano que erraba sin dirección por la madera de una viga; se tocó las uñas y los dientes, movió los dedos de los pies. Y lloró un buen rato la tristeza de no saber, hasta quedarse dormido.

En el borde del sueño, la cabeza del puma, agrandada por la memoria, ocupó su adentro hasta colmarlo. Un animal muy joven de cuyos ojos no se había borrado todavía la niñez. Puma, sonaba la palabra en Jotazeta, enorme, encendiendo una certidumbre que apagó la crecida del río y sus suicidas. Esta vez el lazo tenía su segundo tiempo, el de la recogida resistida, y el pequeño puma respiraba agitado en la orilla, libre de la muerte hacia donde lo llevaba el río. Le quitaba el lazo esquivando las mordidas de los colmillos vírgenes y lo dejaba ganar el monte, como había hecho con otros animales jóvenes, para que creciera hasta llegar a ser un puma de verdad, valiente, ~~silencioso.~~

(Esto inicia el final del capítulo)

Monólogo del ^{un} tercer muñeco

muñecos

Porque veamos, señores míos: ¿quées la música, mejor dicho los músicos?, recitó un ~~tercer~~ muñeco ~~anunciador~~ prologuista que nunca había visto, ~~de movimientos nerviosos, interrumpidos entre frase y frase con un detenerse brusco en los extremos del escenario, donde se quedaba inmóvil mirando en direcciones relacionadas más con su propia posición que con la de sus dos únicos espectadores, Ene Vega y yo, como buscando sus pensamientos.~~ Esta vez no tendremos personas en escena. Esas guindas y manzanas que ^{se ven} ~~van~~ colgar en nuestro proscenio, cuyas relaciones profundas ~~es~~ invito a percibir, serán nuestros muñecos de hoy, aparentemente inmóviles por fuera pero moviéndose por dentro en interminables torbellinos. Porque nada está quieto: estas sillas y paredes, estas vigas y este titiritero a través de quien hablo, hasta la última uña de su pie y en sus profundidades de uña, y ^{ustedes} ~~vos~~ tres espectadores y el aire que ^{los} ~~es~~ envuelve están en danza. Todo se agita dentro de un ritmo que ignora la existencia del descanso. El entero universo está danzando, mis amigos, porque así es su fundamento. ~~Porque si hay un comienzo, comenzó moviéndose como comienzo.~~

Silbando, alocadísimo, se paseaba por el escenario. Barbita de hombre joven ~~era~~ ~~el estruendo que inventó una palabra para el girasol, pero amarilla, y el pelo de lana rosada caído a los costados.~~ Los músicos, la música, cuestión delicadísima. ^{mas de veinte} ~~Tenemos diez y siete músicos~~ en Minas Altas, más uno que acaba de nacer, y los conocemos. Pero no conocemos la música, aunque sepamos de ella. Lo desconocido no está lejos ni es un misterio para siempre: ocupa los espacios libres que hay entre las cosas que encontraron su forma. Cuando esos espacios ^{tremblan} ~~tiemblan~~ deseando la palabra que los nombre, el espejo donde puedan mirarse, los llamamos belleza. Cada cosa se mira y se reconoce en su palabra. La belleza no. Los músicos, con un arte hecho de habilidades y ~~desos~~, buscan esas palabras cuando combinan los sonidos con el tiempo, esos espacios donde lo desconocido se reparte sin poder halla la forma definitiva que les permita habitar una palabra. La música entonces sería el arte de buscar nuevas palabras.

¿Qué hacen los músicos manipulando sonidos, arrancándolos de la naturaleza con cualquier cosa capaz de encerrarlos, desde una nuez vacía hasta una caña o un hueso de un ser que fue viviente? Jugar sin saber que juegan, porque ellos mismos son parte del juego, un movimiento que se busca a sí mismo. Y jugando aseguran la persistencia de esos espacios habitados por las cosas desconocidas, entre ellas la música, que permitió a los antiguos intuir la naturaleza del mundo donde nos ha tocado vivir.

El traje del muñeco era de tiras anchas de trapos superpuestos de colores diversos, acaso retazos de otros trajes. En los giros violentos que al detenerse hacía en los extremos del escenario, en actitud de captar un pensamiento que se le escapaba, las tiras se abrían dejando ver partes de la mano de Fábulo, que no pudiendo acabar de ser forma de mano se convertían en las desnudeces del muñeco, y éste, solitario y en el frío, ~~en el más miserable~~, en el más mísero de los filósofos antiguos. Pero sin darse cuenta de su pobreza y su desgracia, porque, lo mismo que los músicos que mentaba, también él jugaba sin saber que estaba jugando, y en su hacer ~~que mentaba~~ jugaba, como escapado de la mano y del pensamiento del hombre que lo sostenía, danzando entre las tablas para comunicarle movimiento y vida.

Y bien, los filósofos antiguos pensaban que la música que hacían las personas era una copia mal hecha de la música inaudible que existía en las esferas ~~(tanto a los presentes a contemplar las frutas que allí cuelgan)~~, reservada a dioses desconocidos. Sin embargo cuando uno de nuestros músicos toca está tocando aquella música que intuyeron esos áncianos, y es nuestra, no de los dioses, la tenemos con nosotros aunque todavía no le hayamos podido dar una palabra. Tenemos su copia, de la misma manera que tenemos la voz de Eme Calderón, gracias a los fabulosos instrumentos que lograron copiarla. Aquel cantor era a la vez un músico y un instrumento. Tocaba y se tocaba. Una esfera celeste.

Fábulo Vega me ha concedido la alegría y la responsabilidad de ~~esta~~ esta parte de la historia de un cantor pidiéndome que hablara a través de su voz de titiritero (que es la mía cuando me elige) ~~porque dice a él no le salen las palabras salvo cuando tiene el muñeco adecuado en la punta de sus dedos~~. Y para esta ocasión tan difícil me ha elegido a mí, creyendo que me sobran las palabras. Terrible coyuntura tratándose de Eme Calderón, que además de estar separado por una naturaleza diferente de la mía puso entre nosotros el abismo de su voz ~~gigante~~. Digamos que para mí es como explicar el contenido de la luz lejanísima de una estrella

que se apagó cuando en la Tierra no existía la vida y que nosotros, nacidos después, estamos viendo todavía. Sin embargo entre esa estrella muerta y nosotros existe una relación viviente porque estamos en la misma danza.

Se quedó quietecito, mirando abajo y hacia un costado, a la espera avergonzada y pudorosa de que las tiras de su traje, entreabiertas por un movimiento de danza, volvieran a cubrir la desnudez de su pobreza.

Entonces, pues, digamos, esforcémonos para encontrar aquellas sílabas más alejadas que podamos combinar en palabras para decir que cuando nuestros músicos avecinan dos notas para formar un acorde, que es un acuerdo y también un recuerdo que cuaja, establecen una relación que existe desde siempre en la naturaleza, y que desplegadas en la eternidad, que es mucho decir, producirán siempre la misma armonía. El universo se manifestó a los antiguos en relaciones musicales, y éstas son su eternidad visible. La materia es más antigua que nosotros, ha logrado armonizarse, y se manifiesta tal como es por dentro en la armonía que frecuentan los músicos. La vida, por ser tan reciente, no ha encontrado sus acuerdos, está desordenada, y manifiesta ese desorden en el crimen que frecuentan los asesinos. Pero la vida tiene un porvenir, ~~mucho~~ mejor que el de la materia, por ser más dúctil y tener capacidad para modificarse. Nuestros músicos, con su presencia y persistencia, y por estar dentro del juego, aseguran la posibilidad de un porvenir para la vida, que es necesario ir sustentando con palabras mientras tanto. La voz de Ene Calderón era una evidencia de ese porvenir.

Se fue retirando en deslices muy lentos, como avergonzado, mientras un telón interior se corría borrando las esferas de frutas. Esto es todo lo que puedo decir, dijo entre reverencias, y rogaríamos aplaudir, no enturbiemos con ruidos el recuerdo de una voz, añadió viendo que Ene Vega abría las manos para hacerlo.

Antes de irse ra
"La canción del Gallo Blanco"

Fragilidad de los cofres

Acordarlo todo, y empolmar con Tlon. tlin.

Aunque nadie quería usar la palabra irse, que sustituyeron por volver.

del cantor

~~El irse de Minas Altas de Eme Calderón estuvo mucho tiempo tranquilo, dormido por Emebé, revoloteando invisible alrededor de los retratos, sin manifestarse físicamente salvo en algún temblor de la voz cuando se encontraba con cierta combinación de notas que lo delataban. ~~Cada vez que nadie podía verlo todos lo sentían; no había un solo rincón en Minas Altas donde no estuviera ese irse que nadie se atrevía a pronunciar para que de algún modo no existiera, la propia palabra temblaba ante la posibilidad de que en un descuido la pronunciaran y vivía recordándose, no quería tener el recordamiento de ser la culpable del irse del cantor.~~~~

~~Un mulero que desde hacía meses faltaba de Minas Altas trajo la noticia que casi visibilizó el irse del cantor: por los pueblos andaban unas patrullas que sacaban a la gente de sus casas y las obligaban a cantar, en busca de una voz, seguramente la de Eme, y no tardarían en llegar a Minas Altas. Yo creí, dijo alejando de sí palabras desagradables, que Eme Calderón tendrá que volverse. Esta última palabra salió oscura y apenas fue entendida. Había querido decir irse, pero la palabra se negó a salir y tuvo que sustituirla por volver. El aire que el mulero utilizó para decir irse no encontró su palabra y se sintió arrastrado por el término volver. Esto delató su sentido a pesar de la oscuridad y de la falta de acuerdo entre la voz y la palabra.~~

El día que cumplió noventa años, la viejecita que le regaló a Eme la letra de su nombre ~~lo~~ lo mandó llamar para entregarle un cofre. ~~Le habló de cosas para comprenderlas, cosas que~~ estaba muy vieja y se le hacía tarde para volver, por eso quería entregarle aquel objeto sin dejar pasar un día más. Aunque dijo volver con naturalidad, el irse de Eme, más próximo que el de la vieja, ya flotaba en el aire y era imposible ignorar su presencia, como sostenían ^{vega} los muleros ante los oídos sordos de los Calderón, que no querían mencionar el tema. El irse se ^{el alto} estiraba desde el Bajo hasta las primeras casas de los astrónomos, recostado en una orilla del río, rozando girasoles y escalinatas, desparramándose por arenas

y piedras respiraba el irse creciendo día a día. Parece mentira, dijo el ast 3-

El irse de Eme Calderón...

y piedras respiraba el irse creciendo día a día. Parece mentira, ^{de ción} ~~dijo el astrónomo~~ ~~inventar de la palabra gisa~~, parece mentira que el irse de Eme Calderón ya esté llegando arriba.

Quería darle este cofre conteniendo algo muy importante para usted, dijo la vieja, porque uno de estos días ^{me} vuelvo y es bueno que cada cosa ocupe el lugar que le corresponde. Cuidadosamente se lo entregaba, como si contuviese algo muy frágil, y Eme se iba retirando con pasos elegidos, acordes con la fragilidad de lo que el cofre contenía, cuando la vieja lo llamó para entregarle la llavecita envuelta en un pañuelo. El cofre apenas pesaba, y la falta de consistencias confirmaba la fragilidad acortando más y más los pasos de Eme, que caminaba como deslizándose. Pero la fragilidad no provenía del objeto sino de la vieja, ~~mientras el astrónomo allá arriba decía es increíble, totalmente increíble que todos sepan de ese irse y nadie quiera hablar de él.~~ Porque allí lo único frágil era la vieja que veinte años atrás le regaló la letra ^M que siendo ya una vieja; el cofre hubiera podido caerse o ser llevado en caballos desbocados o arrastrado por las crecientes ^{COV} sin alterar su contenido. La vieja, ~~en su~~ fragilidad de cristal cuarteado, la traspasaba a todo lo que tocaba; y si le entregó el cofre con tanto cuidado y lentitud fue porque ella misma corría el riesgo de romperse en noventa pedazos si se le escapaba un movimiento brusco. Cuidelo como a la niña de sus ojos, dijo iniciando el movimiento de recostarse otra vez en la cama con la lentitud necesaria para que sus noventa años, alterados por el acto de entregar el cofre, volvieran a sus sitios desparramándose tranquilamente en las arrugas, a la espera improbable de que llegara un año más para cederle un sitio en aquella piel ya pequeña que apenas podía contenerlos. En cada lugar del espacio que recorría su medio cuerpo hacia los almohadones parecía quieta, ~~como tratando de escuchar las voces del astrónomo y vecinos,~~ es una vergüenza que todo el mundo apenas pueda soportar este irse mientras Emebé y Jotazeta, con la complicidad de los músicos, se empeñen en negarlo. Con la última resistencia de su fragilidad de vidrio y casi a las puertas de la máxima saturación que ansiaba romperla en noventa pedacitos, le ofreció la llave del cofre (que a esas alturas ya contenía la fragilidad del propio Eme Calderón) estirando peligrosamente un brazo mientras el resto del cuerpo temblaba en sus cuarteaduras soportando con miedos de espejo la tensión del brazo, hasta que Eme tomó cuidadosamente la llave de su propia fragilidad y la anciana alcanzó con su espalda la tranquilidad emplumada de los almohadones y casi simultáneamente la fragilidad del sueño cerrando sus ojos cristalinos.

Seguido por un gato que le transmitía su suavidad para que anduviese con cuidado por el patio pedregoso, Eme bajó la escalinata con aire de sonámbulo y al llegar al río seco, todavía con piedras y troncos de la última creciente, tuvo que recurrir a esguinces y repliegues felinos para no atropellar su irse, de abultamientos invisibles, y caminaba río abajo, ^{observado por} entre algodones al lado de su irse recostado en una orilla mientras el gato, desde el borde de la casa, con la cola alzada y una pata sin asentarse, lo observaba velando la felinidad que salvaba a Eme de tropezar y romper su propia fragilidad, al mismo tiempo que la anciana, despojada del último hecho importante de su pasado, sentía entre sueños que su peso, aligerado por la ausencia del cofre, ya casi no existía, y flotaba en sus almohadones que no acusaban la forma de su cabecita casi hueca, y que ahora estaba en condiciones de volver a cualquier parte, sin cofre ni ningún tipo de objetos pertenecientes a la fragilidad de vivir.

El astrónomo desde su ventana miraba el lento desplazamiento de Eme escudriñándolo como si fuera un astro que ante la claridad del día inminente está a punto de desaparecer, con gula de últimos minutos lo miraba, y dedujo, por su manera de desplazarse y de ir borrándose en la curva del río, que Eme estaba en vías de descubrir su irse. *ya casi regulada sobre su irse*

Pobre Eme, dijo el astrónomo pensando en las distancias, réplicas de las del cosmos, que el cantor tendría que recorrer, una vez ido, para poder llegar (volver) a su punto de partida, dado que, según teorías que alimentaba en solitario sin atreverse a confesárselas a los astrónomos viejos, el movimiento era sólo una ilusión de la quietud, y su único terreno posible la fragilidad.

La canción del gallo blanco

Comenzó
punto de
para no
la luz
cofre.
06

A su casa y a su majada regresó el viejo ondulatorio, ~~enteramente~~ ocupado por la imagen de un enorme gallo blanco. El gallo estaba en la canción oída a Eme y la canción iba con él, la oía tranquear en las patas del caballo, donde la fijaba rítmicamente para que no se le trascordara. ~~Envuelta por el viejo trapiente, que la transportaba, la canción traqueteaba dentro de la envoltura, y en ella el gallo blanco no sabía de quien era la sangre que comía.~~ ^a Por la orillas del salitral, aunque por allí el camino era más largo, regresaba el Ondulatorio alucinándose y no sabía hacia dónde volcar su andar maravillado, dudando entre la cara de Emebé y el estribillo de la canción del gallo comesangre. Y si Emebé le ocupaba distrayéndolo de la canción un largo espacio recorrido por el sol salinero, las patas ~~mnemotécnicas~~ del caballito enseguida le traían otra vez a la mente el estribillo de la canción.

Contra el sol partido en dos por el horizonte salino vio en la lejanía la línea de una bandada de pájaros indicándole que cuando el sol se levantara nuevamente estaría llegando a su casa. Cenó el queso con miel que los muleros le dieron al salir, alzó varias veces la cabeza para embocar la cantimplora, se emponchó y bajó el ala del sombrero; y como quien se tiende se fue dejando dormir sobre el andar, ~~caballar~~.

La canción empezó a abandonarlo con el ritmo cambiante del caballo, que liberado de la tensión de las riendas ~~abandonadas perdiéndose en el sueño del ondulatorio,~~ buscaba el paso tranquilo y sostenido necesario para andar en la noche. Los sueños de los viejos son de juventud, con ellos regresan a la edad perdida; por eso su sueño era intranquilo. Retrocediendo en sus treinta años últimos se encontró con Emebé, a la luz de unas llamas muy serenas. Ella le pidió que la llevara al pueblo próximo en ese maravilloso caballo que tenía y ahora iba con él, abrazando su cintura para no caerse. El calor de las manos de Emebé sobre su camisa. El caballito dio un traspie y el Ondulatorio se sintió despertado pero no permitió que su estar despierto alterara las circunstancias retrospectivas que lo acompañaban, no veía ninguna razón para que, por un simple cambio de planos

en su memoria, Emebé tuviera que bajarse del caballo. La arropó aislándola del frío que se estaba levantando y le preguntó si estaba a gusto. Y como únicamente él podía responder por Emebé, ella le dijo que sobre un caballo como ése podría estar toda la vida. Y de pronto su familia, apretujada en la galería viéndolo llegar, no podía creer en la maravilla que él traía desde tan lejos; ella ^{cominaba} transitaba por aquella galería ~~junto al cántaro blanco~~ y todos se apartaban para ver pasar la hechura de Emebé. Conversando con ella, dormido sobre el andar de su caballo, iba el viejo bajo el estrellero. Hablaban de la voz de Eme sin poder recordar la canción, que en la charla era un color y nada más. Ella aseguraba que era rosada y él se reía diciendo que era blanca de todas las blancuras. Y como no llegaban a un acuerdo, la canción, sin tener donde permanecer, se borraba. Entonces quedaba solamente la voz del cantor, y cuando ésta también desaparecía, por puras distracciones del Ondulatorio, Emebé también se borraba y él seguía solo sobre su caballo, que también iba dormido, y sin andaba era por contagios del camino que él mismo se iba abriendo por el llano. Pero bastaba recuperar la punta del hilo de la voz para volver a sentir el peso de Emebé sobre el caballo, visible en el cambio de ritmo de las patas del caballo. Como bastaba una mínima distracción para perder el peso de aquella compañía, el viejo, desencantado, justo cuando acababa de llegar a su casa diciendo miren, miren por favor lo que he traído, señalando hacia el caballo junto al brocal del pozo de agua, veía que no había nada sobre su caballo, apenas un contorno sudoroso recién desensillado, ~~evitando que Emebé pasara junto al cántaro pintado de blanco de aquella galería.~~ Desaparecida Emebé se iban también los pensamientos. Sin nada que poner en los sueños el viejo se entredespertaba y volvía al ritmo de la canción memorizado por las patas de su caballo trotador, donde aparecía el gallo blanco picoteando el suelo, ~~sin saber la sangre que comía~~ y había también una cuna con un niño que goteaba desde la voz de Eme Calderón.

El viejo estiró un brazo hacia atrás palpando el aire donde no estaba Emebé, y comprobando lo que sospechaba devolvió a las agujas de su reloj los treinta años que le había quitado para pasar la noche. Echándose agua en la cara vio que las estrellas también se habían borrado y sin abrir la boca emitió un sonido de agradecimiento a Emebé por la noche tan hermosa que le había hecho pasar. Agarró las riendas heladas, y el caballito, despertando, cambió el paso de la noche por el paso del día, divisó un vuelo de pájaros madrugadores y enseguida el

bulto de la casa con el punto más pequeño del árbol donde lo ataban para comer. El viejo, acostumbrado a su antigua memoria visual, miró todo lo que pudo hacia adelante en busca de aquel bulto, pero nada aparecía en la línea del llano, el horizonte que alcanzaban sus ojos caía a un centenar de metros adelante de la cabeza del caballo, que apuraba su paso, precedido por su sombra y la de su jinete.

Claro que es él, dijo la hija mayor desde la galería. Chicos, vengan a ver, el abuelo ha vuelto. Llenando la galería, los más pequeños treparon a los horcones para ver mejor. Ya no los esperaban. Había salido callado sin decir que se iba, doblándose sobre el caballo por la vejez que llevaba encima, y pasó tanto tiempo que creían que había salido a morir por ahí para no dar disgustos. Y volvía tan tranquilo, sin trazas de vejez o de cansancio.

Desensilló tarareando la canción, acarició los contornos vacíos del caballo echando una ojeada secreta a las ancas donde ya no estaba Emebé, cruzó entre los niños alzando las alforjas para que no vieran que estaban vacías y cuando le preguntaron qué les había traído dijo onduladamente:

-Les he traído la canción de un gallo blanco.

Esa noche los niños dijeron que no irían a acostarse sin que les mostraran la canción, ~~traída por el abuelo~~. Está bien, dijo el viejo, y cantó lo que pudo recordar, con el estribillo pegadizo donde el gallo blanco no sabía de quién era la sangre que comía, justo cuando por detrás de la casa pasaba un Oidor, que escuchó atentamente llevándose unas manos cóncavas a las orejas, por donde entraron claramente las palabras cantadas por el Ondulatorio.

Palabras y melodía fueron encerradas en la memoria del Oidor de a caballo. Se alejó en sigilos y galopó toda la noche repitiendo lo que había oído para no olvidar una sola sílaba mientras el viejo, desmemoriándose en el cansancio, entraba en unos sueños profundos donde no existían ni Emebé ni mucho menos la canción del gallo blanco.

Tlon, tlin

La llavecita giraba en falso sin poder morder. Jotazeta sacó un cuchillo del cajón de los cubiertos: ~~prácticamente~~. Eme lo introdujo por un costado buscando forzar por dentro la cerradura del cofre. El cuchillo abrió más la rajadura de la madera y al ser retirado salieron con él unas hebras sedosas. Pelos, dijo Emebé. Eme desclavó la tablita lateral de la tapa y hurgando con el cuchillo como en una alcancía desparramó sobre la mesa un puñado de cabellos. Pelos de recién nacido, dijo Eme apartándolos y juntándolos, se desparramaban como plumas de una almohada rota. ~~Las plumas son pequeñas de un enorme gallo blanco, pensó Eme sintiendo que lo que había en realidad dentro del cofre eran objetos del tiempo, quizás.~~

La historia de aquella matanza, a fuerza de tiempo, se había convertido en una canción, fuera del hecho. Pero los cabellos de aquel recién nacido, que de la misma madre y con el mismo padre nació antes que él, borraban el existir de la canción como si nunca nadie la hubiese compuesto, quitaban las palabras a los hechos, que amontonándose sobre la mesa a medida que salían del cofre-alcancía recuperaban su antigua desnudez. Son recuerdos, dijo Jotazeta, que tenía su madre, y ~~antes de volver para la guerra siguió a su marido quien los dejó para usted.~~

Emebé metió dos dedos en la caja moviéndolos como tijeras. No puedo alcanzarlos, parecen trapos. Rozaba algo esponjoso que se le escapaba ~~de los dedos~~ cuando tiraba hacia afuera. Jotazeta escarbó en el cajón de los cubiertos y sacó una aguja de tejer. Palanqueando con la aguja y el cuchillo consiguieron hacer asomar por la abertura un trapo descolorido. Cuando pudieron agarrarlo Emebé tironeó y apareció otra punta del mismo trapo, ~~como un cuello de camisa,~~ pero el volumen era demasiado para la abertura y tuvieron que meter otra vez la primera punta del trapo dejando afuera la que parecía ser parte de un cuello. Eme probó de nuevo con la llavecita, pero giraba loca.

Su madre, dijo Jotazeta como si no lo hubiera dicho tantas veces, estuvo muy callada los tres meses escasos que lo amamantó. Tenía miedo de hablar, y ~~no nos dijo nada de ella ni de su marido. Claro, ya lo habían matado un hijo, o dos, de eso no me acuerdo bien. Nunca he podido saber si ella llegó a Minas Altas~~

llos. Dos lisos, con iniciales por dentro, otro con una piedra brillante. Las iniciales de uno decían: T.C a L.A; las del otro: L.A a T.C. Apartó los anillos y acercó el botón ~~negro~~, brillante, enorme, en círculos concéntricos que descendían escalonados hasta acabar bordeando los cuatro agujeros del centro. Un botón que no se dejaba vincular con tamaños proporcionales ni con nombres de ropas de vestir. Tenía existencia por sí mismo, abarcando todo su brillo y su propio tamaño. Ni siquiera era un botón ornamental. Tras veinte años de oscuridad, parecía contemplado por primera vez, tratando de esconder su fragilidad en los cuatro agujeros que le permitían ser botón. Pero la palabra botón no alcanzaba para nombrarlo. Era corta y casi insenora; opaca. En todo caso podía llamarse botón a uno de sus contenidos, el último círculo del centro que encerraba los agujeros. Desde allí hasta su máximo círculo en el contorno era una materia silenciosa con potencias de sonido; algo capaz de producir zumbidos audibles aun bajo el ruido de esa lluvia chirriante, y por poco no se movía por sí mismo, por poco no se ponía a girar en remolinos zumbando hasta quedar dormido como los trompos cuando alcanzan el equilibrio en sus movimientos giratorios. Es una maravilla, dijo Eme deslizado el objeto hacia Emebé.

Todavía queda algo adentro, dijo Jotazeta moviendo el cofre junto al oído, algo raspaba allá en el fondo, algo difícil de escuchar ahora que la lluvia sobre las chapas conseguía su máximo sonido. Sacudiendo, cayeron veinte o treinta piedrecitas como granos de maíz partidos, mezcladas con tierra. Qué raro, dijo Emebé, todo tan limpio y ahora esa basura. No las tire, dijo Jotazeta, por algo estarán ahí; parecen las piedras que picotean las gallinas, esas que tienen en el buche para hacer la digestión. Seguramente son también un recuerdo de algo.

Eme sintió ^{rememoró} ~~que entraba en su memoria~~ la letra ^{incompleta} de la canción del gallo blanco, como saliendo de otro cofre. ^{comunicaba con ellos} Todo encajaba en la canción: el pelo que la madre recortó al niño antes de enterrarlo, la tierra que recogió al pie de la cuna donde picoteaba el gallo blanco. Lo que no encajaba era ~~ese~~ el botón ^{el suelto} ~~que parecía estar queriendo decir algo. Y no era ni de ropa, ni de paño, ni de nada, era solamente un maravilloso botón negro.~~

Lo último que cayó del cofre fue una palabra. A pesar del tiempo, mantenía una forma en el grafito granuloso a punto de desprenderse del papelito volandero, que salió aleteando alegremente, justo cuando dejaba de llover, y

cayó boca abajo, echado encima de la palabra. Emebé lo dio vuelta. Las letras, temblorosas pero sin desprenderse unas de otras tomadas de las manos, decían Lumbreras. ~~Palabra rara,~~ dijo Jotazeta, suena a pueblo costeño. Lumbreras, pensó Eme, no estaba en la canción del gallo blanco. Como si el pueblo donde sucedió la matanza no tuviera nombre.

Eme puso el papelito junto a los anillos y acercó otra vez el botón. Lo miraba como a un retrato colgado en la pared. Bajo el chorro de aire de la respiración del cantor, el papel se deslizó hasta el borde de la mesa y tras algunos equilibrios inútiles cayó como diciendo adiós. En el laberinto de los movimientos caprichosos de los pies bajo la mesa, las letras, desmembrándose, perdieron su orientación. Lo que quedaba de la palabra Lumbreras fue a fijarse finalmente en un zapato de Emebé, que lo transportó hasta la salida. Desde allí el agua de la lluvia que iba hacia el río lo arrastró entre hojas y flores primerizas de manzano boyando en la corriente, donde sus letras deformadas se separaron para siempre tomando cada una los diferentes hilos de agua que corrían por el terreno. El grafito fue tragado por la tierra porosa y el papel, cayendo finalmente al río, inició el dudoso camino del puma.

El techo de la casa de Jotazeta goteaba cuando dejaba de llover. Eran dos goteras solamente, que podían durar días desalojando el agua acumulada en los escondrijos de las chapas. Jotazeta colocó el balde grande en una y la palangana blanca en otra, en lugares que se sabía de memoria. Se sentó a esperar atento el comienzo del concierto. Ahí viene, ahí viene, dijo mirando correr una gota colgante por una ondulación del zinc. Tlon, dijo una gota obesa en el fondo del balde grande. Tlin, contestó enseguida la otra, estrellándose contra la palangana blanca.

Palabra LUMBRERAS

Borrosa en el grafito, ~~la palabra Lumberas~~ era como su propia lápida. Una ~~palabra que nadie dice, forzosamente muere. Lumberas~~, a pesar de su connotación luminosa, estaba apagada. Era inútil el esfuerzo de las letras entrelazadas sosteniendo una palabra que creían viva. Letras como entramado de huesos formando un esqueleto. ~~Fábulo la dijo una sola vez y como al descuido. Le pedí que la repitiera. Es el nombre de un pueblo que ya no existe, dijo sin darle importancia. Para mí la tenía porque al sentiría muerta no podía escribirla plenamente. Todavía peor si lo que nombraba no existía. Si quiere no la ponga, diga que en el papelito que cayó del cofre estaba anotado el nombre del pueblo de los padres de Eme. Con eso es suficiente, no me demore la historia por una palabra que no tiene importancia. Lo que vale es el papelito, porque allí anotó la madre del cantor el nombre del lugar donde normalmente hubiera tenido que nacer.~~

~~Las palabras viven por el afecto que seamos capaces de sentir por ellas. Lumberas, en veinte años de silencio, se fue muriendo. No tenía historia ni porvenir. No porque el grafito estuviese a punto de desprenderse convertido en polvo, ni por la fragilidad del papel a punto de resquebrajarse. Moría porque no encontraba voz, de soledad. Seguramente llegó muerta a Minas Altas y aquel cofre era su ataúd, donde permanecería muerta hasta que Eme le pusiera voz y la resucitara, ~~como seguramente sucedió. Pero en la voz de Fábulo yo la recibía muerta. Por eso le pedí que la repitiera.~~ Para mí, en la historia, Eme Calderón tenía que encontrarse con una palabra viva si intentaba reconstruir un pasado que desconocía. Acaso fue ese el motivo por el que no le dio importancia al papelito y dedicó su atención al botón negro.~~

Volví al Mirador de los Vientos afligido por aquel esqueleto de palabra. Lumberas, sin luz. Carbones secos. Lo contado por Fábulo ese día hablando del pasado se me convirtió automáticamente, como siempre, en el presente necesario para ponerlo en palabras escritas. Todo, menos esa palabra. Se quedó allá lejos,

en el pasado, como si el papelito no hubiera salido nunca del cofre. Era tremenda la distancia entre ella y la palabra botón, llena de vida a pesar de lo corto de su alcance. ~~Ni siquiera Jotazeta la había oído antes. Decir "buena a pueblo costeño" era una forma de su desdén. Ni siquiera había otras palabras que se acercasen a ella, como si le huyeran. Yo tampoco la había oído nunca, pero mi memoria era inocente y estaba predispuesta para recibirla.~~ Le hice una visita en el diccionario, entre tantas cruces de palabras desaparecidas. Su epitafio decía "cuerpo luminoso" y también "persona inteligente". Ninguna relación con un pueblo en la llanura que se llamó Lumbreras. Por qué no la había recogido la canción. Acaso la palabra también murió el día de la matanza o formó parte del botín de los asesinos, ~~que se llevaron todo ante el silencio del gallo blanco que no encontraba su voz para cantar anunciando el nuevo día.~~ Por eso, por haber muerto como tanta gente en esa madrugada, la madre de Eme la enterró en el cofre y la consideró ceniza junto al cabello del niño que goteaba y a la tierra que mojó. Entonces esa palabra también era un recuerdo, como todo lo que el cofre contenía.

~~Recorté un papelito parecido al del cofre y con la pluma de trazos gruesos, la que uso para los títulos de las gotas, escribí sobre él con jugo de limón la palabra desaparecida. La arrimé al calor del fuego de las llamas cuidando que no se derramaran los trazos, tan cargados de jugo como las gotas de agua que corrían por el zinc en la casa de Jotazeta. El tiempo pasaba y los trazos invisibles no aparecían. La muerte de aquella palabra parecía estar demasiado lejos en el pasado. Y si no aparecía, me veía obligado a ponerle otro nombre al pueblo de la canción del gallo blanco. Los bordes del papelito empezaban a tostarse, mi mano a chamuscarse, y la palabra permanecía en sus invisibilidades. En el olvido. No tenía voluntad para revivir. Lumbreras, Lumbreras, la llamé muchas veces, ayudando al fuego. Lumbreras. De la misma manera en que le digo cóndor a los cóndores cuando se lanzan a volar. Y no sé si por el fuego o por mi voz, los trazos fueron apareciendo. Primero en las partes rectas, luego en las difíciles curvas recargadas de jugo. Sólo cuando la sentí viva la retiré del calor. Temblaba, ella, en mis manos. Lumbreras, le dije, demostrándola, mirándola. Lumbreras, amor mío.~~

Y para que empezara a respirar como los recién nacidos la escribí, por primera vez con tinta, en la cabecera de esta hoja.

Entonces fue posible ver Lumbreras, aunque el pueblo, tapado por el polvo

que arrastran los vientos llanistas, con los techos caídos por los incendios de los saqueadores, las paredes de adobe perforadas por insectos zumbantes, desgarnecidos sus ámbitos, estuviese devolviendo sus formas al paisaje para ser llano otra vez, línea de horizonte. Lumbreras volvía a vivir fugazmente cada vez que se pronunciaba la palabra, durando lo que ella. Yo la decía lentamente para que al menos en la vida de la palabra el pueblo durase unos segundos más de lo permitido por sus tres hermosos golpes de voz. En esos momentos era posible adivinar, tras unas elevaciones pétreas, la presencia de un conjunto de casas escondidas, las pequeñas calles que sin querer formaban entre ellas, el humo de las cocinas y el ruido del agua en las acequias, la ropa tendida al sol ondulando en el viento, balidos de animales recién nacidos, el canto del gallo blanco en la tranquila madrugada. En las paredes de una casa estaban, altos y vivos, los retratos de los padres del cantor, sombrero y bigotito, mano con ramo de azahares. Recorría las calles el olor de la albahaca llevado por el viento que rizaba el agua en las acequias; muñequaba el maíz y en la más pequeña de las casas, casi una choza, tlintineaba una cajita de música, ~~por mencionar~~ mencionada en la canción.

Y estaba seguro de que si en Minas Altas y demás pueblos montañosos de los alrededores, y en los pueblos del llano y en los que estaban más allá de las salinas pronunciáramos, aunque fuese una sola vez al día, la palabra Lumbreras, el pueblo volvería a sostenerse en otros ámbitos y quedaría para siempre en la memoria.

El irse de ^{cauto} Eme Calderón encuentra su cuadrante

Antes de cantar, Eme Calderón se concentraba para elegir ^{el} un momento ^{justo de} que ~~es-
ta~~ ^{empezar a cantar)} ~~ba por llegar~~ entre los muchos que se acercaban propiciatorios tras su deci-
sión de ^{hacerlo} ~~emitir la voz cantada; momento especialísimo en el tiempo porque den-
tro de él nacería una canción.~~ Mientras dejaba pasar los primeros momentos o
momentos falsos que precedían al elegido, ^{imaginarse} ~~lo envolvía mentalmente~~ en un círcu-
lo sobre el que trazaba dos rayas en cruz. Cuando llegaba, disponía todavía de
cuatro demoras, ~~cuatro cuadrantes~~ en uno de los cuales comenzaría el fluir de
la voz. Y la elección del cuadrante era más de su voz que de sí mismo.

Los momentos falsos de la partida empezaron a llegar puntualmente avisando
a Eme que debía ^{empezar ya a un punto en su círculo} ~~tener listo lo que en el partir equivalía a su garganta cuan-
do se trataba de empezar a cantar.~~ El primero fue un caballito ^{de 3 años} que Jotazeta
criaba en un pastizal a la vuelta de un cerro, ~~apenas adulto, nervioso, jugu-
etón y de aliento corto.~~ Eme lo descubrió muy temprano desde su cuarto, abrió
la ventana para verlo mejor y vio que el caballito, curioso en su nuevo domi-
cilio, lo miraba atentamente, la cabeza bien alta, desde el fondo de la huer-
ta. A mediodía Jotazeta lo bañó y le recortó las crines. El caballito no deja-
ba de divisar hacia la ventana de Eme, acaso por mirar a su nuevo dueño, acaso
por mirarse a sí mismo reflejado en el vidrio de la ventana, ~~jamás he visto
un bicho tan curioso, comentó Jotazeta, y tan hermoso.~~

Para Eme aquella forma amanecida en la huerta era la evidencia, bajo aparien-
cias de caballo, de su irse de Minas Altas. El brillo del mirar del caballito
lo invitaba a tratos diferentes, a un juego de trotes y galopes, de idas y ve-
nidas. Los caballitos van y vienen, sirven para ir y también para volver de
cualquier parte, decía el brillo pícaro del mirar del caballo juguetero. Pero
claro, aquel caballito ignoraba muchas cosas, sabía solamente lo justo para
ser caballo y no podía entender, según los datos caballunos que tenía del es-
caso mundo conocido, el brillar sin ánimos de juego que había en los ojos del
cantor cuando lo miraba. Brillar que no era ni triste ni alegre, porque este
tipo de situaciones anímicas en un cantor son atributos de la voz. Y de esto
el caballito, por ser tan joven, no sabía nada, por eso lo miraba de la única

manera que sabía hacerlo, como un objeto de juego, sin darse cuenta de que el hombre en cambio lo estaba mirando como un objeto que pertenecía a la distancia, de la que el joven caballo no tenía la menor idea. Para él todo consistía en ser caballo, corretear por aquel pastizal que era su infancia, y ahora por esta huerta con aquella ventana tan graciosa donde parecía haber un hombre junto a un caballito como él. Tampoco supo, en su inocencia de potrillo, que su forma, percibida por mucha gente la madrugada en que Jotazeta lo trajo al pueblo, era un signo con un gran significado. En cuanto lo vieron llegar, tirado de la rienda por el ex enlazador, se formaron palabras (nacidas a partir de su forma y de sus circunstancias) que antes del mediodía habían ido y vuelto varias veces desde el Bajo hasta el barrio de los astrónomos, demorándose en el grupo de casas de los músicos: Eme Calderón está por irse.

Me da mucha pena, le va a costar mucho salir de Minas Altas, dijo una de las diez y siete viejas ^{sobrevidentes que asistieron su nacimiento} ~~sin nombre conocido que colgaban en forma de muñecas en las paredes de la casa de Ébulo~~; me da mucha pena el pobrecito, ahora que Emebé y él se habían descubierto. Entonces la gente empezó a abrir los arcones donde tenían guardadas sus propias ausencias esperando el futuro, para cederle una parte al cantor ayudándolo a salir con menos pena.

Ya está, dijo chasqueando dedos Jotazeta mientras le probaba una montura; por su manera de mirar lo vamos a llamar Intruso. Creo que es una palabra que se vuelve muy suave si le contagiamos un caballo como éste. Eme vio la montura puesta y oyó adentro los ruidos de frascos y paquetes que Emebé colocaba en las alforjas, sintiendo que el irse ya había empezado, antes de que él eligiera su cuadrante; y sonrió ante el mirar del caballito, ignorante de que también para él había empezado la partida, de la que la puesta de la montura era apenas un momento falso. Me da mucha pena, pensó Eme, pensar que no sabe que en cualquier momento va a tener que salir de Minas Altas.

En el lenguaje que se maneja en este pueblo no existen palabras para decir adiós. Irse de Minas Altas es un acontecimiento muy serio que nunca pudo encontrar palabras adecuadas. La gente se queda como tonta cuando alguien se va. Y como no les gusta quedarse callados ni llorar en despedidas prefieren esconderse cuando está por producirse la partida, para que el que parte no los oiga llorar ni verse obligado a escuchar palabras de alta estupidez como así que, pero vea, no me diga y otras fantasmagorías de voces por el esti-

10. Entonces, pese a haberle cedido sus propios irse al que se va, se ocultan detrás de las puertas y dicen lloriqueando: no te vayas, no te vayas por favor.

Emebé y Jotazeta más o menos conocían el momento pero ignoraban el cuadrante por donde Eme saldría, y este era el acuerdo para no tener que despedirse. Actuaban naturalmente, aunque evitando palabras evocativas. Ni caminos, ni salinas, ni distancia. Ni caballo, por supuesto, que felizmente podían sustituir por el término Intruso, cuyos relinchos y resoplidos oían indiferentes, como si fuesen ruidos de lluvia. La despedida se iba dando por acciones: la ropa, los frascos con alimentos, sus movimientos o traslados de un lugar a otro, actuando como palabras sustitutivas del desconocido adiós. Hablaban de cosas normales de todos los días, entre las que no figuraba el irse, pero a medida que los falsos momentos se desvanecían para dar paso al momento elegido, que Eme dividiría en cuatro fugacísimos instantes para clavar en uno de ellos su partida, las palabras que decían perdían sus significados, convertidas en puro sonido cuyo fundamento era el adiós. Los nerviosismos del caballo, que como si este hubiese comprendido parecían una impaciencia de salir cuanto antes, también formaban parte de aquel sonido. Pero los sigilos de Emebé y Jotazeta no podían evitar que mirasen a Eme como alguien que está por irse, y de Minas Altas, que era un irse sin adiós palpable y sin palabras. Me miran como yo miro al caballito, como algo que ya pertenece a la distancia, pensó Eme una noche que era todavía un momento falso que pasaba sin contener elementos de partida. ~~Como el caballo que no sabe para qué le han probado esa mentura.~~ Brillar ^{de Mirsa} que no era ni triste ni alegre porque estas situaciones, para la gente de Minas Altas, son más bien una cualidad de la altura. Y de esto de los adioses Emebé y Jotazeta no sabían nada, por eso lo miraban de la única manera posible para ellos: como alguien que va a irse (de Minas Altas, se comprende).

Tampoco sabían, en su inocencia de adioses, que su manera de mirar a Eme era un signo de palabras. Y como no podían comunicarlas a nadie, ni siquiera entre ellos mismos, los pergeños de palabras iban y venían agolpándose dentro de cada uno sin poder salir: ~~Eme Calderón está por irse.~~ ^{¿Salvo como miras que no eran tales?} ~~la manera~~

El ~~astrónomo~~ astrónomo joven, asomado a su altísima ventana, echó una ojeada hacia abajo y vio que el irse del cantor serpenteaba en un costado del río iniciando un movimiento claramente elíptico. Es una verdadera pena, dijo cerrando la ventana para seguir estudiando sin interferencias la segunda ley de Kepler, mientras los músicos, que también habían observado el movimiento, cortaban las

la manera de mirar en M. Altas
cualidad de la altura.

cuerdas de hábito melancólicos y tapaban en sus tubos acústicos los agujeritos capaces de producir sonidos de tristeza, buscando un equilibrio entre el irse del cantor y la vida que debía continuar después de su partida. Garamba, ~~Garamba~~, dijo Jotazeta repartiendo equitativamente el peso de las alforjas para mayor comodidad del caballito, parece que ha nacido un nuevo músico, escuchen ^{que lloran} esa ^{del coplé} ~~que bonito están tocando~~. Los músicos, dijo la viejecita ~~de cristal cuarteado~~, ellos sí que saben despedirse.

El entrampador de cóndores cayó en melancolías muy profundas. Burlado, me han burlado, decía apretando en sus puños las manchas de sus manos teñidas. Siempre había visto a Eme Calderón como su cóndor final, la pieza maestra, la caza última para mostrarla como su hazaña cuando llegara la vejez y lo devolviera al pueblo salinero de donde había venido para hacer fortuna con el tráfico de plumas. Había invertido el dinero de las plumas de cien cóndores en la trampa pensada para el cantor. Tan delicada que no le dañaría la voz, lo único que valía en él al igual que las plumas en los cóndores, encerrado y sin daños en esa maravillosa trampa para cantores. ~~se le iba a entregar al coronel~~. Con el dinero recibido ya no tendría necesidad de volver a Minas Altas, esa cueva de forajidos, envejecería dulcemente en el pueblo salinero donde empezó su existencia, respetado por las autoridades y rodeado por sus nietos, por favor abuelito, cuéntanos otra vez cómo entrampaste a ese cóndor que cantaba. Robado, me han robado, decía apretando en sus puños la memoria de cien cóndores. ~~Escuchen, dijo un arpista sin dejar de tocar, el trampero está llorando de verdad.~~

El noviazgo, ^{de Eme} ~~tan temeroso de cometas y galaxias~~, había aprendido a moverse por la casa sin molestar a nadie. Ya no se quedaba, distraído, atravesado en los lugares para pasar, y hacía mucho que Jotazeta no lo atropellaba. No había perdido del todo su torpeza, pero teniendo casi toda la casa para él solo ésta apenas se advertía. Como el caballo, no tenía la menor idea de lo que estaba sucediendo. ~~Para él los oidores que no tardarían en llegar a Minas Altas en busca del cantor no significaban nada.~~ ^{pujieren} Era un noviazgo muy joven, sin experiencia en partidas o regresos. Sabía que ya estaba próximo el momento preciso para el irse de Eme, pero no pensaba en él. Ya llegaría solo aunque nadie lo pensara, y en todo caso él también podría irse con el irse, junto con Eme y Emebé por supuesto. Pero claro, habían ensillado un solo caballo, y no pudiendo entender eso se turbó. Perdió de golpe su antigua libertad, aquella casa enor-

me de pronto no servía para nada, era pequeñísima y lo obligaba a permanecer en los umbrales y otros lugares de paso, torpemente como en los primeros tiempos, de tal modo que ni siquiera Eme o Emebé podían desplazarse sin atropellarlo. Bueno, esto se pone difícil, pensó Eme y prestó más atención a los momentos falsos que pasaban, dispuesto a elegir uno dividiéndolo en cuadrantes, mientras afuera el caballito veía anochecer y escarbaba la tierra inquieto por partir adivinando el viaje.

Empujando con la aguja de tejer metió el delantal dentro del cofre; y envueltos en un pañuelo, los cabellos; después echó las piedritas aquellas y clavó la tabla en su lugar. Les dejó el cofre hasta que vuelva, dijo torpemente, me llevo este botón y a los anillos los repartimos con Emebé, de acuerdo con el tamaño de los dedos. Colocó en un dedo de Emebé el que decía T.C a L.A, junto con el de la piedra, y al otro, un poco más grande, se lo colocó él viendo que la cara de Emebé cambiaba de colores como la de los cóndores cuando hacen el amor. Jotazeta, haciéndole un rápido esquivo a una tristeza de viejo que venía derecho hacia él, dijo algo muy tonto sobre los anillos de Saturno, pero también muy chistoso, con lo que Emebé recuperó sus colores habituales viendo cómo danzaban los otros, ahora en la cara del cantor. Voy a dar una vuelta grande por ahí a ver si ~~distraigo a esos señores que me buscan.~~ *encuentro algo para completar la canción del gallo blanco* Ustedes mientras tanto pueden ir preparando el ajuar. Me iré cualquiera de estos días. Y de paso veré de conseguir unos retratos para colgar en la pared, uno de la dueña del mandil, otro del dueño del botón. *Y que si acabo de una vez la canción del gallo blanco. Me falta un verso y una nota.*

Mire, dijo Jotazeta, usted canta para buscar y otros lo buscan a usted ~~que~~ *que* canta. ~~Si usted~~ *Si* deja de buscar, entonces su voz no tendrá sentido para ellos y tampoco lo buscarán a usted. Pero si busca lo buscarán. Es un juego y un enredo peligroso. Muchos de aquí salieron a buscar. Algunos tuvieron suerte y otros no. No todos regresaron. Otra gente consiguió calmar las fiebres por buscar y aceptaron Minas Altas como origen. Un origen muy hermoso creo yo. Emebé por ejemplo, ella ya es de aquí. A mí no me fue ni bien ni mal. En una casa abandonada que me dijeron podía ser la mía encontré esos retratos. Y un poco por deseo y otro ~~poco~~ *poco* por cansancio, por parecido casi nada (los retratistas retocan mucho, pretenden adecentar a la gente quitándoles barbas y bigotes o cambiándoles el color a los ojos), decidí que pertenecían a los que me trajeron al mundo. Pero después tuve indicios de que podrían ser de los que se llevaron del mundo a los que me trajeron. A veces me dan ganas de romperlos,

pero me entra la duda, la idea de romper los retratos de mis padres confundiéndolos con los de sus asesinos. Los retratos han quedado ahí, son un buen adorno, el tiempo les ha ido quitando esos dos sentidos y ahora son retratos nada más. Una vez por semana les pasamos el plumero, Emebé o yo, casi sin mirarlos. Ellos mismos terminarán borrándose. Mire, yo no sé ni me gusta dar consejos pero le digo una cosa. Alguna vez habrá que dejar de preocuparse por no tener un pasado conocido. Ya sé que es necesario para muchas cosas, que usted canta por buscar y que la vista de ese cofre lo ha removido muy por dentro. Pero vea, los cóndores viven mucho tiempo con sus padres y después los olvidan sin ser por eso menos cóndores. Ningún cóndor, una vez adulto como usted, es o se siente de sus padres; pertenece a la altura. No saben matar, son libres y grandiosos. Y hay más sabiduría en sus costumbres que en la complicada relojería donde viven enredados los astrónomos de allá arriba. El cóndor puede mirar al sol de frente sin perturbarse, y su vuelo es más rico y más hermoso que el del sol y de los planetas que lo acompañan.

Jotazeta puso el cofre sobre una repisa. Había también un papelito, dijo Emebé. ¿Qué decía? Algo así como ^{no me acuerdo} ~~las cumbres, o las cumbreñas~~, dijo Jotazeta. Debió extraviarse por ahí. *Cumbres, o Jumbres*

Eme Calderón visibilizó un momento preciso entre la oleada de tiempo que llegaba; lo transformó en un círculo mental y trazó sobre él las dos rayas en cruz. Disponía ahora de cuatro cuadrantes o demoras, dentro de una de las cuales se produciría su salida. La elección del cuadrante era un hecho que pertenecía enteramente al irse; él sólo tendría que poner su cuerpo; a lo demás lo haría el caballito.

Descubrimiento de una patria
sobre un caballo dormido

Cuando los bichos que cantan entre las hierbas mezclando timbres y ritmos diferentes se habían callado y al lado del manzano el caballito por fin se había quedado quieto y parecía dormido, el cantor calculó que habían pasado dos cuadrantes del momento elegido. Gastaría el tercero en levantarse y vestirse y antes de que acabara el cuarto estaría saliendo de Minas Altas.

Encendió la vela viendo que al mismo tiempo se encendían los retratos en la pared, bailando. Barbas y bigotes, cofias y sombreros, ojos sombreados por los retocadores de fotos, solapas con flor en el ojal y trajes abotonados envolviendo las trazas de gudosos parientes en los parques zoológicos de ciudades distantes, osos y monos en el fondo curioseando hacia el primer plano de la foto, bailando los caprichos de la luz de la vela temblorosa. Figuras que señalaban el camino a recorrer, veía muchos hombres y mujeres vestidos con trajes como éstos en ciudades como éstas, acaso él mismo se haría retratar en zoológicos junto a un tigre de Bengala o un cóndor enjaulado, y en la ciudad habría una calle conteniendo una casa señalada donde encontraría, dentro de un baúl fabuloso, la prenda de la que fue arrancado ese botón, y en las paredes habría retratos como éstos. Los vecinos, viéndolo entrar en la casa abandonada, se asomarían a mirar y consultando veinte años de memorias dirían mirándolo de frente y de perfil: miren si no es el retrato vivo de T.C y L.A. Entonces les preguntaría por sus vidas; si no sabían nada, averiguaría el paradero del Sietemesino para preguntarle por sus muertes; si el Sietemesino había perdido la memoria, le cantaría la canción del gallo blanco; y si también el Sietemesino había muerto, entonces buscaría los restos de aquel pueblo ayudándose con la canción. Después volvería a Minas Altas para arreglar lo de Emebé. Pero antes se detendría en Minas Bajas, donde había fotógrafos, la haría llamar vestida de blanco, con barba y bigotito y toca y ramos de azahares ellos tendrían su retrato. Sin falos retoques y tal como ellos eran, colgando en la pared.

Dio tres golpes suaves en la pared de ~~Emebé~~ sabiendo de antemano que eran inútiles: si estaba dormida, no alcanzarían a despertarla; si despierta, fingiría dormir para ayudar a su sigilo en la partida. Apagó la luz viendo cómo la

oscuridad se tragaba los retratos deteniendo la danza, paralizando trajes y botones, los monos y los osos asomados desde ciudades borrosas. Afuera vio el estrellerío marcando la hora de máxima actividad de los astrónomos. El caballo dormía, tirándolo apenas de la rienda lo sacó por el corredor emparrado. Ni siquiera despertó en la escalinata, cuando Eme se detuvo para echarle una ojeada última a la casa, donde todo parecía silencioso, salvo que su oído clínico le revelaba que allá adentro, primero Emebé y enseguida Jotazeta, acababan de esconderse tras las puertas. Aguzando el sentido pudo percibir con alguna claridad el no te vayas, no te vayas, de Emebé, y un poco más borroso el de Jotazeta tras la puerta de su cuarto.

En la calle-río terminó de ajustar la montura y aspiró el profundo silencio de Minas Altas como si fuera un perfume. Pensando esa partida había previsto mirar largamente el pueblo antes de dejarlo, creyendo que así debía ser en las partidas. Y aunque bajo la luz lunar Minas Altas estaba visible casi hasta la última casa del Alto permitiéndole grabarlo todo minuciosamente en su memoria, apenas le dedicó un par de parpadeos. Ahora sabía que cuando se sale no hay tiempo para mirar nada, y además era más fuerte el deseo de no mirar, le daba un poco de miedo sentir que las cosas estaban como recelosas; las sombras opacas de los troncos retorcidos, las grandes piedras de las escalinatas, las puertas tremendamente silenciosas, en recelos nocturnos, no se dejaban mirar. Minas Altas dejaba de ser lo que había sido hasta entonces convirtiéndose en lo opuesto de su irse. Recordó momentos y rincones de la casa, palabras oídas, el sabor de una fruta, sintiéndolas como cosas que se le mostraban por última vez para irse, antes que él las abandonara. Minas Altas y todo lo que él guardaba en su memoria pasaron al lado receloso; sólo Intruso, que no ocupaba ningún lugar en sus recuerdos, permanecía de este lado, donde estaba la partida.

Caballo tonto, está dormido, dijo sacudiéndole la cabeza. Intruso entreabrió los ojos, sintió en la boca el freno que le habían introducido sin que él se enterase y se dejó caer de nuevo en las distracciones del sueño caballuno. Cuando sintió encima el peso del hombre, la llamada de las riendas y talones en los ijares, echó a andar; pero sólo con las patas; con el resto dormía.

Aunque el ^{tranqueo} del caballo era muy suave, los minalteños lo oyeron y abandonaron sus lechos para ayudarlo a salir y de paso afrontar la hora de la despedida. Había bisagras de todo tipo en las puertas de Minas Altas. De hierro forjado y quejumbrosas, de tubos de bronce de las antiguas minas con un chirri-

do casi musical, de chapa enmohecida aliviada con jugo de girasoles, o simples artilugios de maderas enronquecidas. El ruido de las bisagras avisaba a los de más arriba, que no podían oír los pasos del caballo sonámbulo, que Eme Calderón se estaba yendo. El chirrido de las puertas llegó hasta la altísima casa del astrónomo joven, que abandonando su razonada compostura de sabio se escondió tras la puerta y con su simple voz de mulero dijo no te vayas, no te vayas, dejando escapar sin mirarlo un precioso guiño de Saturno.

Eme no pudo oír el ruido de las puertas, y mucho menos las palabras. Pero sentía de otro modo que la gente lo ayudaba a salir empujándolo con sus propias ausencias, lo sentía en la revelación de que todo lo que quedaba a sus espaldas era de pronto, aunque él ignorara la palabra patria, ~~inexistente~~ en Minas Altas, su patria verdadera.

v

DE ESTE LADO DE EÑE

(46 tabs)

Objeto pluvial de nombre desconocido

En este tipo de lluvia
sumida en el

Las nubes que llegaron del sur hace tres días, tan bajas que seguramente cubrieron el peñón de los astrónomos, empezaron a subir anoche. Esta mañana el refugio de los arrieros había desaparecido bajo sus cascarones hinchados de vapor imitando enormes escarabajos tornasolados. Aligeradas por la delgadez del aire, en menos de una hora han llegado a la altura de este Mirador, para detenerse en la línea que en mis mapas imaginarios es el techo de los cóndores. Puedo ver al mismo tiempo los colores en la luz de sus lomos hirvientes y la negrura de sus entrañas desinflándose. La falda arenosa del cerro donde se reflejan las palabras ~~de espejo~~ que me envía la Céfira es ya invisible para mí. Ha viboreado un rayo como salido de un gigantesco espejo. Ahora mismo está llegando el trueno torpemente, demorado por los peñascos. Millares de varillas de agua se desprenden sin ritmo conocido. Unos segundos más y estará lloviendo en Minas Altas.

Difícil que pueda hoy poner en palabras la última historia que me contó Fábulo. Cuando entra en sus metáforas, necesarias según él para eludir el contacto directo con ciertas formas del espanto; cuando se enreda en esos viajes del Sietemesino a través de diferentes sangres, me cuesta mucho comprender; no puedo ver hacia dónde se orientan sus sentidos, seguramente porque él mismo no los tiene claros. Difícil que pueda hacerlo hoy con esa lluvia, de la que tengo su nacimiento, no su conclusión, que es lo que importa de las lluvias.

No me levanté muy bien esta mañana. La historia del cantor, terminada anoche, me dejó un sabor amargo. Tengo miedo de lo que pueda sucederle (Fábulo se niega a adelantar nada) o haberle sucedido, y tampoco sé nada de la suerte corrida por Jotazeta y Emebé. La historia del cantor me reveló un área de la realidad que yo nunca hubiera sospechado. Digamos que voy entendiendo el mundo, pero sin conocerlo, porque si es que alguna vez lo vi no existe en mi memoria. Podré palparlo el día que ^{lo recupere.} ~~atraviere de nuevo aquella franja.~~ Y me da un poco de miedo

volver a mi memoria antigua.

La última vez que bajé llovía como ahora. Ene Vega me acompañó hasta la casa de la Céfira recomendándome que no dejara que llegase la noche para volver al Mirador. ^{Se parece a la de Polyzou, le dije.} ~~Le señalé una casa, hermosa en la lluvia, que me pareció la de Jotazeta. Esa misma, dije.~~ Y esa sonrisa hermosa que tiene para no hablar, en oscuridades de mirada de Fábulo. No puedo interferir, dijo cuando le pedí que me contara algo más de Jotazeta y Emebé; no puedo, la historia es una cuestión entre los muñecos y las palabras, y yo tampoco sé mucho. Apenas que en esa casa no vive nadie ahora, de vez en cuando los enlazadores la abren para ventilarla y ahuyentar a los murciélagos.

Parece que hoy me desperté con la palabra "difícil" en la lengua. Después de esos movimientos tontos que uno hace por la mañana a ver si todo está en su lugar, averiguando, por ejemplo, si las montañas están o no en el mismo sitio, si durante la noche a la tierra se le dio por girar en otra dirección, me senté en la banqueta y mirando mi sombra dije: difícil que hoy bailemos.

Mi sombra, para quien todo es alegría y bamboleo, me miró suplicante, se movió en aires incrédulos y luego se quedó muy tiesa en su propia banqueta a la espera de que yo cambiara de opinión. Parecía parpadear como los perritos cuando echados en el suelo nos miran a ver si los sacamos a pasear. Es muy difícil, dije pensando en las metáforas de Fábulo, y vi de reojo que la sombra se rasca un tobillo como desentumeciéndose (me). Aunque sentada en su banqueta, como toda ella estaba en el suelo se estiraba más que yo, se adelgazaba en aproximaciones a una silueta bailarina. Claro, bailar a esas horas era su costumbre, y tras ese rito inaugural ella me seguía todo el día cambiando alegremente de forma según las variaciones de la luz (que era una manera de seguir bailando), mientras yo, inalterable, mantenía mi única forma en un aburrimiento incommovible de líneas y volúmenes. Giré un poquito y quedamos mirándonos de frente, yo casi sin mi sombra, ella casi sin mi cuerpo. Me moví como quien empieza a mecerse para bailar y ella, oculta en mí, apenas se movía, como si tuviera vergüenza. Pensé en la alegría de tener una sombra y enseguida ~~quise pensar~~ en lo que acaso ella pensaría, pero no pude, cuando intenté asociar las palabras sombra y piensa la sombra de la Gramática se interponía, aunque ellas personalmente no se oponían a un enlace. Intenté varios colores para ella, pero nada. Las

palabras se estiraban hasta casi rozar sus dedos, ~~como queriendo~~, sin tocarse. Entonces, sin pensar en nada, se quedó ensimismada la negrita. Está bien, dije, y en dos saltos alcancé la pared donde cuelga la guitarra. Bailamos como siempre, cada uno en su danza, que es la mejor manera de bailar; yo tocando mi guitarra, ella la suya, un poco más larga y bailarina que la mía. Después cada uno se olvidó del otro. Cuando uno se olvida de la sombra, ella no existe.

Difícil que con el aguacero que está cayendo en Minas Altas pueda concentrarme en algo que no sea el único recuerdo (muy reciente, como todo lo mío) que tengo de la lluvia. Porque además de llover en Minas Altas es como si estuviese lloviendo aquí también: por la ventana entra el olor de las hierbas mojadas allá abajo, y entonces no puedo evitar el deseo que tengo del cuerpo de la Céfira escamoteado por la lluvia. Ahora que me doy cuenta, esta mañana todo se presentó difícil porque las palabras, por esos caprichos que tienen, amanecieron con ganas de la Céfira.

El brazo en alto de Ene Vega no había acabado de desaparecer en la bajada cuando ^{el / o,} llegó la ~~Céfira~~, ojitos brillantes de intenciones. Lluvia; eso, lluvia; llovizna, dijo señalando a todas partes, tratando de convencerme, de entrada, de que en mi desmemoria se me había perdido esa palabra. La deletreé un par de veces. No, iuvia no: llu-via. Lluvia moja, ¿entendido? Necesitaríamos un, un, vamos a ver. Y fingió que ella también olvidaba las palabras. El caso es que no me acuerdo, dijo. Yo tampoco, no tengo la menor idea de eso que necesitaríamos, y además nunca he visto un un, dije aprovechando para eludir una palabra que no me gusta, es larga de decir y no tiene semejanza con el objeto que intenta designar. Es como un bastón al revés que acaba en un gran murciélago redondo, creo haberlo visto en una ~~de esas~~ revistas ~~que traen los viajeros~~, pero no me puedo acordar de la palabra, mintió la Céfira gozando su mentira, en su hablar montañés y acurrucándose en sí misma bajo la llovizna; cabríamos los dos debajo sin mojarnos y por arriba sonaría la lluvia igual que sobre las chapas del techo de una casa. Pero cómo era la palabra. Si la tengo en la punta de la lengua.

La Céfira bajo la lluvia, un hecho tan fuerte de sentir que ahora mismo está sucediendo. No está apagado en la memoria, pronto a encenderse en el momento de la evocación, como sucede con los recuerdos. Sigue transcurriendo. Es como haberse olvidado de apagar la luz. La Céfira está encendida bajo la llovizna.

Se acurrucó ~~para~~ ^{en} protegerse de la lluvia y al mismo tiempo de su desprendimiento del girasol donde la tenía fija mi memoria. Parecía un solo acurrucamiento pero eran dos. El primero, visible en actitudes; el segundo carecía de mecanismos físicos, estaba en ella de la misma manera que su pelo retinto, en permanencia y continuidad. El acurrucamiento para la lluvia estaba en su manera de echar los hombros hacia adelante en busca de una envoltura invisible que yo sentía nacer en mis manos, creada por su acurrucarse, y en sus pasos, que atravesando con vibraciones la verticalidad de su cuerpo acababan en un brevísimo aleteo de sus cabellos, donde las gotas apenas alcanzaban a posarse, rebotaban en ^{e llo} él y resbalaban integrándose al caer oblicuo de la lluvia. En el segundo acurrucamiento, el girasol seguía siendo su al lado a pesar de la distancia. La Céfira penetraba en la lluvia desprendiéndose de atributos amarillos, de modo que el girasol seguía al lado de ella bajo la llovizna.

En cada uno de los instantes que sumados eran en el tiempo el caminar conmigo, yo podía saltar sobre mis sentidos habituales y todo lo que uno entiende por su yo, dejando permanecer activos mis contornos, puntos vivos de contacto con su proximidad viviente, para ser casi sus prolongaciones. Era como cuando me desnudaba ante el fuego deseando ser la Céfira. Ir juntos era casi como ser el otro, bajo el placer de la llovizna. La calle única nos aseguraba andar /juntos y no dispersos en la lluvia, que debe ser una de las formas más feas o tristes de estar lejos, porque las lluvias confunden las distancias, les hacen perder su mensurabilidad, y si uno no puede saber cuánta es la distancia, entonces está lejos sin remedio. Las lluvias tienen cercanías, y la calle única las favorece. Ir juntos es la manera más adecuada de mirar y sentir sus cercanías, que son sus verdaderas posibilidades de ser lluvia. Porque en sus lejanías se confunde con las borrosidades, es como el polvo del camino, no se la oye, y una lluvia sin sonido ha perdido la mitad de su naturaleza.

La voz de la Céfira enredaba en la verticalidad del agua las ondulaciones del hablar montañés. Las sílabas saltaban como gotas en los techos, en brocales de pozos y aspas de molinos, en roldanas y veletas, rasgueo granizado en los maizales reventando gotas. Todas palabras de la Céfira salpicando la lluvia. Es, ¿cómo te diré?, saltaban las sílabas translúcidas, como un bastón que te nace en la mano y se sube y se sube para arriba donde se abre como un gran girasol negro. Me encantaría tener uno, nunca se ha visto una cosa semejante en Minas Altas. Y según se deslizaban sus palabras, el objeto iba encima de nosotros en su

seguro
vuelo negro. ¿Cómo decirlo? Como un permiso que te da la lluvia para ~~dejarte~~ *que se des*
~~andar~~ por ella sin mojarte.

Una vez suelta en la lluvia, iba creando espacios donde todo se acomodaba a su estatura. Y uno ^{los} ~~traspasaba esos espacios nuevos~~ compartiendo el pulso de la lluvia, tocándola en su temblor, que era al mismo tiempo el del cuerpo de la Céfira, pero encendido.

La lluvia, sin techos de zinc, buscaba en nosotros un lugar para sonar a gusto, para cantar y para ser más lluvia. Si tuviéramos ese aparato, dijo, podríamos andar oyendo ese ruido de lluvia con techo, tan hermoso. Ni siquiera tenemos la palabra, dije yo. Es una pena, dijo ella, y le brilló en los ojos el placer de la mentira alegre. Ella tiene sus propios ruidos, dije. Claro, admitió; es un ruido de lluvia pero no de gotas sueltas, un ruido de ella misma cuando está sola, antes de ser gota. Si hubiera un techo encima de nosotros, ~~la lluvia~~ sonaría como un instrumento músico; el techo de zinc vendría siendo una guitarra de llover, ¿no?

Cuando pusimos el techo de zinc encima de nosotros cerramos puertas y ventanas para que no escaparan afuera los aromas de las hierbas que cansadas de mojarse se habían refugiado en la casa de la Céfira. Cuidadosa, escrupulosamente, la llovizna cayó durante toda la noche sobre la caja de zinc. Cuando dejó de lloviznar aparecieron dos goteras casi juntas, una gorda y otra flaca. Se llama paraguas ahora que me acuerdo, dijo la Céfira descolgándolo de la pared y lo colocó abierto bajo las gotas. ~~Pic, la pequeñita en su gorgoriteo; pac, la gordinflona en su gorgorotada.~~

Mientras se descargan las nubes que vinieron del sur, van llegando otras desde el Pacífico, reventando gotas suspendidas, y se suman a las que tengo enfrente. Pronto oscurecerá. Y en Minas Altas lloverá toda la noche.

Un calco de Emebé y el puente-puma

Jotazeta trenzaba tarareando una copla donde un joven puma era seguido por una estrella fugaz cuando vio entrar a Uve, la costurera, y a su ayudante la pequeña Eñe, muy empolvadas y peinadas. Uve y sus grandes pestañas arqueadas a fuerza de saliva y tijeras, la mejor costurera de Minas Altas que hacía maravillas sólo con una aguja y un dedal. Me parece que Emebé duerme todavía, dijo retomando la canción interrumpida.

Desde la salida de Eme necesitaba poner algo muy grande en su cabeza para poder distraerse. Algo que sin ser la astronomía fuese lo mismo interminablemente desmesurado. La idea de trenzar un puente tenía flujos y reflujos. ~~Fue lo primero que se le ocurrió y le pareció bellísimo. Como no sabía dibujar,~~ se lo representaba mentalmente y se perdía en las urdimbres hasta dormirse pensando que sería una obra de arte; al despertar le parecía una basura. Entonces el puente se borraba durante unos días, hasta que volvía a considerarlo hermoso, y con esto el puente se presentaba otra vez en sus pensamientos, casi terminado, con día de inauguración incluido y músicos tocando apoyados en sus barandas. Cuando el puente se iba de su cabeza sin dejar un mínimo recuerdo, Jotazeta se paseaba nervioso tratando de recordar qué era eso tan importante que se le había ocurrido, y no sabía qué hacer ni dónde ponerse, le molestaban sus manos y los grandes espacios de la casa. Hasta que el puente reaparecía y con eso el enlazador se sosegaba. Por fin se fijó en su memoria, aunque con flujos y reflujos donde perdía y recuperaba la forma pero no la idea, que pasó a ser permanente. Trenzando lazos de la mañana a la noche, silbaba o tarareaba su copla, ~~aún incompleta, sobre aquel puma en trance de estrella fugaz,~~ mientras el puente se tejía y destejía en la memoria. A ratos era hermoso, a ratos un adefesio. Pero lo mejor de su puente era el tiempo que contenía, iba tan lejos que abarcaba el regreso del cantor. Cuando alcanzaba esas longitudes temporales, ya más allá del puente mismo, Jotazeta entraba en unas coyunturas que lo distraían enteramente, ^{de la memoria de Eme} ~~trenzaba sin saber lo que hacía y dejaba de silbar, perdido en otro tiempo.~~

Emebé, medio dormida, se subió a una silla para que Uve tomara cómodamente

las medidas. La costurera ^{desovilló} la cinta y extendiendo los brazos la desplegó desde la garganta de Emebé hacia abajo y sin soltar la punta fijó cerca del extremo un pulgar a la altura de los tobillos. Uno cincuenta y siete, dijo Uve, y Eñe mojó el lápiz-tinta en su lengua azulosa por el uso. Cuello, sisa, largo de manga, busto, cada palabra dejaba una nueva mancha azul en la lengua de Eñe y unos garabatos mitad azules mitad grises en la hoja del cuaderno. Partiendo de una Emebé casi desnuda, la costurera, según iba midiendo, veía armarse en su mente un vestido de novia que todavía estaba en el futuro. A golpe de cinta, cada vez que la apoyaba en el cuerpo de Emebé, lo iba acercando en el tiempo. Cuando lo tuviera al alcance de la mano daría el tirón definitivo que lo haría visible, como salido del fondo de un arcón.

~~Garamba, garamba,~~ pensó Jotazeta, ^{Es} casi como trenzar un puente. Sólo que a él en ningún momento se le había ocurrido tomarle las medidas al río. El ^{vestido} ~~proyecto~~ de Emebé, casi milagrosamente, acababa de salvarlo del error más grave que habría cometido: tejer un puente demasiado corto, que no alcanzaba, por unos pocos centímetros, a llegar a la otra orilla, o tan largo que al extenderlo se combase hacia abajo hasta tocar el fondo del ^{río}, y entonces el puente para qué. Le dirían: Jotazeta, es hermosa tu alfombra para nuestro río. Ante las perspectivas de las mediciones, su puente dio un paso más hacia un campo más concreto, de un sacudón se liberó de las fantasmagorías que lo rodearon desde el primer momento. Ellas fueron necesarias, pensó el trenzador, y ya cumplieron su misión; ahora mi puente ha entrado en el terreno de los hechos y no las necesito. Les dijo adiós con un silbido y las urdimbres fantasmales desaparecieron dejando libre en su mente una estructura mensurable.

Ancho de hombros, dijo Uve, y viendo que la niña se demoraba se asomó al cuaderno arrugando la frente ante los garabatos. Por favor, Eñita, ese siete. Por no humillarla más no comentó la enorme hache mayúscula, fuertemente azul por la saliva que contenía, que Eñe había puesto a la palabra ancho. Una hache armoniosa en sus óvalos, con un perfecto eje de inclinación, trazada con ganas y sin vacilaciones; realmente la letra más hermosa de la hoja.

Claro, tampoco se trataba de medir porque sí en cualquier parte del río. Había anchuras para elegir y también estaba aquello de la seguridad, ahora que el puente era casi real sometiéndose a cálculos y medidas; tenía que prestar algu-

na utilidad en la medida de lo posible siempre que no alterara, por supuesto, sus planes primeros de meter algo descomunal en su cabeza para oponer a la implacable lentitud del tiempo. Había un lugar con peñascos en cada orilla, enfrentados, que podían ser extremos muy seguros donde colgar su puente. Pero allí el río era angosto, escasamente alcanzaría los cuatro metros, y un puente de esa longitud se tejía en tres meses y después qué. La ausencia del cantor, lo sabía, duraría mucho más. Entonces había que elegir un lugar para un puente cuyo tejido durase un poco más que la ausencia de Eme y que a la vez fuese transitable y seguro. Abrumado por las exigencias, ~~el enlazador que dejó escapar un puma~~ abandonó su puente, ya casi tenso en los deseos, a los fantasmas primitivos; el entramado de cueros trenzados cayó al fondo sin estrépitos y Jotazeta reanudó su silbido interrumpido tomando tres tientos para trenzar un nuevo lazo.

Mientras recorría el cuerpo de Emebé con las precisiones de su cinta de medir, Uve soltaba unas palabras en temblores de encajes de bolillo cinturete puntilla y canesú, ñandutí polisión y punto sombra, ^{que ascendían} ascendiendo hasta los torpes oídos de Jotazeta donde reventaban dulcemente como pompas de jabón. Bayetas y corsés, mitones y respuntes, corpiño y miñardí, y la enorme burbuja de la palabra tafetán campanilleaban dibujando en el aire el vestido de bodas de Emebé.

Palabras girando alrededor de un cuerpo para imitar su forma, pensó Jotazeta. Seguramente los puentes colgantes también tenían palabras como éstas, desconocidas por él. Si las supiera, evitaría ese tremendo enredo de tientos y de nudos, de tramas y de urdimbres donde su mente se perdía. ¿Por qué no embarcar su puente en el sentido de las palabras de la costurera? Siseando y respunteando por caminos de cuello o canesú con cueros perfumados y nudos de rizo y eslabón hasta llegar a la otra orilla del río. Poco antes de la curva había un lugar ideal para emplazarlo. De un lado, unas grandes raíces afloradas donde atar un extremo; y del otro, no exactamente enfrente, en diagonal casi necesaria, unas rocas acabadas en forma de cuchillo capaces de soportar la tensión derivada del peso de los habitantes de Minas Altas en su conjunto. Visible desde las dos puntas del pueblo, uno se despertaría muy temprano y al abrir los ojos lo primero en aparecer sería aquel puente altísimo como colgando de las primeras luces, desplegado de orilla a orilla como las alas de los cóndores, ~~y puente para decir de él un discurso memorable, por primera vez en~~

nuestra historia se han unido dos orillas solitarias, a partir de este momento Minas Altas empieza a ser un pueblo verdadero señoras y señores.

Emebé, tiesa mientras la costurera le medía el cuello, oyó que Jotazeta murmuraba algo y alcanzó a divisar una sonrisa entre las asperezas de la cara de su padre. La sonrisa era la parte emergente de un contenido donde Jotazeta, frustrado como enlazador y astrónomo, hallaba la alegría de ser al final el autor de ese puente que le estaba dando un sentido a su existencia. Alegría de abrir los ojos por la mañana y poder ver un puente que ha estado allí toda la noche a la espera de ese instante excepcional.

Eñe tiró de un hilito, un rollo de papeles crujientes se desplegó. Uve, con una mano prolongada en tijeras, mordisqueaba el aire a la espera del papel. Jotazeta vio avanzar los filos en líneas sinuosas que buscaban la forma del cuerpo de Emebé. La tijera dudaba recorridos, pero la mano de Uve la orientaba en giros increíbles. Emebé veía nacer su forma en el papel sintiéndose copiada, mientras copiaba mentalmente el vestido que nacía, utilizando su verdad para darle un poco más de realidad a su puente. La tijera, después de contornear en la sisa, entró en la zona del canesú buscando el cuello de Emebé, donde pasó dejando escapar unos destellos siniestros, y bajando por un hombro inició su camino hacia la cintura, donde descansó. Uve seguía soltando palabras, pero ahora sin forma de burbuja, aplastadas entre labios que apenas se abrían sin que los dientes se despegasen por estar la boca llena de alfileres. Las tijeras, tras el descanso, desplegaron un gran giro de caderas y se perdieron, casi sin ruido, en la extensión de las piernas y el final del doble papel. La costurera, mirando atentamente los contornos de Emebé, fue clavando alfileres en los del papel. Jotazeta dejó de trenzar y sosteniendo en el aire un nudo a medio armar observaba los pinchazos de Uve en aquel espantapájaros. Crujieron los papeles a punto de romperse cuando la costurera, metiendo las manos por las sisas y soplando por la abertura del cuello volvió hacia afuera lo interno de la hechura haciendo aparecer la forma de la novia. Eñe, trepada sobre la mesa, embocó en la cabeza de Emebé el vestido de papel. Uve tiraba desde abajo, Emebé se escurría. El cuello, al llegar a la cabeza, se encajó en el pelo recogido. No quiere pasar, dijo Eñe. Uve tiró de la cinta que lo sostenía; las hebras lascias del pelo de Emebé caían y caían y no acababan nunca de caer. La costurera ayudó a sacar los cabellos que quedaron entre la espalda y el papel y corrigió detalles en el busto y la cintura. Y donde Jotazeta veía un modelo para su

punto, y Eñe una bolsa de papel que contenía el cuerpo de la novia, ella veía un vestido de bodas, los encajes, el corsé escondido tras el poli^gón, el punto sombra bajo la tela transparente, el ramo de azahares que cuidadosamente enfocaría los fotógrafos para fijar su forma de novia en los retratos del futuro.

El suelo del puente colgante forzosamente necesitaría unas maderas para mantener tensa a la malla evitando que el que la cruzara fuera hundiéndose en cada paso como el que camina sobre una red de pescadores. Tejería una trama cerrada dejando unos ojales cada treinta centímetros para pasar las tablas transversales. Las barandas no tenían por qué ceder partes de su hermosura a la exigencia utilitaria. Allí sus manos podrían recoger, tejiendo, caminos de gozosa libertad. Serían un primor. El solo hecho de observar equidistancias y simetrías demandaría a cualquier paseante sobre el puente una larga hora de contemplación. Un puente para pasar, sí, pero especialmente para mirar, en su doble papel de paseo y monumento. Vamos al puente, dirían los minalteños en los días más luminosos, y se pondrían las mejores ropas y zapatos nuevos para ir a ver aquellas tramas y de paso acercarse a la otra orilla del río sin necesidad de bajar y subir escalinatas. Las barandas irían de mayor a menor hasta el centro y luego volverían a crecer, especie de curva de una cuna, manteniendo en el centro la altura necesaria para que los niños se asomasen sin peligro de caer. El tejido de las barandas contendría diferentes dibujos, pero vistas desde lejos, abriendo la ventana para ver el día en la mañana límpida, tendrían la forma de un puma saltando sobre el río, su cuerpo enteramente en el aire como volando, en el momento preciso de desprender sus patas de una orilla y alcanzar la otra. ¿Se han dado cuenta de que visto desde lejos nuestro puente es el puma que se le escapó a Jotazeta Calderón? Desde cerca, en cambio, nadie sería capaz de descubrir la presencia del puma, de tantas formas de animales pequeños del llano y la montaña que bullirían en la trama, simétricos entre una baranda y otra. Las péndolas, de distintas alturas formando el arco de la cuna, tendrían un alma de madera invisible, forrada con los tientos que treparían enroscándose hasta rematar en borlas conteniendo pequeños cascabeles cuidadosamente afinados por los músicos, de manera que al pasar por el puente los pasos desatasen una música armoniosa según la intensidad y velocidad de la pisada, con un ritmo distinto para cada andar, el paso cauteloso de los muleros, los saltitos de Emebé. Qué maravilla de puente, pensó Jotazeta arrojando un nuevo lazo sobre la pila de lazos terminados. Casi tan hermoso como el futuro vestido de Emebé, que partien-

do de una desnudez adolescente ya existía, terminado y en visperas de uso, en las manos y en la mente de la costurera.

Emebé abrió los brazos; Uve por un lado y Eñe por el otro le colocaron las mangas de papel; para fijarlas, Uve sacó de su boca los alfileres que quedaban, con lo cual sus palabras recuperaron la condición de burbujas que tenían para Jotazeta. Ahora solamente hay que elegir la tela. ¿De raso o de organdí? Eñe afinó la punta de su lápiz-tinta dispuesta a encolumnar las telas y los hilos, botones y puntillas que su madre le dictaría y que después su padre, en una mula rápida, llevaría a través de la cordillera en un bolsillo de su chaleco para el viento frío, o en el fondo de una alforja junto con los lazos de Jotazeta que canjearía por esas telas blancas y labradas que se vendían en los pueblos remotos construidos junto al mar.

Manera retorcida de decir adiós

U entró en la casa desparramando pelos, saltó sobre la falda de Jotazeta y lo lengüeteó todo lo que pudo. Repitió el saludo con Emebé y finalmente, gastada su alegría, dedicó a la costurera y a su ayudante un par de meneos de su cola. Mi marido está al caer, dijo Uve. Eñe, por favor, ¿no podrías escribir más rápido?

La niña llevaba más de una hora encolumnando nombres de telas y puntillas por un lado, hilos, broches y botones por el otro, para facilitar de ese modo la lectura a su padre, el rápido hallazgo de cualquier palabra y, sobre todo, los movimientos del tendero; que no tuviese que trepar tantas veces por la estantería en busca de una altísima caja de botones que ya había bajado antes, por favor, pida todos los botones juntos, contó su padre que una vez le dijo aquel tendero. Era importante que ganara tiempo para poder regresar antes que empezaran las grandes tormentas en la cordillera. De modo que del orden y la claridad de aquella lista dependía que su padre en el viaje de regreso no fuese arrastrado por la nieve y el viento del invierno que en pocos días más estaría a las puertas. Si el tendero se demoraba más de lo debido, tu padre, le había dicho Uve, ^{podría} ~~tendré~~ que esperar a la orilla del mar, en las sucias pensiones de los puertos, a que pasaran las tormentas para trepar la cordillera de vuelta, y entonces el vestido no se terminaría nunca.

Evitando aludes y vientos enfurecidos Eñe puso el organdí debajo del tafetán y seguidamente el algodón y las puntillas, y pasó a otra columna unos botones muy pequeños para ropa interior que sin querer había puesto en la columna de las telas. Como en la hoja quedaba espacio para una tercera, allí puso todos los hilos juntos, tanto los de coser como los de bordar, separados de los botones en previsión de que el tendero reservase un lugar especial pa-

ra los hilos. Todo prolijamente encolumnado, sin olvidarse de las cintas anchas para festonear manteles, ni del medio kilo de almidón previsto para el viso, ni de los hilos de colores para el embozo de las sábanas, ni de una "cosa azul" en la que insistió Emebé, ni del alfiler blanco en que insistió su madre, ni de las pastillas para la tos, fuera de columna, que le dictaron a último momento, ni de la peineta que a escondidas había apuntado al otro lado del papel, su padre sabía que era para ella.

Las aletas de la nariz del perro, debajo de la mesa, se movieron aspirando el fuerte olor a sur de su amo. El mulero, titular de la única I que había en Minas Altas, ya fuese sola o combinada con otra letra, entró vestido para el viaje. ^{Sacabro} Gorra con orejeras, chaleco rompevientos, poncho de tormentas y botines para la nieve. El olor a sur era una mezcla de los lugares visitados y de los objetos que llevaba y traía donde predominaba, junto a un perfume de humedad marina, el olor de las especias que llegaban al continente desde el otro lado del Pacífico, el pasto raquíptico de las alturas y la corteza de los troncos de los grandes árboles que crecían en el sur interminable. Acaso por eso llamaran sur a esa mezcla de aromas, o quizás porque I, que siempre estaba por llegar o por irse, decía que venía del o que se iba para el sur (aunque se tratara del norte), sur era el nombre que para él tenía cualquier distancia y el único punto cardinal que mencionaba. También estaban los olores de las tiendas donde canjeaba los productos de Minas Altas por objetos de otros lugares del mundo, orozuz y benjuí, frutas secas o escarchadas, y en las bolsas de galletas que traía de sus viajes venía también envuelta en su aroma la calidez de las tahonas. Sin duda había más aromas en el olor a sur de aquel mulero, pero a éstas solamente su perro era capaz de percibirlos.

La cara ^{ganado} de I era morena, recta y alargada como la letra de su nombre, con ^{Silón de viento} pómulos ^{redondeado por el viento} rompevientos y unos labios finísimos escondidos del frío cordillerano. Sus arrugas eran de travesías, no de tiempo, armoniosamente desparramadas en la frente y las mejillas, con los viajes mezclados de tal manera que nadie, ni siquiera él mismo, podía distinguir cuáles eran los producidos por los vientos de la alta montaña ni cuáles los del yodo o del salitre. Con una sola mano podía cubrir la cabeza de Eñe, desde la nuca hasta la frente, y enteramente la de su perro cuando lo acariciaba. Manos a mitad de camino entre las de un mulero y la de un pescador, leñosas como las raíces afloradas. Debajo del chale-

co pasavientos y de sus dos camisetas de frisa ^{habían} estaban, arrugadas y tristes, unas cicatrices antiguas y otras más recientes, entorpecidas por malas cose-
 duras y curaciones demasiado rápidas. I despreciaba a los gendarmes que per-
 turbaban la limpidez de las fronteras y el silencio de las montañas con sus
 detonaciones, y el aire mismo con sus formas embozadas y mezquinas. Evitando
 su trato pasaba por sus proximidades sin mirarlos, a la espera temerosa de los
 tiros cuatrileros que a veces tiraban los gendarmes en respuesta a su despre-
 cio. Como I pasaba muy alto, y los gendarmes, incapaces de riesgos, estaban
 siempre muy abajo, las balas, cansadas, llegaban sin potencia y las más de
 las veces lo tocaban hiriéndolo apenas, como piedras disparadas por hondas.
 Entonces él mismo se extraía las que habían logrado penetrarlo y quedar a
 flor de piel.

I siempre estaba preparado para irse y siempre estaba yéndose. De los doce
 años que tenía Eñe, la mitad no lo había visto. Y de los cincuenta que él te-
 nía, por lo menos treinta y cinco había estado solo, sobre una mula o un ca-
 ballo, en la montaña o en el mar. Hablaba bajo y para adentro, su voz era te-
 merosa del silencio. Sabía de memoria la cordillera y las costas del Pacífi-
 co, y en general todo lo que fuese sur. ~~Se sospechaba que tenía hijos en to-~~
~~dos los pueblos de la costa,~~ ^{Amalia} con mujeres solitarias o abandonadas, a las que
 servía amorosa y puntualmente. Como hablaba tan poco, si le preguntaban sobre
 el tema se quedaba callado. ~~Imponiendo en aquellos pueblos una costumbre de~~
~~Minas Altas, daba por nombres letras a sus hijos, que iban de la a a la zeta.~~
~~A todos los quería, aunque Eñe era su debilidad mayor por ser letra entraña-~~
~~ble.~~ La costumbre de viajar le vino de buscar a sus antepasados, que nunca a-
 parecieron. A los treinta años decidió no buscarlos más y formó su hogar con
 Uve, que lo amaba tal como era él. ~~Y si no tuvo más hijos con ella fue porque~~
~~ya todas las letras estaban ocupadas. I, para sus amores, hubiera necesitado~~
~~un alfabeto más largo, y no le gustaba combinar porque eso~~ ^{hubiera} ~~sido inagotable y~~
~~sus energías reconocían ciertos límites.~~ Se distraía del largo ascenso de la
 ida pensando en las mujeres que amaba. Con recuerdos táctiles y olfativos (~~los~~
~~visuales no lo favorecían)~~ las iba recomponiendo por laderas y desfiladeros.
 Cuando llegaba a la cumbre, desde la que ya era posible percibir el aroma del
 mar que lo atraía, se detenía a descansar, encendía un fuego y mientras bebía

algo caliente trataba de ver hacia dónde querían llevarlo sus deseos, por qué pueblo iniciar el recorrido de la costa, para bajar la cordillera por el rumbo que lo llevara a la mujer elegida. Cada población era para I principalmente la desnudez de una mujer. Según la elección de su deseo, descendía hacia el norte o hacia el oeste, aunque él en sus adentros se dirigía siempre al sur. Para I el sur era un cuerpo de mujer.

Le gustaba jugar con su perro U, sobre todo llamarlo uniendo diez o más úes en un solo golpe de aire, con unas pausas muy bonitas entre ellas, posibles gracias a la ^rhace aspirada que anteponeía a cada una para poder diferenciarlas. Con lo cual el nombre del perrito, tan breve, se prolongaba hasta parecerse al zumbido de un viento.

Bueno, le dijo trabajosamente a Jotazeta, yo soy el que le va a traer las telas para el vestido de novia de su hija. Echó una ojeada a la lista, miró el dorso y guardó la hoja en el bolsillo más hondo del chaleco. Con esto quería decir que ya se iba y que además estaba diciendo adiós. Quedaba el tiempo justo para llegar con luz a la parte baja de la altura y hacer noche en el refugio de los arrieros. Emebé y Jotazeta cargaron las alforjas con los lazos necesarios para la compra, miraron brevemente y con alguna vergüenza al marido de la costurera y se encerraron en la casa.

Desde adentro podían oír los plañidos de Uve y Eñe. De tanto irse el mule-ro, habían aprendido a despedirse. Pero como no conocían la palabra adiós ni otras que se les pareciesen, lloriqueaban sucedáneos imprecisos. No te vayas, no te vayas. Quién caminará ahora por la casa con esos pasos que tranquilizan, quién encenderá el fuego y t^upará las goteras cuando llueva, quién cuando hay ruidos nocturnos dirá que es sólo el viento, quién abrirá la puerta por la mañana y dirá hace un buen día, quién dirá cuándo ha llegado el momento de sembrar el maíz, quién dirá es seguro que esta noche llueve, quién abarcará con una sola mano la cabeza del perrito acariciándolo, qué haremos solas en la casa cuando el tiempo se empecine en no pasar, qué le diremos a la gente cuando pregunte cuándo vuelves, qué haremos cuando amanézca y ya no estés, qué diremos cuando llegue la noche y no estés todavía, cómo estará la casa cuando no hayas vuelto, qué contestar cuando nos pregunten si estamos bien, qué hará tu ropa en los baúles, qué será de tus zapatos tan vacíos curvados por la falta de tu pie, quién traerá agua de la vertiente en medio de la noche oscura, quién se animará a mirar las estrellas

habiendo tanta ausencia, cómo contar los días que pasaron y los que todavía no han llegado, cómo dividir los alimentos y repartirlos en la mesa, dónde poner la silla que sobra para no tener un nudo en la garganta, cómo mirar tu retrato en la pared cuando le da el sol de la mañana, cómo andar por la casa oyendo los ruidos de los pasos de uno tan solitos, cómo oír nuestras voces retumbando en las paredes y los techos, con qué cara decir que estamos solas, qué palabra buscar para tapar el miedo a que no vuelvas nunca, qué pensamiento para el pensamiento de que te pase algo malo; cuidado con los vientos y las nieves resbaladizas, cuidado con las crecientes y los deshielos, cuidado con el rencor de los gendarmes y con las aves nocturnas que salen de los cementerios, cuidado con la estúpida mula justo al borde de los precipicios, cuidado con las víboras rastreras y el hambre de los murciélagos, con los vientos calientes que vienen desde el norte arrasando un polvo fino cargado de enfermedades y de insectos, con el agua mala de los ríos traicioneros, con la puna y la nieve y el calor y las desgracias, con las trombas del mar y los barcos que se hunden, con los terremotos que abren la tierra en grietas profundísimas, con el silencio y la soledad de los refugios, con la llamada del aliento del abismo y la suavidad engañosa de las olas, no te vayas por favor.

I las besó y, ya sobre la mula, dedicó tres úes impecables al perrito. Las mujeres, sin dejar de plañir, se alejaron hacia la casa sujetando a U.

Se despiden como si no fuese a volver nunca, dijo Emebé. Y apenas faltará ^{unas} ~~dos~~ semanas, es increíble, comentó Jotazeta; eso les pasa por aprender a despedirse. Y abrió una ventana para que saliera el olor a sur.

El hombre trepaba sintiendo que la mula tomaba poco a poco su temperatura, ya entre nubes. Sonreía pensando en la hache mayúscula escrita con la saliva azul de Eñe que llevaba, camino del mar, en el bolsillo más hondo del chaleco rompevientos.

Caballito marino

*add: hablar de
cola de cometa y
ojitos adhecentes*

Tarea difícil como pocas sacar una canción del interior de un viejo. Para arrancársela y poder escucharla necesitaban que el viejo ondulatorio continuase vivo, y allí estaba la dificultad principal, sobre todo si se tenía en cuenta su fragilidad senil y la circunstancia de que la canción detectada en su momento por el oidor había crecido con el tiempo allá en el fondo del viejo y que éste, demasiado pequeño para contenerla, podía romperse en el momento de alumbrarla, con lo que se quedarían sin viejo y sin canción. Esto explicaba la presencia del médico, encargado de velar por la vida del viejo ondulatorio mientras durase la extirpación, un tanto artesanal, de la canción del gallo blanco. El extirpador, o interrogador, se había propuesto liquidar el asunto en una sola sesión. La noche sería larga (y tibia), el viejo había dormido todo el día, confundido por la falta de luz en la mazmorra, y creyó, cuando los vio entrar, que acababa de amanecer.

Buenos días, dijo el Ondulatorio sentadito en la tarima, viendo llenarse la celda de cinco hombres silenciosos, difusos en la luz temblona de una lámpara que colgaron de un clavo en la pared. El hombre número uno desplegó una banqueta y una mesa en el rincón más iluminado, donde instaló un aparato con botones que contenían letras y se sentó a esperar. El hombre número dos lo hizo poner de pie y llenó la tarima ^{de} linternas, espejos y herramientas diversas. El tres y el cuatro se apoyaron en paredes opuestas. El quinto, alejado de la luz, estaba como muy lejos, dentro de un borrón, y hacia él dirigían todos miradas y palabras; cuando respondía, su voz venía atravesando brumas.

El quinto hombre pidió al número tres que repitiese la canción que le había oído al viejo. El oidor sólo retenía un verso de los cuatro escucha-

dos, el que mencionaba al gallo blanco. La melodía también se le había olvidado. La entonó con una tonada cualquiera. El dos se acercó al Ondulatorio hasta rozarlo. Queremos esa canción entera, dijo mirándole la boca, a la espera de que ésta se abriese dando paso a la canción.

El viejo, que normalmente tenía la canción en el pecho, cerca de las cuerdas vocales y lista para salir en cualquier momento, tragó saliva un par de veces ^{hasta} ~~para~~ hacerla descender. La canción bajó hasta los niveles donde él guardaba sus recuerdos más queridos y se ensambló con ellos: Emebé y aquel caballito trotador. Ranuras, espigas y lengüetas trabaron y engargolaron todo de tal manera que nadie, ni siquiera él mismo, hubiera podido separar las partes de ese armazón para diferenciar una canción de lo que era Emebé allá adentro y en esa trama, ni a Emebé de aquel caballito, ni a éste de su andar bajo el estrellero. El viejo se cerró como la tapa de un cofre. El interrogador eligió, entre los objetos desparramados por la tarima, una llavecita de abrir viejos. La probó varias veces, seguro de que el cofre se abriría. Pero giraba en falso.

Vamos a tener que aflojar una tablita del costado, dijo el interrogador mirando al hombre número cuatro. No hay problemas, dijo el médico. El Ondulatorio, tranquilo por haber podido esconder tan lejos la canción, abrió la boca seguro de que se encontrarían con que el baúl estaba vacío. En los viejos arcones, cuando no contienen nada, las pocas cosas olvidadas adentro carecen de sentido. Algún papelito, un carretel sin hilo, acaso una fotografía, pelusas y polvillo. Al menos eso fue lo que dejó visible en la primera superficie de su baúl de doble fondo.

El interrogador encendió su primera linterna y alumbró hacia adentro. Es muy hondo y muy pícaro este viejo, dijo iluminando uno por uno esos objetos disimuladores. Vamos a tener que aflojar otra tablita para poder alumbrar un poco más abajo y ver si así encontramos algo.

Más abajo, mezclados, los recuerdos del viejo ondulatorio habitaban una atmósfera de sueño. Emebé y el caballito que la transportó formaban una sola figura donde cada uno era prolongación del otro; difícil saber dónde ^{acaba} ~~empezaba~~ ella y empezaba el caballo trotador, envueltos y confundidos por la canción del gallo blanco. Recuerdos muy crecidos por el tiempo y deformados por la ilusión. Allí de pronto era Emebé la que cantaba, acompañada por el ritmo de las patas del caballo dormido, y al mismo tiempo que cantaba mon-

en la galería del su casa.

tando ese caballo estaba ~~(al lado de aquel cántaro en la galería.~~ Hace frío, él la arropa y siente las manos de Emebé aferrándose a su cintura. ¿Se siente a gusto? Sobre este caballo, toda la vida, dice ella. Este viejo tiene un empacho impresionante, dijo el interrogador apagando su segunda linterna y dirigiendo sus palabras al hombre número cinco envuelto en sus penumbras.

El cinco hizo una seña y el interrogador inició las preguntas fáciles, lentas y tranquilas, las de rutina, preguntas cuya única utilidad era preparar las que venían por detrás, aceleradas. El hombre del rincón más iluminado percutía con dedos flacos sobre los botones de su aparato, de donde salían disparados unos brazos largos y filosos que golpeteaban sobre el papel; ruidos de caballos pequeñitos galopando sobre un vidrio; si las respuestas eran largas, el galope se volvía granizada en el galpón del fondo de la casa. Cuando ^{el viejo} vio en el horizonte de palabras la pregunta sobre la canción del gallo blanco, la quitó de donde estaba, entre Emebé y el caballito, para ponerla más abajo, casi en una inconciencia, tan oscura que allí Eme Calderón era menos que un sueño. Pero sin separarla del conjunto, que giró ocultando un poco más la canción, acercando hacia el lado de afuera la figura de Emebé. Aunque tampoco la mencionaría. Hubiera sido bochornoso que esos hombres descubrieran sus amores secretos con esa criatura. Y terrible la vergüenza. Con la nueva posición también quedaba muy visible el caballito, pero bueno, qué podía importarle ese caballo al extirpador o al hombre de las brumas. Temeroso de todo, dejó las cosas en su sitio primitivo viendo que entre las preguntas audibles asomaba la cresta colorada del enorme gallo blanco metido en la canción.

No la sé, no me acuerdo, últimamente he perdido casi toda la memoria, saltaban hacia afuera las palabras pasando por su hermoso aparato ondulator. Esperó el ruido que harían sus palabras al estamparse en el papel de la máquina del rincón más iluminado, pero ésta se trabó; en el galpón del fondo ya no granizaba, ni llovía; ni siquiera goteaba. Esa máquina se traba sola cuando quieren escribirle una mentira, dijo el cuatro, el que sabía qué maderas se podían aflojar para llegar al doble fondo del baúl y conocía palmo a palmo todos sus órganos por dentro. Y si no sale esa canción, entonces habrá que aflojar las tablas más grandes. El ruido repitió, desafiando, el verso que sabía. No tengo la menor idea, dijo el Ondulatorio.

Ahora se ve mucho mejor, dijo el dos alumbrando con su tercera linterna, ayudada por unos espejitos. Miren señores, miren lo que esconde ahí dentro. Todos, menos el Brumoso, se asomaron a la boca del viejo para ver, iluminadas parcialmente allá abajo por la linterna multiplicada en los espejos, las formas ensambladas, deformes por el tiempo transcurrido y la ilusión sumada por el Ondulatorio a las figuras primitivas. Lo que más le dolía era que alumbraran su amor por Emebé; le daba vergüenza estar enamorado, a su edad, de una adolescente que guardaba medio desnuda allá en lo hondo, donde él, cuando quería estar con ella, desconectaba los años transcurridos y se metía en el plano del tiempo de la muchacha. Ahora, dijo el extirpador, no nos queda otro remedio que meter la mano. Y se arremangó.

Fue metiendo y metiendo su largo brazo dentro de aquel pozo. Con un codo forzó peligrosamente un aparato muy delicado compuesto por dos cuerdas, tan frágiles que el hombre número cuatro, conocedor a fondo del interior de ése y de todos los viejos del mundo, tuvo que decirle cuidado por ahí, si se dañan no podremos escuchar nunca en la vida esa canción. El viejo, con la cavidad bucal enteramente ocupada por el fin del brazo y el comienzo del hombro del extirpador, confiaba en sus escondrijos y para distraerse del miedo que tenía sin embargo, miraba atentamente una viga vegetal del techo por donde corría una arañita, sintiéndose iluminada, hacia su grieta protectora.

Mientras el Dos hurgaba allá dentro, el viejo se tranquilizaba pensando y pensando que solamente buscaban una canción y parecía que ignoraban la existencia del cantor. Si no sabían quién era, entonces no importaba mucho que por fin se la extirpasen. Qué podrían hacer con ella. Y si llegaban muy al fondo y descubrían a Eme, qué. Diría que era una de esas personas que uno ha visto sin saber quién es. Si estaban dispuestos a creerlo esto, les regalaba la canción. Con eso se tranquilizarían y ya no molestarían a Emebé. ¿Se siente a gusto? Con usted y en este caballo tan maravilloso, estaría toda la vida, decía la muchacha en el trasfondo del baúl donde arañaban los dedos expertos del interrogador.

La respuesta de Emebé, dicha por el viejo, salió al exterior abriéndose paso y aflautándose por el hilo de espacio libre entre el brazo sumergido

del interrogador y las intimidades fónicas del Ondulatorio. El oidor, después de escuchar atentamente el murmullo destemplado, dijo que no era así la canción que antes ~~le~~ había oído. El médico levantó un poco al viejo desde abajo y presionó unos músculos acortando al Ondulatorio para que el brazo del hombre número dos llegase un poco más abajo. Ahora sí, dijo el interrogador, ahora sí puedo tocar cosas concretas; y sus dedos iban de la cresta dentada del gallo blanco a las crines del caballito rozando, al pasar, los pechos tibios de Emebé. Viejo cochino, dijo el interrogador sin saber que estaba tocando los pezones destinados a amamantar a un descendiente de Eme Calderón; y atraído por la desnudez de Emebé metió el brazo más abajo buscando sus caderas y sus piernas sin advertir que las cuerdas vocales del viejo, único lugar por donde podía salir lo que buscaba, perdían su delicada afinación.

Adentro hay por lo menos un gallo, una hembra y un potro, dijo el Dos limpiándose el brazo con un trapo, y ahora mismo vamos a sacárselos. El viejo desvió sus ojos de la arañita, que alcanzaba en ese momento los bordes de su grieta, y vio los instrumentos que el hombre introducía por su boca moviéndolos como remos. El conjunto avanzó trabajosamente hacia arriba y enseguida se trabó, no pasaba por los conductos. El Dos retiró los remos y metió una especie de tirabuzón, ayudado por el cuatro, que alumbraba con una finísima linterna. Me parece que enganché algo, dijo el Dos, y sacó un largo viaje a caballo por una salina interminable. No lo tiren, dijo el Cinco, eso podría tener su utilidad. Enganchados y temblando en la punta de la espiral metálica salieron sus últimos cumpleaños, marchitos y tristísimos. Después los aparatos extractivos llegaron a los años más activos de su vida, con siembras y cosechas, nacimientos y muertes, despedidas y llegadas, alegrías, desengaños. Increíble y asustada apareció la juventud del Ondulatorio, seguida de cerca por atolondramientos adolescentes; salieron a plena luz sus amores secretos con una prima, y revolviendo en pleno territorio de la infancia saltaron afuera, sorprendidas, sus fantasías sexuales, masturbaciones, viejo asqueroso dijo el Dos, y todo se amontonaba tembloroso sobre la tarima donde el viejo había pasado durmiendo un largo día creyendo que era noche. Tengo, dijo el interrogador mirando al médico, el caballo, la mujer y la cresta de ese gallo blanco enganchados en la punta del

tirabuzón; ¿puedo tirar? Es peligroso, dijo el médico, habría que desarmar el engendro y sacar las piezas una por una, de otra manera es imposible sin romper los conductos. El Dos dio un tirón violento y la tríada se encajó violentamente ocupando vísceras y los huesos más próximos. El Dos la soltó y hurgando por los costados logró sacar más cosas, unos pantalones cortos, un cuaderno con dibujos de montañas y banderas, los miedos nocturnos de aquel niño que ahora era un viejo indescifrable, sus pequeñas mentiras y sus faltas de ortografía, su biberón y sus llantos infantiles. Son todos iguales, cortados por las mismas tijeras, todos tienen las mismas basuras, dijo el Dos mirando el montón de cosas extirpadas. Nada de eso sirve para nada, dijo el hombre de las brumas, lo más valioso se ha quedado adentro; ahora habrá que ir a buscar esa canción por todas partes, recorrer pueblo por pueblo. Y abandonó la mazmorra, envuelto en su neblina.

El viejo murmuró algo para Emebé queriendo decirle que lo perdonara por haberla puesto en esa situación, por haber permitido que el interrogador la manoseara. Pero usted ha visto que no han podido sacarla de allí dentro, así que podremos continuar el viaje, el caballito también ha quedado intacto; siempre que usted se sienta a gusto, por supuesto, dijo ahora que estaba libre de aquel brazo buceador, dándose cuenta de que las palabras no salían, las cuerdas ya no respondían con vibraciones al impulso del aire que todavía le quedaba. Intentó atrasar su reloj de años para volver en el tiempo al tiempo de Emebé, pero ya no había engranajes, la adolescencia había desaparecido como un paisaje que quedó atrás, sólo existía un tiempo de vejez; ya no podría volver nunca al plano temporal de la muchacha, y su amor por ella, aislado, moriría de tristeza. Palpándose interiormente, sólo encontró los contornos del caballo y la cresta enardecida de aquel gallo blanco. Emebé, aterrada, había desaparecido. Jamás podría sentirse a gusto entre las piltrafas manoseadas de ese viejo cochino que había dejado exponer ante la luz sus amores secretos. Es una cosa que jamás podría perdonarle, ¿entiende?, decía ^{pp que n' a voz,} ~~su vecinita~~, ya perdida en la extensión de las salinas, mientras los hombres recogían sus instrumentos de trabajo, volvían a colocarlo sobre la tarima, cerraban la puerta y se marchaban por pasillos que él desconocía.

A falta de Emebé, concentró sus pensamientos en el caballo, mirando el

trozo de pared al alcance de sus ojos. Llegaba a su casa y ya no podía decir miren lo que les he traído, porque ella ya no existía. Jamás le había pedido que la trasladara hasta el pueblo próximo en su maravilloso caballito trotador bajo el inmenso estrellero. Sentía que se disecaba, vaciado de todo iba quedando un cuero pelado tendido al aire puro. Cuando el viento y el sol acabaron de secarlo aproximándolo a las sonoridades de un parche de tambor, sintió unas percusiones en su piel: eran tres golpecitos insinuantes de Emebé que regresaba, y entre esas alegrías se fue quedando quieto y transparente, como un caballito de mar.

6 PUNA

Quedónica vicúnsera

Hay ^{unos} vientos que se juntan en el pozo que separa a este refugio del cerro del cóndor muerto. Allí ordenan sus bramidos, en un punto donde cada cual pierde su voz, y en acuerdos de vientos forman un nuevo zumbido, que es como un filo que se expande. Es el viento que penetra en los animales y ocupando su mente les borra la memoria convirtiéndolos en autómatas sin objeto de vida. Entonces pierden su lugar en el mundo. Quietos o desplazándose, ya no estarán en ninguna parte. No hay más distancias para ellos, ni siquiera en el propio sitio de sus cuerpos, donde giran desesperados buscando un centro que no existe. Se aproximan al hombre sin temerle ya; ni lo ven ni lo oyen, sólo atentos al zumbido que llevan por dentro, sin saber que se desplazan. Uno los toca y es como si estuviesen vacíos. Descolocados de la vida, si no se despeñan mueren de tristeza.

Abajo la gente ^{→ apenas} conoce sus efectos, no al viento mismo. Lo imaginan remoto, al otro lado de las salinas. Aunque se sabe de gente venteada que fue quedándose quieta y secándose por dentro hasta desmoronarse, no le temen. Ni lo ven ni lo sienten, sólo pueden visibilizarlo en las actitudes de los animales venteados cuando bajan a morir.

En cuanto lo sentí llegar tensé las cuerdas que sostienen a los globos, para registrar con precisión la naturaleza desconocida de un viento nuevo para mí. Pero los globos no supieron responder. Perdida su conducta, giraban como animales tocados

por esos hálitos malignos. No hay rayas ni signos para sus movimientos; son manchas de tinta, oscuridades.

Por un desfiladero que estrechándose acaba en el filo de una roca que da al abismo, una vicuña joven iba al encuentro con su muerte. La noción de su caída inminente apenas me dio tiempo a manotear un bozal y salir corriendo, sin pensar en el riesgo de que aquel viento me penetrase ligando mi destino al de ella. En el mundo de palabras en que vivo, la acción que realizaba era una sucesión de desgarramientos exaltantes. Cada pisada que dejaba o piedra que saltaba, cada distancia suprimida, era un hecho cierto contra la muerte. Acompañaba cada acción con la palabra para no desprenderme de lo mío y para que la acción no estuviese sola. Saltar y deslizar y casi volar, acción y palabra, me permitieron llegar antes que la vicuña al final del desfiladero.

Quieta, le dije confiado en el valor de esa palabra, lanzándola como un lazo que la maniatara y detuviera, y por el movimiento de sus orejas supe que todavía oía. No creo que pudiese verme: tenía los ojos encandilados, hasta allí había llegado el viento destructor. Su forma, apenas alterada, se modificaba hacia una condición espumosa; y seguía avanzando. Quieta, vicuña, quieta por favor, dije viendo que en el lugar donde yo estaba, a pocos pasos del término del sendero, no cabríamos los dos. Hacia arriba era imposible volver, había saltado desde una altura irremontable desde abajo. La idea de caer junto con la vicuña se me presentó como término de la acción que me había llevado hasta allí. Me quedaban solamente, para poder salvarme, unas palabras que la vicuña no podía entender por más que esforzara las orejas en inútiles erecciones y orientaciones tratando de abrirse paso entre las sombras por donde transitaba encandilada por el viento. Pronuncié los dos pobres sonidos de la palabra quieta a distintas alturas y entonaciones, ordenando, implorando, sugiriendo, y cada vez que los decía ella movía las orejas de maneras diferentes,

cerca y yo a lo sumo podría retroceder unos pasos más, luego ni ella ni yo tendríamos donde pisar. A mis espaldas quedaba el piano sin poder cruzar la cordillera, que caería con nosotros; el viaje del Cantor, el vestido de Emebé, los dedos nudosos de Jotazeta trenzando un puente sin nacer, la canción del gallo blanco encerrada para siempre dentro del viejo ondulatorio. Las historias sin acabar, con la vicuña y yo, pasarían a formar parte de la memoria de los cóndores; qué hartazgo de palabras para ellos, que no las tienen. Eché un último vistazo al hueco de mi memoria anterior, a ver si podía meter una palabra que lo llenara y regresara. "Algo, algo", dije buscando con este dudoso término alguna ligazón humana en la otra mitad de mí que es puro olvido. Y el término regresó como un eco, tal como lo había emitido, sin teñirse de nada.

La vicuña encandilada, en su tramo final, me encandilaba a mí con su belleza. Nunca las había visto desde tan cerca. Esa manera de ocupar el aire con el dibujo de su ser perfecto, esa rotundidad de sol poniente que tenía. Yo no dejaba de pronunciar la palabra "quieta", sus dos sílabas eran mi último refugio; ella no dejaba de mover las orejas tratando de encontrar el sentido salvador de una palabra misteriosa, su ecolalia absurda. Esta palabra es pobre de sonido, pensé; una pura timidez; apenas alcanza para nombrarse, no para convencer; se nombra para quedar en ella, apenas con lo justo, sin alcances; sin poder abandonar el seno de su madre, la palabra quietud, que la retiene. Nula en su nulidad, dije, y el sonido de estas dos palabras me recordó la técnica de los pájaros, que apenas con dos o tres sonidos, variándolos, producen esos larguísimos discursos con que se comunican cada día para repartirse las áreas de alimentos.

Quieta, quietántica quietífera, dije pajarilmente, y aunque

siguió avanzando estaba claro que la duda, introducida en ella con rapidez de viento, la obligaba mermar su velocidad. Seguí jugando con sonidos, ralentándolos para acompañarla; quedónica vicúnsera, le dije como insultándola, ¿ver si reaccionaba de una vez, y lancé una retahíla que era claramente un gorjeo, llevándola a una definida situación quiefánica. Qué hermoso fue verla vacilar ante expresiones como quietónida o quietúmnica, o ante el golpe certero del logismo quietuña, capaz seguramente de expulsar a ese viento mortífero. Encandilada ahora por la cháchara, entró en el ritmo propuesto, que fui mermando como en las cajitas de música cuando se acaba la cuerda. Dejándose llevar por el ralenti, esperabáo los tiempos, cada vez más demorados, antes de apoyar las patas. Cuando le quité el último tiempo del último compás, lo esperó inútilmente con una pata en alto, prácticamente quieta; y no teniendo tiempo ni sonido donde apoyarla la dejó perder en la quietud y se detuvo rozando mi frente con su cabeza sedosa, sudada por el miedo. Luego bajó la pata y la apoyó en el silencio que le reservé para el final, mi cuerpo hacía las veces de unas rotundas barras de conclusión, donde quedó rendida.

A contraluz

La traje a este refugio esquivando vientos. Cuando arreciaban, nos escondíamos tras las rocas; los veíamos chocar contra los filos y salir sesgantes hacia otras direcciones sus alientos enfermos, sus hálitos suicidas. En el contacto de nuestros cuerpos mezclamos miedos y temblores. La hermandad planetaria de todos los animales estaba muy clara para mí,

Los objetos que hay aquí se modificaron en cuanto apareció la vicuña, y yo mismo tuve otra noción de mi cuerpo. Vicuña, le dije dándole a cada sílaba de la palabra una absoluta claridad, abriendo los labios más de lo necesario para que cada sonido tuviese un ámbito mayor, acorde con los espacios que sentía crecer por efecto de la figura que acababa de entrar. Las llamas de la chimenea temblaban en sus ojos ya desencandilados, donde me vi reflejado, crecido, formando parte de su contenido zoológico.

La vicuña dio unos pasos observando los objetos, vio su sombra en la pared, entregó unos segundos de su mirada a la guitarra, rozó el baúl, casi en sombras, que ante la presencia orientaba sus líneas hacia las formas de un enorme promontorio, mientras el fuego, creciendo, aumentaban su luz y hacía crecer las sombras de las cosas. Modificaba ^{ella} el valor de los objetos que observaba, como sacándolos de su sitio; se apropiaba de los espacios que me pertenecían.

Se acercó al ventanal y desde el ángulo de mi visión miró largamente el cerro de los cóndores, las nubes. Pero en realidad se asomaba a mi visión humana, espiaba mis adentros, miraba el mundo con mi óptica, convirtiéndome en continuidad suya, en costado de vicuña. Su cuerpo desprendía el mismo calor que el de la Céfira. Le toqué el cuello y sentí sus latidos. Su corazón golpeaba en grandes expansiones, como si latiera

contra el viento. Ella miraba hacia las nubes, pero unos movimientos apenas perceptibles de sus orejas indicaban que su atención no iba hacia el exterior; se concentraba en nuestra vecindad percibiendo mis latidos, procurando escuchar el golpeteo de mi pequeño corazón humano. Estamos en la misma vida, pensé, y el hecho era tan fuerte como un descubrimiento.

Ella giró su cabeza hacia mí y me introdujo en su mirada. Al revés de la de Fábulo, era clara a pesar de sus ojos oscuros. Con fuerza de mar me miraba atrayéndome hacia su memoria, que no era un lugar para llegar, allí uno solamente podía caer, como desde el término del desfiladero donde la rescaté. Lugar sin formas concretas, de tensiones puramente geométricas que pulsaban hacia un centro. Ella me desnudaba, mirando en mis adentros, lo mismo que Fábulo, aquel girasol solitario donde empezaba mi memoria. Su poderoso centro de vicuña, a medida que me atraía, me llevaba hacia un tiempo anterior a la virginidad de mis recuerdos, donde flotaban, envueltas en miradas oscuras de Fábulo y en miradas claras de vicuñas, formas de cuerpos que me antecedieron para darme vida, docientos mil padres enlazándose en aquella oscuridad.

Aquello era una inmensa ciudad de cuerpos sumergidos; extraños a los que uno súbitamente pertenecía por un golpe de violencia perceptiva; desconocidos de la memoria uniéndose en un fondo de eternidad para dar forma a otros desconocidos o extranjeros que luego, combinándose entre un bullir de voces diferentes, iban buscando mi cuerpo y los de otros que vendrán después de mí para darles formas de manos que se extienden, de rostros que acaban su hermosura bajo el ala de un sombrero; borrándose del tiempo y del espacio a través de la muerte de sus hermosuras, dejando espacios a la vida en la ilusión de una hu-

manidad permanente; juntándose a través del amor o juego de los cuerpos para morir luego y desaparecer en una memoria animal que a la vez es su memoria y nuestro olvido, y que no tiene palabra para que nunca, nunca, pueda ser contada. Docientos mil muñecos de Fábulo que no representaban ninguna historia, sepultados en el silencio y la oscuridad de los baúles.

La vicuña, inteligentemente, apenas me permitió asomarme a esas profundidades. Desvió la mirada como apagándola y me dejó al otro lado de una verdad hermosa y terrible, herméticamente separada del mundo por la dulzura de sus ojos.

Entre padres y madres desaparecidos me fui quedando dormido, y al despertar vi que una vicuña observaba el ventanal desde el cerro de enfrente. Con seguridad, dije, su pareja, que viene a buscarla. El viento había cesado, los cerros habían quedado como desnudos, afilados. El silencio era insoportable, todo estaba vacío. Su pareja, dije; seguramente la vio entrar aquí. Pero no era su pareja. Se trataba de la misma vicuña, que había abandonado el refugio durante mi sueño y ahora me observaba desde lejos, reinstalada en su memoria. La puerta, entreabierta, chirriaba en sus goznes con un resto de brisa. Los objetos del cuarto habían recuperado sus dimensiones; ahora todo era tan pequeño como yo. Alta, enorme, la vicuña a lo lejos parecía su estatua. Su inmovilidad y la vista fija en el ventanal y en mí eran una clara despedida. Tan quieta la vicúnsera quieta, le dije en broma para quitarle solemnidad a un adiós que me entristecía. Ella se movió, la vi pasar de perfil, a contraluz, y fue ascendiendo sin mirarme más hasta perderse entre nubes.

Muerte y resurrección de la oruga

Cuando desapareció la vicuña, yo también estaba poseído por esos vientos. Enseguida anocheció y el miedo a las estrellas apareció antes que las estrellas mismas. Mi miedo y yo esperamos su lenta aparición y luego, en la alta noche, ante el incendio colgando de allá arriba, el miedo y yo éramos la misma cosa. Acurrucado junto al ventanal, mirándolas, no podía oponerles pensamientos ni palabras. Pueden matar, me dije, y me dejé estar junto a los vidrios fríos, las manos entre las piernas para ser más pequeño hasta desaparecer. Que me absorbieran de una vez, mi forma era apenas un dibujo sobre un papel; que me borrarán. Y que borrarán también los miles y miles de palabras que llevaba escritas, apariencias engañosas, lo mismo que yo.

Todo esto comenzó, pensé, cuando crucé esa franja azulosa. ~~me~~. Si es que realmente la crucé. Porque eso también puede ser una ilusión. Seguramente nací en este Mirador y jamás he salido de aquí. La existencia de Fábulo es ilusoria, y sus historias ilusión de una ilusión. Las palabras me usan y me hacen creer lo que cuento, que es solamente lo que ellas, libradas a su propio juego, se figuran en su fiebre combinatoria; hacen conmigo lo que el viento maligno con los animales que lo respiran. Yo respiro palabras; nací de ellas, no de padre y madre, y las uso por miedo, para no morirme. Ignoro hasta dónde se puede llegar con ellas y qué sería de mí si me quedara sin palabras.

Minas Altas, dije, tampoco existe ni ha existido nunca. Inventar una ciudad allá abajo desde estas soledades ha sido una hermosa tentación. No me arrepiento, claro. Una razonable mane-

ra de no estar tan solo. Hasta un amor me inventé, y ahora la Céfira es apenas el color de un girasol. Entonces, ¿estaré solo en el mundo? Y cuando tuve la ciudad inventé a Fábulo, inventor de historias, para llenarla de fantasmas. Si bajara ahora mismo al lugar donde se supone que está Minas Altas, comprobaría que es un simple pliegue de las rocas, sin vida ^{humana}, donde el viento silba su propia soledad planetaria. Me mirarán asombrados los guanacos, sentiré junto a mis pies el deambular mecánico de las hormigas, que vienen de otra eternidad; pasaré junto a ríos de deshielo, oiré sus murmullos geológicos y hallaré que al no existir Minas Altas ni Fábulo ni nadie, mi mente enajenada padece una ilusión de sonidos significativos.

La posible inexistencia de Minas Altas creció hasta el borde de la certeza. De una simple incitación de palabras pasó al movimiento concéntrico de una duda seria, hasta convertirse en una potencia amenazante. El pasaje hacia el acto, favorecido por mi miedo, no se producía porque en mi memoria todavía estaba aquel girasol oponiéndose a la nada. Pero vacilaba, como si se encendiese y apagase. Minas Altas, pese a todo, persistía cuando el girasol de mi memoria era visible. Luminoso, en sus alcances amarillos podía ver el sombrero de Ene Vega, el paraguas de la Céfira. Apagado, Minas Altas era una construcción ilusoria de palabras desquiciadas sosteniendo un sueño que sustituye a una realidad inexistente que me incluía. Ambos momentos se alternaban, isócronos, como el tiempo débil y el tiempo fuerte de un compás de música, donde el girasol se encendía y apagaba.

Adónde está, me oí gritar sin poder nombrarlo cuando lo sentí borrarse en la memoria, ceder su lugar al tiempo oscuro, borrando incluso la palabra que lo contenía. Era amarillo, pensé reteniéndolo todavía, con una forma que no recuerdo. Y detrás

de él se borraba Fábulo, Ene Vega desaparecía, la Céfira perdida en un contenido de vientos. Está bien, dije, todo ha sido una ilusión, y entonces tampoco hay espacios para mí, no podré desplazarme más allá de este sueño, giraré sobre mí mismo, tomaré el desfiladero que acaba en el filo de una roca, me dejaré absorber por las estrellas carnívoras, me perderé en lo que había detrás de los ojos de la vicuña que rescaté del viento. Sin duda no soy más que una palabra sin uso, perdida en la memoria piadosa de un diccionario, uno de esos términos absurdos que uso para jugar y distraerme cuando tengo miedo. Amontoné palabras como días de vida, y todo ha resultado una ilusión. Tuve placer en ello. Ahora el placer se ha ido y llega el momento de un dolor tremendo.

Desvié los ojos del encandilamiento del estrellerío, tan profundo como la mirada de la vicuña, y miré hacia el cielo de abajo, barrido de nubes. Su transparencia me permitió divisar el titilar de una especie de procesión de velas encendidas, algo como un gusano de luz, pequeñísimo allá abajo. Era Minas Altas. En el juego de las débiles luces de sus velas, recuadradas en las ventanas, parecía trepar. La oruga se movía, viva. Una nube de bajura, rala, pasaba rozando su calle única, y con sus claros y sus densidades multiplicaba el titilar del pueblo. El girasol, precediendo a la palabra que lo nombraba, se reinstaló en mi memoria, fulgurante, bellísimo con su enorme corazón oscuro de semillas entramadas, y con él todo lo que contenían sus alcances amarillos. Fábulo Vega volvía a existir, y su mirada, oscura a pesar de sus ojos claros, tenía resplandores amarillos, como teñida por la flor.

Revoloteada por sus pequeños pájaros

Fábulo existía, Minas Altas también, pero ahora aquel viento, zumbándome por dentro, me colocaba en una inconsistencia donde toda realidad era fingida. Me palpé y era pura espuma, yo no estaba en ninguna parte, salvo en ese viento. Las historias de Fábulo eran también espuma. Pasé varias veces el pulgar sobre la pila de hojas del manuscrito, como pulsando cuerdas. Aquello no era la historia de Minas Altas sino su sonido. Invenciones de Fábulo para sus muñecos. Argumentos para sus funciones en los pueblos que salía a recorrer con su tinglado cada vez que la necesidad lo obligaba a salir de Minas Altas. Y me había obligado, mediante engaños, a que pusiera en palabras sus invenciones, con el fin de utilizar como ayuda-memoria el manuscrito.

En espera de unos espejeos de la Céfira que no llegaban nunca, me abandoné a la duda, ya tomado por el viento Porque quién vive en Minas Altas. Aparte de Fábulo y sus cómplices, ¿he visto algún otro habitante realmente? Me parece haber oído un yunque golpeado, y también una música. Pero no recuerdo músicos ni herreros. Y mucho menos enlazadores y astrónomos. Minas Altas, ¿no estará vacía? Seguramente lo que hay allí son fantasmas de Fábulo, creados con la complicidad de Ene Vega y la Céfira, y también la mía, claro, para repoblar la aldea después de una matanza de la que seríamos los únicos sobrevivientes. Minas Altas está al borde de la desaparición; el titiritero la ha llenado de muñecos para darle una ilusión de vida.

Ene Vega sabe cosas y las oculta; también la Céfira, con la que tengo un contacto solamente corporal. Ella se ríe cuando le pregunto algo. Ya lo sabrás después, dice, y me atrae con su

cuerpo para mantenerme en el olvido necesario a la urdimbre. ¿Dónde está la demás gente? En la mirada de Ene Vega he creído descubrir una profunda preocupación por Fábulo. El sabe que el titiritero está loco y no sabe hasta dónde y cuándo será prudente prolongar esa locura bajo apariencias de normalidad. La Céfira también me oculta cosas. Mi memoria guarda muchas miradas esquivas como respuesta a mis preguntas. Quién es ella tras el placer de su cuerpo. Y quién es Ene Vega, que casi nunca habla, que cada vez que bajo ya me está esperando para conducirme sin distracciones a la casa de Fábulo y luego a la de la Céfira, y sólo puedo volver a mi refugio en la mula que él elige, entregándome siempre a una mecánica animal que piensa por mí. Siempre está esperándome cuando salgo de la casa de la Céfira, me acompaña hasta la salida del pueblo, me entrega a la mula misteriosa y me devuelve a mi sitio, a las palabras. Desde abajo me ve subir un largo trecho y sólo cuando para sus ojos he desaparecido entre las nubes abandona su puesto de vigía. Actúa como el custodio de un secreto o una realidad a la que no pertenezco. Mi mundo se compone de unos globos eólicos, unas mulas, unas palabras y el olvido al que me entrego cada vez que me hundo gozoso en el cuerpo de la Céfira. Cuando le he preguntado quién habita alguna casa la respuesta ha sido el silencio o una mueca postergativa. Porque Minas Altas está vacía. Alguna vez he oído chirriar puertas y ventanas. Pero no por presencia humana. Las cerraduras, violadas por el tiempo, se abren y cierran al azar cuando las roza el viento convirtiéndolas en inútiles veletas. Ellos tres viven en un pueblo de fantasmas; yo, en fantasmagorías de palabras.

Tampoco Fábulo habla demasiado conmigo. Apenas estoy llegando (me ve venir desde la galería), él ya ha enfundado las manos en sus muñecos y enseguida empieza la función. Yo me entrego

crédulo al movimiento y al sonido. Hipnotizado. No convence por la verdad o necesidad de lo que cuenta; todo se debe a la pura fascinación de los muñecos, donde un bordado en el vestido de Emebé y el puente que Jotazeta nunca acaba de tejer (ni siquiera lo ha empezado) son más importantes que la boda misma y el regreso del cantor, del cual hace mucho tiempo que no dice una palabra. Y la historia de Minas Altas, la que debo poner en palabras para salvarla del olvido, no se concreta nunca, no acaba de arrancar, seguramente porque no existe. Cuando crea que ya tiene lo suficiente acabará de contar, sin unir los hilos de sus historias, correrá el telón, guardará sus muñecos y todo habrá acabado en una representación; apagará las luces, cerrará el baúl, descolgará los muñecos de la pared, montará en la mula que lo trajo al pueblo y seguirá por ahí, por otras Minas Altas contando sus historias inconexas a cambio de unas monedas o un plato de comida, valiéndose de mi manuscrito cada vez que por vejez o por olvido sienta que vacila su memoria. Y me dejará flotando entre palabras sin objetos, sin saber adónde está la realidad. Fábulo anda buscando un mundo que se conecte con sus deseos. La realidad no le interesa. Y busca la totalidad en lo insignificante.

Minas Altas es Fábulo y los que creyendo en él hacemos posible su sueño. Aparte de nosotros, no hay otros seres vivientes en esas ruinas, nadie se guarda tras esas puertas desquiciadas, en esas casas en trance de derrumbe que pronto serán pliegue de montaña. Jamás he visto un niño asomado a una puerta ni oír ladrar un perro. Para poblarla, Fábulo está contando una metáfora. Todo es un sueño ~~su~~ suyo, y procura que por estar escrito se convierta en historia verdadera. Minas Altas es solamente un escenario para sus títeres, un tinglado armado en plena cordillera que desaparecerá cuando el titiritero apague las luces

y cuelgue sus muñecos. Los he visto quietos colgando de una silla. Son horribles. La ausencia de movimientos pone en evidencia la trampa del ilusionista.

Fábulo seduce para convencer. Cuando desata el movimiento de sus muñecos se apropia del espacio y del momento y uno se entrega sin resistencias a la ilusión que crea. En esto se parece al cuerpo de la Céfira bajo la lluvia. Y uno se entrega a la belleza convertida en verdad. Fábulo además tiene una voz que dura mucho tiempo en los oídos. En el camino de regreso, su voz viene conmigo. La mula trepa seguida por un enjambre de sonidos que solo cesarán cuando se conviertan en palabra escrita. Yo soy el instrumento que él usa para escribir su voz. Mediante este mecanismo, sus muñecos saltan de la ilusión a la realidad de la palabra fija. Palabras que, debo reconocerlo, descubrí por él.

Lo he visto moverse dentro del teatrillo generando la vida que transmite a sus muñecos. Descompuesto en desarticulaciones. Forzando su anatomía. Desde los talones a la cabeza, Fábulo es un quebrantamiento de líneas, todo él un temblor nacido del deseo que pasa, en gesticulaciones, por la angustia de la búsqueda hasta llegar al goce salvaje del hallazgo que allá arriba, en lo alto de la mano y del muñeco, suele ser apenas un giro perfecto de cabeza acompañado por el movimiento perfectamente vivo de una mano; una actitud muy dulce de Emebé sostenida allá abajo por violencias óseas y un nudo convulso de nervios violentados. Así genera sus sueños e ilusiones.

Acabado su trabajo de seducción, la piltrafa sudada de Fábulo abandona el tinglado. Con un resto débil de energía mira en mí los efectos de su acción, se echa a descansar y me despide sin palabras. Se dormiré feliz, pensando en que cada palabra que yo

escriba habitará un espacio hasta entonces vacío en Minas Altas.

A estas alturas de la duda llegaron los espejeos de la Céfi-ra. Su mensaje fue escueto y repetitivo. Tenía que bajar urgente. Esperé inutilmente las palabras finales conque acababa siempre sus mensajes, incitaciones amorosas con espejeos tiritantes. En cuanto recibió mi respuesta cortó la comunicación.

Mientras la ensillaba, sorprendí a la mula observándome, en una clara complicidad con la vicuña. Pero maligna; acorralándome. Descubierta, bajó los ojos desviándolos hacia su aparente indiferencia, poniendo en su lugar una distancia también aparente entre nuestras animalidades, donde el control y la conciencia estaban de su lado.

Estos trastornos, pensé iniciando el descenso, desaparecerán abajo; cuando me encuentre con Ene Vega a la entrada del pueblo, habré recuperado la normalidad de mis sentidos. Y según bajaba, todo volvía a acomodarse rigurosamente en la realidad, como piezas machihembradas. Había un detalle doloroso en ese descenso: bajaba sintiendo que salía de las palabras que me entregara Fábulo cuidadosamente envueltas en aquella Gramática que tenía olor marino, y con cada paso de la mula me alejaba más y más de ellas, que permanecían en su sitio; era yo el que me iba. ¿Cómo explicarle a Fábulo esa pérdida? Qué ha hecho con las palabras que le dí, me diría. No sé, no lo recuerdo, me caí de ellas, se las habrá llevado el viento.

La entrada en la realidad no me quitó las incertidumbres. Iba flotando en el puro traqueteo de un animal que caracoleaba atravesando los sueños de la puna, sus laderas de dudas, sus desfiladeros de simulaciones, en una ausencia de palabras de las que apenas me quedaba el entramado de silencio que hace

posibles sus sonidos.

Por fin, tras una curva, maravillosamente visible bajo el sol, estaba Minas Altas, revoloteada por sus pequeños pájaros. Intenté detener la mula y gozar de esa visión, pero el animal no respondió a mis señales, enfilando hacia el diminuto contorno de Ene Vega, visible en lo alto de una roca a la entrada del pueblo; su sombrerito de juguete. El descanso por fin, a pesar del miedo y los remordimientos.

Ene Vega se agrandaba, ahora era enorme su sombrero, y hay que ver cómo me latía el corazón. La mulita aceleraba el paso, empujada por su propio regocijo y atraída a la vez por aquel sombrero donde acababa la hermosura del hombre que nos estaba esperando.

La fiesta

Al salir de la curva que da acceso al tramo más recto y más largo de la calle honda, Ene Vega estiró un brazo hacia la izquierda. Una larga fila de niños asomados a los bordes nos veían ~~pas~~ pasar. Vestidos para una fiesta, zapatos recién lustrados, medias de tres cuartos y pantalones cortos adornados con botones nacarados, camisas blancas infladas por la brisa, recién lavados y con unos largos bucles artificiales de pretensiones arcangélicas, laboriosamente trenzados a golpe de cuchara caliente y saliva de madre. Hermoso, ¿no?, ver tantos niños vivos, dijo Ene Vega. Los hijos de los enlazadores alzaban un brazo saludándonos y con el otro revoleaban unos pequeños lazos hechos con cordones de tres colores. Los hijos de los astrónomos fingían mirarnos a través de unos tubos de cartón, en realidad caleidoscopios con que hacían sus primeras prácticas estrelleras, y no alcanzaron a enterarse de mi regreso, motivo de la fiesta.

Apenas la franja de niños quedó atrás vimos aparecer a la derecha en lo alto de los bordes un macizo de muchachas entreveradas con girasoles. Con la brisa bramaban los percales de sus vestidos floreados. Blancas y paspadas sus mejilas por el sol y el aire que venía de las nieves altas, cada una al lado de su girasol y como alumbradas por las floraciones amarillas. Imposible ubicar en el enjambre el rostro de la Céfira. ¿No la ve?, dijo Ene; es aquella de vestido blanco, al lado de ese girasol. Difícil divisarla desde la doble velocidad que llevábamos, la

nuestra y la de la corriente invisible del astrónomo mulero, por donde nuestros caballitos orondos se deslizaban corcoveando en vaivenes de ti vivo. Pronto el macizo de Céfiras quedó atrás. Sin verlas ya, podíamos oír todavía el zumbido de los percales en el día de la fiesta de mi regreso.

Un manchón de viejecitas, muy limpias y empolvadas, coloreaba los bordes de las piedras, cada una con su cofre lleno de reliquias y otros atributos del tiempo. Cofres y relicarios de maderas paraguayas talladas por artistas lejanísimos, o rústicas cajitas con incrustaciones de conchas marinas traídas del norte misterioso y piedras de colores de arroyos bolivianos. Ancianitas que lo habían parido todo y ahora descansaban del trabajo de vivir adornando sus largas melenas de setenta años de crecimiento continuo recogidas en sus peinetas de carey. A la sombra de unas bugavillas, sus caras hermosas trizadas por arrugas (de años, no de vientos) reflejaban, como si fueran propios, los resplandores rosáceos de las plantas. Se desplazaba hacia atrás el racimo de viejas temblorosas, en el movimiento ilusorio que creaba el ascenso de nuestros caballos. Agarradas a sus cofres desaparecían una a una flotando en las crestas de ese movimiento las viejecitas con sus talcos y peinetas, disimulando unos brillos audaces en sus ojos que apenas tenían veinte años. Entre ellas, escondidas de tal modo que solo pudimos ver sus bultos al pasar, iban jóvenes madres amamantadoras azulando el conjunto con sus cabellos retintos.

La realidad de Minas Altas, ante la que Ene Vega cabalgaba indiferente dándola por sabida, era para mí tan alucinante como la que, alterado por aquellos vientos vivos, había percibido en el fondo de los ojos de la vicuña. Y advertía que entre la realidad y el sueño no existen diferencias; las separamos porque así quieren verla nuestros ojos, o acaso porque el conjunto de lo exis-

tente tiene también un tiempo débil y un tiempo fuerte como los compases de mi pieza musical).

Un olor a cueros perfumados anticipó la aparición de los enlazadores, que a fuerza de curtir y de trenzar tenían caras y manos cuarteados y curtidos. Relumbraban al sol por habérselas frotado con aceites y jugo de limón, produciendo un específico brillo de enlazadores, asociación natural de términos lejanos parecida a los juegos que practico para distraer mis miedos. Todos tenían la mirada de Jotazeta, fija en el fondo del río seco, atentos al cachorro de puma blanco en el filo de una creciente por venir.

El caballito joven que Ene Vega me cambió por la mula que traía de arriba parecía estar haciendo su primer viaje y concentraba la atención en su experiencia fascinante, visible en las orejas puro nervio. Maravillado de una velocidad que creía sólo suya, sin saber que por lo menos la mitad correspondía a unos imanes del titiritero. Sin saber que su viaje inicial, más que a un lugar físico o preciso, me llevaba a la recuperación de las palabras perdidas, atravesando brillos de enlazadores, reliquias empolvadas y macizos de Céfiras.

Imponente, como un gran fuego artificial al que le hubieran quitado el apagarse, apareció de golpe el espléndido puente de Jotazeta, puente-palacio trenzado con hilos de cristal, donde miles de formas indecisas se encontraban y saturadas de perfección estaban siempre a punto de cambiar. Entonces ya regresó el Cantor, dije, y vi la sonrisa incrédula de Ene Vega. Un arco iris que iba de orilla a orilla sobre el puente simulaba el salto de un puma.

Pero el puente legendario no había sido trenzado por Jotazeta ni por sus posibles descendientes. Dos burros, cuyas crines

rizadas les daban un aire fiestero, transportaban toneles de agua desde la vertiente, que volcaban en grandes tinas, una ^{en} cada margen allá arriba, de donde salían las cañerías que llevaban el agua a las viviendas. La gente había desviado sus conexiones de agua hacia los bordes del río y a través de sus mangueras orientaban los chorros a su voluntad, trenzando con hilos de agua el gigantesco puente cuyas formas podían variar a cada instante a simple golpe de pulso, aparecer y desaparecer con calidad de sueño sólo con cerrar y abrir las válvulas. Según los orientaran, los cordeles de agua se trenzaban esculpiendo alpacas y guanacos, o ciudades remotísimas que estaban al otro lado del mar. Es un puente demasiado costoso, dijo Ene Vega; además del derroche de agua, los burritos se cansan de acarrearla y ahora mismo van a interrumpirlo porque tienen que bajar para comer y hacer su siesta.

Sobre la margen izquierda, al borde mismo del puente, fueron apareciendo desde las piedras que los ocultaban unos hombres que traían grandes caracoles marinos. En cada caracol había un tubo perforado que los hombres, cuando acabaron de salir, llevaron a sus bocas, todos al mismo tiempo. El caracol solista miró a sus diecisiete compañeros, sacudió la cabeza y sopló expulsando hacia el exterior del caracol su melodía oculta. Los demás fueron entrando a voluntad hasta llegar los dieciocho caracoles a un acuerdo melódico. Música de regresos, dijo Ene Vega; dentro de un rato encontrarán su clima y seguramente harán una versión hermosa, hoy amanecieron dispuestos a poner de acuerdo sus caprichos.

No pertenecían estrictamente a la orquesta de Minas Altas, explicó Ene, y más que músicos eran chasquis, es decir, mensajeros o correos. Minas Altas, dijo, está comunicada con otros pue-

blos rebeldes según el sistema de los incas. Apostados cada mil metros, pueden transportar en pocas horas, a lo largo y ancho de la cordillera, tanto pescado fresco del Pacífico como, por su condición de músicos, el tema de una nueva canción, llevándola, sin deformarla, apenas con un poco menos de rapidez que las ondas de radio. Al principio conocían una sola nota, la que produce el caracol sólo con soplarlo, utilizada para alertar al otro chasqui anunciándole la llegada, ^{de modo} que éste estuviese pronto a recibir sin demora los pescados todavía chorreantes o la nueva canción rápidamente memorizada, tomarlo todo y partir hacia la otra posta. Con el tiempo perfeccionaron sus caracoles agregándoles un tubito que les permitió el acceso a las demás notas, con lo cual fueron aceptados eventualmente como músicos de reemplazo, como en este caso, dijo Ene, con lo que hoy Minas Altas y los pueblos de más arriba y más abajo y los que se encuentran junto al mar, se han quedado sin correo, y sin pescado, claro, sólo por celebrar su regreso. Porque ellos, como todos, ^{usted} esperan que los ponga en palabras, que es como decir en canciones. Por eso se han vestido como para una fiesta, por eso las viejas han sacado a la luz sus relicarios y se han pintado y empolvado para ser más hermosas, por eso los enlazadores han lustrado con aceite y limón sus arrugas de alumbre y de salitre, por eso todas las muchachas se han convertido en Céfiras y, vi que no lo ^{ha} advertido, los mozos tratan de parecerse a Eme Calderón. Ellos quieren entrar en las palabras creyendo que así no morirán del todo. Porque saben que tarde o temprano llegarán los asesinos, como llegaron a Lumbreras y a otros pueblos que ya desaparecieron y que Fábulo guarda en su memoria.

La altura alcanzada por nuestros caballitos nos permitió ver que los burros aguateros no eran solamente dos. Desde las tinas hasta las vertientes había un largo trecho lleno de burros-chas-

quis que iban y venían, de modo que el volcado de agua en las tinajas era casi permanente manteniendo una presión que, en caso de alterarse por torpeza o pereza de algún burro rezagado, era inmediatamente delatada por un temblor visible en el puente puma y sobre todo en el arcoiris, que marcaba con fugas de colores los tropiezos de los burros en el terreno pedregoso.

En segundos desaparecieron puente y arcoiris. En su lugar apareció una fuente. Qué maravilla, dijo Ene, creí que no les iba a salir, apenas la ensayaron. Es una fuente que vimos en una revista traída quién sabe de dónde. Y es una lástima no poder quedarnos, porque enseguida, aprovechando las líneas principales de la fuente, armarán un palacio iluminado, después del cual ya no es posible regresar al puente; lo tienen como número último y en realidad no lo llaman palacio sino fuego artificial.

Entrábamos en la parte más ^{honda} del cañón. He visto que faltan los músicos, dije, salvo esos caracoleros. Los músicos, dijo Ene Vega, pidieron disculpas por no hacerse presentes. Andan como afiebrados, desde hace mucho tiempo, construyendo su propio meteorófono.

En las últimas alturas del río ascencional el terreno era tan abrupto que hasta la misma atracción de Fábulo tenía dificultades, y los caballos trepaban ahora sólo por su propio esfuerzo. Seguramente allá abajo, oculto a nuestra visión, refulgía el palacio iluminado, mientras nosotros vacilábamos en los pedregales que conducían a la casa de Fábulo junto al peñón de los astrónomos.

Allá están, dijo Ene Vega. Cabecitas pequeñas a lo lejos y muy altas en los bordes, barbas negras y blancas. Entrecerrando los ojos, habituados a la noche, para evitar el sol. Casi doblando en número a los enlazadores y a los músicos juntos,

los astrónomos muleros. Grandes ahora sus cabezas allá arriba sobre las nuestras, mirándonos como a ecuaciones o pequeños trozos de aerolito. Asomados apenas sin abandonar por eso sus cálculos mentales ni sus instrumentos caseros de perfecta precisión. Tan hábiles para llevar mulas por la cordillera como para saber al instante en qué lugar del espacio se encuentra un cometa todavía invisible. Y en casi todos ellos, las arrugas de I; de vientos y constelaciones, no de años. Miraban hacia un punto fijo, muy abajo, por encima de Minas Altas, volviendo hacia la Tierra sus instrumentos ópticos. Uno de ellos alzó una mano pidiéndonos que nos detuviéramos.

Había sonado una explosión, casi inaudible, hacia el punto del horizonte donde apuntaban sus catalejos, en dirección a las Salinas. Es la primera vez que nos llega el sonido, dijo ^{Ene Vega} un astrónomo de bigotito negro. ^{lo escuchamos ni más} Venían detectando esas explosiones desde ^ehacia mucho tiempo, en los levísimos movimientos de tierra registrados por los sismógrafos instalados al pie del peñón. Una nube caliza se elevó en la lejanía como un puente de ceniza. Para nosotros era polvo; a través de sus instrumentos, los astrónomos podían ver fragmentos de rocas, piedras y troncos elevándose. Una segunda explosión, más violenta, se visibilizó primero en las orejas de los caballos enarcadas para la captación, luego en la nube levantada.

Ahora están más cerca, dijo Ene Vega. Quiénes, le pregunté. ^{Ellos} Los asesinos, dijo él. La visibilidad de la explosión pasó de las orejas de los caballos a la nube de polvo y se triangulizó en los ojos de los astrónomos, que cruzaban miradas temerosas. Me saludaron rápidamente y regresaron a sus torres haciendo sonar enormes puertas. Vamos, dijo Ene Vega, no hay tiempo que perder. Las explosiones ^{lo que} continuaban, en sus cuevas chirriaban los sismógrafos.

Construyeron en salinas

Lluvia

En la galería de la casa de Fábulo entró una mariposa. Llegó transparente, atravesada de sol, entró a contraluz volando como ciega; se posó en la pared, tiritó un poco y cayó muerta.

La muerte y la caída le quitaron toda verosimilitud a sus alas convirtiéndola en un gusano carnosos y repugnante sobre el suelo de ladrillos.

Nunca en la vida, dijo Ene Vega, he visto este tipo de mariposas llegar a Minas Altas. No pueden soportar los vientos continuos que hay entre el pueblo y la bajura. Esta logró pasarlos, pero el esfuerzo le costó la vida.


Un gorrión, en cambio, tiritaba todavía con vida, en un rincón, casi pegado al techo, escondido y procurando no ver ni ser visto, en deformantes actitudes de murciélago. Sobre las rocas y en los aleros de las casas de los astrónomos había una multitud de pájaros quietos, aterrados. Algunos movían las cabezas de vez en cuando; otros estaban muertos o como disecados. Eran aves del llano mirando por primera vez un paisaje desconocido. Huídas de sus sitios habituales, veían que por encima de las nubes, desde siempre el término de su mundo llanista, el espacio, inhóspito y tremendo, continuaba todavía.

Por encima, casi rozando el peñón de los astrónomos, tan alto que seguramente desde allí ya era visible el mar, pasaron bandadas de pájaros más fuertes que emigraban en busca de lugares más seguros. Los cóndores, exiliados desde siempre, que conocieron aquellas explosiones antes de que pudieran registrarlas los sismógrafos, observaban sin moverse de sus cuevas la huida de

las especies aterrorizadas, corzuelas ateridas, tortugas crispadas y huemules hambrientos. Bordeando las últimas casas de Minas Altas ascendía lentamente una pareja de iguanas que apenas podían respirar, las escamas reseca reflejando el sol incisivo de las grandes alturas, y más atrás unas boas aterradas, sin sitio para esconderse. Un conjunto de animalitos que necesitan enterrarse para sobrevivir escarbaban sobre la roca, y unos escarabajos que habían logrado atravesar el tramo de piedra pura hasta llegar a un terreno de areniscas, rodaban cuesta abajo en forma de bolas mezclando sus colores en un movimiento giratorio que ya no les pertenecía.

Abandonamos la galería y nos situamos sobre una roca para ver el éxodo. Sobre ambas márgenes del cañón, y también sobre el lecho reseco, ascendían penosamente las especies zoológicas de abajo, podíamos ver sus miles de ojos en largas filas de luces vacilantes.

Ene Vega miró hacia atrás. Más allá de la casa de Fábulo la montaña caía a pique, cientos de metros de puro granito hacia arriba. Era el límite del éxodo de esos animales. Y de nosotros, claro. Aquellas rocas que nos separaban del Pacífico eran tan altas y fuertes porque sostenían el peso y la presión del mar.

Con ritmo de lluvia cuando empieza cayeron unos pájaros aislados. Sin truenos ni relámpagos, poco a poco se armó la más silenciosa de las lluvias. Llovía por lo menos hasta más allá del puente líquido. Se acababa la fiesta, y los niños recién peinados, los endomingados tranzadores de cuero, el macizo de Céfiras en flor y las viejecitas con sus relicarios y altos peinetones, corrían desbandados ^a  protegerse del aguacero. Nos refugiarnos en la galería, donde también pusimos los caballos, a salvo de esos goterones llenos por dentro de una san-

gre muerta. Las oíamos caer sobre el techo de zinc como un granizo espeso, mientras veíamos llover afuera una mezcla de calandrias, tordos azulosos y cotorras verdes, chingolos escarchados y pequeños colibríes.

Ninguna especie era de Minas Altas. Huyendo del estruendo habían remontado vientos y alturas equivalentes al cruce de un océano. Y en forma de lluvia vinieron a morir en este paridero.

Podría ir, reescrito, al final,
casado de por terminado el manus-
crito, y ~~hacerse~~

Discurso del astrónomo mulero

Sentí bajar en mí la mirada de Fábulo como si la tragara, mirándolo, aturdido, como a una mezcla de padre y hechicero. Igual que la primera vez, pero duplicada; una mirada bífida escarbaba entre mis dudas y miedos. Se juntó con la mía su mirada oscura, formando un puente por donde volvían, remozadas, unas palabras andrajosas que yo había pensado devolverle al gramático remoto en cuanto consiguiese un arriero capaz de atravesar el mar. Y me parecía que al otro lado del puente, con los ojos del astrónomo mulero, me estaba mirando el gramático ultramarino. Me dispuse a escuchar el largo sermón que Fábulo me tenía preparado; y vi enseguida que, según hablaba, yo mismo estaba pensando lo que me decía, como si fuéramos la misma persona, las orillas de un mismo río.

Este hombre, dijo cortando su mirar y dirigiéndose a Ene Vega, está carcomido por las dudas y el miedo; desencajado de las palabras donde con tanto trabajo lo pusimos; lo han tratado muy mal esos vientos de la altura. Usted, me dijo, ha dudado de mis historias y, lo que es más grave, del instrumento que le dimos para contarlas. Las palabras que le he dado son para afirmar la vida, no para distraerse de sus miedos.

Le voy a decir algo: Minas Altas vale tanto como cualquier estrella; estamos tocando una mecánica, formamos parte de ella; lo que desconocemos no está lejos, por ser, esas cosas, prolongaciones nuestras. Hasta la más pequeña lombriz es brillo de sol o paso de cometa. Son estas cuestiones, muy delicadas y gravísimas, lo que usted está manipulando con palabras.

Usted ha tenido miedo; y cuando digo miedo estoy hablando tam-

Por las dudas que puedan presentarse durante la redacción del manuscrito, me dijo Fabulo al acabar ~~la primera su representación~~ + debidas a la naturaleza de estas ~~his~~ las historias que vera y escribirá, le voy a decir algo:

La primera vez, pero duplicada; una mirada bñida escarbada entre mis dudas y miedos. Se juntó con la mía, su mirada oscura, formaba un puente por donde veían, remozadas, unas palabras andrajadas que yo había pensado devolverle al gramático remoto en cuanto consiguiese un arriero capaz de atravesar el mar. Y me parecía que al otro lado del puente, con los ojos del astrónomo nublado me estaba mirando el gramático ultramarino. Me dispuse a responder el largo sermón que me tenía preparado; y vi enseguida que según hablaba, yo mismo estaba pensando lo que me decía, como si fuéramos la misma persona, las orillas de un mismo río. Este hombre, dijo cortando su mirar y dirigiéndose a Ene Vez, está preocupado por las dudas y el miedo; desconfiando de las palabras donde con tanto trabajo lo guisamos; lo han tratado muy mal esos vientos de la altura. Usted, me dijo, ha dudado de mis historias y, lo que es más grave, del instrumento que le digo para contarlas. Las palabras que le he dado son para afirmar la vida, no para distraerse de sus miedos. Le voy a decir algo: estas Altas vale tanto como cualquier otra; estamos tocando una mecánica, formamos parte de ellas; que desconocemos no está lejos, por ser, esas cosas, profundas y nuestras. Hasta la más pequeña lampiña es brillo de sol o paño de cometa. Son estas cuestiones, muy delicadas y gravísimas, lo que usted está manipulando con palabras. Ustedes tenido miedo; y cuando digo miedo estoy hablando tam-

bién del poder de los que nos persiguen. Son la misma cosa. Y no existen: son momentos, como esos trastornos de la puna de los que usted acaba de salir. Ese miedo o poder es una ilusión monstruosa que interrumpe las relaciones naturales que hay entre las estrellas que venimos observando en nuestros ratos de astrónomos, y los animales y las plantas con quienes convivimos en nuestros largos días de muleros. Ellos imponen su ilusión matando, de otra manera no podrían. En cada uno de ellos, entiéndame bien esto, hay un Siemesino. Con sus matanzas van postergando un tiempo de descubrimiento y alegría. Se apropian, téngalo muy en cuenta, de las mismas palabras, para escribir una historia mentirosa, que es la siembra destinada a asegurar su oficio repugnante. A esas apariencias les oponemos las palabras que usted está usando, para mantenernos en el tiempo hasta que podamos reconectarnos con esos tiempos de descubrir lo nuevo. Es esto lo que usted debe tener en cuenta cada vez que le entre el miedo o la duda. No son trastornos de la puna. La puna se los ha precipitado.

Fábulo, fuera de su teatro, era torpe en sus movimientos. Hablaba como si le molestaran las manos, paseándose nervioso, en un trayecto brevísimo, como su muñeco anunciador cuando no le salían las palabras.

Mire, vamos a hacer nuestra propia historia, pequeña y verdadera, donde un vestido de novia o la voz de un hombre valen más que todas las explosiones como las que usted ha oído. O una canción, que es el lenguaje incontaminado que usamos en estos pueblos para comunicarnos sin peligro. Vamos a dibujar a Minas Altas tal como es, de la misma manera que dibujamos las constelaciones, que cambian con el tiempo, para conocimiento de los que vendrán. La matanza de Lumbreras nos reveló que éramos algo. La canción del gallo blanco, ^{que surgió de esa matanza,} y todo lo que con ella se relacione, para nosotros vale tanto como las leyes de Kepler; ella es nuestra verdadera cara, por eso la persiguen; pero jamás podrán borrarla.

Es necesario que sepa, por si también lo ha olvidado, que está

Miró 26 pas 15
a la 129, es como
de saltar el carro

qu 10 17 de la 151
parecían corral sembrados
por el lugar de siempre

letra
letra 46 de
pag. 14 de

acabando un siglo terrible. Hemos tocado la luna, hay hombres y armas que pueden destruirlo todo mientras aquí tratamos de reconstruir con palabras un pueblo olvidado que ni siquiera está en los mapas porque vive saltando de un lugar a otro por la cordillera para poder sobrevivir. Sí, Minas Altas es apenas un terrón; pero hay que salvarlo; ~~este~~ también pertenece a la Tierra; rescatando sus pequeñas cosas de terrón para contraponerlas al tropezón o a la caída.

Vea, he recorrido estas regiones desde el mar a la selva, atravesando las montañas más altas del mundo; me han chupado la sangre las vinchucas y picado las víboras; he observado a los animales con la misma atención que a las estrellas, y he podido vislumbrar la armonía que los une. El hombre no vive con arreglo a esas verdades puras porque sufre de un mal sueño producido por el poder. La vida exige que la miremos despiertos. El hombre sonámbulo la entorpece dando pasos extraviados, perdido en una pesadilla que es el sostén del crimen.

En mis andanzas he visto también pueblos que desaparecieron por cansancio o por olvido, o por no saber el qué ni el para qué. Ciudades casi enterradas que ya estaban así cuando llegaron los españoles. ¿Qué se hicieron los que las poblaron? De su memoria sólo quedan unas formas donde dejaron su inocencia, un dios de la lluvia resquebrajándose en la peor de las sequías.

Las gentes que hoy han salido a recibirlo, que no conocen su pasado, y el presente se les sostiene por milagro, lo han hecho para pedirle que los ponga en palabras. Por ellas entrarán en la memoria colectiva, no tienen otro lugar donde estar, y esto les ayudará a no morir del todo cuando mueran.

Cuando esos asesinos acaben de abrirse paso con sus explosiones, es posible que estén contados los días de muchos de nosotros. No sabemos cómo nos mirarán desde su pesadilla. Es necesario que para entonces todos nosotros, hasta la última hormiga de Minas Altas,

estemos en palabras salvadoras.

El tiempo que ellos han tardado en apropiarse del mundo nos ha permitido una demora que ha hecho posible hallazgos más vitales. Por no buscar otra cosa hemos encontrado la alegría, que nos permitirá subsistir como especie. En el fin de la ilusión del poder, a ellos los espera la tristeza, donde desaparecerán. La mecánica del mundo es para la alegría, y ellos nunca podrán modificar esa mecánica, ni con las manos ni con el pensamiento.

Fíjese -y esto es sólo una sospecha de astrónomo mezclada con ilusiones de mulero-, no podemos captar la armonía que nos corresponde debido a que solamente vemos una cara del universo, del mismo modo que sólo vemos una cara de la luna por cuestiones giratorias. Si pudiéramos ver, o imaginar por lo menos, la otra cara de ese armazón celeste, desaparecería el crimen y entenderíamos a fondo la vida, la persistencia de esos astros que a usted le dan tanto miedo; A lo mejor estamos apenas en el comienzo de nuestro tiempo de hombres y sólo nos falte recorrer un tramo más de la distancia para que, en un punto de ese giro, empiece otra era en armonía con todo lo viviente y no viviente, sin comernos los unos a los otros como los peces. Los asesinos desaparecerán por puras evidencias astronómicas.

Pero bueno, he hablado mucho y, lo que es peor, sin poder evitar que mis palabras, desprovistas de muñecos, sonaran a sermón. Y me he puesto más solemne que un títere presentador que precisamente por eso nunca uso. Si le han servido para aclarar las dudas que ^{apudarse tener} ha tenido, olvídelas. Pero vuelva con alegría a sus palabras.

Quedaría otra duda, en el orden de los sentimientos, que es necesario aclarar. Sé que alguna vez ha pensado que yo podría ser su padre. Usted sabe que no tener padre en Minas Altas no es una desgracia. No, no lo soy. Pero sepa que lo deseo intensamente.

Y ahora, por favor, volvamos al trabajo. Hay que contar el resto de la historia. Vayamos a buscar al Cantor; hagamos que las mulitas de I lleguen por fin al mar.

Discurso del astrónomo mulero

Fábulo enfocó hacia mí sus ojos claros en forma de márgenes de un río muy profundo. Sentí bajar ^{lo} su mirada ^{de T.} como si la tragara, mientras aturdido lo miraba como a una mezcla de padre y hechicero. Escarbando bajaba en mí su mirar bífido, y entre el mirar y lo mirado estábamos él y yo solos; donde caíamos no existían apoyos ni gestos ni palabras; ni Minas Altas existía; había apenas un poco de mundo vacilante. La mirada ^{pitida} avanzó entre mis dudas y mis miedos hasta llegar al girasol solitario. ~~Allí~~ mi mirada se enlazó con el arco de la suya, lo miré por dentro y era como adentrarme en la vicuña y en el cóndor muerto, Fábulo y yo éramos el mismo río comunicando orillas lejanas, ~~una misma persona~~. Era como en el primer día, cuando me entregó las palabras que luego perdí con esos vientos. En su mirada oscura, formando un puente de vasos comunicantes con la mía, volvían remozadas ^{una} las palabras andrajosas que yo había pensado devolver al gramático remoto cuando consiguiese un mulero capaz de atravesar el mar; por lo que, con los ojos del astrónomo mulero, me estaba mirando el gramático ultramarino.

Este hombre está carcomido por las dudas y el miedo, dijo cortando el mirar y dirigiéndose a Ene Vega; desencajado de las palabras donde con tanto trabajo lo pusimos; lo han tratado muy mal aquellos vientos. Usted, me dijo, ha dudado de

*
 Ha como si yo
 estuviera por
 cuando lo
 que oía
 varios concier-
 tos

mis historias y, lo que es más grave, del instrumento que le dimos para contarlas. ~~Acaso no he estudiado a fondo los libros que le di para que aprendiera a comprender la importancia que la voz de los hombres tiene en este mundo?~~ Las palabras que recibió son para afirmar la vida, no para distraerse ^{de sus miedos} del miedo a la muerte, ~~que los ignore, por eso le diéramos apenas a la palabra vida.~~ Ellas forman parte de un juego universal conectando los juegos que existen en el cielo con los de la tierra, donde Minas Altas vale tanto como cualquier estrella. Estamos tocando ^{una} la mecánica ~~del universo~~, y a esto hay que saberlo; los mundos desconocidos son prolongaciones nuestras y hasta la más pequeña lombriz es brillo de sol o paso de cometa. Es un todo para la vida, y la vida, por su propia naturaleza, es de todos. ^{En esto lo que} No hay dioses en ninguna parte ^{pero el esta manifestando} ni jamás los hubo; apenas fueron criaturas del miedo, de modo ^{con palabras.} que, y esto es lo más hermoso, estamos solos en el mundo; y somos libres por naturaleza.

Lo único que puede perturbar la ~~continua~~ libertad es el miedo. Pero el miedo ~~no~~, no tiene naturaleza propia; es como esos vientos malignos de los que usted acaba de salir; el miedo no existe, aunque todavía pueda matar. ~~Pero por no existir,~~ ha generado una ilusión monstruosa que se llama poder; ~~mediante el cual los~~ que tienen miedo por cobardía de vivir se imponen a los otros, para transferirles el propio miedo ~~y así se hacen libres, con lo cual atentan contra la naturaleza amenazando su parte viviente, que es de todos.~~

Ese miedo, ese poder, interrumpe las relaciones armónicas, el juego que hay entre las estrellas que venimos observando en nuestros ratos de astrónomos y los animales y las plantas

con quienes convivimos en nuestros largos días de muleros. Es un ruido interrumpiendo una música. Ellos imponen su ilusión matando, de otra manera no podrían. Atentan contra la propia especie y ellos mismos se suicidan creyendo hacer una Historia que ha llenado el mundo de estatuas cadavéricas con la ilusión de detener la vida para siempre y para ellos. Hay más sabiduría en la mente de un puma que en las de esos hombres miserables que usted ha podido ver representados en el Sietemesino. En sus matanzas sin sentido van postergando un tiempo de descubrimiento y alegría. Acumulan riquezas despojando a los demás, perfeccionan el oficio de matar hasta llegar a degollar un niño sólo para probar el filo del cuchillo; se apropian de las palabras para escribir una historia mentirosa que es el discurso del miedo y la siembra que asegurará la continuidad de su oficio repugnante. Con ese proyecto, que no tiene meta donde llegar, y nos mantiene exiliados de todo, han disfrazado ^{lo real} ~~lo real~~ con una apariencia mentirosa. A esa apariencia le oponemos la palabra verdadera, ^{las que Ud. está usando,} sus juegos y posibilidades incalculables, para mantenernos en el tiempo hasta que podamos reconectarnos con esos juegos de que le hablaba, de los que estamos excluidos por no saber mirarlos o nombrarlos.

No es ésta la primera vez que Minas Altas está amenazada. Hubo otras en el tiempo, como Lumbreras por ejemplo. Cada vez que la destruyeron u olvidaron fue subiendo en la cordillera y cambiando de nombre. Minas Altas y Lumbreras son la misma cosa. Mil veces la han matado y mil veces ha resucitado. De aquéllas destruídas no ha quedado nada, apenas unas rayas en la memoria, que es dudosa y termina por olvidar. Y si ahora volvieran a destruirla (cuando acaben el camino que están construyendo con esas explosiones tendremos que huir o morir como

Esto se lo
 Ud. tiene
 en cuenta
 para que decida
 si o no
 M. o. F.

truyendo con esas explosiones que usted ha visto tendremos que huir o morir como esos animalitos que también acaba de ver), con lo que usted ha escrito y escribirá podremos reconstruirla como ha sido hasta ahora. Las otras, por no estar en palabras, desaparecieron para siempre; yo sólo retengo sus contenidos, como si fueran padres y madres que sabemos que existieron pero no recordamos cómo eran ni conservamos sus retratos. ~~¿Y en qué se diferencian de las sombras? A esas sombras hay que llenarlas de palabras.~~ Vamos a hacer nuestra propia historia, pequeña y verdadera, donde un vestido de novia o la voz de un hombre valen más que todas las ^{explosiones como las que están sucediendo} estatuas. O una simple canción, que es el lenguaje incorrupto que utilizamos en estos pueblos sobrevivientes para comunicarnos sin peligro. Vamos a dibujar a Minas Altas de la misma manera que dibujamos las constelaciones que cambian con el tiempo, ~~para conocimiento y goce de los astrónomos que vendrán.~~

Seguramente usted ha dudado también de la veracidad de mis historias. Entonces tengo que decirle que de los hechos tomamos solamente aquello que pertenece al hombre en sus relaciones con la realidad que la historia fingida disimula. Mientras más pequeña sea la minucia más fácil será penetrar en el todo e incorporarnos a él. La matanza de Lumbreras nos reveló que éramos algo. La canción del gallo, ^{y todo lo que con ella se relaciona}, es tan importante para nosotros como las leyes de Kepler. Nos ubica en el tiempo y nos incorpora a la voluntad de vivir, y vivir no es otra cosa que buscar la alegría. La canción del gallo blanco es nuestra verdadera cara, por eso la persiguen; y tenga por seguro que jamás podrán borrarla.

Mire, en nuestro mundo termina un siglo terrible. Hemos

Para

saltado hasta la luna, hay hombres y armas que pueden destruirlo todo mientras nosotros aquí tratamos de reconstruir con palabras un pueblo olvidado que ni siquiera está en los mapas porque vive saltando de un lugar a otro para sobrevivir. Sí, Minas Altas es un terrón, una pequeña arruga en este planeta lleno de luces y de inútiles estatuas; no cuenta para nada, es un poro de su piel. Pero hay que salvar ese poro del olvido para que la tierra misma no sea olvido, rescatar una risa, una nota musical, una pequeña alegría que nos pertenezca, un cabello, un puma blanco, para contraponerlos al tropezón y a la caída.

Acaso mis historias no le parezcan absolutamente reales ~~por-~~
~~que~~ intento introducir en ellas el deseo, que también debe ser
considerado realidad; para que las palabras no sean una copia
del mundo, ~~porque~~ entonces tendríamos una doble apariencia,
la del mundo y la de las palabras. ~~Por eso le decía que hay~~
~~que buscar la palabra verdadera.~~ Los hechos verdaderos surgen
de la transformación que hacemos de lo que vemos para ponerlo
al alcance de nuestra condición, que es como la de los muñe-
cos con que los represento, hechos a nuestra medida. Miles de
~~criminales están contenidos en el muñeco del Sietemesino, pa-~~
~~ra poder dominarlos en uno solo. Y no lo sacaré del fondo del~~
~~mar, adonde yo mismo lo arrojé, hasta que no sea absolutamen-~~
~~te necesario para armar la historia verdadera que necesita-~~
~~mos, con palabras verdaderas.~~

Lo que usted escriba debe poder cantarse, y hasta bailarse, para el goce de los cuerpos, pensados para el placer puesto que su destino es la destrucción y desaparición. Contarnos a nosotros mismos de modo que la gente de estos pueblos-refugio puedan verse en su totalidad de personas en el tiempo; de mo-

do que viéndonos en esa vida representada con palabras surgidas de nosotros sepamos quiénes somos y, más allá todavía, por qué nacemos y morimos. Entender la vida para poseerla, para asentar una piedra, un cimiento donde poner los pies con certeza en medio de las apariencias. Buscamos una palabra verdad, una sustancia que surja de una mezcla entre la realidad y el deseo que nos permita ir más allá de nosotros o de nuestras propias apariencias. Que nosotros mismos seamos lenguaje, palabras ~~verdaderas~~ que nos aseguren nuestra permanencia en el tiempo; nosotros, las estrellas que usted dice temer.

Vea, he recorrido estas regiones desde el mar a la selva atravesando las montañas más altas del mundo; me han chupado la sangre las vinchucas y picado las víboras; he observado a los animales con la misma atención que a las estrellas y he podido vislumbrar la armonía que los une. El hombre **no vive** con arreglo a esas verdades puras porque sufre de un mal sueño, ~~el del poder~~. Pero vivir no es un sueño, y si soñamos es necesario despertar, a lo mejor el mundo todavía está intocado, ^{de esto que} ~~porque~~ no sabemos verlo con los ojos de los vivos. Soñamos porque creemos que soñamos, y en sueños somos torpes, sonámbulos, ciegos con puñales. La vida necesita que la veamos despiertos. Las estrellas y los animales no perturban el mundo, ~~por~~ están despiertos y atentos, y así concuerdan con la naturaleza. El hombre sonámbulo la entorpece dando pasos extraviados, perdido en una pesadilla que es el sostén del crimen, ~~permanente~~.

En mis correrías he visto también pueblos que desaparecieron por cansancio o por olvido, o por no saber el qué ni el para qué. Ciudades semienterradas que no habitan ni las ali-

mañas, que ya estaban así cuando los españoles llegaron a estas tierras. ¿Qué se hicieron los que allí vivían y viviendo las construyeron? No hay nada más triste que esas ruinas donde los hombres desaparecieron y de su memoria solo quedan unas formas o figuras donde dejaron su inocencia, un dios de la lluvia resquebrajándose en la peor de las sequías, ~~el olvido.~~

Las gentes que hoy han salido a recibirlo, que no conocen su pasado y el presente se les sostiene por milagro, lo han hecho para pedirle que les ponga en palabras. Por ellas quieren entrar en una memoria colectiva, no tienen otro lugar donde estar, y esto los ayudará a no morir del todo cuando mueran. Una duda como la que ^{Usted} ha tenido ^{de saber por} ~~la causa de esos vientos,~~ una vacilación suya, ^{de} haría desaparecer a Minas Altas, ~~lo que es y lo que será; usted mismo y yo desapareceríamos.~~ ^{Esta posibilidad.} Y es para ~~evitar todo eso por lo que le hemos entregado las palabras.~~

Cuando esos asesinos acaben de abrirse paso con sus explosiones y lleguen a Minas Altas, es posible que estén contados los días de muchos de nosotros. No está claro a qué ni por qué vienen. La poca riqueza que hay en este pueblo no creo que les interese, si ya tienen el mundo. La esperanza nos dice que su objeto es otro, que Minas Altas es solo un lugar de paso para apropiarse de unas grandes riquezas desconocidas, o quizás del mar. Pero esa esperanza no tiene fundamentos. El mar también les pertenece. Entonces no queda otra cosa que la canción del gallo blanco. Es eso lo que quieren extirpar. Saben que allí están nuestras palabras, las primeras, y quieren despojarnos de ellas. Ellos también han comprendido su importancia. Les tienen miedo. Y la única manera de destruir-

las es destruyéndonos a nosotros. Recuerde lo que hicieron con el viejo ondulatorio. Quieren borrar la matanza de Lumbreras, que está muy clara en mi memoria, con una nueva matanza. La de Lumbreras, a su vez, fue para borrar una anterior, y ésta para borrar a otra, con lo que van dejando siempre limpio el camino de la historia, la de ellos.

~~Nosotros mientras tanto seguiremos contando la nuestra. El tiempo que ellos han tardado en apropiarse del mundo nos ha permitido una demora que ha hecho posible hallazgos más vitales. Por no buscar otra cosa hemos encontrado la alegría, que nos permitirá subsistir como especie. En el fin de la ilusión del poder, a ellos los espera la tristeza, y en la tristeza desaparecerán. La finalidad de la vida es la alegría, la mecánica del mundo es para la vida, y ellos nunca podrán modificar esa mecánica, ni con las manos ni con el pensamiento. El universo se transforma a sí mismo, creando más espacios para la vida, que es infinita como él; es libre y cambiante, va al encuentro del encuentro consigo mismo en el tiempo, en cualquier giro descubriremos verdades ocultas en la mecánica. Las estrellas que vemos han cambiado de aspecto, aunque las sigamos viendo tal como eran antes de nuestra aparición sobre la tierra.~~

Fíjese -y esto es solo una sospecha de astrónomo mezclada con ilusiones de mulero-, no podemos captar la armonía que nos corresponde en este juego porque solamente vemos, me parece, una sola cara del universo, del mismo modo que solo vemos una cara de la luna por cuestiones mecánicas y giratorias. Si pudiéramos ver, o imaginar por lo menos, la otra cara de esa armazón celeste, desaparecería el crimen y entenderíamos

a fondo los fundamentos de la vida, la persistencia de esos
 astros que a usted le dan tanto miedo. A lo mejor estamos en
 la mitad de nuestro tiempo de hombres y solo nos falte reco-
 rrer un tramo más de la distancia para que, en un punto de e-
 se giro, empecemos a ver la cara oculta, ~~llena de luces y de~~
~~astros nuevos al alcance de la comprensión total~~, y empiece la
 otra mitad del tiempo, otra era en armonía con todo lo vivien-
 te y no viviente, sin comernos unos a otros como los peces. Por
 eso hay que prolongar la memoria de cada hombre, sus deseos,
 en otros; para que nos alcance la vida hasta que ese giro, que
 está en el tiempo, llegue, y con él por fin la desaparición
 de los asesinos, por puras evidencias astronómicas. Vea, he
 tenido sueños. Nos alumbrarán otros soles, nosotros mismos i-
 rradiaremos luz. En la otra mitad del tiempo de los hombres
 nuestras formas cambiarán, seremos más hermosos; después del
 giro gigantesco del tiempo y del espacio las formas animales
 encontrarán su belleza más profunda, ~~seremos como nubes para~~
~~vivas, leídas por necesidad y por vestidos para siempre.~~

Pero bueno, he hablado mucho y, lo que es peor, sin poder
 evitar que mis palabras, desprovistas de muñecos, sonaran a
 sermón. Y me puse más solemne que un títere presentador que
 precisamente por eso nunca uso. Si le han servido para aclara-
 rar las dudas que le metieron esos vientos, olvídelas. Le pe-
 diría que retenga lo de la alegría; es necesario que vuelva
 con alegría a sus palabras, es un buen trampolín. ~~para la ver-~~
~~dad y la belleza.~~

Quedaría otra duda, en el orden de los sentimientos, que es
 necesario aclarar. Sé que alguna vez ha pensado que yo podría
 ser su padre. Usted sabe que no tener padre en Minas Altas no
 es una desgracia. No, no lo soy. Pero sepa que lo deseo inten-

samente.

Y ahora, por favor, volvamos al trabajo. Vamos a contar el resto de la historia. Vayamos a buscar al Cantor; hagamos que las mulitas de I lleguen por fin al mar.

samente.

Y ahora, por favor, volvamos al trabajo. Vamos a contar el resto de la historia. Vayamos a buscar al Cantor; hagamos que

las maitas de I lleguen por fin al mar.



-Sin embargo me gustaría saber, si no es mucho pedir, qué había yo y quién era antes de subir allá.

-Eso tendrá que decirte el propio Fábulo, que fue el que te hizo subir para que te desmemoriaras.

~~Tras la última curva~~ la calle-río perdía su profundidad y en el tramo final se nivelaba con el terreno. N.Vega estiró un brazo y su índice señaló la casa de donde partía la gravitación, que ahora parecía ablandarse bajo nuestros pasos. Preparando mis adentros para llegar sentí vergüenza de mi miedo a las estrellas. Sabiendo que allí mismo estaba Fábulo, aquel miedo era una tontería.

Qué alivio entrar en su casa por una galería, donde había un cántaro que gotea y un jarro blanco sobre su tapé. ^{contra una columna.} Y Fábulo a la puerta, tan tranquilo. La gravitación terminaba y en toda la casa había un serenísimo silencio de montaña.

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo/mulero.

-Sin embargo me gustaría saber, si no es mucho pedir, qué hacía yo y dónde
 era antes de subir allí.
 -Eso tendrá que decirlo el propio Fábulo, que fue el que se hizo subir para
 que te desmemoraras.
 Tras la última curva la calle-río perdía su profundidad y en el tramo final
 se nivelaba con el terreno. N. Vega estiró un brazo y su índice señaló la casa
 de donde partía la gravitación, que ahora parecía solandarse bajo nuestros pa-
 sos. Preparando mis adentros para llegar sentí vergüenza de mi mirada a las estre-
 llas. Sabiendo que allí mismo estaba Fábulo, aquel mirado era una tontería.
 Qué alivio entrar en su casa por una galería donde había un cénitro que pates-
 ta sobre un tarro blanco. Y Fábulo a la puerta, tan tranquilo. La gravitación
 terminaba y en toda la casa había un serenoísmo silencioso de montaña.
 -Pasen, por favor -dijo el astrónomo-muerto.

Entrando, que Vega debía.

10 hs. ci 5' ^{0710 0059, en} mientras que Vega quedaba en la casa de Fábulo yo,
 sin poder ver ~~la casa~~, entré en Fábulo por el
 conducto de su vivienda oculta.

mientras que Vega entraba en la ~~trampita~~ casa
~~de Fábulo~~, yo, ^{sin poder ver otra cosa} a su lado, lo hacía en la misma
 orama de Fábulo

Manuscrito andino

Impresión con
paso línea 8, 2 var,
y 2 doble espacio

Probar para
impresión definitiva:
2 estacas. Paso línea 8,
pero paso 125 250 pags

I. LOS NACIMIENTOS

Busca tipo de letra o formato
de modo que entre en 60 espacios
Intensidades como en

Probar, imprimiendo
si se pueda modificar
2 espacios y
paso línea 8.

Dejalo claro formato
por 2 espacios.

A más de cinco mil metros de altura, las mulas andinas trepan dejando señales rojas en la nieve, hechas con las gotas de sangre que se les escapan por la nariz. Mulitas tan livianas y ligeras que parecen nubes; pero dentro de esa aparente liviandad, el corazón les late tan fuerte que los jinetes pueden oír su golpeteo. También las palabras, en el refugio cordillerano donde escribo esta historia, suenan como latidos, y llegan a mí de la misma manera que el ruido del corazón de las mulas al preocupado oído del mulero.

Más arriba de este refugio, que llamo Mirador de los Vientos, el cielo es permanentemente azul. Las nubes están siempre allá abajo. Las he visto tiritar de frío y deshacerse en lluvias que no me alcanzan. Son algo así como la intensidad que aquí tiene la altura, la que desnuda las palabras y hace sangrar a las mulas. Debajo de ellas viven las aves de vuelo corto, que sólo conocen su reverso. En cambio para el cóndor, que las domina, y cuyo vuelo permite la expansión de la cordillera, casi no existen; son como el polvo de su camino.

El Mirador, integrado a la montaña, es circular, de techo abovedado, con un ventanal que da al abismo. Hay un hogar para el fuego, que alimento con raíces, especies de árboles disminuidos que para no helarse crecen bajo tierra. Cuando están vivas, asoman afuera apenas una pequeña forma que las conecta con la luz. El calor llega hasta el establo contiguo donde duerme la mula que me lleva y me trae. Mi mesa de trabajo está junto al ventanal. Sobre ella hay un candelabro, un tintero, un diccionario, la Gramática de don Antonio de Nebrija. En un arcón hay alimentos, tinta y hojas que amarillean por sus bordes. En la pared, una guitarra y las sombras de los objetos, incluyendo la mía, permanentemente proyectadas por las llamas del hogar.

Guitarra cabeceada

El estudio de ese antiguo tratado del lenguaje me ha enseñado a querer a las palabras. Las escribo viéndolas florecer, tocadas por la intensidad o desnudez de la altura; las oigo sonar en el silencio virgen de la expansión. Y son música, como afirma el gramático. Cada vez que escribo una, siento el latido del objeto encerrado por los signos. Las oigo vivir. Las palabras sacan a las cosas del olvido y las ponen en el tiempo; sin ellas, desaparecerían. Los cóndores, por ejemplo, caerían en mitad de su vuelo. Por eso cada vez que escucho el aleteo con que estas grandes aves se lanzan al espacio, digo cuidadosamente "cóndor", de modo que suenen bien todas sus letras, para que la palabra, además de las alas, ayude a sostenerlo.

Los pájaros de abajo, cuando arrastrados por el viento traspasan sus límites y penetran en las grandes alturas, dejan de cantar; es decir, pierden sus palabras. Sin ellas, ya no son aves; se convierten en trapos sucios en el vendaval. Y es una pena verlos rodar en los caprichos del viento, caer entre las rocas donde los devoran las hambrientas hormigas de la montaña. "Pájaro, pájaro", les grito viéndolos caer. Pero ya han dejado de serlo, la palabra ha huido de ellos, y se entregan silenciosos, todavía vivos, al festín de las hormigas.

También están las estrellas, que erupcion escandalosamente. Aquí, más que brillar, cuelgan volumétricas, como frutas a punto de caer. Ponen un cerco a la infinitud, apropiándose. Para ellas un cóndor o un hombre no son ni siquiera una sombra. Ante su desnudez, la vida y la muerte son simples acciones desesperadas. ~~Hey en día es posible pensar con fundamentos reales en la destrucción de la vida por el hombre mismo. Más que la existencia de armas demenciales y de pueblos que en su locura sienten el desprecio de vivir es la presencia de estos monstruos luminicos lo que nos aísla; son la evidencia de que estamos solos ante el crimen; de que nadie podrá ayudarnos si caemos.~~ *nos dejan* *asos con* *no dicen* Cada noche, para olvidar o evitar su presencia y estos pensamientos, y sobre todo el miedo, toco la guitarra. Una pieza interminable, que yo mismo compongo, donde hablo de las nubes.

A mis espaldas está el mar, el formidable mar océano. Oculto por la cordillera, no lo veo. Pero puedo sentirlo. Tengo en mi cuerpo terminales nerviosas sensibles a sus pulsiones, que me conectan con él a pesar de las moles de piedra que nos separan. Los nervios de mi espalda son como ojos.

oruga se empina hasta casi rozar las nubes bajas; desde allí en pendiente brusca desciende hasta su cola, perdiéndose en unos peñascales. La realidad que me mostraba era la de un sueño que se recuerda. Uno volvía a lo soñado, y lo soñado era real.

En cuanto entré en la calle se me aproximó un hombre, que intentó abrazarme. Sonrió cuando le esquivé el cuerpo. Me pidió las planillas, las miró con indiferencia y dijo palabras cuyo sentido no entendí. Me preguntó si me había olvidado de él, le dije que no lo conocía.

-Soy Ene Vega, un viejo amigo suyo. Vayamos ya mismo para arriba, Fábulo está un poco impaciente, esperándolo. Por si también se ha olvidado del pueblo, allá abajo vivimos los enlazadores; más o menos por el medio están los músicos, y en el alto los astrónomos muleros.

Cabalgaba apropiándose del espacio a medida que avanzaba. En cualquier punto de su desplazamiento, siempre estaba como acabado de hacer, reluciendo en la mañana limpia con su propia limpieza de vivir. Su espléndido sombrero, pese a su pequeñez ante las moles cordilleranas, tenía una dignidad de objeto que superaba sus alcances, seguramente porque era el lugar donde la figura de Ene Vega concluía.

En lo alto del borde de la calle-río se asomó una mujer, al lado de un girasol. Su hechura femenina, como una enorme burbuja que reflejaba el entorno conteniéndolo, se conectó inmediatamente con mi cuerpo en una especie de ensamblaje. La sentí estar en mí como había sentido al fuego estar en su color. Indisolubles.

-Soy la Céfira -dijo-. ¿No te acuerdas de mí?

-A la vuelta -dijo Ene Vega interrumpiendo mis impulsos de detenerme allí- podrá estar con ella todo lo que quiera.

Más arriba, recostados contra las fachadas de piedra, aparecieron unos músicos. Arpas indias, charangos de caja, tubos de toda invención. Tocaban música para ayudar a subir, nuestras cabalgaduras parecían ahora más ligeras, como empujadas por un viento.

-Supongo que no se habrá olvidado de Fábulo -me dijo Ene como preguntando.

-Sé que existe -le respondí sintiendo que mi encuentro con el astrónomo titiritero ya había empezado, estaba presente como el mar a mis espaldas a través de la cordillera.

Estábamos ante la casa de Fábulo cuando oímos una explosión y vimos la nube de polvo, muy lejana, hacia el rumbo de las Salinas,

-Ahora están más cerca -dijo.

-Quiénes.

-Los asesinos, Cuando llegue aquí el camino que vienen abriendo con sus dinamitas, borrarán a Minas Altas, como hicieron con Lumbreras.

En la galería de la casa de Fábulo entró una mariposa, Llegó transparente, atravesada de sol, entró a contraluz volando ciega, se posó en la pared y cayó muerta. La muerte y la caída le quitaron toda verosimilitud a sus alas, convirtiéndola en un gusano carnosos,

-Nunca en la vida -dijo Ene- he visto este tipo de mariposas alcanzar Minas Altas. No pueden aguantar los vientos continuos que hay entre el pueblo y las Salinas. Escapan de la dinamita, pero las mata la altura.

Un gorrión escondido junto al techo procuraba no mirar ni ser visto, en deformantes actitudes de murciélago. Sobre las rocas y en los aleros de las casas de los astrónomos había una multitud de pájaros aterrados. Algunos movían la cabeza, otros estaban como disecados. Eran aves del llano mirando por primera vez un paisaje desconocido. Huidas de sus sitios habituales, veían que por encima de las nubes, desde siempre el término de su mundo llanista, el espacio continuaba todavía.

Bordeando las últimas casas de Minas Altas ascendía una pareja de iguanas, y más atrás unas boas aterradas, sin sitio para esconderse. Un conjunto de animalitos que necesitan enterrarse para sobrevivir, escarbaban inútilmente la roca. Por las márgenes del río seco ascendían las especies zoológicas de abajo, miles de ojos en largas filas de luces vacilantes.

Con ritmo de comienzo de lluvia cayeron unos pájaros aislados. Sin truenos ni relámpagos, poco a poco fueron lluvia declarada. Nos refugiamos en la galería, a salvo de esos goterones llenos por dentro de una sangre muerta. Los oíamos caer sobre el techo de zinc como un granizo. Una mezcla de calandrias, tordos y pequeños colibríes escarchados, que huyendo del estruendo habían remontado vientos y alturas equivalentes al cruce de un océano.

Fábulo abrió las cortinas de la puerta, se asomó a la galería, miró la lluvia.

-Pasen, por favor -dijo el astrónomo mulero.

A pesar de su...

Es el sol, la tierra y demás
planetas giran también buscando
sus ritmos, ~~acaso inintencionalmente~~, por la
persistencia ~~de~~ girar, acaso inintencionalmente
funcionales

IV

EL CANTOR
(57)

Son 9 meses de capitales
en la tierra...

Ojo: (imp.)

Es muy interesante
eso de los 9 meses, yo
me interesé en su
tiempo y existo de se tener
de cuidar. Tienen en P...

Ojo: en la parte en
que Fabulo dice "son los
mensajes de un olvido" ~~no~~
poner: "son golpes de timbal
sobre un olvido" Podría ser el
nombre, dijo F., de estos mensajes.

Daniel Moyano Bellini/Ronda de Segovia, 53
28005 Madrid/España/Teléfono, 265 57 86

Madrid, 9/08/89

Edith Aron-Bergin
147 Grove End Gardens
London NW8 9LR

Ver fecha 29 89
10-8-89, "El trino"
Le envie
Edic. B.

Estimada Edith: lamenté mucho aquella noche que usted no se quedara a cenar con nosotros, pero yo no podía hacer nada, mandaban otros, y, como dice nuestro *Martín Fierro*, "quien anda en pagos ajenos/debe ser manso y prudente". Así que pese a mis deseos de que usted se quedara, me callé. Pero bueno, el tiempo está lleno de cenas y de encuentros.

El 14 de julio estuve en París, me quedé allí hasta fin de mes en casa de mi hijo, que vive cerca de la Place des Vosges; de haber sabido que usted estaba allí, nos encontrábamos en el restaurante del riojano, que no conozco, pero le diré a mi hijo que averigüe. También paseé por el Jardín des Plantes y vi al axolotl de nuestro común y querido Julio. Fui a buscar su tumba en el Montparnasse, la encontré, le pusimos flores.

Estaré en Francia durante los meses de enero y febrero, en gira por diversas universidades, por cuanto mi última novela publicada, *Libro de navíos y borrascas*, ha sido elegida como libro de lectura obligatoria en las universidades durante este y el próximo año. Es posible que entonces me escape un fin de semana larga a London.

Estoy contento de su generosidad para ofrecerse a traducir algo mío al alemán, en cuya lengua tengo sólo una cosa publicada, un cuento que se titula nada menos que «Die Geschichte vom grünen Falken und der wundertätigen Flöte», traducido por José Antonio Friedl Zapata. Pertenece a una antología que se llama "Ein neuer Name, ein fremdes Gesicht", compilada por el citado traductor y publicada por *Luchterhand Verlag* en 1987.

Daniel Moyano Bellini/Ronda de Segovia,53
28005 Madrid/España/Teléfono, 265 57 86

No le envió el cuento por ahora, sólo quería escribirle para decirle que la semana próxima lo tendrá. Mientras tanto reciba mis saludos más cordiales.

